

# BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA DEL VATICANO

NAZISMO, FINANZAS SECRETAS,  
MAFIA, DIPLOMACIA OCULTA  
Y CRÍMENES EN LA SANTA SEDE



SANTIAGO CAMACHO

se

Pese a ser la nación más pequeña del planeta, el Vaticano es dueño de una colosal riqueza. Este libro desvela numerosos «pactos con el diablo», que se tradujeron en acuerdos tan económicamente sustanciosos como moralmente dudosos con Adolf Hitler, el estado fascista de Croacia o la mismísima mafia siciliana. Santiago Camacho es colaborador en diversos medios de comunicación: la cadena Ser, RNE y de diversas revistas. Entre sus libros de mayor éxito se encuentran *20 grandes conspiraciones de la historia* o *La conspiración de los Illuminati*.



Santiago Camacho

# **Biografía no autorizada del Vaticano**

**Nazismo, finanzas secretas, mafia, diplomacia oculta y  
crímenes en la Santa Sede**

ePub r1.3

Titivillus 16.02.2020

Título original: *Biografía no autorizada del Vaticano*  
Santiago Camacho, 2005

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



*A Antonia,  
qué menos que dedicarte el fruto de todas las horas que te he  
robado.*

Porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos sufrimientos.

(1 Tm. 6:10)

Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí...

(Mt. 15:8)

# INTRODUCCIÓN

## LO QUE NO ES SAGRADO

Antes de comenzar a desarrollar a lo largo de los próximos capítulos la apasionante historia de uno de los mayores y más desconocidos centros de poder del mundo, existen algunas cuestiones que sería necesario aclarar para, en la medida de lo posible, evitar malentendidos. Ante todo quisiera explicar el título de este libro. Me he permitido la licencia de utilizar el término «biografía», ya que, aunque éste se debería aplicar exclusivamente a las personas, la «biografía no autorizada» se ha convertido en un género literario que en las últimas décadas ha ido adquiriendo entidad propia.

Cuando el lector encuentra en la cubierta de un libro las palabras *biografía no autorizada* sabe que puede estar seguro de que la obra en cuestión habrá causado el disgusto del biografado por recoger en sus páginas todos los hechos polémicos, escandalosos o poco decorosos que el protagonista hubiese preferido que nunca jamás apareciesen en unas memorias. Así pues, partiendo de esta premisa, esta «biografía» del Vaticano es, sin duda, «no autorizada».

Sin embargo, y a pesar de la cualidad de «no autorizado» de nuestro relato, hay una consideración que estimo necesario hacer. Éste no es un libro anticatólico, y mucho menos antirreligioso. En sus páginas no leerá temas que afecten a la doctrina de la fe cristiana en general ni de la católica en particular, más allá de algunas explicaciones que se han considerado necesarias para arrojar luz sobre determinadas cuestiones que de otra manera no hubieran quedado suficientemente aclaradas.

Se suele decir que en el Vaticano todo lo que no es sagrado es secreto. Pues bien, vamos a dejar a un lado lo sagrado y nos centraremos en lo secreto, en concreto en los aspectos menos conocidos de la política, la diplomacia y, sobre todo, la economía del Vaticano, un Estado soberano que, como todas las naciones que en el mundo han sido, ha debido en múltiples ocasiones perder de vista la estricta observancia de la moralidad para asegurar su propia supervivencia y prosperidad. En este sentido, me atrevería a decir que se podría haber escrito un libro similar casi sobre cualquier otra nación del mundo.

Nadie debería sentirse ofendido ni atacado en lo tocante a sus creencias, pues el objetivo de este trabajo son cuestiones completamente alejadas de lo espiritual. No es que tenga excesiva fe en que estas palabras sirvan para aplacar a los detractores que de seguro tendrá la presente obra, y que se empeñarán en sentirse agraviados por lo que tan sólo es una recopilación de hechos fruto del estudio de una extensa bibliografía. A ellos no me queda otra cosa que recordarles las Sagradas Escrituras: «¡Y ahora resulta que por decirles la verdad me he vuelto su enemigo!»<sup>[1]</sup>.

Éste es un libro que cuenta lo que sucede tras los muros de la capital del catolicismo: las luchas por el poder, las intrigas políticas internas y externas, las maniobras económicas de altos vuelos... Es precisamente en este terreno donde haremos especial hincapié, pues llama poderosamente la atención que, a excepción del descubrimiento en 2002 de la magnitud que habían alcanzado los casos de abuso de menores en el seno de la Iglesia, la práctica totalidad de los escándalos que han salpicado a la Santa Sede a lo largo del siglo xx están marcados, en mayor o menor medida, por lo económico. Uno llega incluso a preguntarse cómo es posible que una sola institución haya estado envuelta en tantas actividades económicas fraudulentas. Algunas posibles respuestas a esta cuestión se encuentran en las siguientes páginas. La causa fundamental de ello es la tradicional falta de transparencia de la Santa Sede y de sus instituciones económicas. Gran cantidad de ejemplos históricos nos indican que cuanto mayor es el grado de secreto de una organización tanto más fácil es que la corrupción anide en su seno sin que sea advertida ni siquiera por muchos de sus integrantes.



Aparte de esto, el dinero y la religión hacen muy malas migas. La opulencia vaticana ha servido para atraer a personajes no precisamente santos, que, unas veces sorprendiendo la buena fe de los administradores de la Santa Sede, y otras con la complicidad de éstos, han llevado a la institución a situaciones sumamente embarazosas. Otras veces las amistades peligrosas se aproximaban no tanto al calor del dinero como de la afinidad ideológica. Durante casi todo el siglo xx, el gran enemigo de la Iglesia católica fue el comunismo, y era lógico que aquellos que compartían esa enemistad miraran hacia Roma en busca de una alianza. Lo malo es que entre estos «enemigos de mis enemigos» había compañeros de viaje tan poco recomendables para proyectar una imagen de santidad como la nómina al completo de los dictadores fascistas de Europa y América del Sur, los servicios de inteligencia de diversas naciones o la Democracia Cristiana italiana, antaño fuertemente vinculada con la mafia.

Si a todo lo anterior le sumamos los eternos rumores que han ido naciendo al abrigo de la opacidad vaticana, como los referentes a la infiltración masónica en la Santa Sede, los de juego sucio en algunos cónclaves o el misterio que aún envuelve la prematura muerte de Juan Pablo I o el atentado contra Juan Pablo II, ya tenemos ingredientes más que suficientes para una «biografía no autorizada».

Por último, el lector se dará cuenta de que en esta obra nos centramos más en el *cómo* que en el *porqué* de la historia que narramos. Ello se debe a que, sin sacrificar en modo alguno el rigor, sí hemos querido priorizar la amenidad del relato. Por esta misma razón todos los asuntos económicos que se tratan en el libro han sido simplificados en aras de la comprensión, ya que algunas de las tramas financieras a las que nos referiremos presentan una complejidad al alcance de un grupo muy reducido de iniciados. No obstante, el lector que quiera profundizar con más detalle en alguno de los temas que aquí se tratan encontrará una amplia bibliografía que espero le sea de tanta ayuda como a mí.

*Córdoba, 24 de junio de 2005*

## **PACTANDO CON EL DIABLO. MUSSOLINI Y PÍO XI**

*El Estado Vaticano, tal como lo conocemos hoy, nace con la firma del Tratado de Letrán el 11 de febrero de 1929, pero para llegar hasta ahí el trono de San Pedro tuvo que atravesar un prolongado período de decadencia a lo largo de 59 años que a punto estuvo de comprometer su existencia. La salida de aquella situación vendría de la mano de Pío XI, que no dudó a la hora de pactar con el mismo diablo, encamado en la figura de Benito Mussolini, para salvar a la Santa Sede de la ruina.*

A comienzos de 1929, poco imaginaba el mundo la tremenda crisis económica a la que tendría que hacer frente apenas unos meses más tarde. Sin embargo, la miseria ya llevaba tiempo instalada entre los, sólo aparentemente, opulentos muros del Vaticano. Hacía tiempo que los números rojos habían impuesto su dictadura en las arcas vaticanas. La quiebra en 1923 del Banco de Roma, donde se gestionaban todas las cuentas de la Santa Sede, supuso un serio quebranto para las finanzas pontificias, a pesar de que la institución fue salvada en última instancia por Mussolini que aportó 1750 millones de liras. Esta aportación fue un primer acercamiento entre la Santa Sede y los fascistas, lo que dejó prácticamente indefenso al Partido Católico, única fuerza democrática con suficiente implantación como para plantarle cara a los seguidores del Duce (título equivalente al de caudillo en español). De hecho, a raíz de esta intervención, las jerarquías prohibieron que los clérigos militasen en este

partido, lo que según diversos analistas allanó de forma notable el ascenso al poder de Mussolini.

Pero el balón de oxígeno que supuso el reflote del Banco de Roma no había sido suficiente. El palacio de Letrán necesitaba urgentes reformas y el personal de la Santa Sede había sido reducido a su mínima expresión para minimizar los gastos lo máximo posible. Nunca la Iglesia había estado tan cerca del ideal de pobreza de los primeros cristianos. Las causas de este estado eran múltiples, y entre ellas cabe destacar no sólo la mala suerte financiera, sino el catastrófico efecto que para las cuentas papales había tenido el proceso de reunificación de Italia, que tuvo lugar en el siglo XIX. Este hecho histórico privó, además, al Vaticano de muchos de sus recursos económicos, en especial grandes extensiones de terreno —los Estados Pontificios que ocupaban buena parte de la Italia central— que habían proporcionado a la Santa Sede unas saneadas rentas.

Incluso el pontífice había tenido que soportar la humillación de ser «invitado a abandonar» el palacio del Quirinal, en el centro histórico de Roma, que fue ocupado por la familia real y el presidente. A partir de entonces se sucedieron varios intentos infructuosos de alcanzar un acuerdo. En 1871 el gobierno italiano garantizó al papa Pío IX, por medio de la llamada Ley de Garantías, que tanto él como sus sucesores podrían disponer del Vaticano y del palacio de Letrán. También se les indemnizaría con 3 250 000 liras anuales como compensación por la pérdida de los Estados Pontificios. Los representantes de la Iglesia se negaron en redondo a aceptar estas condiciones. Para ellos la cuestión de la soberanía era fundamental, ya que, según su parecer, era imprescindible para el cumplimiento de su misión espiritual que la sede de la Iglesia se mantuviera independiente de cualquier poder político.

Así pues, a partir de ese momento los papas pasaron a considerarse a sí mismos como «prisioneros» dentro del Vaticano.

## **SEÑORES DEL CIELO Y LA TIERRA**

Para entender hasta qué punto debieron de sentirse agraviados ante esta situación, y cómo se llegó a este punto, baste hacer un somero repaso de la historia de la Santa Sede y de algunos de los papas más importantes.

Desde la promulgación del Edicto de Milán por Constantino en 312 hasta la reforma protestante de 1517, los papas habían sido el poder hegemónico en Europa. El papa, como vicario de Cristo en la Tierra, tiene un poder ilimitado. Reyes y emperadores debían arrodillarse ante él. El IV Concilio de Letrán, en 1215, estableció que el obispo de Roma tenía autoridad no sólo en temas espirituales o pastorales, sino también en asuntos materiales y políticos<sup>[1]</sup>. El poder del papa radicaba en su calidad de estadista y de vigilante del equilibrio entre los distintos estados. El papa, como los jefes de Estado, disponía de ejércitos y de territorios para enfrentar eventuales amenazas que se pudieran presentar.

Tras la caída del Imperio romano, el papa había ocupado el papel que antaño desempeñó el cesar. Un ejemplo de su poder es el papel que tuvieron en la mediación entre España y Portugal, monarquías que acataron la Bula Intercaetera, que dividió el continente americano en 1493. Los obispos sólo tenían que rendir cuentas ante el papa, que era quien los nombraba y destituía<sup>[2]</sup>.

El poder de los papas era tal que fueron capaces de destronar a reyes y emperadores, o bien obligarles a usar su poder secular para hacer cumplir la Inquisición, que era conducida por sacerdotes y monjes católicos. La culminación de esta escalada de poder absoluto ocurrió en 1870, cuando el papa fue declarado infalible. Lo que la mayoría de la gente no sabía, y aún hoy desconoce, es que este proceso fue influido por documentos falsificados elaborados para alterar la percepción que los cristianos tenían de la historia del papado y de la Iglesia. Una de las falsificaciones más famosas son los *Falsos decretos de Isidoro*, escritos alrededor de 845. Se trata de 115 documentos supuestamente escritos por los primeros papas.

## **LA CASA DE LAS FALSIFICACIONES**

Sobre la falsedad de estos textos no existen dudas y la propia Enciclopedia Católica admite que son falsificaciones, aunque en cierto sentido los disculpa. Dice que el objetivo del engaño era permitir a la Iglesia ser independiente del poder secular, e impedir al laicado gobernar la Iglesia, lo que dicho claramente no es otra cosa que aumentar el poder del papa. Más grave, si cabe, que la alteración de documentos era la manipulación de documentos existentes a los que se añadía material según la conveniencia del papa de turno. Esto era muy sencillo, en especial en la época en que para la preservación de los documentos se dependía exclusivamente del trabajo de copistas y bibliotecarios, que, en su totalidad, eran clérigos.

Una de estas manipulaciones es una carta que ha sido atribuida falsamente a san Ambrosio, en la que se hizo afirmar al santo que si una persona no está de acuerdo con la Santa Sede puede ser considerada hereje. Otra falsificación famosa, ésta del siglo IX, fue la «Donación de Constantino», según la cual el emperador Constantino concedió el gobierno de las provincias occidentales del Imperio romano al obispo de Roma. Este tipo de cosas ocurría con tanta frecuencia que los cristianos ortodoxos griegos se referían a Roma como «la casa de las falsificaciones». No es de extrañar: durante trescientos años los papas romanos utilizaron este tipo de añagazas para reclamar autoridad sobre la Iglesia en Oriente. El rechazo de estos documentos por parte del patriarca de Constantinopla culminó con la separación de la Iglesia ortodoxa.

Hoy día aún permanecen vigentes muchos de aquellos errores. El *Decretum gratiani*, una de las bases del derecho canónico, contiene numerosas citas de documentos de dudosa autenticidad. Pero no es el único texto de capital importancia en la historia de la Iglesia cuyas fuentes son harto discutibles. En el siglo XIII, Tomás de Aquino escribió la *Summa theologica* y otras obras que se cuentan entre las más trascendentes de la teología cristiana. El problema es que Aquino utilizó el *Decretum* y otros documentos contaminados pensando que eran genuinos.

En cierto sentido, el tema de los documentos falsificados tiene mucho que ver con el del tráfico de reliquias falsas tolerado, cuando no fomentado, por la Santa Sede durante siglos. Verdaderas o falsas, las reliquias hacían más firmes las creencias de los fieles. Su posesión se convirtió en la Edad

Media en una verdadera fiebre, algo a lo que ayudaron diversos factores tanto religiosos como políticos y económicos. Las reliquias más apreciadas eran las que se relacionaban con la vida de Cristo, llegando a contarse más de cuarenta sudarios, treinta y cinco clavos de la pasión e innumerables astillas de la Cruz. También se comerciaba con toda suerte de objetos que tuvieran relación, real o no, con cualquier personaje de la corte celestial. El saqueo de Constantinopla por los cruzados en 1204 produjo una enorme inflación de supuestos restos sagrados por todo Occidente, alimentada no tanto por el expolio de la ciudad cuanto por la creciente oferta de talleres orientales especializados en la fabricación de semejantes *souvenires*.

## **EL PRINCIPIO DEL FIN**

No obstante, aun siendo grande, el poder de los papas no era eterno. La reforma protestante supuso el comienzo de un lento pero inexorable proceso de decadencia en el poder temporal de los pontífices. Impuestos y donaciones dejaron de fluir de las prósperas tierras del norte de Europa. Este proceso histórico fue dejando exhaustos los cofres papales. En 1700, durante el pontificado de Clemente XI, la Iglesia debía quince millones de escudos. En menos de medio siglo esa deuda ya se había multiplicado casi por diez.

La Revolución francesa privó a la Iglesia de sus posesiones en Francia y, peor aún, fue la antesala del saqueo de Roma por parte de las tropas de Napoleón, que pretendía cobrar a los Estados Pontificios un tributo que éstos no podían pagar. En 1797 Napoleón Bonaparte tomó Roma y se apoderó de numerosos tesoros artísticos. Tras el Congreso de Viena de 1815, Roma pasó de nuevo a manos del papado. Pese a todo, la ocupación de Italia por Napoleón estimuló una reacción nacionalista, y, en 1861, Italia se unificó bajo la casa de Saboya. Pero Roma no se incorporó al reino de Italia y hasta 1870 no pudo ser ocupada.

Por otro lado, el providencial recelo de la Iglesia hacia los adelantos científicos hizo que los Estados Pontificios no se beneficiaran de la

Revolución industrial, convirtiéndose en una de las zonas más atrasadas de Europa con un potencial económico que disminuía poco a poco.

En este proceso final tuvo mucho que ver la escasa cintura política, cuando no el abierto empecinamiento de Pío IX, el último «papa rey». Este peculiar pontífice era epiléptico y de carácter bastante impulsivo. El 16 de junio de 1846, Giovanni María Mastai Ferretti era ungido en el sitial de San Pedro con el nombre de Pío IX para suceder a Gregorio XVI. El cónclave demoró cuatro rondas antes de coincidir en su nombre, hostigado por la corriente conservadora que acusaba a Ferretti de progresista (más tarde se comprobaría lo equivocados que estaban). Una de sus primeras medidas — poner en libertad a dos mil presos políticos que se morían en las mazmorras de los Estados Pontificios— pareció confirmar esa sospecha; una fracción de purpurados consideró que ese acto desautorizaba la política intransigente de Gregorio XVI y favorecía las maniobras de los masones, su particular bestia negra, a la que culpaba de todos los males del mundo.

En 1864 Pío IX publicó el notorio *Syllabus de errores*, en el que se condenaban los ideales liberales como la libertad de conciencia y la separación de Iglesia y Estado. Por otra parte, Pío Nono fue el papa que convocó el I Concilio Vaticano, con el expreso propósito de definir como dogma de fe la doctrina de la infalibilidad papal, un punto que desató no pocas controversias entre los asistentes al concilio.

Como buenos conocedores de la historia de los papas, varios obispos católicos se opusieron a declarar la doctrina de la infalibilidad papal como dogma en el concilio de 1869-1870. En sus discursos, un gran número de ellos mencionó la aparente contradicción entre semejante doctrina y la reconocida inmoralidad de algunos papas. Uno de estos discursos fue pronunciado por el obispo José Strossmayer. En su argumento contra el edicto de la «infalibilidad» como dogma, mencionó cómo algunos papas se habían manifestado contrarios a la doctrina de papas anteriores, haciendo referencia especial al papa Esteban, que llevó a juicio al papa Formoso. La historia en cuestión es esperpéntica, ya que el papa Formoso había muerto ocho meses antes. Sin embargo, su cadáver fue exhumado y llevado a juicio por el papa Esteban. El cadáver, putrefacto, se situó en un trono. Allí, ante un grupo de obispos y cardenales, lo ataviaron con las vestimentas del

papado, se puso una corona sobre su calavera y el cetro en los cadavéricos dedos de su mano. Mientras se celebraba el juicio, el hedor del muerto llenaba la sala. El papa Esteban, adelantándose hacia el cadáver, lo interrogó. Claro está, no obtuvo respuesta, y el papa difunto fue sentenciado culpable de todas las acusaciones. Entonces le fueron quitadas las vestimentas papales, le arrebataron la corona y le mutilaron los tres dedos que había usado para dar la bendición papal. Después arrastraron el cadáver putrefacto, atado a una carroza, por las calles de la ciudad, tras lo cual fue arrojado al Tíber. Sin embargo, no acaba ahí la historia, ya que después de la muerte del papa Esteban, el siguiente papa romano rehabilitó la memoria de Formoso.

## **REVUELTAS POPULARES**

El citado es sólo el más llamativo de muchos otros casos. Después de su muerte, el papa Honorio I fue acusado de hereje por el VI Concilio, en el año 680. El papa León confirmó su condenación. Posteriormente, el papa Virgilio, tras sancionar libros, retiró su condena; luego los volvió a sancionar y una vez más retiró la condena, para más tarde volver a revocar esta decisión. En el siglo XI hubo tres papas rivales al mismo tiempo. Todos ellos fueron depuestos por el concilio convocado por el emperador Enrique III. Y así podríamos citar decenas de ejemplos similares.

A pesar de estos argumentos, Pío IX consiguió que la infalibilidad del papa fuera declarada dogma de fe. Su espíritu conservador y su casi paranoica obsesión con los masones le hizo no comprender la magnitud imparable del movimiento nacional italiano, al que se opuso sistemáticamente, así como a conceder el sufragio a los súbditos de los Estados Pontificios. La tensión máxima estalló cuando el papa se negó a apoyar a los nacionalistas que luchaban por liberar Italia del dominio austríaco. Los italianos sintieron este abandono como una afrenta, dando lugar a un levantamiento que comenzó el 15 de noviembre de 1849, cuando la turba asesinó al conde Pellegrino Rossi, el primer ministro de los Estados



Pontificios. Al día siguiente, el Quirinal, la residencia de verano del pontífice, fue saqueada, y murió en la refriega Palma, uno de los prelados de la corte.

Dado que la situación era insostenible. Pío IX no tuvo más remedio que huir disfrazado de Roma el 24 de noviembre<sup>[3]</sup> y establecerse temporalmente en Gaeta, cerca de la costa mediterránea. El 9 de febrero de 1849 se proclamó la República Romana por parte de Giuseppe Mazzini, Carlo Armellini y Aurelio Saffi. No obstante, la nueva república no iba a tener una vida demasiado prolongada. Desde su exilio, el papa pidió ayuda a los católicos de Europa, logrando una intervención de las tropas francesas que consiguieron que el pontífice regresara a la ciudad el 12 de abril de 1850. Pero el destino de los Estados Pontificios ya estaba sellado. Ni la fuerza, ni la persuasión, ni tan siquiera la amenaza de excomuniación impidió que en los años siguientes los territorios papales fueran proclamando, uno a uno, su independencia. Con la llegada de la unidad de Italia, el último «papa rey» se vio desposeído de las regiones de la Romana (1859), Umbría, las Marcas (1860) y, en 1870, la misma Roma, con la conocida toma de Porta Pía, el 20 de septiembre, que marcó el fin del poder temporal de los papas. Las posesiones del papa pasaron a ser unos simples 480 000 metros cuadrados en el centro de Roma.

Pío Nono murió el 7 de febrero de 1878. Por aquel entonces, el pueblo italiano aún guardaba rencor a aquel pontífice que no había sabido entender sus ansias de independencia. Prueba de ello es que su cortejo fúnebre fue atacado por la multitud, que pretendía arrojar los restos del pontífice al Tíber, como ocurrió siglos antes con el papa Formoso. Sólo la oportuna intervención de las tropas impidió que se consumara la profanación del cadáver<sup>[4]</sup>.

## **DE MAL EN PEOR**

Los sucesores de Pío IX no contribuyeron demasiado a mejorar la difícil situación que dejó el pontífice tras su muerte. El hábil diplomático

León XIII evitó que la fractura entre la Iglesia y los regímenes democráticos se hiciera aún mayor, aconsejando a los católicos franceses la adhesión al régimen republicano y señalando que cualquier forma de gobierno era digna de aprobación si respetaba los derechos del hombre. Durante su pontificado comenzó a hacerse sentir la falta de los ingresos procedentes de los Estados Pontificios.

El 9 de agosto de 1903 fue coronado Pío X. Continuator del pensamiento de Pío IX, emitió un decreto en forma de *motu proprio* titulado *Sacrorum antistitum*, en el que solicitaba de todos los clérigos un voto en contra del «modernismo, síntesis de todas las herejías»<sup>[5]</sup>. En este texto podemos ver como vuelve a florecer la obsesión de Pío IX: «Nos parece que a ningún obispo se le oculta que esa clase de hombres, los modernistas, cuya personalidad fue descrita en la encíclica *Pascendi dominici gregis*, no han dejado de maquinarse para perturbar la paz de la Iglesia. Tampoco han cesado de atraer adeptos, formando un grupo clandestino; sirviéndose de ello inyectan en las venas de la sociedad cristiana el virus de su doctrina, a base de editar libros y publicar artículos anónimos o con nombres supuestos. Al releer nuestra carta citada y considerarla atentamente, se ve con claridad que esta deliberada astucia es obra de esos hombres que en ella describíamos, enemigos tanto más temibles cuanto que están más cercanos; abusan de su ministerio para ofrecer su alimento envenenado y sorprender a los incautos, dando una falsa doctrina en la que se encierra el compendio de todos los errores».

Pío X fue el primer papa en no ser embalsamado mediante la evisceración y drenaje de la sangre, ya que se encargó de abolir esta práctica antes de su muerte. Este decreto tuvo consecuencias bastante desastrosas para los restos mortales de algunos de sus sucesores. En el caso de Pablo VI, que murió en 1978, los amortajadores sólo prepararon el cadáver para un ataúd cerrado. Apenas dos días después de ser exhibido, la piel del papa comenzó a decolorarse, su mandíbula se hundió y sus uñas se oscurecieron. El cadáver de Pío XII fue tan mal conservado en 1958 que los cuatro hombres que hacían guardia en el Vaticano tenían que cambiar cada quince minutos porque no podían soportar el olor. Más extraño fue el caso

de Juan Pablo I, cuyo rostro se volvió inexplicablemente verde, lo que aumentó los rumores respecto a un posible envenenamiento.

## UN PAPA DÉBIL

El sucesor de Pío IX fue Benedicto XV. Sus detractores decían que su figura era fiel reflejo de la propia decadencia de la Iglesia. En efecto, su apariencia era frágil y poco agraciada a causa de un accidente sufrido en la infancia. Durante su reinado quedó más claro que nunca que la influencia del Vaticano apenas era la sombra de lo que había sido en el pasado. Sus esfuerzos mediadores durante la Primera Guerra Mundial fueron rechazados por ambos bandos en conflicto<sup>[6]</sup>. Intentó un acercamiento a las fuerzas anticlericales, llegando a calificar la Revolución rusa de «triunfo contra la tiranía». De poco le sirvieron estas palabras: el comunismo pronto se reveló como una doctrina irreconciliablemente anticristiana y como una de las mayores amenazas para la Iglesia de la época.

En Italia se vio igualmente incapaz de controlar la pugna entre los extremismos de izquierda y derecha, que culminó con el triunfo del fascismo. La Iglesia se había vuelto tan débil que no pudo impedir que los extremistas tomasen al asalto los templos y se subieran a los púlpitos a declamar sus arengas ante los atónitos feligreses. Ante esta situación, en 1919, el mismo año en que se crea el movimiento fascista, se funda el Partido Popular Italiano, cuyo primer secretario es un sacerdote de Caltagirone, don Luigi Sturzo, que intentó mantener las tesis cristianas en medio de aquella enrarecida arena política.

En 1920, cuando empezaron las reuniones de la Sociedad de Naciones, Benedicto XV publicó una nueva encíclica, *Pacem Dei Munus*, en la que reclamaba sus derechos como soberano de un Estado. Sin embargo, los líderes internacionales hicieron oídos sordos a la encíclica, a consecuencia de lo cual la Santa Sede no pudo participar en los trabajos de la Sociedad de Naciones, sobre todo debido a la oposición del delegado italiano en la misma, Nitti.

En el aspecto financiero las cosas no iban mucho mejor. Durante el pontificado de Benedicto XV el presupuesto del Vaticano se redujo hasta ser apenas una cuarta parte del de la época de León XIII. El 22 de enero de 1922, Benedicto XV fallecía en el Vaticano víctima de una epidemia de gripe. Sus últimas palabras fueron: «Ofrecemos nuestra vida para la paz del mundo».

El siguiente papa en acceder al trono de San Pedro fue Pío XI, Ambrogio Damiano Achille Ratti, que lo hizo entre 1922 y 1939. Nació el 31 de mayo de 1857 en Desio, Italia, en el seno de una familia acomodada dedicada a la industria textil. Cursó estudios en las universidades Lombarda y Gregoriana de Roma, y fue ordenado sacerdote el 27 de diciembre de 1879. Entre 1882 y 1888 fue catedrático de teología en el seminario de Milán. Mantuvo siempre viva su actividad pastoral, dándose en ocasiones tiempo para practicar el montañismo. Al igual que el recientemente fallecido Juan Pablo II, era un experto en esta práctica. (Se cuenta que en su juventud emprendió la subida del Monte Rosa y aguantó durante toda la noche una feroz tormenta alpina colgado de una cornisa). Achille se dedicó al estudio de la paleografía. Hasta 1910 fue bibliotecario y posteriormente director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, y prefecto de la Biblioteca Vaticana en Roma. En estos cargos tuvo ocasión de familiarizarse con la historia política y los acontecimientos de su época, lo que le aportó el bagaje teórico necesario para realizar una visita apostólica a Polonia, devastada por la guerra en 1918, por orden del papa Benedicto XV. Este viaje le sirvió para demostrar que estaba excepcionalmente dotado para las tareas diplomáticas. Su habilidad y celo le valieron el nombramiento de nuncio de Su Santidad en este país en 1919. Dos años después recibió la dignidad de cardenal y arzobispo de Milán, y en 1922 sucedería al papa Benedicto XV.

## **RATAS EN SAN PEDRO**

Quizá la circunstancia que mejor simbolice la terrible situación financiera a la que se había visto abocada la Santa Sede tras estas últimas décadas tan turbulentas fue la plaga de ratas que, como una condenación bíblica, se adueñó del Vaticano. Sin embargo, no se trataba de ninguna maldición, sino de una concatenación de causas y efectos lógicos. La falta de dinero había hecho que la red de alcantarillado del Vaticano se encontrara en un estado de abandono superior al resto de las instalaciones. Inundaciones, atascos y derrumbes estaban a la orden del día sin que nadie hiciera nada para remediarlo. En estas condiciones, los roedores se multiplicaron sin freno y fue sólo cuestión de tiempo que comenzaran a salir a la superficie.

Aquellos animales, asociados tradicionalmente por el folclore con la figura de Satanás, tenían un comportamiento sacrílego que no desmerecía en absoluto su fama. No respetaban ni las sepulturas de los pontífices de la antigüedad ni la residencia del actual. Su ansia destructiva se aplicaba con igual saña a los tapices (ya muy castigados por la polilla) y al mobiliario. La situación alcanzó un punto tan alarmante que ya no se guardaban hostias consagradas en los sagrarios por miedo a que los roedores cometieran la más terrible de las profanaciones para un católico: mancillar el cuerpo de Cristo.

En medio de aquella situación, a muchos les parecía irónico que el apellido del papa fuera precisamente Ratti<sup>[7]</sup>.

La elección de Pío XI fue complicada y no se decidió hasta después de quince votaciones. No obstante, fue un cónclave relativamente corto si se compara con los anteriores. Como en tantas otras ocasiones, el cónclave se encontraba dividido entre los más conservadores, partidarios del cardenal español Rafael Merry del Val, y los progresistas, cuyas simpatías se decantaban por el cardenal Gasparri.

El nuevo pontífice pronto demostró que su pontificado no iba a ser intrascendente. Pío XI, nada más ser elegido, hizo algo que no habían hecho ni Pío X ni Benedicto XV a causa de la pérdida de los Estados Pontificios: apareció en el gran ventanal de la fachada de San Pedro para impartir la bendición *urbi et orbe*. El hombre que se asomó a aquella ventana conservaba en estampa mucho de la imponente y atlética figura de su juventud. Su rostro, de frente despejada y ojos penetrantes, inspiraba

respeto a quienes se encontraban con él. Se involucraba en todos los aspectos del gobierno de la Iglesia, realizando toda clase de preguntas a sus colaboradores<sup>[8]</sup>. (Alguno de ellos llegó a afirmar que preparar una reunión con el Santo Padre era peor que un examen<sup>[9]</sup>).

## LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO

Pío XI se volcó en la expansión de la Iglesia por todo el planeta, de hecho, «Papa de las Misiones» era el título que más agradaba a Pío XI. Su doctrina era que los territorios extraeuropeos fueran confiados al clero local; buena prueba de ello fue el nombramiento de los primeros obispos chinos y japoneses en 1926 y 1927. También hizo construir en el Gianicolo (Roma) la grandiosa sede del Colegio y la Universidad Urbana de Propaganda Fide, para que los jóvenes de los países de misiones destinados al sacerdocio tuviesen una adecuada preparación para sus futuras tareas. En 1927, con la institución del Museo Misionero-Etnológico del Vaticano, se abrió la posibilidad de conocer a fondo la actividad misionera y las grandes religiones y culturas del mundo.

Al contrario que la mayoría de sus antecesores. Pío XI fue un gran protector de las ciencias, algo que no es de extrañar dado su trabajo durante años como archivista e investigador. De hecho, la reforma de la Biblioteca Vaticana fue una de sus prioridades, tras lo cual fundó el Instituto Cristiano de Arqueología, la Academia de Ciencias y el Observatorio Vaticano en Castelgandolfo.

En el terreno político y social también destacó su labor. La elección de su lema —«La paz de Cristo en el reino de Cristo»— nos habla de un pontífice partidario de la militancia activa en los asuntos terrenales. En este sentido, su gran enemigo fue el comunismo, sobre el que promulgó una encíclica titulada *Divini redemptoris*. Para Pío XI era un «satánico azote» cuyo objetivo era «derrumbar radicalmente el orden social y socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana», constituyendo «una

realidad cruel o una seria amenaza que supera en amplitud y violencia a todas las persecuciones que anteriormente ha padecido la Iglesia»<sup>[10]</sup>. Esto explica las simpatías con que miró, al menos en principio, a dictadores como Franco, Hitler y Mussolini.

Sin embargo, como ya hemos visto, en la primera etapa de su pontificado Pío XI tuvo problemas mucho más cercanos y acuciantes que los planteados por el comunismo. La ambiciosa cadena de fundaciones y reformas que hemos repasado se hizo con un exiguo presupuesto anual que apenas superaba el millón de dólares<sup>[11]</sup>. Cada día que pasaba la situación se tornaba más insostenible. Los resultados de una auditoría realizada por la comisión cardenalicia no pudieron ser más desalentadores. El déficit vaticano crecía de forma desmedida, al tiempo que los ingresos y las donaciones descendían vertiginosamente. Los acreedores, de los cuales uno de los más importantes era el Reichbank alemán, comenzaron a perder la paciencia y exigieron el pago de las deudas. Por su parte, uno de los principales asesores económicos de la Santa Sede, el arzobispo de Chicago George William Mundelein, que había tenido que hipotecar propiedades de la Iglesia por valor de un millón y medio de dólares, comunicó al pontífice su pronóstico de una larga crisis económica cuyos efectos se dejarían sentir en todo el mundo. Acuciado por las necesidades económicas de la Santa Sede, y cegado por su radical anticomunismo, Pío XI no se dio cuenta de que, de una u otra forma, iba a seguir tratando con ratas.

## **EL ASCENSO DEL FASCISMO**

Pío XI accedió al pontificado con el firme propósito de terminar de una vez por todas con la anomalía que suponían las actuales relaciones entre el Vaticano y el gobierno de Italia. El escollo más importante lo constituía la cuestión económica. La situación financiera de Italia no era mucho mejor que la de la Santa Sede. Con la mayor tasa de natalidad de Europa y una inflación y paro sólo superados por los de Alemania, la pobreza era el estado natural de muchas familias italianas, lo que contribuyó notablemente

a enrarecer aún más el ya muy agitado panorama político. Mussolini y sus fascistas estaban, literalmente, dispuestos a todo:

«Nuestro programa es simple. Queremos gobernar Italia»<sup>[12]</sup>. Para ello desarrollaron una feroz campaña de violencia política que tiñó de sangre todo el país. Sólo en 1921 murieron, víctimas de la violencia fascista, cerca de quinientas personas.

Por su parte, los comunistas no se quedaron de brazos cruzados y respondieron con una infinita sucesión de paros laborales que culminaron en una huelga general. En la primavera de 1922, cuarenta mil braceros fascistas bajo el mando de Ítalo Balbo ocuparon Ferrara como protesta por las miserables condiciones de vida. A finales de julio de 1922, más de 700 000 trabajadores se habían afiliado a la Confederazione Nazionale delle Corporazioni, sindicato del Partido Nacional Fascista. La derrota de la izquierda era evidente.

En octubre de ese mismo año, se reunió el congreso del Partido Nacional Fascista y comenzaron los preparativos de la «Marcha sobre Roma», planeada como la ocupación de la capital italiana por parte de los «camisas negras», fascistas cuyo objetivo era presionar al rey para que encargase la formación de gobierno a Mussolini. Víctor Manuel III, muy impresionado por la movilización fascista, y poco afecto a los ideales y principios de la democracia parlamentaria, decidió recurrir a Mussolini. En 1925 el Duce había transformado el país en un régimen totalitario de partido único basado en el poder del Gran Consejo Fascista (órgano creado en diciembre de 1922, pero institucionalizado seis años más tarde), respaldado por las Milicias Voluntarias para la Seguridad Nacional.

## **Y LOS TRENES LLEGABAN A TIEMPO**

Los efectos del ascenso al poder de Mussolini no se hicieron esperar. La actividad económica se reactivó como por ensalmo. Las tasas de paro e inflación recuperaron sus niveles lógicos. Las calles volvieron a ser seguras y los trenes llegaban a tiempo. Un verdadero paraíso si a uno no le



importaban cuestiones como la democracia, la libertad de expresión o vivir en un estado policial sin las mínimas garantías jurídicas.

En cualquier caso, las arcas de la hacienda italiana recuperaron la salud perdida... y quedó claro que Mussolini era el hombre con el que Pío XI tenía que tratar. El 20 de enero de 1923, el cardenal Gasparri, secretario de Estado del Vaticano, mantuvo la primera de una larga serie de entrevistas secretas con Mussolini.

Sin embargo, había una circunstancia que podría dificultar notablemente un entendimiento entre los fascistas y la Santa Sede. Era de dominio público que el Duce era ateo y virulentamente anticlerical. En su juventud había escrito varios textos profundamente antirreligiosos y en su vida personal ni se había casado con su pareja ni había bautizado a sus hijos. Se cuenta que en una ocasión se quitó el reloj y, poniéndolo violentamente sobre la mesa, le dio a Dios un minuto para fulminarle si realmente existía y era todopoderoso. Pese a todo, una vez alcanzado el poder, Mussolini fue consciente de las dificultades de gobernar en Italia de espaldas a la Iglesia católica: «Creo que el catolicismo podría ser utilizado como una de nuestras más potentes fuerzas para la expresión de nuestra identidad italiana en el mundo»<sup>[13]</sup>.

Por otro lado, el ateísmo de Mussolini irritaba a los industriales y financieros que le apoyaban económicamente, lo que hizo que el Duce cambiara de táctica. Los fascistas estaban convencidos del interés social de un sentimiento como el religioso, que es vínculo comunitario en las masas. El propio Mussolini se sintió muy sorprendido en 1922 ante la inmensa multitud que esperaba en la plaza de San Pedro la elección de Pío XI: «Mira esta multitud de todos los países del mundo. ¿Cómo es que los políticos que gobiernan las naciones no se dan cuenta del inmenso valor de esta fuerza internacional, de este poder espiritual universal?». Así que, a pesar de su declarado ateísmo, Mussolini no deseaba destruir lo que existía, sino ir, progresivamente, modificándolo, reinterpretándolo, hasta conseguir que un día se transformase en una cosa muy distinta y en una religión con un contenido muy diferente. Mussolini se refería a esto como: «Roma, donde Cristo es romano».

Tras la Marcha sobre Roma comenzaron a prodigarse algunos gestos de buena voluntad hacia el Vaticano, como la donación al papa de la valiosa Biblioteca Chigi. En la Santa Sede se desconfiaba de Mussolini, pero a la vez se mantenía un prudente silencio sobre su forma de llevar las riendas de Italia. Independientemente de que el Duce mandara a prisión a más de diez mil de sus opositores o que incitase a sus fascistas a «marchar sobre el cadáver podrido de la libertad», en el Vaticano no se podía escuchar palabra alguna en contra del caudillo fascista.

## **EL HOMBRE ENVIADO POR LA PROVIDENCIA**

En 1924, siguiendo instrucciones expresas del Duce, el líder del Partido Socialista, Giacomo Matteotti, que a la sazón era el más obstinado opositor a las pretensiones absolutistas de Mussolini, fue asesinado por militantes fascistas. La oleada de indignación que recorrió toda Italia fue tan grande que durante esta crisis el Duce estuvo a punto de perder todo lo que había conseguido hasta entonces. Tanto el Partido Popular como el socialista solicitaron formalmente al rey la destitución de Mussolini.

Cuando la situación parecía desesperada, al líder fascista le llegó el auxilio de donde, probablemente, menos lo esperaba. Socialistas y católicos negociaban una sólida coalición para apartar del poder a Mussolini cuando el papa Pío XI advirtió severamente a los cristianos italianos de que cualquier alianza con los socialistas, incluido su sector más moderado, estaba estrictamente prohibida por la ley moral, según la cual la cooperación con el mal constituye un pecado. El papa no mencionó que tanto en Bélgica como en Alemania esa cooperación (con los socialistas, no con el mal) se estaba produciendo sin que nadie hubiera advertido a los católicos de aquellos países sobre el peligro que corrían.

No hay que desestimar la importancia de esta tácita complicidad. La innegable influencia que tenía el parecer del papa sobre buena parte de la opinión pública italiana hubiera hecho que cualquier comentario sobre el

ateísmo, la integridad moral o los métodos violentos de Mussolini pesara como una losa en la pretensión de éste de convertirse en el cesar de la nueva Roma.

Consciente de ello, el Duce supo corresponder con extrema generosidad al favor procedente de Roma. Declaró ilegal la masonería, subvencionó con fondos públicos algunas instituciones eclesiásticas que estaban al borde de la quiebra y eximió de obligaciones fiscales a la Iglesia y a sus miembros.

El 31 de octubre de 1926, el cardenal Merry del Val, que había sido secretario de Estado con Pío X y mantenía un puesto de privilegio en el Vaticano, declaró públicamente: «Mi agradecimiento también se dirige hacia él [Mussolini], que sostiene en sus manos las riendas del gobierno en Italia. Con su perspicaz visión de la realidad ha deseado y desea que la religión sea respetada, honrada y practicada. Visiblemente protegido por Dios, ha mejorado sabiamente la fortuna de la nación, incrementando su prestigio en todo el mundo»<sup>[14]</sup>. A lo que el propio papa apostilló el 20 de diciembre de 1926 que «Mussolini es el hombre enviado por la Providencia».

En esta aparente complacencia hacia el Duce había mucho más de corrección política que de sincera admiración. En más de una ocasión, el papa había calificado en privado al dictador de «hijo del diablo». Este sentido de la conveniencia era mutuo. Sin variar un ápice lo que pensaba en su fuero interno, el comportamiento externo de Mussolini hacia la Santa Madre Iglesia experimentó un importante giro. El Duce comenzó a acudir a misa, pasó por la vicaría para dar validez eclesiástica a su unión matrimonial e incluso bautizó a sus hijos, renunciando en su nombre, como todo buen padre cristiano, al «diablo y sus obras». En el terreno estrictamente político, esta nueva relación con el Vaticano quedó patente con medidas legislativas, como los impuestos para las parejas sin hijos o la consideración del adulterio como delito penal.

## **CONVERSACIONES SECRETAS**

Así pues, y a pesar del recelo mutuo, existía en aquel momento un clima favorable para la firma de un concordato, tarea que el papa encomendó al cardenal Gasparri. Tras algunas conversaciones, el dictador manifestó su deseo de compensar a la Iglesia con una más que generosa remuneración por la humillación sufrida durante años por los «papas prisioneros». El primer contacto entre ambas partes había acontecido, sin embargo, mucho antes, el 6 de agosto de 1926, cuando Domenico Barone —emisario de Mussolini— se entrevistó secretamente con el doctor Francesco Pacelli —laico adscrito a la Santa Sede y hermano del futuro papa Pío XII, que por aquel entonces era nuncio en Berlín— para hacerle saber el interés de Mussolini por reabrir la «cuestión romana». Pacelli manifestó al enviado del futuro dictador que si realmente estaba dispuesto a negociar, había dos cuestiones que el papa consideraba imprescindibles como punto de partida: el reconocimiento de la posesión de un Estado soberano bajo la autoridad del pontífice y la igualdad jurídica entre matrimonio civil y religioso.

El Duce dio su consentimiento al inicio de las conversaciones bajo estos términos y las reuniones comenzaron a nivel estrictamente confidencial: el jefe del Gobierno había advertido a los participantes de que la menor indiscreción llevaría, de manera inevitable, a la ruptura de las negociaciones y se consideraría atentatoria contra la seguridad del Estado, condenando al responsable de la filtración (fuera éste seglar o religioso) a ser desterrado de por vida a las islas Lípári. Buena parte del contenido de las reuniones se centró en regatear las condiciones económicas del acuerdo, que en una primera oferta de Mussolini consistía en la donación por parte del gobierno italiano de alrededor de cincuenta millones de dólares en Obligaciones del Estado. Finalmente, esos cincuenta millones se convirtieron en noventa, es decir, 1750 millones de liras.

La mañana del lunes 11 de febrero de 1929, las calles de Roma se fueron poblando de un gentío murmurante que parecía desafiar lo que estaba siendo uno de los inviernos más fríos de los últimos años. A pesar del celo puesto tanto por el gobierno como por la Santa Sede, buena parte de los romanos sabían que algo importante iba a suceder en el Vaticano. Cuando el Duce descendió de su Cadillac negro estacionado a un costado de la plaza de San Juan, media hora antes del mediodía, le sorprendió

encontrar a una muchedumbre expectante que aguardaba su llegada. Un acceso de ira le sobrevino al comprobar que sus órdenes no se habían cumplido fielmente; es posible que incluso se viera tentado de dar media vuelta en uno de sus célebres raptos temperamentales, pero finalmente decidió subir los peldaños de la escalinata del palacio de Letrán, en cuyo interior el papa Pío XI, y casi todos los miembros del gobierno vaticano, le esperaban desde hacía unos minutos.

Ni la guardia fascista, ni los *carabinieri*, ni la Guardia Suiza estaban allí. Todo se había organizado de la manera más discreta posible para no llamar la atención. Elegantemente vestido de chaqué, Mussolini ascendió hasta el segundo piso, donde le esperaba el cardenal Gasparri, con quien cruzó un prolongado apretón de manos. Gasparri había tenido que abandonar la cama y todo el acto, unido a lo inclemente del tiempo, iba a ser una verdadera ordalía física para el anciano cardenal<sup>[15]</sup>. No obstante, por nada del mundo iba a perderse la firma, aunque ello le costase la vida, ya que con aquel acto culminaba toda su carrera diplomática. Estaba previsto que la ceremonia se prolongase varias horas, pero el público que aguardaba en el exterior y el precario estado de salud de Gasparri —que tuvo que permanecer sentado durante todo el acto— la redujeron a unos meros cuarenta y cinco minutos<sup>[16]</sup>. La lectura de las actas no comenzó hasta las doce en punto. Tras las firmas, el cardenal obsequió a Mussolini con la pluma de ave con mango de oro que había servido para rubricar el acuerdo. El líder fascista la aceptó complacido: «Será para mí uno de los mejores recuerdos que haya merecido».

El tratado se componía de tres apartados principales, aparte de varios anexos y otras disposiciones; el primero, el concordato, regulaba las relaciones entre la Iglesia y el gobierno italiano. En él, se devolvía al Vaticano la completa jurisdicción sobre las organizaciones religiosas en Italia. El catolicismo pasaba a ser la religión oficial del Estado italiano, prohibiendo que otras confesiones religiosas pudieran hacer proselitismo en el país y el gobierno asumía pagar el salario de los sacerdotes con cargo a los presupuestos nacionales. El segundo apartado, el Tratado de Letrán propiamente dicho, establecía la soberanía del Estado Vaticano, con el que automáticamente se establecían relaciones diplomáticas. Aparte del recinto

vaticano se concedía a la Santa Sede soberanía sobre tres basílicas de Roma (Santa María la Mayor, San Juan de Letrán y San Pablo), la residencia de verano del papa (el palacio de Castelgandolfo) y varias fincas por toda Italia. Finalmente, estaba la «Convención Financiera», que de un plumazo llevaba a la Santa Sede de la miseria a la riqueza.

Al día siguiente de la firma, en una rueda de prensa. Pío XI sintetizó mejor que nadie el alcance del tratado que se había firmado: «Mi pequeño reino es el más grande del mundo». El fervor que levantó el acuerdo fue tal que incluso la mesa en que había sido rubricado comenzó una gira mundial para ser venerada como si de una reliquia se tratara<sup>[17]</sup>. El manto de misterio que se tendió sobre la dilatada negociación sólo pudo ser descorrido con lentitud tras la ceremonia de Letrán. Se supo entonces que el texto del acuerdo había sido impreso en el Vaticano por operarios a los que se mantuvo prisioneros hasta días después del 11 de febrero, y que el papa había corregido personalmente todas las pruebas de imprenta: «Hay casos en que la presencia o ausencia de una coma —le comentó a Gasparri— puede modificar todo el contenido».

Aquel contenido era tan importante que su trascendencia traspasaba con mucho las diminutas fronteras del Estado Vaticano. Tanto es así que en dos lugares muy alejados del mundo había dos personajes que estaban particularmente atentos a los términos del tratado por razones que nada tenían que ver con el cristianismo. En Alemania, un Adolf Hitler que comenzaba a ser algo más que el jefe de una pandilla de agitadores escribía en el periódico del partido nazi: «El hecho de que la curia haya hecho las paces con el fascismo muestra que el Vaticano confía en las nuevas realidades políticas mucho más de lo que lo hizo en la antigua democracia liberal, con la que no pudo llegar a un acuerdo [...]. El hecho de que la Iglesia católica haya llegado a un acuerdo con la Italia fascista prueba más allá de toda duda que el mundo de las ideas fascistas está más cerca de la cristiandad que del liberalismo judío o incluso el ateísmo marxista»<sup>[18]</sup>.

En Estados Unidos, el banquero Thomas William Lamont, uno de los principales agentes de la banca Morgan, estaba mucho menos interesado en las consecuencias políticas del tratado que en los noventa millones de dólares que llevaba aparejados. A fin de cuentas. Pío XI era un viejo amigo

de la casa Morgan. Siendo monseñor Ratti prefecto de la Biblioteca Vaticana, el que más tarde se convertiría en papa gestionó la restauración de una valiosa colección de manuscritos coptos propiedad de J. Pierpoint Morgan<sup>[19]</sup>. Aquellos pergaminos pasarían a ser una de las piezas más preciadas de la mítica «biblioteca negra» del millonario.

Comenzaba una época en que las obras del diablo iban a ser salpicadas con agua bendita.

## **EL MERCADER EN EL TEMPLO. BERNARDINO NOGARA, EL CONSTRUCTOR DE LAS FINANZAS VATICANAS**

*El dinero de Mussolini fue sólo el comienzo de un colosal imperio económico que creció en poco tiempo alrededor de la Santa Sede. El artífice de este milagro económico fue Bernardino Nogara, un hábil financiero que no vaciló un instante a la hora de implicar al Vaticano en toda clase de negocios: desde el comercio de armas a las actividades que, hasta aquel momento, la doctrina católica había considerado como usura.*

Sesenta años de incertidumbre y dificultades habían desaparecido como por ensalmo. La Iglesia volvía a ser rica. Las ratas abandonaron San Pedro, se pagaron los salarios y se contrató nuevo personal. La pesadilla había quedado atrás. Sin embargo, Pío XI consideraba que su misión no había terminado. El éxito había sido grande, pero ahora era necesario trabajar para que nunca más se volviera a dar una situación semejante. Habría sido muy bonito tapan las goteras e invertir el resto de esa fabulosa cantidad de dinero en las muchas obras de caridad que dependían de la Iglesia. Habría sido bonito, pero poco realista. El «papa rey» no sólo necesitaba disponer de un Estado soberano para ser independiente, sino que debía disponer de unos fondos suficientes que le permitieran no tener que volver a mendigar favores de nadie.

Para administrar la fortuna obtenida a través del Tratado de Letrán, el papa creó la Administración Especial de la Santa Sede (*Amministrazione Speciale della Santa Sede*<sup>[1]</sup>), al frente de la cual colocó a Bernardino



Nogara. Anteriormente habían existido en el seno de la Iglesia órganos similares: en 1887 León XIII constituyó una comisión cuya función consistía en «guardar y administrar los capitales de las fundaciones pías». En 1904 Pío X modificó este organismo y, posteriormente, cambió su nombre por el de Comisión para las Obras de Religión, ampliando su actividad a toda Italia. Sin embargo, nunca antes en los tiempos modernos se había verificado una entrada semejante de capital. La recién creada Administración invirtió el dinero de forma bastante juiciosa: un tercio en acciones de industrias italianas, otro en inmuebles y un último tercio en divisas y en oro.

La decisión del papa de crear una institución para administrar este dinero en lugar de dejarle esa tarea a alguna de las ya existentes da a entender dos cosas. Lo primero, que Pío XI no tenía demasiada confianza en las instituciones financieras que existían en el Vaticano, algo que, dado el estado de cuentas que había atravesado la Santa Sede, estaba más que justificado. La otra era que el papa estaba dispuesto a darle un giro inédito a la administración del capital vaticano.

Otra consecuencia del Tratado de Letrán es que por primera vez el Vaticano tuvo que hacer frente a los innumerables problemas que acarrea ser una nación pequeña, pero soberana. Así nació el *Governatorato*, órgano de gobierno del Estado Ciudad del Vaticano, que tenía su sede en el palacio del mismo nombre y que se ocupaba del gobierno interno del Estado: obras públicas, energía, tráfico, correos y comunicaciones, suministros, etc. El palacio del Governatorato es un magnífico palacio de estilo renacentista que mandó construir Pío XI en la cabecera de la basílica de San Pedro. Aquí se encuentran las oficinas de las diez secretarías o ministerios del gobierno civil del Vaticano: la de filatelia, numismática, correos y telégrafos, oficina de información; monumentos, museos y galerías pontificias; servicios técnicos, edificios, instalaciones, mantenimiento, superintendencia, restauración y teléfonos; Radio Vaticana; servicios económicos; servicios sanitarios; Observatorio de Castelgandolfo; estudios e investigaciones arqueológicas; dirección de las villas pontificias de Castelgandolfo y servicio civil de vigilancia.

## CASI TAN BUENO COMO JESUCRISTO

Sin haber sido sacerdote ni ostentado ninguna dignidad eclesiástica, la figura de Bernardino Nogara es, sin duda, una de las más importantes —y desconocidas— de la historia del catolicismo, equiparable a la de santos y papas de todas las épocas. De su infancia se sabe poco, tan sólo que se educó en una familia muy religiosa, con varios hermanos sacerdotes y uno conservador de los Museos Vaticanos. Su profesión original era la de ingeniero, que estudió en el Politécnico de Milán, cuna de algunos de los más brillantes empresarios italianos de la época. Al finalizar sus estudios trabajó en prospecciones de todo el mundo.

Tras su período en la industria minera, Nogara pasó a encargarse de la delegación en Estambul de la Banca Commerciale Italiana, la Società Commerciale d'Orientale, con rango de vicepresidente. Fue aquí donde empezó a dar muestras de una habilidad diplomática poco común, siendo su gestión del agrado tanto de las tropas de ocupación británicas como de los propios turcos. Posteriormente se trasladó a Alemania para dirigir la reestructuración y saneamiento del Reichbank. Fue durante ese período cuando se afianzó como banquero, realizando una serie de audaces operaciones de ingeniería financiera que fueron la admiración de propios y extraños<sup>[2]</sup>.

Nogara acudía a misa a diario e interrumpía su jornada laboral para la oración del ángelus y del rosario. Muchos de los que trabajaban a su lado creían erróneamente que era sacerdote. Además de brillante banquero, Nogara tenía en el Vaticano fama de *uomo di fiducia* (hombre de confianza), era una persona sumamente discreta y diligente a la que se le podían encargar tareas delicadas y/o confidenciales. (Era un secreto a voces que había asesorado a Gasparri en los aspectos estrictamente económicos del Tratado de Letrán). Además, era milanés como el papa.

Desde que fue elegido en 1922, Pío XI había intentado rodearse de un grupo de milaneses en cuya lealtad pudiera confiar al cien por cien: el maestro de cámara Caccia-Dominioni, su hermano, el conde Ratti, Giuseppe Colombo y Adelaida Coara, prominentes miembros de la organización Acción Católica. Este favoritismo fue en aumento cuando el

papa estuvo en condiciones de iniciar obras dentro y fuera de la Santa Sede, cuyas contratas iban a parar casi indefectiblemente a empresas de Milán, circunstancia que incluso fue reflejada en su día por el embajador británico en el Vaticano. El arquitecto milanés Giuseppe Momo recibió los encargos de tres de las construcciones más ambiciosas de este nuevo período: el palacio del Governatorato —del que ya hemos hablado—, la estación de ferrocarril y el colegio etíope.

Los colaboradores de Nogara le consideraban un sujeto un poco amanerado. Siempre iba sobria pero impecablemente vestido y su característica más notable era una inteligencia fuera de lo común: hablaba con fluidez ocho idiomas, tenía una memoria fotográfica y una enorme capacidad de cálculo mental.

La reunión en la que Nogara accedió a hacerse cargo de la Administración Especial de la Santa Sede es tal vez una de las pocas que no figuran registradas en el calendario papal. Para aceptar, tan sólo le puso una condición a Pío XI: en ningún momento tendría que atenerse a criterios doctrinales o religiosos a la hora de realizar sus inversiones, ni habría clérigos en la institución. Aparte, no se le pondría ninguna traba para invertir en cualquier país que decidiese. Una vez logrados sus propósitos, Nogara abandonó la tradicional política económica vaticana de tener «todos los huevos en la misma cesta» y diversificó sus inversiones en diferentes entidades bancarias, incluidas algunas suizas y francesas, que pasaron a estar representadas en el *staff* de la Administración Especial.

El cuartel general de la Administración Especial de la Santa Sede fue ubicado en la cuarta planta del palacio de Letrán, muy cerca de los apartamentos papales. El trabajo de Nogara fue considerado de tan vital importancia que se convirtió en el único funcionario del Vaticano que tenía total libertad para acceder al pontífice a cualquier hora del día. Durante 1930, la Administración Especial operó en el máximo secreto y con una plantilla muy reducida, que en ningún momento excedió las dos docenas de empleados. Nogara mismo pasó a fijar su residencia en el propio Vaticano, concretamente en un apartamento que a tal efecto le fue habilitado en el palacio del Governatorato.

El único propósito de la organización sería generar beneficios para restaurar el, durante tanto tiempo perdido, poder temporal de la Iglesia<sup>[3]</sup>. Nogara mantuvo su puesto hasta 1954, pero siguió aconsejando al Vaticano hasta su muerte, en 1958. El cardenal Spellman, con motivo del fallecimiento, dijo en 1959: «Después de Jesucristo, lo mejor que le ha sucedido a la Iglesia ha sido Bernardino Nogara»<sup>[4]</sup>.

## LA USURA NO ES TAN MALA

Hasta la fecha, la Iglesia había mantenido la prohibición oficial de la usura (todas las ganancias obtenidas de prestar dinero eran canalizadas hacia la Iglesia mediante prestamistas no cristianos que trabajaban a comisión a cambio de adelantar el dinero del Vaticano). Diversos concilios, como el de Nicea (325) u Orleáns (538), condenaron severamente la práctica del préstamo con interés. El III Concilio de Letrán (1179) fue mucho más lejos, decretando la excomunión de los usureros y la prohibición de que fueran enterrados en terreno sagrado. En el momento del Tratado de Letrán, la definición de usura fue modificada para pasar a significar «el préstamo de dinero con tarifas desorbitadas».

Nogara tuvo vía libre a todo tipo de transacciones financieras, incluida la especulación bursátil y la participación en el accionariado de compañías cuyas actividades colisionaban con las enseñanzas doctrinales de la Iglesia, desde fabricantes de armamento a preservativos. Todo ello podía ser condenado desde los púlpitos, pero sus dividendos, gracias a las actividades de Nogara, contribuían a llenar las arcas de San Pedro.

Mucho de lo que sabemos de Bernardino Nogara nos ha llegado a través de su propio puño y letra. Los comúnmente llamados *Diarios de Bernardino Nogara* son, en realidad, un detallado y minucioso registro de todas y cada una de las audiencias que mantuvo con Pío XI entre 1931 y 1939, que fueron muchas, ya que el pontífice y el financiero tenían por costumbre verse al menos una vez cada diez días. Para hacernos una idea de la importancia de Nogara, baste decir que sólo había cuatro personas en el

Vaticano que se entrevistaban con el papa más a menudo que Nogara: el secretario de Estado, el subsecretario de Estado, el *sostituto* (sustituto del secretario de Estado) y el secretario del Santo Oficio (la actual Congregación para la Doctrina de la Fe). Gracias a los diarios de Nogara sabemos no sólo del contenido de estas conversaciones, sino de la naturaleza de las inversiones y operaciones financieras del Vaticano durante aquel período.

El primer problema al que tuvo que enfrentarse Nogara al ocupar su cargo fue el del cobro de la cantidad acordada con el gobierno italiano. Como buen financiero, sabía que el pago inminente de una suma tan importante colocaría de forma inmediata los presupuestos nacionales italianos en números rojos<sup>[5]</sup>, así que decidió posponer el pago hasta el 1 de julio. Aun así, buena parte de la opinión pública italiana, y no pocos políticos, temían la posible desestabilización económica que podría traer consigo el pago al Vaticano. Finalmente, Bonaldo Stringher, gobernador del Banco de Italia, convenció a Nogara para que el pago se realizase escalonadamente entre junio de 1929 y diciembre de 1930. Pese a todo, los mercados bursátiles italianos se resintieron.

Aunque la gestión de Nogara internacionalizó las finanzas de la Santa Sede, Italia continuó siendo su territorio de actuación prioritario. El Vaticano se convirtió en uno de los motores de la economía italiana. Se calcula, por ejemplo, que tan sólo las operaciones inmobiliarias que se emprendieron en el Vaticano y sus alrededores en 1930 generaron unos tres mil empleos directos<sup>[6]</sup>.

## **EL MILAGRO DEL DINERO**

Una de las operaciones más exitosas de Nogara fue la compra de Italgas, compañía energética propiedad de Rinaldo Panzarasa, que estaba pasando una aguda crisis financiera. Bajo la nueva dirección del Vaticano, pronto las llamas de Italgas calentaron los hogares, iglesias y burdeles de treinta y seis ciudades italianas<sup>[7]</sup>. A Italgas le siguieron la Società Italiana della Viscosa,

La Supertessile, la Società Meridionale Industrie Tessili y La Cisaraiion, que fueron unidas en el *holding* CISA-Viscosa, que dirigió el barón Francesco María Odesso.

Aparte de esto, Nogara y sus hombres se sentaron durante un breve período en los consejos de administración de las compañías italianas más importantes, como el Istituto de Crédito Fondiciario (un banco), Assicurazioni Generali (la compañía de seguros más importante de Italia), la Società Italiana per le Strade Ferrate Meridionali (que desde la nacionalización de los ferrocarriles italianos en 1907 era un importante *holding* de industrias eléctricas y electrónicas), el Istituto Romano di Beni Stabili (una compañía inmobiliaria), la Società Eletrica ed Electrochimica della Caffaro (electricidad e industria química), la Società per l'Industria Premolifera (petroquímica), la Società Mineraria e Metallurgica di Pertusola (minas), la Società Adriatica di Eleptricité (suministro eléctrico) y Cartiere Burgo (una importante industria papelera). Para sí mismo, Nogara se reservó la presidencia de una de las compañías constructoras de más relieve del mundo, la Società Générale Immobiliare (SGI).

Pero Nogara no sólo era un hábil financiero, sino un extraordinario diplomático que convenció al Duce de que la Administración Especial de la Santa Sede, por muchas empresas que poseyera, venía a ser una especie de obra social de la Iglesia, por lo que las exenciones fiscales recogidas en las cláusulas 29, 30 y 31 del concordato debían serle aplicadas sin restricción<sup>[8]</sup>.

La habilidad negociadora de Nogara frente al gobierno italiano parecía no tener límite. Tras el *crack* de 1929, gran parte de las inversiones vaticanas en diversas entidades bancarias —el Banco de Roma, el Banco dello Spirito Santo y el Sardinian Land Credit principalmente— corrían un serio peligro. Nogara consiguió vender los intereses del Vaticano en estas entidades a un organismo gubernamental: el Istituto di Ricostruzione Industriale (una institución creada por el fascismo y que serviría de modelo para el Instituto Nacional de Industria español) no a su depreciado valor actual, sino por su valor original. El Vaticano obtuvo de esta operación unos 630 millones de dólares que salieron directamente del gobierno italiano.

Estas nuevas concesiones financieras de Mussolini no se debían en absoluto a la generosidad del dictador. La donación de Letrán había convertido al Vaticano en uno de los árbitros de la economía italiana, y Mussolini sabía que cualquier signo de inestabilidad en la Santa Sede podría precipitar una crisis financiera. Algún autor ha mencionado además que Nogara era amigo personal de Mussolini, aunque sobre este particular no existe evidencia sólida alguna.

En 1935 Italia invadió Etiopía y las empresas controladas por Nogara y financiadas por el Vaticano (Reggiane, Compagnia Nazionale Aeronáutica y Breda) se convirtieron en los principales proveedores de armas y municiones del Ejército italiano. Incluso se ha apuntado que el papa financió personalmente la invasión mediante un préstamo. Para aquel entonces, el Vaticano ya había multiplicado de forma sorprendente el monto de la donación original de Mussolini. Anthony Burgess lo describe de forma muy gráfica: «La velocidad a la que el Vaticano se había enriquecido era positivamente obscena, tan innatural como una filmación a cámara rápida en la que se ve en pocos segundos cómo una semilla de mostaza se convierte en un árbol con pájaros cantando en sus ramas»<sup>[9]</sup>.

Nogara había edificado un impresionante edificio financiero que hacía que verdaderos ríos de dinero fluyeran hacia Roma desde todos los rincones del país. Uno de los temas en los que había puesto mayor cuidado era en sustraer todo este monumental flujo de riquezas al escrutinio público. Para ello, creó un complejo entramado de bancos y compañías de forma que el dinero nunca iba directamente hacia la Santa Sede, sino que terminaba en depósitos secretos de bancos suizos. Sólo Bernardino Nogara, el papa y un puñado más de personas conocían el verdadero alcance de las riquezas del Vaticano. Los demás se tenían que contentar con conjeturar con cifras que la mayor parte de las ocasiones estaban muy lejos de una realidad tan imponente que resultaba difícil de imaginar.

Con todo, y siendo muy importante, el imperio de Nogara no iba a ser ni mucho menos la única fuente de financiación en este nuevo y próspero Vaticano. En Alemania, aquel Adolf Hitler que con tan buenos ojos había visto el acuerdo entre Mussolini y la Santa Sede se había convertido en canciller y estaba sumamente interesado en llegar a un acuerdo con el

Vaticano. No en vano, el que antaño fue nuncio en Alemania estaba destinado a ser pronto el nuevo papa.



## EL PAPA DE HITLER. PÍO XII Y EL TERCER REICH

*Al igual que buena parte de los políticos europeos de la época, Pío XI quiso pactar con Hitler, apaciguar a la bestia. Ésta es la historia de los difíciles acuerdos entre Hitler y la Santa Sede, de una encíclica perdida que podría haber cambiado la historia del mundo y de la muerte poco clara del papa que, demasiado tarde, quiso plantarle cara al mal que se había instalado en Alemania.*

Las relaciones entre el movimiento nazi y la Iglesia no habían empezado con buen pie. El marcado sentido pagano del que estaba teñida buena parte de la ideología hitleriana no podía ser visto con buenos ojos por los jerarcas de la Iglesia alemana. Según la teoría nazi, dado que el cristianismo tenía sus raíces en el Antiguo Testamento, quien estaba contra los judíos debía estar igualmente contra la Iglesia católica. Los nazis invocaban «la indispensable arma del espíritu de la sangre y de la tierra contra la peste hebrea y el cristianismo». En una viñeta publicada en el periódico *Der Stürmer*, perteneciente a uno de los órganos del partido nazi en 1934, un judío, ante la imagen de Cristo en la cruz, dice: «... Le hemos matado, le hemos ridiculizado, pero somos defendidos todavía por su Iglesia...». En otra viñeta del mismo periódico publicada en 1939, un sacerdote católico es presentado mientras estrecha dos grandes manos: una con la estrella judía y la otra con la hoz y el martillo.

No obstante, esta hostilidad era mutua. Prueba de ello es lo publicado en su día en *Der Gerade Weg* (El Camino Recto), el semanario católico de

mayor circulación en Alemania: «Nacionalsocialismo significa enemistad con las naciones vecinas, despotismo en los asuntos internos, guerra civil, guerra internacional. Nacionalsocialismo significa mentiras, odio, fratricidio y miseria desencadenada. Adolf Hitler predica la ley de las mentiras. Habéis caído víctima de los engaños de alguien obsesionado con el despotismo. Despertad»<sup>[1]</sup>.

Parecía evidente que el *Gott mit uns* (Dios está con nosotros) que se leía en el emblema de los nazis no se refería al Dios de los católicos. Los diáconos luteranos, en cambio, habían sido mucho más complacientes con el nuevo movimiento. Luteranos eran, por ejemplo, los miembros del Movimiento Alemán Cristiano, de carácter abiertamente antisemita y nacionalista, muchos de cuyos miembros terminaron engrosando las filas del partido nazi. Es algo que no debería sorprendernos si tenemos en cuenta que el mayor antisemita de la historia alemana después de Adolf Hitler fue, precisamente, Martin Lutero, el fundador del protestantismo. El consejo de Lutero relativo a los judíos era: «Primero, sus sinagogas o iglesias deben quemarse... Segundo, sus casas deben asimismo ser derribadas y destruidas... En tercer lugar, deben ser privados de sus libros de oraciones y talmudes en los que enseñan tanta idolatría, mentiras, maldiciones y blasfemias. En cuarto lugar, sus rabíes deben tener prohibido, bajo pena de muerte, enseñar jamás...»<sup>[2]</sup>.

El nombramiento de Hitler como canciller fue aplaudido por los protestantes, mientras que los obispos católicos condenaron las teorías nazis mediante las siguientes prohibiciones:

- Los católicos no podían pertenecer al Partido Nacionalsocialista ni asistir a sus concentraciones.
- Los miembros del partido no podían recibir los sacramentos ni ser enterrados como cristianos.
- Los nazis no podían asistir en formación a ningún acto católico, incluidos los funerales<sup>[3]</sup>.

A consecuencia de esto, el partido católico Zentrum fue apoyado y votado en masa por los judíos.

No obstante, este panorama iba a cambiar de manera radical con el nombramiento del arzobispo Eugenio Pacelli, antiguo nuncio de Su Santidad en Alemania, y futuro Pío XII, como secretario de Estado del Vaticano.

Inmediatamente después de su ordenación como obispo en 1917, Pacelli tuvo que dejar Roma para establecerse en Alemania, donde permaneció los siguientes trece años. Curiosamente, la nunciatura se encontraba en Munich, frente al edificio que más tarde se convertiría en la Casa Marrón, la cuna del nazismo.

Pacelli se encontró un país desestructurado y destruido por la guerra. Nada más llegar fue testigo de la revolución proletaria en Munich en 1918. En una carta a Gasparri, describió así los acontecimientos:

Un ejército de trabajadores corría de un lado a otro dando órdenes, y en el medio, una pandilla de mujeres jóvenes, de dudosa apariencia judías como todos los demás, daba vueltas por las salas con sonrisas provocativas, degradantes y sugestivas. La jefa de esa pandilla de mujeres era la amante de Levien [dirigente obrero de Munich], una joven mujer rusa, judía y divorciada [...]. Este Levien es un hombre joven, de unos 30 o 35 años, también ruso y judío. Pálido, sucio, con ojos vacíos, voz ronca, vulgar, repulsivo, con una cara a la vez inteligente y taimada<sup>[4]</sup>.

Pero la misión principal de Pacelli tenía que ver poco con su evidente antipatía personal hacia los revolucionarios judíos. A pesar de su mayoría protestante, Alemania contaba con una de las mayores poblaciones del planeta. Además, la Iglesia había gozado tradicionalmente de una amplia autonomía garantizada por una serie de concordatos con los gobiernos regionales. Una de las principales misiones de Pacelli en Alemania era «la imposición, a través del código de derecho canónico de 1917, de la suprema autoridad papal sobre los obispos católicos, clérigos y fieles»<sup>[5]</sup>.

Para lograr este fin, tuvo que renegociar los concordatos existentes con los Estados regionales alemanes y propiciar una alianza entre todas las fuerzas de la derecha alemana<sup>[6]</sup> con la esperanza de poder negociar un

concordato con la propia nación alemana que sirviera para solidificar definitivamente la autoridad del Vaticano.

## CAMBIO DE TÁCTICA

A pesar de los incendiarios comentarios de sus correligionarios sobre temas religiosos, el fervor fanático de Hitler no nublaban en absoluto su juicio. Sabía perfectamente que, le gustase o no, el éxito del Tercer Reich pasaba necesariamente por mantener unas buenas relaciones con el Vaticano. En su obra *Mein Kampf* (Mi lucha) recuerda a sus lectores cómo el partido católico venció al mismísimo Bismarck cuando éste intentó hacer una política denominada *Kulturkampf* (Lucha cultural<sup>[7]</sup>). En aquella época, los colegios religiosos pasaron a ser controlados por el Estado, la Compañía de Jesús fue prohibida, comités laicos se hicieron cargo de las propiedades de la Iglesia y los obispos que se resistieron a estas medidas fueron multados, arrestados o tuvieron que exiliarse. Sin embargo, el resultado fue el contrario del esperado. La oposición católica se unió ante la amenaza común, cristalizando esta alianza en la creación de un poderoso partido católico, el Zentrum.

Hitler tenía muy claro que el nacionalsocialismo no podía permitirse el lujo de incurrir en los mismos errores que la *Kulturkampf*, así que decidió incorporar el cristianismo al texto de sus discursos, presentando a los judíos no sólo como los enemigos de la raza aria, sino también de toda la cristiandad:

«No importa si el judío individual es decente o no. Posee ciertas características que le han sido dadas por la naturaleza y nunca podrá librarse de ellas. El judío es dañino para nosotros... Mis sentimientos como cristiano me inclinan a ser un luchador por mi Señor y Salvador. Me llevan a aquel hombre que, alguna vez solitario y con sólo unos pocos seguidores, reconoció a los judíos como lo que eran, y llamó a los hombres a pelear contra ellos... Como cristiano, le debo algo a mi propio pueblo»<sup>[8]</sup>.

Además, no hay que olvidar que el propio Hitler era católico. De niño asistía a clases en un monasterio benedictino, cantaba en el coro y, según su propio relato, soñaba con ser ordenado sacerdote<sup>[9]</sup>. Hitler nunca renunció a su catolicismo:

«Soy ahora, como antes, un católico, y siempre lo seré», enfatizó a uno de sus generales<sup>[10]</sup>. La Iglesia, por su parte, premió esta fidelidad no excomulgándole a pesar de sus múltiples excesos.

Por su parte, el recién nombrado secretario de Estado, el cardenal Pacelli, estaba igualmente interesado en mejorar las relaciones con la Alemania de Hitler. En esta alianza, Pacelli veía dos ventajas muy importantes. Por un lado, Hitler era una garantía de que el comunismo no fructificaría en Alemania. El comunismo era el gran enemigo en la época del pontificado de Pío XI, que sostenía que «el comunismo es intrínsecamente perverso porque socava los fundamentos de la concepción humana, divina, racional y natural de la vida misma y porque para prevalecer necesita afirmarse en el despotismo, la brutalidad, el látigo y la cárcel». Por otro lado, contar con los favores del Führer podría conducir a la firma de un concordato tan ventajoso como el establecido con Mussolini en su día.

## **LA POLÍTICA HACE EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE CAMA...**

Pacelli contaba con la ventaja que le proporcionaba su período como nuncio en Alemania y estaba sumamente familiarizado con los entresijos políticos del país. Tenía, además, múltiples contactos en el Zentrum; el más importante de ellos era su gran amigo Ludvig Kaas, un sacerdote que llegó a presidente de esta formación política. A través de Kaas, Pacelli presionó al partido para que negociara una alianza con Hitler. Cuando Heinrich Brüning fue elegido canciller, Pacelli le sugirió que le ofreciera a Hitler un puesto en el gabinete. Al quedar patente que el canciller no estaba dispuesto

a atender semejante sugerencia, tanto el Vaticano como el presidente de su propio partido le retiraron su apoyo, dejando al gobierno a merced de sus enemigos.

Brüning fue finalmente sustituido por Franz von Papen, que a instancias de Kaas convenció al presidente Hindenburg, que a la sazón miraba con recelo y desdén a los nazis, para que llamara a Hitler para formar gobierno. Adolf Hitler fue nombrado canciller alemán el 28 de enero de 1933. Su partido, el nacionalsocialista, estaba en minoría, pero Hitler tardó sólo tres días en convocar nuevas elecciones.

En la campaña electoral para las elecciones del 5 de marzo de 1933, se hizo patente, por primera vez, la oposición entre el nacionalsocialismo y el mundo católico. El 16 de febrero de 1933, en un comunicado recibido en la secretaría de Estado del Vaticano, el nuncio monseñor Cesare Orsenigo decía: «La lucha electoral en Alemania ha entrado ya en su clímax [...]. Por desgracia, también la religión católica es utilizada con frecuencia por unos y por otros con objetivos electorales. El Zentrum cuenta naturalmente con el apoyo de casi la totalidad del clero y de los católicos y, con tal de lograr la victoria, actúa sin preocuparse de las penosas consecuencias que podrían derivarse para el catolicismo en caso de una victoria adversaria».

En las elecciones del 5 de marzo, los nazis lograron diecisiete millones de votos. Pero, con todo, la mayoría seguía rechazando a Hitler, ya que ese resultado sólo representaba un 44 por 100. Hitler no tenía en el Reichstag los dos tercios necesarios para hacer su revolución y establecer la dictadura con el consentimiento del Parlamento. Decidió entonces recurrir a un procedimiento extraordinario recogido en la Constitución alemana y pedir al Reichstag la aprobación de una ley de plenos poderes. Esto le conferiría a su gabinete facultades legislativas durante los siguientes cuatro años.

Sin embargo, se necesitaban dos tercios de la Cámara para aprobar una ley como ésa. Para cumplir este trámite parlamentario, los nazis precisaban del apoyo del Zentrum, que se había mantenido fuerte con un 14 por 100 de los votos. Este apoyo lo condicionó el cardenal Pacelli a la firma de un concordato con el Vaticano. Kaas utilizó este compromiso, que calificó como «el éxito más grande que se haya conseguido en cualquier país en los últimos diez años»<sup>[11]</sup>, y pudo reunir los apoyos parlamentarios que

necesitaba Hitler, que de esta forma subió al poder gracias a las gestiones secretas de la Santa Sede. Con una mayoría absoluta por escaso margen, los nazis aprobaron la ley de plenos poderes, que supuso que las relaciones entre los nazis y el Vaticano subieran a un nuevo nivel.

A partir de ese momento, la Iglesia alemana se vio forzada a reconsiderar su actitud anterior hacia los nazis: «Sin revocar el juicio expresado en declaraciones previas respecto a ciertos errores éticos y religiosos, el episcopado tiene confianza en que las prohibiciones generales y avisos no necesiten ser tenidos en cuenta más. Para los cristianos católicos, para los que la voz de la Iglesia es sagrada, no es necesario en este momento hacer admoniciones especiales para que sean leales al gobierno legalmente establecido y cumplir concienzudamente para con los deberes de la ciudadanía, rechazando por principio todo comportamiento ilegal o subversivo». De esta manera, el potencial de oposición al nazismo de veintitrés millones de católicos alemanes quedaba anulado. Como muestra del cambio de clima entre la Iglesia y el nazismo se permitió que los católicos se afiliaran al partido y se volvió a administrar los sacramentos a los nazis, incluso a aquellos uniformados.

## **ANTES LA LEY QUE LA CONCIENCIA**

Como sucedió anteriormente en Italia, el partido católico, en este caso el Zentrum, quedaba entregado e indefenso en manos del dictador. Hitler cumplió su parte del trato y el concordato se terminó de redactar el 1 de julio de 1933. Convencidas ambas partes de las ventajas que ofrecía el acuerdo, su negociación sólo duró ocho días. También, como en el caso italiano, los términos del acuerdo eran sumamente favorables para la Iglesia. Los católicos alemanes quedaban sujetos al código de derecho canónico, las obras sociales de la Iglesia recibirían apoyo popular y no se tolerarían críticas públicas a la doctrina católica. Aquí también hubo un sustancioso apartado económico que tomó forma con el establecimiento del *Kirchensteuer*, un impuesto aplicable a todos los católicos alemanes<sup>[12]</sup>.

Este impuesto supuso un enorme caudal de recursos económicos para la Iglesia, ya que se deducía directamente de la nómina de los trabajadores y suponía un 9 por 100 del total del salario bruto. Millones de marcos fluyeron en este concepto hasta casi el final de la Segunda Guerra Mundial. Llama poderosamente la atención que este impuesto, negociado y establecido por Hitler, aún esté vigente en Alemania, y que constituya por sí solo entre el 8 y el 10 por 100 de lo que recauda la hacienda germana.

A cambio de tanta generosidad, Hitler sólo pidió un pequeño favor añadido: la disolución del Zentrum, petición que Pacelli le concedió: «Se empeñaron en hacer un concordato a toda costa, y la consecuencia fue la caída del partido católico Zentrum, lo que dejaba el campo libre a Hitler»<sup>[13]</sup>. Además, Hitler se reservó como garantía el artículo 16 del concordato, según el cual todos los obispos alemanes estaban obligados a realizar el siguiente juramento ante la *Reichsstatthalter* (la bandera del Tercer Reich): «Juro ante Dios y sobre los Santos Evangelios y prometo, al convertirme en obispo, ser leal al Reich alemán y al Estado. Juro y prometo respetar al gobierno constitucional y hacerlo respetar por mis clérigos». El cardenal arzobispo emérito de Barcelona, Ricard María Carles, dijo el 26 de abril de 2005, en una entrevista a TV3, que «obedecer antes la ley que la conciencia lleva a Auschwitz», en referencia a la obligatoriedad de los funcionarios de celebrar bodas homosexuales. Sin meternos en el asunto de las bodas, creemos que esa frase es perfectamente aplicable a los obispos que realizaron aquel juramento.

Juramentos aparte, como ya había sucedido con Mussolini, el entendimiento político no tenía nada que ver con la simpatía personal. Como explicaba su colaboradora cercana, sor Pasqualina, y que confirmaron otros testigos, Pacelli decía de Hitler lindezas como: «Este hombre está completamente exaltado; todo lo que dice y escribe lleva la marca de su egocentrismo; es capaz de pisotear cadáveres y eliminar todo lo que le suponga un obstáculo. No llego a comprender como hay tantas personas en Alemania que no lo entienden y no saben sacar conclusiones de lo que dice o escribe. ¿Quién de éstos al menos se ha leído su espeluznante *Mein Kampf*?».



# HORST WESSEL

Ajeno a estas opiniones, Hitler, a quien el papa piropeó diciendo que era el estandarte más indicado contra el comunismo y el nihilismo<sup>[14]</sup>, estaba encantado con el trato y «expresó la opinión de que podía ser considerado como un gran logro. El concordato daba a Alemania una oportunidad y creó un área de confianza que fue particularmente significativa en el desarrollo de un frente contra la judería internacional»<sup>[15]</sup>. Con el concordato, Hitler recibió el mejor regalo que le podía hacer Roma para refrendar su golpe parlamentario. En el Consejo de Ministros celebrado el 11 de julio de 1933, Hitler exponía ante el gabinete las ventajas del acuerdo, que, según él, se centraban en tres aspectos principales:

- La Santa Sede se había visto finalmente obligada a negociar con un partido al que había considerado anticristiano y enemigo de la Iglesia.
- El juramento de los obispos sometía a éstos al Estado y al gobierno del Reich, un hecho que habría sido impensable apenas unos meses antes.
- La Iglesia renunciaba a la actividad política, dejando manos libres a los nazis para operar a su antojo.

El acto de la firma tuvo lugar el 20 de julio de 1933. Los firmantes fueron Von Papen, en representación del Estado alemán, y Pacelli, en la del Vaticano. Las declaraciones públicas fueron de gran satisfacción por ambas partes. En una carta a los miembros del partido fechada el 22 de julio, Hitler se congratulaba diciendo: «El tratado muestra al mundo entero, clara e inequívocamente, que la afirmación de que el nacionalsocialismo es hostil a la religión es falsa». Por su parte, el nuncio Orsenigo celebró una misa solemne de acción de gracias en la catedral de Berlín, finalizándola con la entonación del *Horst Wessel Lied*, el himno del partido nazi:

La bandera en alto, / la compañía en formación cerrada, / las S. A.  
marchan / con paso decidido y silencioso.

Los camaradas / caídos en el frente rojo / marchan en espíritu / en nuestra formación.

La calle libre / por los batallones marrones, / la calle libre / por los soldados que desfilan.

Millones, llenos de esperanza / miran la esvástica; / el día rompe, / para el pan y la libertad.

Por última vez / es lanzada la llamada, / para la pelea / todos estamos listos.

Pronto ondearán las banderas de Hitler / en cada calle / la esclavitud / durará tan sólo un poco más<sup>[16]</sup>.

Poco imaginaba Horst Wessel que el himno que compuso para el partido nazi acabaría siendo entonado en una catedral católica. Hijo de un pastor protestante, abandonó sus estudios de Derecho en 1926 para unirse a los camisas pardas de Hitler. Su notable inteligencia y la fuerza de su convicción política hicieron que Joseph Goebbels se fijara en él, y en 1928 lo enviase a Viena con la misión de organizar las juventudes del partido en la capital austríaca. Wessel era un activista extremadamente violento. A su regreso a Alemania organizó el ataque contra un local del Partido Comunista, que se saldó con varios heridos. Esto provocó que Heinz Neumann, editor del diario comunista *Die Rote Fahne* (Bandera Roja), llamase a los miembros del partido a «golpear a los fascistas dondequiera que se encuentren».

El 14 de enero de 1930, Wessel mantuvo una agria disputa con su casera, que, a la sazón, era viuda de un antiguo miembro del Partido Comunista. Las versiones de la pelea son muy diversas. Parece ser que la casera afirmaba que Wessel se negaba a pagar la renta (o que se la pretendió subir y aquél se negó a pagar la diferencia). La situación pasó a mayores y la viuda afirmó que Wessel la amenazó con golpearla. La discusión derivó hacia la novia de Wessel, que vivía con él, y que o bien era prostituta o bien lo había sido, y el activista nazi estaba ayudándola en su rehabilitación. En lugar de acercarse a la policía, la rentera fue a pedir ayuda a una taberna local frecuentada por comunistas. Estos vieron la oportunidad de vengarse de Wessel por el ataque anterior. Dos hombres, Ali Höhler y Erwin Rückert, un miembro activo del partido, fueron al departamento de Wessel. Al

abrirles éste la puerta, Höhler le disparó en la cabeza. Horst Wessel falleció varias semanas más tarde a causa de las heridas. El altercado fue explotado de modo propagandístico tanto por los nazis como por los comunistas, que presentaron a Wessel como un proxeneta y un degenerado. Mientras tanto, los nazis organizaron un funeral público para el nuevo mártir de la causa al que acudieron treinta mil personas. Durante su desarrollo se cantaron unos versos que el propio Wessel había escrito meses atrás, los mismos que unos años después se entonarían en la catedral de Berlín.

## **CON PROFUNDA ANSIEDAD**

Tras la firma del concordato, y con el dinero de los contribuyentes alemanes fluyendo ya hacia las arcas de la Santa Sede, el Vaticano se mostró durante una larga temporada misteriosamente silencioso respecto a las actividades de los nazis. Ni siquiera la Noche de los Cuchillos Largos del 30 de junio de 1934 fue suficiente para romper este mutismo, a pesar de que en aquel sangriento ajuste de cuentas nazi no sólo cayeron miembros del propio partido, sino prominentes personajes de la derecha católica vinculados al Zentrum.

El 2 de agosto de 1934 falleció el presidente alemán, el mariscal Hindenburg. Tan sólo una hora después se anunció que se unificaban los puestos de presidente y canciller en la persona de Adolf Hitler. Se convocó un plebiscito para ratificar la medida y, gracias a la poderosa maquinaria de propaganda nazi en manos de Goebbels, el día 19 de ese mismo mes el pueblo alemán votó afirmativamente por abrumadora mayoría, convirtiéndose Adolf Hitler en amo absoluto de Alemania. A partir de ese momento comenzó un sistemático acoso a los católicos alemanes. De hecho, se puede decir que los únicos términos del concordato que respetó Hitler fueron los económicos. La situación alcanzó tal extremo que en enero de 1937 una delegación compuesta por tres cardenales y tres obispos alemanes llegó al Vaticano para implorar el amparo del papa ante los desmanes de Hitler.

Los delegados se encontraron con la desagradable sorpresa de un Pío XI gravemente enfermo que los recibió en su dormitorio ante la imposibilidad de levantarse de la cama. El papa no desconocía la situación que venían a expresarle los prelados alemanes. En los últimos años había tenido que firmar más de treinta notas de protesta dirigidas al gobierno alemán<sup>[17]</sup>.

Tras aquella visita, Pío XI decidió que su paciencia ya se había agotado y, pese a su precario estado de salud, decidió publicar una encíclica —*Mit brennender Sorge* (Con profunda ansiedad)— que fue leída en todos los púlpitos de Alemania el 14 de marzo de 1937. La carta, en cuya elaboración intervinieron tanto Pacelli como el cardenal Faulhaber, tuvo que ser introducida a escondidas en Alemania. En ella, entre otras cosas, se denunciaba que el culto a Dios estuviera siendo sustituido por un culto a la raza. La tesis principal del texto era contraponer el liderazgo papal cuando se trata de hacer frente a un régimen hostil que pretendía subordinar la Iglesia al Estado. La primacía del papa se desarrollaba mediante cuatro argumentos<sup>[18]</sup>:

1. La primacía es asignada al papa por las Sagradas Escrituras.
2. La primacía del papa es la principal garantía contra la división y la ruina.
3. Sólo la primacía del papa cualifica a la Iglesia para su misión de evangelización universal.
4. La primacía del papa asegura que la Iglesia mantiene su carácter sobrenatural.

## LA ENCÍCLICA PERDIDA

Sin embargo, los católicos alemanes necesitaban algo más tangible que la primacía del papa para vivir entre los nazis. Los defensores del Vaticano suelen presentar esta encíclica como la prueba de cargo de la condena de la Santa Sede a las actividades de Hitler. Es posible que así sea, pero lo que no se puede discutir es que era una condena muy tibia, en la que en ningún

momento se hablaba de manera explícita del antisemitismo, ni se mencionaba por su nombre a Hitler o al nacionalsocialismo.

No obstante, la encíclica llegó en un momento en que los nazis tenían la guardia baja y Hitler, enfurecido ante lo que consideró una traición, recrudenció la represión contra los católicos alemanes. Pacelli, en su puesto de secretario de Estado, intentó en vano templar la situación. Pío XI miraba cada vez con mayor desagrado a los dictadores de Alemania e Italia, y su aversión se acrecentó en la medida en que los fascistas italianos fueron adoptando cada vez más las doctrinas nazis, en especial en lo referente a asuntos raciales.

En el verano de 1938, muy irritado por la confiscación de diversas propiedades religiosas por los nazis y por su abierto acoso a los sacerdotes católicos, el papa decidió preparar una nueva encíclica, *Humani generis unitas* (La unidad del género humano), en la que denunció de forma mucho más decidida las tácticas terroristas de los seguidores de Hitler. Esta encíclica habría sido elaborada por un grupo de eruditos jesuitas en Roma dirigidos por John LaFarge y completada el 10 de febrero de 1939.

El 15 de junio de 1938, LaFarge, de paso por Roma, fue llamado de improviso por Pío XI. El papa le comunicó que tenía en mente preparar una encíclica contra el racismo nazi. LaFarge no lo sabía, pero Pío XI había leído con suma atención su *Interracial Justice*, un libro donde el joven jesuita había explicado de manera didáctica e inapelable que la división del género humano en razas no tenía ni fundamento científico, ni base biológica alguna, no era más que un mito que servía para mantener los privilegios de las clases sociales más favorecidas. La encíclica preparada por LaFarge era un documento en el que el Vaticano plantaba cara al nazismo... El único problema es que esa encíclica jamás vio la luz.

La historia de la encíclica perdida surgió por primera vez en 1972<sup>[19]</sup>, y desde entonces ha sido motivo de polémica. Al parecer, existe una copia que fue encontrada en 1997 entre los documentos personales del cardenal Eugène Tisserant. Intimo colaborador de Pío XI, Tisserant ordenó que, tras su muerte, esta encíclica, junto con otros papeles igualmente comprometedores para la Iglesia, fueran custodiados en una caja de seguridad de un banco suizo<sup>[20]</sup>. La trascendencia de este documento es

enorme. De haberse publicado, es posible que incluso hubiera podido cambiar la historia del mundo tal como la conocemos actualmente. No sólo habría variado drásticamente la forma en que los católicos alemanes, y del resto del mundo, miraban el Tercer Reich, sino que posiblemente habría servido de advertencia a Hitler, haciéndole más cauto, sobre todo en la aplicación de su política racial, que, no lo olvidemos, tuvo como resultado la muerte de seis millones de personas, asesinadas en las más horribles circunstancias imaginables.

## UN TEXTO VALIENTE

Al contrario de lo que sucedía con la encíclica anterior, este texto no era ambiguo en lo concerniente a la condena de la persecución de los judíos y, de haberse editado, los defensores de la política vaticana durante el período hitleriano tendrían un sólido elemento que mostrar a sus detractores. Algunos de los párrafos de la encíclica son tan elocuentes como éstos:

«... Aquí proclaman rígidos ideólogos la unidad de la nación como valor supremo. Allí ensalza un dictador las almas a través de ebrias llamadas a la unidad de raza...» (p. 1).

«En esta hora, en la que tantas teorías contradictorias precipitan al hombre hacia una sociedad caótica, la Iglesia se ve en la obligación de hablar al mundo» (p. 2).

«La respuesta de la Iglesia al antisemitismo es clara e inequívoca» (p. 148).

A pesar de todo, el texto seguía, en parte, impregnado de la tradicional inquina de la Iglesia católica hacia el judaísmo.

La sección de la encíclica no publicada que trata del racismo es irreprochable, pero las reflexiones que contiene sobre el judaísmo y el antisemitismo, pese a sus buenas intenciones, están impregnadas del antijudaísmo tradicional entre los católicos. Los judíos, explica el texto, fueron responsables de su destino. Dios los había elegido como vía para la redención de Cristo, pero lo rechazaron y lo mataron. Y ahora, «cegados

por sus sueños de ganancias terrenales y éxito material», se merecían la «ruina espiritual y terrenal» que había caído sobre sus espaldas.

En otro apartado, el texto concede crédito a los «peligros espirituales» que conlleva «la frecuentación de judíos, en tanto continúe su descreimiento y su animosidad hacia el cristianismo». Así pues, la Iglesia católica, según el texto, estaba obligada «a advertir y ayudar a los amenazados por los movimientos revolucionarios que esos desdichados y equivocados judíos han impulsado para destruir el orden social»<sup>[21]</sup>.

La fecha prevista para la publicación del documento era el 12 de febrero de 1939. El original esperaba en el despacho del papa para que, en cuanto su delicada salud se lo permitiera, estampara su firma en él, momento en el cual todo estaba ya preparado en la imprenta vaticana para la producción de miles de copias que serían distribuidas por todo el mundo<sup>[22]</sup>. Sin embargo, en el Vaticano había un amplio sector que miraba con aprensión la publicación de esta encíclica, en especial debido a los imprevisibles efectos que podría tener en las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno alemán, que a través del *Kirchensteuer* había pasado a convertirse en uno de los principales financiadores del Vaticano.

## EL PAPÁ DE CLARETTA

Desgraciadamente, el papa no vivió lo suficiente para avisar al mundo de los peligros del fascismo, como era su deseo, y, tal vez, evitar la guerra que se vislumbraba en el horizonte. Murió el 10 de febrero, tan sólo dos días antes de la fecha prevista para la publicación de la encíclica. No tuvo tiempo para pronunciar su violento discurso contra el fascismo y el antisemitismo; su encíclica tuvo que esperar cincuenta y seis años para ver la luz<sup>[23]</sup>.

La muerte de Pío XI estuvo rodeada de una serie de circunstancias, como poco, peculiares. Al parecer, Mussolini realizó intensas gestiones para que el doctor Francesco Petacci, padre de Clara Petacci, la amante del Duce, fuera nombrado médico del papa. Algunas fuentes apuntan a que la

insistencia en este nombramiento vino a raíz de una filtración a través de la cual Mussolini se enteró de la existencia del proyecto de la encíclica. Sea como fuere, lo cierto es que existen opiniones de que el doctor Petacci actuó de forma sumamente irresponsable, desoyendo los consejos de otros médicos que acudían a visitar al pontífice y negándose a aplicar los tratamientos por ellos recomendados. De hecho, pareció sentirse bastante molesto con la plantilla médica que estaba al cuidado del papa: un total de cuatro médicos y dos enfermeras, lo que se tradujo en una visible mejoría que, sin embargo, remitió los días 8 y 9 de febrero. A las 5.30 de la madrugada del día 10, el papa fue declarado oficialmente muerto. Al parecer, nadie estaba junto a él en el momento de expirar y la última persona que le vio con vida fue, precisamente, el doctor Petacci.

Nada más producirse la muerte del papa, el doctor Petacci y el cardenal Pacelli tomaron una determinación insólita: ordenaron el inmediato embalsamamiento del cadáver, una práctica que había sido abolida —como ya se vio— incluso en aquellos casos en los que las circunstancias lo hubieran aconsejado, por ejemplo, la elevada temperatura ambiente. También hubo un inexplicable retraso al hacer público el fallecimiento del Santo Padre. Una hora después de la muerte aún se rezaba en la Santa Sede por su recuperación. Entre los papeles del cardenal Tisserant, se encuentran sus diarios, en los que se relatan con todo lujo de detalles los acontecimientos de aquella madrugada, así como la creencia de que el papa había sido asesinado por medio de una inyección letal<sup>[24]</sup>.

El 2 de marzo de 1939, tras un cónclave sorprendentemente rápido de apenas dos días de duración, el cardenal Pacelli fue elegido papa, tomando el nombre de Pío XII. La elección de Pacelli había coincidido con su 73 cumpleaños. La coronación de Pío XII tuvo lugar el 12 de marzo de 1939. De la encíclica que aguardaba la firma de su antecesor nunca más se supo.



## **EL BANCO DE DIOS. EL INSTITUTO PARA LAS OBRAS DE RELIGIÓN**

*Son muchos los que piensan que el Banco Vaticano es un mito. A fin de cuentas, ¿para qué necesita el Vaticano un banco? Pero cerca de la puerta de Santa Ana, en pleno corazón de la Santa Sede, se encuentra el centro del que actualmente es la institución que más especulaciones despierta de cuantas dependen de la Iglesia católica. Se denomina oficialmente Instituto para las Obras de Religión, aunque la religión es lo menos importante cuando hablamos de este organismo.*

Cuando pensamos en el Vaticano, la mayor parte de nosotros imaginamos, erróneamente, que el edificio custodiado con mayor celo es el que alberga sus archivos secretos. En las bóvedas del Archivo Secreto descansan algunos de los documentos históricos esenciales para entender la verdadera historia del mundo occidental. Los archivos secretos del Vaticano fueron segregados de la Biblioteca Vaticana en el siglo XVII por orden expresa del papa Pío IV. Desde entonces, y hasta finales del siglo XIX, nadie fuera del personal de más alto rango de la Santa Sede pudo volver a poner su vista sobre estos documentos, lo que hizo avivar siglos de rumores sobre su naturaleza. A día de hoy, los archivos secretos todavía permanecen separados del resto de los fondos documentales de la Santa Sede. Los expertos con debida acreditación pueden consultar en la actualidad ciertos documentos del archivo, todos ellos anteriores a 1922, final del pontificado de Benedicto XV.

Sin embargo, algo que apenas se sabe es que existen otros archivos secretos en el Vaticano, un recinto en el que se afirma que se guardan aquellos documentos capaces de afectar gravemente a la Iglesia, sobre todo lo referente a asuntos doctrinales. Se trata del conocido Penitencionario Apostólico, que contiene, al menos oficialmente, documentos papales y textos de leyes canónicas así como otros materiales completamente desconocidos fuera de la Santa Sede, ya que el acceso a este lugar está prohibido. No obstante, salvo esta y alguna que otra excepción, los archivos secretos son la colección principal.

Los archivos secretos del Vaticano tienen unas proporciones ciclópeas, proporcionadas por dos mil años de acumulación de información confidencial. Se calcula que en su interior se alinean cerca de cincuenta kilómetros de estanterías repletas de material sobre el que hace siglos no se posa mirada humana alguna. Tan sólo el conocido como catálogo selecto — la elaboración y publicación de índices del archivo está prohibida— consta de más de 35 000 volúmenes. Los archivos secretos del Vaticano albergan, además, los servicios de conservación y restauración de documentos más avanzados del mundo. Tanto celo no ha impedido que la totalidad de los archivos anteriores al siglo VIII, repletos de material tan interesante para el estudioso como toda suerte de textos heréticos, versiones alternativas de las Sagradas Escrituras, etc., se haya perdido para siempre por razones que, según la propia versión oficial del Vaticano, «no son realmente conocidas».

Sin embargo, y pese a ser este archivo uno de los principales núcleos del secreto vaticano, no es ni el lugar custodiado con más ahínco, ni el que posiblemente albergue los mayores y más comprometedores hechos recientes de la Santa Sede.

En el corazón del Vaticano existe una antigua torre fortificada construida en tiempos de Nicolás V como parte de un proyecto que incluía una serie de edificaciones de carácter defensivo. Se encuentra pegada al palacio Apostólico y enfrente de la imprenta del Vaticano. En la actualidad, esta torre, perpetuamente custodiada por la Guardia Suiza, es la sede del Istituto per le Opere di Religione (Instituto para las Obras de Religión [IOR]). Siempre se ha creído que en su interior se custodia todo lo

referente, pasado y presente, a las finanzas vaticanas. Pero la realidad es mucho más sorprendente aún.

## **LA CASA DE LOS SECRETOS**

Aun siendo muchos los secretos que custodian los gruesos muros de la torre y quienes en ella trabajan, si algún intrépido investigador aprendiz de agente secreto consiguiera acceder a los archivos del IOR se llevaría una notable decepción. La documentación del instituto con más de diez años de antigüedad es sistemáticamente destruida, al menos eso es lo que en su día dijo el abogado del Banco Vaticano, Franzo Grande Stevens, para justificar que no hubiese ningún registro de la Segunda Guerra Mundial. No se conservan facturas, memorandos o informes más allá de 1995. Se trata de una organización muy peculiar, ya que por un lado es una institución financiera oficial de un Estado soberano, pero por otro funciona como una institución de crédito ordinaria con multitud de importantes clientes que, ante todo, incluso más allá de la rentabilidad, valoran la discreción de un banco cuyo balance y estado real de cuentas tan sólo es conocido por el papa y tres de sus cardenales. Ser una institución oficial de un Estado soberano le otorga al IOR un plus de impunidad a la hora de hacer frente a algún tipo de repercusión legal por sus actividades. Incriminar al instituto en un proceso judicial del tipo que sea traspasaría las fronteras de lo meramente jurídico para constituir un incidente diplomático de primer orden.

El IOR puede transferir fondos a cualquier parte del mundo sin límite de cantidad o distancia, garantizando la total opacidad de las transacciones ante cualquier mirada curiosa. Su funcionamiento es autónomo y no tiene lazos ni está subordinado a ninguna otra institución de la Santa Sede<sup>[1]</sup>. Ningún órgano, ni dentro ni fuera del Vaticano, ha sometido nunca al IOR a una auditoría.

La Ciudad del Vaticano alberga tres instituciones financieras: el Patrimonio Apostólico de la Santa Sede, que hace las veces de banco

central vaticano, el Ministerio de Economía y el IOR. Resulta curioso que un Estado de tan sólo ochocientos habitantes necesite de tres instituciones financieras de gran calado. El IOR no responde ni ante el Patrimonio Apostólico ni ante el Ministerio de Economía. Los informes del organismo son materia reservada y sólo pueden ser revisados mediante una autorización especial del papa<sup>[2]</sup>.

El hermetismo del IOR llega a tal extremo que en 1996 el cardenal Edmund Casimir Szoka, presidente de la Comisión Pontificia para el Estado Ciudad del Vaticano, una de las mayores autoridades del gobierno de la Santa Sede, tuvo que reconocer que carecía de autoridad y conocimientos en todo lo referente al instituto. Para muchos inversores de alto nivel la propuesta que se les hace desde los suntuosos salones del Vaticano no puede ser más tentadora: la posibilidad de invertir cantidades astronómicas de dinero a intereses que pueden alcanzar el 18 por 100, sin riesgo y de forma totalmente confidencial.

A lo largo de su historia, el IOR se ha convertido en una inagotable fuente de escándalos para la prensa europea. Por igual, reporteros sensacionalistas y los más serios y abnegados periodistas de investigación han empleado miles de horas de trabajo, y escrito centenares de artículos y libros, intentando desentrañar la verdadera naturaleza de las actividades de esta misteriosa institución. Se ha hablado de relaciones con la mafia, con el tráfico internacional de armas, de evasión de impuestos, de escándalos financieros y de fondos y bienes ilimitados procedentes del ocaso del Tercer Reich. Muchas de estas acusaciones no han sido más que intentos, más o menos oportunistas, de crear morbo a costa del secreto que envuelve al instituto; otras, en cambio, parecen más justificadas e incluso han dado lugar a acciones legales, como las emprendidas en su momento por los supervivientes del Holocausto, reclamando bienes y obras de arte que podrían proceder de incautaciones hechas ilegalmente contra judíos durante el período nazi, como el caso Alperin contra el Banco Vaticano.

## **LA HUCHA DEL PAPA**

Uno de los más peculiares artificios de las finanzas vaticanas consiste en que cada cierto tiempo la Santa Sede hace públicos unos informes financieros en los que detalla los balances económicos de todas y cada una de las instituciones del Vaticano, a excepción del Instituto para las Obras de Religión, que ni siquiera es mencionado. Esta circunstancia hace posible que aunque el informe financiero del Vaticano declare déficit (tal es el caso actual sin ir más lejos), el IOR cuente con unos activos que se cuantifican en miles de millones de dólares<sup>[3]</sup>. La misma titularidad del IOR es un asunto no exento de misterio, al menos si atendemos a lo que al respecto dice el propio Vaticano. Una de las mayores autoridades en este asunto era el sacerdote Thomas J. Reese, autor de varios libros muy documentados sobre la Santa Sede. En uno de ellos, *Dentro del Vaticano*<sup>[4]</sup>, hace una curiosa afirmación sobre a quién pertenece realmente el instituto: «El IOR es el banco del Papa; en cierto sentido, se puede decir que él es el único y exclusivo accionista. A él le pertenece y él lo controla».

Esta afirmación es doblemente curiosa si tenemos en cuenta que llamó la atención de los tribunales federales estadounidenses, que en la época en que se publicó el libro buscaban pruebas que pudieran señalar hacia la titularidad privada del IOR. La declaración del padre Reese, que los abogados de la Santa Sede presentaron ante el tribunal, es, como poco, llamativa. El sacerdote negaba tener conocimiento alguno de las finanzas vaticanas, echaba por tierra sus propias investigaciones y, centrándose en la expresión «en cierto sentido», afirmaba que sus palabras habían sido malinterpretadas: «Desconozco en calidad de qué actúa el Papa en lo referente al Instituto».

Los documentos del Vaticano que hacen referencia o afectan al funcionamiento de las finanzas de la Santa Sede están todos ellos salpicados de afirmaciones como «siempre manteniendo intacto el especial carácter del IOR», «sin incluir al IOR» o «con pleno respeto al estatuto jurídico del IOR»<sup>[5]</sup>, que subrayan la peculiaridad y autonomía del instituto. Cuando en la época de Pablo VI el cardenal Egidio Vagnozzi, amigo personal del papa, fue puesto al frente de la prefectura de asuntos económicos de la Santa Sede, llegó a decir, algo molesto por el continuo secreto que envolvía las

actividades del IOR, que «sería necesaria una combinación del KGB, la CIA y la Interpol sólo para tener un atisbo de dónde están los dineros»<sup>[6]</sup>.

El particular sistema de gobierno de la institución no favorece en absoluto su transparencia. El IOR tiene tres juntas directivas independientes: una compuesta por cardenales, otra por banqueros internacionales y funcionarios de la institución y una dirección gerente que se ocupa de los asuntos del día a día.

El origen del IOR hay que buscarlo en el momento de la coronación del cardenal Pacelli como Pío XII. Aquella ceremonia tuvo muchas diferencias respecto a las de sus recientes predecesores. Para empezar, se celebró en la imponente basílica de San Pedro, en lugar de en la mucho más recogida Capilla Sixtina. El nuevo pontífice insistió en que la ceremonia fuera retransmitida al mundo entero a través de Radio Vaticana. Además, fue el primer pontífice en ser coronado con la tiara, esto es, la triple corona que representa el triple poder del papa: padre de los reyes, rector del mundo y vicario de Cristo. Hay otra interpretación simbólica que dice que las tres coronas simbolizan a la Iglesia militante, la Iglesia sufriente y la Iglesia triunfante en los últimos cien años. Todo ello eran claros indicios de que el esplendor, la majestad y la gloria del Vaticano habían regresado.

## **LA DANZA DEL SOL**

La ceremonia, en la que no se reparó en gastos, fue el prólogo perfecto del que sin duda se puede definir como uno de los pontificados más sólidos de la historia; Pío XII fue un papa fuerte que llevó a la Santa Sede y a la Iglesia en la dirección que creyó más conveniente. Era un hombre de gran carisma personal que condujo el Vaticano con el rigor y la autoridad de los «papas reyes» de antaño. Los burócratas de la Santa Sede tenían que arrodillarse si recibían una llamada telefónica del pontífice, el personal de servicio debía cumplir sus tareas en el más estricto silencio y los jardineros se escondían tras los arbustos si el Santo Padre salía a dar un paseo por los jardines<sup>[7]</sup>. (Otro de los trabajos extra que tenían los jardineros vaticanos del

período de Pío XII era el de exterminar, en la medida de lo posible, todos los insectos, de forma que el papa no se encontrara con ninguno, ya que los detestaba profundamente, sobre todo las moscas). Aparte de esta pequeña rareza, también habría que destacar su carácter marcadamente hipocondríaco, que trajo de cabeza a cuantos doctores le trataron.

En el terreno político, una de las primeras acciones que Pío XII llevó a la práctica fue la de intentar evitar el estallido de la Segunda Guerra Mundial y predicar una paz basada en el derecho. Propuso un programa de paz de cinco puntos, entre los que destacaban un desarme general, el reconocimiento de los derechos de las minorías y un derecho de independencia de las naciones. Sus esfuerzos no lograron el fruto esperado.

Otra muestra de su fortaleza de carácter la podemos encontrar en el hecho de haber sido el único pontífice del siglo xx en ejercer el Magisterio Extraordinario o, lo que es lo mismo, la infalibilidad papal, cuando en 1950 declaró oficialmente el dogma de la Asunción de la Virgen a través de su encíclica *Munificentissimus Deus*. Ello fue una muestra más de su especial devoción por la Virgen, expresada además en su iniciativa de declarar 1954 como año mariano y en su empeño personal por promover el culto a la Virgen de Fátima<sup>[8]</sup>.

Esta afinidad con Fátima se debía, tal vez, a que, presuntamente, él mismo presenció uno de los hechos milagrosos asociados a esta aparición mariana: la danza del sol. El 13 de octubre de 1917, el astro rey pareció comenzar a desplazarse por el cielo y descender hacia las treinta mil personas que llenaban el valle de las apariciones de Fátima, secando sus ropas, mojadas por la pertinaz lluvia que había caído. El sol descendió girando en zigzag, según relatan quienes allí estaban. Pío XII aseguraba que él había presenciado un fenómeno semejante en los jardines del Vaticano, y que incluso había recibido en ese instante mensajes del cielo<sup>[9]</sup>. El presunto milagro ocurrió los días 30 y 31 de octubre y 1 de noviembre de 1950, aunque, por desgracia, el papa fue el único que presenció el sorprendente fenómeno.

## FUERA LOS MILANESES

El sesgo proalemán del nuevo papa, al que sus años de nuncio en Alemania habían influido notablemente, pronto se hizo patente a través de un estrechamiento de los lazos con el régimen de Hitler. Estas relaciones se mantuvieron en un cauce de concordia gracias a la notable influencia que tuvo sobre Hitler la confirmación del papa de que el arzobispo Cesare Orsenigo continuaría como nuncio de Su Santidad en Berlín. Orsenigo, que llevaba años desempeñando ese puesto y que tenía reputación de hábil diplomático, había aprendido a moverse perfectamente en las procelosas aguas de las estructuras de poder nazis. Otros analistas, mucho más duros, han acusado al nuncio de ser un simpatizante de los nazis y de contar entre sus amistades con un buen número de jefes hitlerianos<sup>[10]</sup>. En cualquier caso, todo esto forma parte de la agria polémica que lleva años abierta respecto al papel que la Santa Sede desempeñó durante la Segunda Guerra Mundial. Como suele suceder, es muy posible que ninguna de las posturas enfrentadas esté en plena posesión de la verdad.

El comienzo del pontificado de Pío XII también supuso una revisión de la política interna del Vaticano. En aquel momento, la figura de Bernardino Nogara empezaba a verse empañada por la acción de lenguas envidiosas que difundían rumores de todo tipo: desde que el financiero estaba dilapidando los bienes de la Iglesia hasta que pertenecía a una diabólica logia masónica, pasando por la malversación de fondos. Lógicamente, aquellos rumores terminaron por llegar a oídos del papa, que, muy alarmado, designó a un grupo de colaboradores para que investigaran discretamente al financiero vaticano, tanto en su vida personal como profesional. Había otro motivo importante para recelar de Nogara: su profunda y mal disimulada antipatía hacia los alemanes, que se traducían en que tan sólo una cantidad ridícula del dinero que administraba fuera invertida en aquel país<sup>[11]</sup>.

Sin embargo, los resultados de la investigación sirvieron para demostrar que las lenguas envenenadas que rodeaban a Nogara no tenían más fundamento que el rencor y la envidia. Además, el nuevo papa era romano, y muchos romanos de la Santa Sede vieron en esta circunstancia la



oportunidad de acabar de una vez por todas con la influencia del clan de milaneses protegidos por Pío XI, del que Bernardino Nogara era una de las cabezas visibles<sup>[12]</sup>.

Se rumoreaba que monseñor Tardini, romano y número dos de la poderosa secretaría de Estado, podía haber desempeñado algún papel en esta campaña antimilanesa que se desarrolló al grito de «fuori i milanesi dal Vaticano» (fuera los milaneses del Vaticano).

Bernardino Nogara llevaba una vida en la que no había espacio más que para el trabajo. Su único pasatiempo era acudir, de vez en cuando, al cine a ver películas estadounidenses. No tenía novia, ni amante, ni recurría a los servicios de prostitutas, ni siquiera veía pornografía. Era más célibe que algunos sacerdotes de Roma. Tenía un sueldo bastante modesto para el trabajo que realizaba y buena parte de aquel exiguo salario lo dedicaba a obras de caridad. Sólo se relacionaba con devotos católicos, y sus amigos extranjeros eran la flor y nata de la banca internacional, como los Rothschild de París y Londres, o algunos altos directivos del Credit Suisse, el Hambros Bank de Londres, el Banco J. P. Morgan, el Bankers Trust Company de Nueva York y el Banque de Paris et des Pays Bas (Paribas). Lo más escandaloso de su vida era que no se perdía, bajo ningún concepto, una película de Rita Hayworth.

## **EL INSTITUTO PARA LAS AGENCIAS RELIGIOSAS**

En cuanto a la gestión del financiero, el papa podía estar igualmente satisfecho. Durante el período que había durado su gestión administrativa, Nogara había casi centuplicado el patrimonio de la donación original de Mussolini de mil setecientos cincuenta millones de liras. No había rastro de malversación alguna y la Iglesia era rica como nunca antes lo había sido.

El pontífice reconoció que había hecho mal desconfiando del leal financiero y le confirmó en su puesto. No obstante, tal vez debido a este resquemor inicial o a una simple incompatibilidad de caracteres, la relación

no fue, ni mucho menos, tan fluida como lo fue con Pío XI. En este sentido, resulta revelador que los diarios de Nogara sólo hagan referencia a sus encuentros con Pío XI y no a los mantenidos con Pío XII, que fueron igual de numerosos. En cualquier caso, la relación profesional sí que fue igual de fructífera y, a pesar de incluir un período de gran convulsión como fue la Segunda Guerra Mundial y los primeros compases de la guerra fría, supuso la consolidación definitiva de la riqueza vaticana. Ambos hombres se respetaban mutuamente y la frialdad de su trato tal vez se debiera a que eran demasiado similares para congeniar completamente: eran dos hombres que habían consagrado toda su vida, sin reparar en sacrificios, a la misma causa, engrandecer a una Iglesia a la que habían podido ver no hacía tanto tiempo en una situación de extrema debilidad.

Nogara convenció a Pío XII de la necesidad de que el Vaticano contara con su propio banco, una institución financiera que le permitiera operar en los mercados financieros internacionales con mayor autonomía. Ello les permitiría, entre otras cosas, atenuar en gran medida la preocupante dependencia que sufría el Vaticano respecto a Italia. El suministro eléctrico, el agua, la comida, el teléfono y el telégrafo dependían del gobierno italiano. Incluso Radio Vaticana estaba sometida a la censura del gobierno fascista. Sin embargo, había una dependencia más preocupante si cabe. Tener que guardar la totalidad de sus activos financieros en bancos extranjeros, fundamentalmente italianos, colocaba al Estado Vaticano en una situación sumamente anómala.

El nuevo banco extendería hasta el infinito las posibilidades de lucro de las finanzas vaticanas, ya que podría contar con una selecta y exclusiva clientela a la que se le ofrecerían servicios difícilmente disponibles en otras entidades. No hacía falta echarle demasiada imaginación para comprender el agrado con que los empresarios italianos verían la posibilidad de sustraer, de una manera fácil y segura (a fin de cuentas sería el banco de la Santa Sede), importantes cantidades de dinero del escrutinio de la hacienda pública.

El 27 de junio de 1942, Pío XII y Bernardino Nogara firmaron el documento con el que nació el que fue denominado Instituto para las Agencias Religiosas, posteriormente Instituto para las Obras de Religión.

Monseñor Alberto di Jorio, que hasta ese momento había sido la mano derecha de Nogara, fue nombrado presidente de la nueva institución. El cargo es menos relevante de lo que parece, ya que Nogara se reservó para sí mismo un nebuloso título de «delegado» que le permitía mantenerse oficialmente al margen de las operaciones del recién creado instituto, al tiempo que conservaba la capacidad de supervisar sin límites ni restricciones todas y cada una de sus operaciones. No obstante, el poder supremo de la institución recaía sobre el papa, que, aunque ya no era el rey de antaño, capaz de reclutar enormes ejércitos y convocar cruzadas para aplastar a sus enemigos, acababa de adquirir el arma perfecta para combatir en otros campos de batalla, que iban a ser no menos importantes que aquellos en los que peleaban desde hacía tres años los soldados de la Segunda Guerra Mundial. No, el papa ya no tenía ejércitos, pero en la batalla económica había convertido la Santa Sede, de nuevo gracias a Bernardino Nogara, en una potencia digna de ser tomada en cuenta.

## EL OTRO HOLOCAUSTO EL VATICANO Y EL GENOCIDIO EN CROACIA

*La mayor parte de la gente ignora que durante la Segunda Guerra Mundial se produjo otro genocidio cuya brutalidad superó con creces lo visto en los campos de concentración nazis. El asesinato de medio millón de serbios en Croacia ya ha pasado por derecho propio a los anales de los más infames crímenes contra la humanidad. El papel de la Iglesia católica en esta tragedia no fue en absoluto menor.*

Cuando Adolf Hitler atacó Yugoslavia el 6 de abril de 1941, resultó inmediatamente evidente que la Wehrmacht contaba con el apoyo de grupos traidores dentro del Estado yugoslavo. El ejército del país estaba entre la espada y la pared, superado por la inmensa maquinaria de guerra alemana y apuñalado por la espalda por terroristas pronazis miembros del Partido Ustasha, una peligrosa organización croata de extrema derecha. Incluso los mandos de algunas unidades de mayoría croata estuvieron en conversaciones con los nazis, abriéndoles prácticamente las puertas del país<sup>[1]</sup>. El Estado independiente de Croacia fue declarado el 10 de abril de 1941, el mismo día en que la 14.<sup>a</sup> división *panzer* alemana entró en Zagreb y fue recibida con entusiasmo por la población. La invasión de Yugoslavia por parte de las tropas de Hitler supuso la división del país en dos naciones independientes. La católica Croacia veía hecho realidad su sueño de independizarse de la Serbia ortodoxa. En términos de su organización e ideología, el nuevo Estado croata era una nación totalitaria fundada en el

principio de un Führer que, siempre que mantuviera su subordinación a Alemania, podía hacer y deshacer a su antojo.

El caudillo que tomó las riendas del país fue Ante Pavelic, jefe de los ustashi. Pavelic y sus seguidores habían estado exiliados en Italia bajo la protección de Mussolini, ya que eran buscados por los gobiernos de Francia y Yugoslavia acusados de planear los asesinatos del rey Alejandro de Yugoslavia y el primer ministro francés Louis Barthou. Pavelic estableció en Croacia, con la ayuda de sus padrinos nazis, el NDH «Nezavisna Drzava Hrvatska» (Estado independiente de Croacia). El 14 de abril, el primado de Croacia, Alojzije Stepinac, se reunía con Pavelic para transmitirle su felicitación al tiempo que repicaban todas las campanas del país para celebrar la victoria. A cambio, Stepinac recibió el nombramiento de Supremo Vicario Apostólico Militar del Ejército ustashi. La prensa católica se deshacía en halagos hacia el dictador; Dios, que controla el destino de las naciones y dirige el corazón de los reyes, nos ha dado a Ante Pavelic y ha movido al líder de un pueblo amistoso y aliado, Adolf Hitler, a emplear sus tropas victoriosas para dispersar a nuestros opresores y permitirnos crear un Estado independiente de Croacia. Gloria a Dios, nuestra gratitud a Adolf Hitler, e infinita lealtad al jefe Ante Pavelic<sup>[2]</sup>.

Tal efusión no es de extrañar si tenemos en cuenta que una investigación de la comisión yugoslava de crímenes de guerra estableció que el arzobispo Stepinac había sido uno de los principales actores en la conspiración que condujo a la conquista de Yugoslavia. A fin de cuentas, la Iglesia católica llevaba siglos soñando con la idea de un reino católico en los Balcanes, algo que finalmente sucedió cuando Pavelic y Hitler auparon al trono a Tomislav II, cuya función fue meramente decorativa. La identidad del Estado estaba basada más en afiliación religiosa que en etnicidad. El fanatismo católico de los ustashi estaba decidido a convertir Croacia en un país católico mediante una combinación de conversiones religiosas forzadas, expulsión y exterminio.

## **EL HÉROE PAVELIC**

El clero apoyaba al régimen con entusiasmo fanático. La mayoría de los católicos compartían las metas ideológicas de los ustashi y recibieron con beneplácito el fin de la tolerancia religiosa impuesta por la antigua Yugoslavia. El papa en persona recibió en audiencia a Pavelic y bendijo a toda la delegación de los ustashi desplazada a Roma, incluida la representación de la Hermandad de los Grandes Cruzados, encargados de convertir al catolicismo a los serbios por medio de tácticas que, como veremos, no eran precisamente evangelizadoras<sup>[3]</sup>.

Durante sus cuatro años de existencia como Estado independiente (1941-1945), en Croacia se ejecutó a más de 750 000 serbios, judíos y gitanos<sup>[4]</sup>. De los 80 000 judíos de Yugoslavia, 60 000 fueron asesinados, la gran mayoría de ellos en Croacia. La mayoría de estas matanzas las cometieron los ustashi. Croacia fue el único país, junto con Alemania, en el que funcionaron campos de concentración a gran escala durante la Segunda Guerra Mundial. Al contrario que los nazis, que idearon un sistema de exterminio industrial y discreto, el genocidio en Croacia y Bosnia-Herzegovina se caracterizó por la ejecución de asesinatos rituales en lugares públicos, perpetrados con sádico y desenfrenado entusiasmo. El historiador austríaco Friedrich Heer comentaba en 1968 que lo sucedido en Croacia era el resultado del «fanatismo arcaico de épocas prehistóricas». Según este experto, Pavelic fue «uno de los mayores asesinos del siglo xx». Ello no es óbice para que, curiosamente, Pavelic sea visto como un héroe en la Croacia moderna.

El «héroe» croata solía referirse a los serbios de la siguiente manera; «Los eslavoserbios son el desperdicio de una nación, el tipo de gente que se vende a cualquiera y a cualquier precio...». Buena parte de esta animadversión era azuzada desde los púlpitos. El propio arzobispo Stepinac decía:

Después de todo, los croatas y los serbios pertenecen a dos mundos distintos, polo norte y polo sur, nunca se llevarán bien a no ser por un milagro de Dios. El cisma de la Iglesia ortodoxa es la maldición más grande de Europa, casi más que el protestantismo. Aquí no hay moral, ni principios, ni verdad, ni justicia, ni honestidad<sup>[5]</sup>.

El 12 de junio de 1941, todos los judíos y serbios de Croacia se encontraron con que su libertad de movimiento había sido restringida. El ministro de Justicia, Milovan Zanitch, no tenía el menor reparo en declarar el sentido de estas medidas:

Este Estado, nuestro país, es sólo para los croatas y para nadie más. No habrá caminos ni medidas que los croatas no empleen para hacer nuestro país realmente nuestro, limpiando de él a todos los ortodoxos serbios. Todos aquellos que llegaron a nuestro país hace trescientos años deben desaparecer. No ocultamos nuestras intenciones. Es la política de nuestro Estado y para su promoción lo único que haremos será seguir fielmente los principios de los ustashi<sup>[6]</sup>.

## LIMPIEZA ÉTNICA

Para entonces, las matanzas ya habían comenzado. Mile Budak, ministro de Educación del gobierno croata, declaraba en Gospić el 22 de julio de 1941:

Las bases del movimiento ustasha son la religión. Para las minorías, como los serbios, judíos y gitanos, tenemos tres millones de balas. Mataremos a un tercio de la población serbia, deportaremos a otro tercio, y al resto lo convertiremos a la fe católica para que, de esta forma, queden asimilados a los croatas. Así destruiremos hasta el último rastro suyo, y todo lo que quede será una memoria aciaga de ellos<sup>[7]</sup>...

La campaña de limpieza étnica dio comienzo casi de inmediato. Buena parte de la legislación y estructura administrativa del nuevo Estado se adaptó para que se ajustase lo más posible al derecho canónico. Stepinac vio con particular beneplácito la ley que decretaba la pena de muerte por el aborto y la ley que imponía treinta días de cárcel por insultar<sup>[8]</sup>. La oposición política fue barrida de la vida pública. Se prohibió la publicación de textos en cirílico, el alfabeto empleado por los serbios. Asimismo, se comenzó una campaña de «arianización» que denegó los matrimonios mixtos entre católicos croatas y miembros de otras etnias. En la entrada de los parques se instalaron carteles en los que podía leerse: «Se prohíbe la

entrada de serbios, judíos, gitanos y perros»<sup>[9]</sup>. La Iglesia croata recibió estas medidas con mal disimulado entusiasmo, que quedó revelado, por ejemplo, en las palabras de Mate Mogus, sacerdote de Udbina:

«Hasta ahora hemos trabajado para la fe católica con el libro de plegarias y la cruz. Ahora ha llegado la hora de trabajar con el rifle y el revólver»<sup>[10]</sup>. Mientras, el infame campo de concentración de Dánica comenzó a recibir a sus primeras víctimas<sup>[11]</sup>: al principio judíos, y luego todos los calificados como «indeseables», esto es, los no católicos, que representaban más del 60 por 100 de la población.

Las atrocidades que se cometieron en los campos de concentración de Croacia no tienen parangón, y en algunos casos superan a las de los nazis. Djordana Diedlender, guardia del campo de Stara Gradiska, dio este estremecedor testimonio durante el juicio contra el comandante del campo, Ante Vrban:

En aquella época, llegaban a diario nuevas mujeres y niños al campo de Stara Gradiska. Ante Vrban ordenó que todos los niños fueran separados de sus madres y llevados a una habitación. Se nos dijo a diez de nosotros que los lleváramos allí envueltos en mantas. Los niños gritaban por toda la habitación y uno de ellos puso un brazo y una pierna en la puerta de forma que ésta no pudo ser cerrada. Vrban gritó: «¡Empujadla!». Yo no lo hice, así que él dio un portazo destrozando la pierna del niño, después le cogió por la otra pierna y le estrelló contra el muro hasta matarlo. Tras esto, continuó metiendo a los niños allí. Cuando la habitación estuvo llena, Vrban usó gas venenoso y los mató a todos<sup>[12]</sup>.

## **EL PLACER DE MATAR**

La ferocidad de los ustashi alarmó incluso a los propios nazis, que temían que una represión tan brutal contra una población tan grande desembocase en un alzamiento armado. El 17 de febrero de 1942, Reinhard Heydrich, uno de los mayores artífices de la Solución Final (el plan de los altos



jerarcas del Tercer Reich para exterminar a los judíos) y, como tal, no caracterizado precisamente por su piedad, expresaba su inquietud al Reichführer de las SS, Heinrich Himmler:

El número de eslavos masacrados por los croatas de las formas más sádicas está estimado en 300 000 [...]. La realidad es que en Croacia los serbios que quedan vivos son aquellos que se han convertido al catolicismo, a quienes se les ha permitido vivir sin ser molestados [...]. Debido a esto, está claro que el estado de tensión serbocroata es una lucha entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa.

Ante la fría eficiencia de los nazis, que habían convertido el genocidio en una siniestra clase de producción en masa, los ustashi hacían de la muerte de sus víctimas algo personal, complaciéndose en su tortura pública y humillación. Ésta y no otra es la razón de que se conserven un gran número de testimonios fotográficos de semejantes atrocidades. Se trata de instantáneas que en su mayoría fueron tomadas como «recuerdo» por los verdugos. En ellas se pueden ver barbaridades difícilmente concebibles por una mente cuerda: desde sesiones de tortura jaleadas por un enardecido público hasta procesiones de cabezas clavadas en picas por las calles de Zagreb<sup>[13]</sup>. El propio Pavelic encontraba perversamente placentero obsequiar a los diplomáticos que le visitaban con cestas llenas de ojos humanos<sup>[14]</sup>.

Incluso los endurecidos fascistas italianos que controlaban una porción de Croacia durante la guerra estaban horrorizados por los ustashi, y lograron rescatar a un gran número de judíos y ortodoxos, negándose a devolver a una muerte cierta a los refugiados que llegaban a su zona de control. El arzobispo Stepinac se quejó de esta actitud de los italianos tanto ante el obispo de Mostar:

«Los italianos han vuelto y han reimpuesto su autoridad civil y militar. Las iglesias cismáticas revivieron inmediatamente después de su regreso y los sacerdotes ortodoxos, hasta ahora escondidos, reaparecieron con libertad. Los italianos parecen favorecer a los serbios y perjudicar a los católicos»<sup>[15]</sup>.

como ante el ministro para asuntos italianos en Zagreb:

«Ocurre que en los territorios croatas anexados por Italia se puede observar una caída constante de la vida religiosa y un evidente viraje del catolicismo al cisma. Si la parte más católica de Croacia dejara de serlo en el futuro, la culpa y responsabilidad ante Dios y la historia sería de la Italia católica. El aspecto religioso de este problema lo transforma en mi obligación de hablar en términos simples y abiertos desde el momento en que yo, personalmente, soy el responsable del bienestar religioso de Croacia»<sup>[16]</sup>.

## LOS FRAILES ASESINOS

Lo más escandaloso de todo este sórdido asunto es que no pocos sacerdotes y, sobre todo, frailes franciscanos, estuvieron al mando de estos campos de la muerte.

Con pocas excepciones aquí y allá, el fenómeno aquí descrito era característico de las masacres ustashi. A diferencia de los exterminios en otros países durante la Segunda Guerra Mundial, era casi imposible imaginar una expedición punitiva ustashi sin la presencia de un sacerdote a la cabeza, tratándose generalmente de un franciscano<sup>[17]</sup>.

El más conocido de ellos fue el fraile franciscano Miroslav Filipovic, que dirigió el campo de Jasenovac, donde se dio una muerte atroz a miles de personas. Otro franciscano de aquel campo, Pero Brzica, ostenta un récord aún más macabro si cabe.

Ante la llegada de nuevos prisioneros, se hizo evidente la necesidad de asesinar a los ya existentes para hacer sitio a los recién llegados. El personal del campo se mostró entusiasmado ante esta perspectiva:

El franciscano Pero Brzica, Ante Zrinusic, Sipka y yo apostamos para ver quién mataría más prisioneros en una sola noche. La matanza comenzó y después de una hora yo maté a muchos más que ellos. Me sentía en el séptimo cielo. Nunca había sentido tal éxtasis en mi vida. Después de un par de horas había logrado matar a 1100 personas, mientras los otros sólo pudieron asesinar entre 300 y 400 cada uno. Y

después, cuando estaba experimentando mi más grandioso placer, noté a un viejo campesino parado mirándome con tranquilidad mientras mataba a mis víctimas y a ellos mientras morían con el más grande dolor. Esa mirada me impactó; de pronto me congelé y por un tiempo no pude moverme. Después me acerqué a él y descubrí que era del pueblo de Klepci, cerca de Capijina, y que su familia había sido asesinada, siendo enviado a Jasenovac después de haber trabajado en el bosque. Me hablaba con una incomprensible paz que me afectaba más que los desgarradores gritos que se sucedían a mi alrededor. De pronto sentí la necesidad de destruir su paz mediante la tortura y así, mediante su sufrimiento, poder yo restaurar mi estado de éxtasis para poder continuar con el placer de infligir dolor.

Le apunté y le hice sentar conmigo en un tronco. Le ordené gritar: «¡Viva Poglavnik Pavelic!», o te corto una oreja. Vukasin no habló. Le arranqué una oreja. No dijo una palabra. Le dije otra vez que gritara: «¡Viva Pavelic!» o te arranco la otra oreja. Se la arranqué. Grita: «¡Viva Pavelic!», o te corto la nariz, y cuando le ordené por cuarta vez gritar «¡Viva Pavelic!» y le amenacé con arrancarle el corazón con mi cuchillo, me miró y en su dolor y agonía me dijo:

«¡Haga su trabajo, criatura!». Esas palabras me confundieron, me congeló, y le arranqué los ojos, luego el corazón, le corté la garganta de oreja a oreja y lo tiré al pozo. Pero algo se rompió dentro de mí y no pude matar más durante toda esa noche.

El franciscano Pero Brzica me ganó la apuesta, había matado a 1350 prisioneros. Yo pagué sin decir una palabra<sup>[18]</sup>.

Por esta hazaña el franciscano recibió el título de «rey de los cortadores de gargantas» y un reloj de oro, posiblemente robado a un prisionero antes de ejecutarlo.

## **CONVERTIRSE O MORIR**

La barbarie, lejos de decrecer, fue en aumento y llegó un punto en que ni tan siquiera la formalidad de los campos de exterminio fue considerada

necesaria. Pueblos enteros fueron asaltados y sus habitantes pasados a cuchillo, cuando no asesinados con martillos y hachas, ahorcados o incluso crucificados. Los serbios sufrieron las torturas más atroces, que se cebaban con especial saña en los sacerdotes ortodoxos, muchos de los cuales fueron quemados, desollados o descuartizados vivos:

Las ejecuciones en masa eran comunes, las víctimas, degolladas y a veces despedazadas. En muchas ocasiones era común ver pedazos de carne colgados en carnicerías con un cartel que decía «carne humana». Los crímenes de los alemanes en los campos de exterminio parecían pequeños comparados con las atrocidades cometidas por los católicos. Los ustashi adoraban los juegos de tortura que se convertían en orgías nocturnas, y que incluían clavar clavos al rojo vivo debajo de las uñas, poner sal en las heridas abiertas, cortar todas las partes humanas concebibles y competir por el título de quién era el mejor degollando a sus víctimas. Quemaron iglesias ortodoxas llenas de gente, empalaron niños en Vlasenika y Kladany, cortaron narices, orejas y arrancaron ojos. Los italianos fotografiaron a un ustashi que tenía dos cadenas de lenguas y ojos alrededor del cuello<sup>[19]</sup>.

Todas las propiedades de la Iglesia ortodoxa fueron saqueadas y confiscadas. La mayor parte de este botín fue transferido a la Iglesia católica croata, que seguía encantada con el régimen. El arzobispo de Sarajevo, Saric, llegó al extremo de publicar una poesía enalteciendo al líder de los ustashi:

*Contra los avaros judíos con todo su dinero,  
quienes querían vender nuestras almas,  
traicionar nuestros nombres, esos miserables.*

*Usted es la roca donde se edifica la patria y la libertad.  
Proteja nuestras vidas del infierno, marxista y bolchevique.*

Otro botín, en este caso espiritual y económico a la vez, que recibió la Iglesia católica fue la conversión forzosa de miles de serbios, que, a punta de cuchillo, fueron obligados a renegar de su religión. Estas conversiones en masa fueron calificadas de gran triunfo para el catolicismo por parte de

la jerarquía eclesiástica<sup>[20]</sup>. ¿Por qué este botín de almas era también económico? Porque para añadir iniquidad a la infamia, estas conversiones se realizaban previo pago de 180 dinares a la Iglesia por parte del converso. Además, aquellos que sabían escribir debían enviar una carta de agradecimiento al arzobispo Stepinac, que informaba puntualmente al papa de la buena marcha de las conversiones. En cualquier caso, los únicos que tenían opción de salvar la vida mediante la conversión eran los campesinos pobres e incultos de las zonas rurales. Todo serbio educado, con capacidad de conversar o transmitir algo parecido a una identidad nacional serbia era asesinado sin posibilidad de salvación.

## **EL VISITANTE APOSTÓLICO**

El 14 de mayo de 1941, los serbios de la localidad de Glina fueron concentrados en un salón de actos por una banda de ustashi comandados por el abad del monasterio de Gunic. A continuación, se les ordenó que mostraran sus certificados de conversión. Sólo dos de ellos disponían del documento. El resto fueron degollados mientras el abad rezaba por sus almas.

Entre la venta de certificados de conversión y el saqueo de los tesoros custodiados en las iglesias ortodoxas, no resulta exagerado decir que si hubo alguien que obtuvo beneficio económico del genocidio cometido por los croatas fue, precisamente, la Iglesia católica. A cambio, durante toda la guerra, la Iglesia católica apoyó oficialmente al régimen, a pesar de que sus desmanes y locuras eran públicos y notorios.

El Vaticano no podía alegar desconocimiento de estos graves sucesos. El 17 de marzo de 1942, el Congreso judío mundial envió a la Santa Sede una nota de auxilio, una copia de la cual aún se conserva en Jerusalén:

Varios miles de familias han sido deportadas a islas desiertas en la costa dalmata o internadas en campos de concentración [...]. Todos los hombres judíos han sido enviados a campos de trabajo donde se les han encomendado trabajos de drenaje o saneamiento durante los cuales han

perecido en gran número [...]. Al mismo tiempo, sus esposas e hijos fueron trasladados a otros campos donde igualmente tuvieron que afrontar graves privaciones.

Monseñor Giuseppe Ramiro Marcone, un beneditino de la congregación de Monte Vergine y miembro de la academia romana de Santo Tomás de Aquino, era el representante personal del papa en el episcopado de Croacia, y mantenía al Santo Padre al corriente de todo lo que allí sucedía. Los defensores del Vaticano alegan que Marcone era un simple «visitante apostólico». Sin embargo, para el Ministerio de Asuntos Exteriores en Zagreb, el padre Marcone tenía estatus de «delegado de la Santa Sede», y en las ceremonias oficiales se le colocaba por delante, incluso, de los representantes del Eje, siendo considerado decano del cuerpo diplomático. Además, Marcone, en su correspondencia con el gobierno ustashi, se calificaba a sí mismo como *Sancti seáis legatus o Elegatus*, pero nunca como «visitante apostólico».

Los medios de comunicación también se hacían eco de esta situación. El 16 de febrero de 1942, la BBC emitía el siguiente informe sobre Croacia:

Las peores atrocidades están siendo cometidas alrededor del arzobispo de Zagreb. La sangre de hermanos corre en arroyos. Los ortodoxos están siendo obligados a la fuerza a convertirse al catolicismo y no escuchamos la voz del arzobispo predicando la rebelión. En su lugar, se informa de que está tomando parte en desfiles nazis y fascistas.

Ni siquiera cuando la prensa internacional comenzó a informar ampliamente sobre las barbaridades cometidas por clérigos católicos, el papa hizo algo por detener a los sanguinarios franciscanos. La propia prensa católica croata reflejó en sus páginas la persecución, tratándola como si fuese lo más normal del mundo. El 25 de mayo de 1941, en el *Katolicki List*, el sacerdote Franjo Kralik publicó un reportaje titulado «¿Por qué los judíos están siendo perseguidos?», en el que se justificaba el genocidio de la siguiente forma:

Los descendientes de aquellos que odiaron a Jesús, que lo condenaron a muerte, que lo crucificaron e inmediatamente persiguieron a sus discípulos, son culpables de excesos más grandes que los de sus

antepasados. La codicia crece. Los judíos que condujeron a Europa y al mundo entero al desastre —moral, cultural y económico— han desarrollado un apetito que solamente el mundo en su totalidad puede satisfacer. Satanás les ayudó a inventar el socialismo y el comunismo. El amor tiene sus límites. El movimiento para liberar al mundo de los judíos es un movimiento para el renacimiento de la dignidad humana. El Todopoderoso y Sabio Dios está detrás de este movimiento.

## EL FIN DE STEPINAC

Cuando se vio con claridad que el curso de la guerra iba a ser contrario al Eje, Stepinac realizó algunos actos de «repentino humanitarismo», actos en los que se basaron los revisionistas croatas para pedir al Yad Vashem israelí, la Autoridad Nacional para el Recuerdo de los Mártires y Héroes del Holocausto, la inclusión de Stepinac en su «Lista de Justos». La petición ha sido denegada en dos ocasiones. Un representante de la institución declaró al respecto que «personas que, ocasionalmente, ayudaron a un judío y colaboraron simultáneamente con un régimen fascista que fue parte del plan de exterminio nazi contra los judíos, quedan descalificadas para el título de “Justo”».

Los contactos de los ustashi con el Vaticano no terminaron con el final de la Segunda Guerra Mundial. El 25 de junio de 1945, tan sólo siete semanas después de concluido el conflicto, los ustashi contactaron con una misión papal en Salzburgo, en la zona de Austria que estaba bajo la administración estadounidense. Pedían al papa su ayuda para la creación de un Estado croata, o, al menos, una unión danubio-adriática en la que los croatas pudieran establecerse<sup>[21]</sup>. La propia Iglesia escondió y ayudó a huir a Ante Pavelic —burlando a las autoridades aliadas—, que logró escapar a Argentina<sup>[22]</sup>. En su lecho de muerte, y bajo la protección de Franco, recibió la bendición personal del papa Juan XXIII. Juan Pablo II rehusó visitar en reiteradas ocasiones los campos de concentración de Jasenovac en sus visitas a Croacia, prefiriendo recibir al exlíder croata y negador del Holocausto Franjo Tudjman.

Finalmente, uno de los factores que más llama la atención de esta historia es que, al terminar la guerra, el Vaticano no hizo nada por socorrer a Stepinac, circunstancia que conocemos por una carta del mariscal Tito fechada en Zagreb el 31 de octubre de 1946:

Cuando el representante del Papa ante nuestro gobierno, el obispo Hurley, me hizo su primera visita, le planteé la cuestión de Stepinac. «Llévenselo de Yugoslavia», le dije, «porque de otra forma nos obligarán a ponerlo bajo arresto». Advertí al obispo Hurley de las acciones que tendríamos que seguir. Discutí el asunto detalladamente con él. Le hice saber de los muchos actos hostiles de Stepinac contra nuestro país. Le di un archivo con toda clase de pruebas documentales de los crímenes del arzobispo.

Esperamos cuatro meses sin que se produjera ninguna respuesta, hasta que las autoridades arrestaron a Stepinac y le llevaron a juicio, de manera semejante a cualquier otro individuo que actúe contra el pueblo.

El arzobispo salió bastante bien parado, a pesar de lo sórdido de sus andanzas durante la guerra. Fue juzgado y condenado a dieciséis años de prisión en un juicio que contó con los testimonios de decenas de testigos que contaron toda clase de tropelías cometidas por clérigos católicos bajo el reino del terror ustashi. Su única defensa durante el juicio fue decir: «Tengo la conciencia tranquila». Sólo en ese momento actuó Pío XII, apresurándose a excomulgar a los participantes en el juicio, y consiguiendo finalmente su liberación años después. Stepinac fue elevado a la categoría de beato por Juan Pablo II en octubre de 1998.



## **RATAS A LA CARRERA EL VATICANO AL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL**

*Lejos de ser un misterio histórico, la fuga de miles de proscritos nazis a América del Sur y otras partes del mundo es un hecho sobradamente documentado en el que se sabe que la Santa Sede tomó parte activa. Personajes tan siniestros como Pavelic, Klaus Barbie o Joseph Mengele partieron al exilio haciendo escala previa en el Vaticano. Mientras, en Croacia, los últimos ustashi esperaban que una oportuna intervención de la diplomacia vaticana propiciara la creación de un Estado croata independiente de Yugoslavia.*

Cuando quedó claro que Zagreb iba a ser liberada por las tropas aliadas, los ustashi intentaron salvar todo lo que pudieron. A finales de abril de 1945, Pavelic, con plena autorización de su amigo Stepinac, ordenó que fueran llevados al Monasterio franciscano de Zagreb treinta y seis cofres con el macabro botín (joyas y dientes de oro, principalmente) requisado a las víctimas de la matanza de serbios, judíos y gitanos<sup>[1]</sup>. Sin embargo, Pavelic retuvo consigo otros trece cofres para asegurarse su huida y un cómodo retiro<sup>[2]</sup>. Los monjes escondieron el tesoro primero en una cripta debajo del altar mayor y, más tarde, en un agujero excavado bajo los confesionarios, donde permaneció hasta que fue recuperado por las tropas del mariscal Tito. Tras enterrar su botín, Pavelic partió al mando de mil quinientos leales en dirección a Austria<sup>[3]</sup>, esperando contar con el amparo de los británicos y el Vaticano. Pero no contaba con ser hecho prisionero por los estadounidenses,

que le venían siguiendo la pista desde su llegada a Austria. Consiguieron aprehenderle cerca de Salzburgo.

Sin embargo, cuando ya se estaban ultimando los preparativos para el juicio por crímenes de guerra, Stepinac y el arzobispo de Salzburgo intercedieron para que Pavelic fuera puesto en libertad. Finalmente, el criminal de guerra encontró cobijo entre los mismísimos muros del Vaticano, aunque su estancia fue corta. Para evitar el escándalo, Pío XII, consciente de que la victoria aliada había dado un vuelco a la política mundial, invitó a Pavelic a marcharse de la Santa Sede disfrazado de sacerdote en un automóvil con matrícula diplomática. Pavelic mantuvo la identidad falsa de sacerdote durante un tiempo bajo los alias de padre Benares o padre Gómez<sup>[4]</sup>. Los estadounidenses siguieron al escurridizo Pavelic, pero decidieron no actuar por deferencia hacia la Santa Sede. Los agentes de la contrainteligencia militar encargados del asunto así lo aclaraban en un informe: «Los actuales contactos de Pavelic son a tan alto nivel, y su presente situación tan comprometedora para el Vaticano, que su extradición podría suponer un problema para la Iglesia católica»<sup>[5]</sup>.

Más o menos por aquellas fechas, el padre Krunoslav Draganovic, secretario de la Confraternidad croata de San Girolamo, que formaba parte de la Pontificia Obra de Asistencia creada por Pío XII, una institución del Vaticano en Roma, recibía desde Croacia más de cuatrocientos kilos de oro<sup>[6]</sup> que debían ser empleados «en la obra de asistencia y cuidado pastoral de los prófugos de Croacia». (Es decir, para ayudar a los antiguos ustashi a escapar de las autoridades aliadas en general y de los partisanos de Tito en particular). En honor a la verdad, hay que reconocer que este oro no formaba parte del botín de las víctimas serbias y judías, como precisa monseñor Simcic, actualmente experto permanente de la Comisión Pontificia Ecclesia Dei, y entonces colaborador de Draganovic:

Para esta operación caritativa tuvo a su disposición dos cajas de lingotes de oro sacadas por el Ejército en retirada del frente, ante el avance de los partisanos de Tito. Eran cajas del banco nacional croata, mientras que los bienes secuestrados a los judíos eran administrados por la División del Ministerio de Seguridad Pública. Eran dos administraciones bien distintas<sup>[7]</sup>.

## OPERACIÓN CARITATIVA

Parte de la «operación caritativa» de Draganovic —quien, por cierto, era subordinado del subsecretario de Estado Giovanni Battista Montini, que más tarde se convertiría en Pablo VI— consistió en arreglar, personalmente, la salida hacia Argentina de un buen número de criminales de guerra alemanes y croatas<sup>[8]</sup>. El croata franciscano Draganovic no tenía por aquellos días un expediente demasiado limpio, ya que había sido oficial ustashi y había realizado conversiones forzosas de serbios<sup>[9]</sup>. En 1943 Draganovic dejó atrás su agitada vida como ustashi y se incorporó al Vaticano<sup>[10]</sup>. Así que no es de extrañar que mostrase cierto interés por salvar a sus antiguos camaradas.

Hubo un momento en el que no menos de treinta antiguos ustashi, incluyendo al propio Draganovic, se congregaron en el seminario de San Jerónimo (San Girolamo degli Illirici), cinco de los cuales, incluyendo a un sacerdote, estaban en la lista de los criminales de guerra más buscados<sup>[11]</sup>. Otros se encontraban refugiados en diferentes instituciones católicas, como el Instituto Oriental. Existen, de hecho, informes confidenciales de los servicios de inteligencia estadounidenses de la época en los que, sin ambages, se califica el seminario de San Jerónimo como cuartel general de lo que quedaba de los ustashi<sup>[12]</sup>. Los servicios secretos aliados no podían hacer nada, ya que San Girolamo, a pesar de encontrarse fuera de las murallas del Vaticano, tenía estatus de territorio de la Santa Sede.

El huésped más ilustre de San Jerónimo fue Klaus Barbie, El Carnicero de Lyon, que le fue entregado a Draganovic en la estación de trenes de Génova por oficiales de inteligencia norteamericanos, que esperaban sacar partido de Barbie en el futuro. Draganovic obtuvo documentos de la Cruz Roja con apellido falso para él y su familia. Barbie y otros nazis se embarcaron en Génova, en marzo de 1951, con destino a Buenos Aires, para más tarde trasladarse a Bolivia. Y es que a comienzos de 1948, según se iban tensando las relaciones con la Unión Soviética, británicos y estadounidenses comenzaron a mirar con mejores ojos las operaciones de encubrimiento del Vaticano, ya que algunos de los prófugos poseían

conocimientos técnicos, científicos, militares y de inteligencia que podían ser de gran ayuda durante la guerra fría. De hecho, los estadounidenses establecieron su propia operación de contrabando de criminales de guerra —bajo el nombre de Operación Paperclip—, mediante la cual se hicieron con los servicios de científicos de primera fila, como Werner von Braun, que debería haberse sentado en el banquillo de Núremberg por sus experimentos con seres humanos en el centro de investigación aeronáutica de Peenemunde (Alemania), o el general Reinhard Gehlen, que acabó ocupando un puesto de la máxima relevancia en la CIA antes de hacerse cargo de los servicios de inteligencia de la República Federal de Alemania.

Otros criminales de guerra que obtuvieron refugio tras los muros del Vaticano fueron Franz Stangl, comandante del campo de exterminio de Treblinka (Polonia), Eduard Roschmann, El Carnicero de Riga, el general de las SS Walter Rauff, inventor de la cámara de gas portátil, Gustav Wagner, comandante del campo de Sobibor, y, sobre todo, el doctor Joseph Mengele, el Ángel de la Muerte del campo de Auschwitz.

Draganovic también colaboró con el gobierno argentino para posibilitar la llegada a ese país de los técnicos que el diseñador alemán Kurt Tank necesitaba para la fábrica de aviones de Córdoba. Estos también recibieron pasaportes de la Cruz Roja y fueron alojados en el convento de monjas Centocelle hasta que tomaron un avión de la Flota Aérea Mercante Argentina con destino a Buenos Aires. (A modo de curiosidad, diremos que aquellos refugiados que estuvieron escondiéndose en conventos de religiosas lo hicieron, en su mayoría, disfrazados de monjas. Tanto es así que en diversos conventos se pudo comprobar un súbito aumento en el número de hermanas, muchas de ellas con graves problemas hormonales a juzgar por lo rudo de su voz y sus ademanes, así como por su vello facial). Sin embargo, este grupo llevaba consigo un regalo «sorpresa»: ni más ni menos que el criminal de guerra Gerhard Bohne, encargado del programa de eutanasia del Reich.

Así, toda una galería de siniestros personajes, desde Pavelic a Adolf Eichmann, consiguió sus pasajes hacia Argentina a través de la Santa Sede. En el caso concreto de Pavelic, Draganovic hizo una excepción y, tras proporcionarle un flamante pasaporte de la Cruz Roja, le acompañó

personalmente hasta Buenos Aires junto a un nutrido grupo de antiguos camaradas ustashi.

Entre los fugados también hubo algunos —pocos— héroes de guerra genuinos que no fueron perseguidos sino por su extraordinario celo en el campo de batalla, como el coronel Hans Rudel, que a los mandos de su bombardero Stuka destruyó más de quinientos tanques soviéticos y hundió varios barcos. Perdió una pierna en combate, pero ello no fue impedimento para seguir luchando hasta el fin de la guerra. Rudel era buscado por la Unión Soviética y apareció en Bariloche, donde pronto se hizo conocido por sus grandes cualidades como esquiador.

## **EL MÉDICO HOMÓFOBO**

Otros no tenían un pasado tan glorioso, como el doctor Kari Vaernet, famoso por los «experimentos» que realizaba con homosexuales en el campo de concentración de Buchenwald, donde, entre otras cosas, se dedicó durante una temporada a la castración de gays para reemplazar sus testículos por bolas de metal. Nada más llegar a Argentina, el homófobo doctor pasó a trabajar para el Ministerio de Sanidad y mantuvo una consulta en la bonaerense calle Uriarte. Los nazis de segunda fila, sin los recursos ni los contactos necesarios para disfrutar de los servicios de la peculiar «agencia de viajes» que extraoficialmente funcionaba en San Jerónimo, tuvieron que arreglárselas por su cuenta y terminaron diseminados en países tan diversos como España, Siria, Egipto, Estados Unidos, Gran Bretaña, Brasil, Canadá y Australia. Entre unos y otros, se calcula que no menos de treinta mil prófugos consiguieron eludir la acción de la justicia.

Los servicios secretos estadounidenses siempre sospecharon que los nazis obtenían los pasaportes vaticanos que les permitían instalarse en su dorado retiro sudamericano previo pago de un importe no precisamente barato<sup>[13]</sup>. Por otro lado, no todo este dinero acababa en las arcas de la Iglesia. Documentos del Departamento de Estado estadounidense desclasificados en 1998 señalan que el padre Draganovic se enriqueció

personalmente con su «operación caritativa», cobrando cuantiosas cantidades a aquellos a los que proveía de documentación falsa.

Los servicios de inteligencia estadounidenses bautizaron el pasillo de escape que el Vaticano facilitó a nazis y antiguos ustashi como *ratline*, la línea de las ratas<sup>[14]</sup>, un término náutico que se refiere a los flechastes, «los cordeles horizontales que, ligados a los obenques, como a medio metro de distancia entre sí y en toda la extensión de jarcias mayores y de gavia, sirven de escalones a la marinería para subir a ejecutar las maniobras en lo alto de los palos»<sup>[15]</sup>.

Es decir, la última parte del barco que se hunde cuando la nave se va a pique. El uso de este término para designar las operaciones que se realizaron y las redes que se establecieron para el rescate de algunos de los asesinos más sanguinarios de la historia europea no podía ser más apropiado.

Existen documentos argentinos que demuestran que en 1946 monseñor Giovanni Battista Montini contactó, al menos en dos ocasiones, con el embajador argentino ante la Santa Sede. En la segunda oportunidad, le transmitió la preocupación del papa por «todos los católicos impedidos de regresar a sus hogares debido a las probabilidades de ser objeto de persecuciones políticas», proponiendo la elaboración de un plan de acción conjunta entre Argentina y la Santa Sede. En ninguno de estos documentos existen referencias específicas sobre la exclusión de dicho plan de los responsables de crímenes de guerra.

Otro de los personajes importantes de esta trama fue el obispo austríaco Alois Hudal, que en 1948 escribió a Juan Domingo Perón pidiéndole cinco mil visados para soldados alemanes y austríacos. Se cuenta la anécdota de que durante una celebración navideña en 1947, Hudal dijo a un grupo de unos doscientos fugitivos nazis ocultos bajo su protección en el Vaticano: «Pueden confiar en que la policía no les encontrará: no es la primera vez que la gente se oculta en las catacumbas de Roma».

El mecanismo para obtener visados funcionaba de manera simple: la dirección de migraciones argentina otorgaba un permiso de desembarco bajo un nombre supuesto al solicitante, con el que el prófugo obtenía de la Cruz Roja un «documento de viaje». Luego, no había más que solicitar un

visado en el consulado argentino y someterse a una «certificación de identidad» al llegar a Buenos Aires. En 1949 Juan Domingo Perón decidió que ni tan siquiera había por qué preocuparse de las apariencias y aprobó una amnistía mediante la cual aquellos que ingresaron con nombre falso en el país podían recuperar su identidad. Gracias a ello, los fugitivos más buscados del mundo lograron iniciar una nueva vida libre de preocupaciones. Entre estos criminales de guerra estaba Erich Priebke, miembro de las SS en Roma, acusado de la matanza de 335 personas en las Fosas Ardeatinas, que escapó bajo un nombre falso, recuperó su identidad en 1949 y vivió como ciudadano modelo en Bariloche, hasta que un equipo de la televisión norteamericana lo descubrió en 1995, precipitando su extradición a Italia.

Fue durante este proceso cuando entró en escena Licio Gelli, uno de los personajes clave en los manejos menos confesables del Vaticano durante la segunda mitad del siglo xx. Gelli tenía el perfil ideal para participar en la operación de exportación de nazis, ya que no sólo había sido oficial de enlace con la División SS Hermann Goring, sino que además contaba con múltiples contactos en la mafia, muy útiles a la hora de sacar a un hombre de Italia burlando la curiosidad de las autoridades o proveerle de toda clase de documentación falsa<sup>[16]</sup>. Hay indicios de que Gelli pudo actuar en esa época como enlace entre los elementos italianos de las *ratlines* y ODESSA y Die Spinne (La araña), las dos organizaciones clandestinas de antiguos nazis que gestionaban la fuga y recolocación de criminales de guerra.

## **ESPERANDO A LA CABALLERÍA**

Mientras, en Croacia, Stepinac había convocado una conferencia de obispos en Zagreb que tuvo como resultado la proclamación de una carta pastoral en la que los obispos incitaban a la población a levantarse en armas contra el nuevo gobierno del país. Los ustashi que no habían sido ejecutados o que no habían huido del país se echaron al monte formando una organización terrorista con el elocuente nombre de Los Cruzados. La bandera de la

organización fue consagrada en la capilla de Stepinac. Muchos sacerdotes y monjes formaban parte de la organización, bien como militantes armados, bien desempeñando labores de espionaje y comunicación. Mucha de la información recogida por estos clérigos espías terminó en poder de los servicios secretos estadounidenses a través del Vaticano<sup>[17]</sup>.

La colaboración entre los estadounidenses y los rebeldes ustashi no es de extrañar si tenemos en cuenta que estos últimos esperaban una intervención norteamericana en Croacia. El propio Stepinac estaba convencido de que tarde o temprano se produciría<sup>[18]</sup>. Quizá Stepinac tenía motivos para pensar así. A fin de cuentas, por aquellos días Pío XII mantenía una relación más que fluida con la cúpula militar estadounidense. Baste un ejemplo: en un solo día de junio de 1949 el papa recibió en audiencias sucesivas a cinco generales estadounidenses de primera fila.



## HACIENDO BALANCE EL VATICANO Y LA POSGUERRA

*Tras la Segunda Guerra Mundial, el panorama político italiano se vio marcado por la importantísima influencia que adquirió el Partido Comunista. Esta circunstancia amenazó la situación de privilegio que hasta entonces había tenido el Vaticano, que defendió sus intereses con la ayuda de dos aliados muy poderosos: la recién creada Central de Inteligencia Americana (CIA) y el Partido Democristiano, estrechamente vinculado con la mafia.*

La guerra dejó a Italia en una más que precaria situación económica. Los años de contienda y los combates en suelo italiano que trajo la invasión aliada tuvieron un efecto devastador sobre el tejido empresarial y las infraestructuras del país. Lógicamente, ese efecto se dejó sentir también en las finanzas del Vaticano, ya que a pesar del celo de Bernardino Nogara, que se había esforzado en diversificar e internacionalizar las inversiones de la Santa Sede, lo cierto es que la mayor parte del dinero vaticano estaba invertido en Italia<sup>[1]</sup>, sobre todo en empresas y sectores nacionalizados o controlados por el fascismo. Afortunadamente, el Vaticano no tenía especiales problemas con las fuerzas de ocupación, si exceptuamos su interés por poner fuera del alcance de la ley a los peores criminales de guerra. A fin de cuentas, la actitud de la Santa Sede había sido suficientemente ambigua como para que los estadounidenses no tuvieran ningún contencioso de gravedad con Pío XII<sup>[2]</sup>.

Más importante aún es que el Vaticano conservaba su soberanía pese a la guerra y la ocupación. En ningún momento de la contienda la integridad territorial vaticana se vio comprometida, salvo por alguna bomba aliada caída en la estación de ferrocarril de la Santa Sede<sup>[3]</sup>. La principal preocupación de Pío XII durante la posguerra fue mantener ese *statu quo* y que los acuerdos de Letrán —y con ellos la soberanía de la Santa Sede— permanecieran intactos. Por otro lado, el papa era plenamente consciente del curso que comenzaba a tomar la historia occidental, lo que le llevó a iniciar un proceso de reconciliación con la sociedad seglar. Esto obligó a la Iglesia a abrirse —relativamente— a la realidad de su tiempo, marcada por la guerra fría, la revolución colonial y el fortalecimiento a escala mundial de los planteamientos antiimperialistas y de izquierda.

Otro de los dolores de cabeza que por aquellos días tenía el Vaticano era las políticas marcadamente antirreligiosas que se estaban aplicando en una Unión Soviética más fuerte que nunca tras salir victoriosa de la Segunda Guerra Mundial. La secretaría de Estado vaticana hizo gestiones ante la diplomacia norteamericana para que Estados Unidos intercediera ante Stalin a favor del establecimiento de la libertad de culto en la Unión Soviética, gestión que resultó infructuosa<sup>[4]</sup>.

Entre 1945 y 1948 una nueva nación italiana emergió del desastre del fascismo y de la guerra. El 2 de junio de 1946, un referéndum suprimió la monarquía, instaurando en Italia la república: de poco había servido la tardía abdicación de Víctor Manuel III en su hijo Humberto II, cuyo reinado apenas llegó al mes; un año después quedaba aprobada la nueva Constitución. El papa no hizo nada por defender la monarquía italiana. El 29 de mayo de 1946, pocos días antes del referéndum. Pío XII habló con el director de *La Civiltà Cattolica* y le aseguró que no era contrario a la república, saliendo como garante de la misma ante los miembros más escépticos de la jerarquía eclesiástica:

Mirad los concordatos firmados con los *länder* alemanes inmediatamente después de la guerra, mirad la república de Weimar en Alemania [...]. Ved cómo un Estado regido por una forma republicana y con un fuerte partido de centro ha firmado concordatos satisfactorios. Si

esto ha pasado en Alemania, también puede pasar en Italia, que tiene una tradición afín a la alemana.

Los democristianos, los comunistas y los socialistas se convirtieron en los principales partidos políticos del país. Los comunistas habían desempeñado un importantísimo papel en la resistencia, y un eventual gobierno de este signo era la única preocupación del Vaticano en cuanto a una posible variación del Tratado de Letrán.

## **LA AMENAZA ROJA**

Los comunistas italianos eran fuertes y no sentían especial cariño hacia el Vaticano. Su líder y fundador, Palmiro Togliatti, tenía una biografía muy intensa: detenido en varias ocasiones durante el fascismo, huyó a Francia en 1926. Fue secretario general del Partido Comunista italiano desde 1927 y uno de los secretarios del Komintern, actuando en España bajo los seudónimos de Alfredo y Ercole Ercoli. Pasó la mayor parte de la guerra en Moscú como invitado personal de Stalin y dirigiendo emisiones radiofónicas a la resistencia italiana. En las elecciones de 1948 se perfilaba como el gran favorito para alzarse con el triunfo. Orador excepcional, hablaba de convertir Italia en la nación de los trabajadores y daba esperanza a un pueblo castigado por la pobreza. Togliatti, que había participado en los gobiernos de concentración nacional previos a la instauración de la república, no sólo suponía un peligro para los intereses diplomáticos del Vaticano en Italia, sino también para los económicos, ya que abogaba por la nacionalización de las empresas del Instituto de Reconstrucción Industrial, en las que la Santa Sede tenía importantes inversiones. Además, existía un peligro añadido: el gran número de armas que habían quedado en manos de los antiguos partisanos y que daban a los comunistas un poder que no tenían otras formaciones políticas.

En la nueva Italia, con una más que endeble tradición democrática, el Vaticano iba a tener una influencia decisiva en muchos aspectos políticos<sup>[5]</sup>. Para empezar, Bernardino Nogara, a través de una agencia denominada

Acción Católica, dirigida por el doctor Luigi Gedda —uno de los enlaces, junto al cardenal Spellman, entre la CIA y la Santa Sede—, se encargó de que a la Democracia Cristiana no le faltaran fondos gracias a una financiación procedente de las arcas de la Santa Sede. Claro que siendo el más importante, el Vaticano no era, ni mucho menos, el único mecenas de Acción Católica.

Tanto o más que el papa, el gobierno de Estados Unidos estaba preocupado por el relevante papel del Partido Comunista en la vida política italiana, la organización comunista más importante en ese momento fuera del Imperio soviético. Sabiendo que la Democracia Cristiana era la única baza viable que podían interponer para evitar el eventual ascenso de los comunistas al poder, el gobierno estadounidense envió importantes remesas económicas a Acción Católica<sup>[6]</sup>. Todo este apoyo, más una campaña de reclutamiento casa por casa, se tradujo en que Acción Católica alcanzase en poco tiempo los cinco millones de afiliados.

## **HOLLYWOOD Y LOS CABALLEROS DE MALTA**

Mientras, en Estados Unidos la Iglesia católica comenzó una campaña mediante panfletos y homilías dictadas desde los púlpitos en las que se urgía a los italoamericanos a que aconsejasen a sus familiares en Italia que votaran en contra de los comunistas. La campaña demócratacristiana contó con el apoyo de celebridades de Hollywood como Frank Sinatra, Bing Crosby o Gary Cooper, que, a través de la radio, pedían abiertamente el voto para el partido de Alcide de Gasperi.

En este empeño también colaboraron los servicios de inteligencia estadounidenses, primero la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) y después, tras la desaparición de este organismo, la CÍA. El papa Pío XII y varios miembros de la curia pidieron a James Jesús Angleton, jefe de la oficina romana de la OSS, que colaborara con la cruzada anticomunista de la Iglesia y la Democracia Cristiana. Angleton, católico practicante, usó

todos los recursos a su alcance para favorecer al partido de la Iglesia. Además, se le había concedido acceso pleno y directo al incomparable servicio de información con que contaba el Vaticano en Italia. Cada párroco y sacerdote informaba sobre las actividades de los comunistas en sus respectivas parroquias. El Vaticano evaluaba la información, se la pasaba a Angleton y éste la enviaba puntualmente a Washington.

Durante los siguientes años, una gran cantidad de dinero procedente de los fondos reservados del gobierno norteamericano fue canalizada hacia la Santa Sede bajo el epígrafe de «consolidación de actividades anticomunistas en Europa occidental». Esta operación se realizó gracias a la intermediación del cardenal Francis Spellman, que ya había actuado durante la guerra como mediador entre el Vaticano y la Casa Blanca, en especial durante una infructuosa negociación para evitar el bombardeo de Roma. A petición de los estadounidenses, hizo especial hincapié en que toda la operación estuviera presidida por el mayor de los secretos, ya que la carrera política del presidente Harry Truman podría verse seriamente afectada si en Estados Unidos se supiera que había financiado al Vaticano.

No es de extrañar que Angleton terminara recibiendo una condecoración de la Orden de Malta por los servicios prestados al catolicismo<sup>[7]</sup>. Cabe señalar la estrecha relación que tradicionalmente ha habido entre la Orden de Malta y la CÍA, habiendo sido algunos de los más altos directivos de la segunda miembros de la primera. Los directores de la CIA John McCone y William Casey fueron caballeros de Malta. Al también director de la agencia William Colby se le ofreció en su día ser caballero, honor que declinó.

Originalmente conocidos como los Caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén y como los Caballeros de Rodas, esta orden militar se estableció en Malta después de que el emperador Carlos I les cediera la isla en 1530. En un principio, la Orden de Malta era pacífica y religiosa y se denominaba Orden de San Juan. Estaba compuesta por frailes benedictinos que a mediados del siglo XI daban cobijo a toda clase de enfermos y peregrinos en un hospital de Jerusalén, construido por comerciantes italianos. El beato Gerardo, un italiano procedente de Amaifi, dirigía aquella congregación humanitaria. Su único vestido consistía en una túnica

negra (la de los benedictinos) que llevaba cosida una cruz blanca en el pecho. Esa cruz de ocho puntas provenía de un escudo de la ciudad natal del padre Gerardo.

La invasión de la isla por las tropas de Napoleón en 1798 marcó el fin del dominio de los caballeros, que desde entonces han vagado durante dos siglos en una interminable diáspora; son ciudadanos de un Estado sin tierra. En la actualidad, la orden ocupa un discreto edificio en el Vaticano, admite damas al igual que caballeros y ha adoptado el nombre de Soberana Orden Militar de Malta. Durante los siglos xx y xxi, la Orden de Malta ha aglutinado a algunos de los personajes más influyentes de la historia reciente: Franz von Papen, que convenció al presidente Hindenburg de que dimitiera, convirtiendo a Hitler en dirigente de Alemania; el general Reinhard Gehlen, una de las piezas clave de los servicios de inteligencia del Tercer Reich, colaborador indispensable en la creación de la CIA tras la Segunda Guerra Mundial y director de los servicios de inteligencia de la República Federal de Alemania; el general Alexander Haig, uno de los principales diseñadores de la política exterior estadounidense durante las administraciones de Richard Nixon y Ronald Reagan; Alexander de Marenches, antiguo jefe de los servicios de inteligencia franceses; Otto von Hapsburg, uno de los miembros más influyentes de la nobleza europea; Licio Gelli, Roberto Calvi y Michele Sindona, tres personajes clave en la historia reciente de la Santa Sede de los que se hablará en los próximos capítulos.

Entre sus miembros se cuenta también su majestad el rey don Juan Carlos de Borbón y muchos representantes de la nobleza española, como Hugo O'Donnell, conde de Lucena, empresarios como Giovanni Agnelli o políticos como Valéry Giscard d'Estaing.

Ni que decir tiene que sería pecar de imprecisión y sensacionalismo presentar la Orden de Malta como una mera tapadera de la CIA. La orden realiza una meritoria actividad filantrópica y de obra social por la que es conocida y respetada a escala mundial.

## LA ALTA MAFIA

En Italia, el ataque al comunismo desde los púlpitos fue mucho más virulento. Se dijo a los feligreses que votar a los comunistas suponía estar en pecado mortal, que era incompatible con la condición de católico e incluso se llegó a negar los sacramentos a quienes no atendiesen las directrices de la Iglesia en este sentido.

Mucho más grave fue la alianza en Sicilia entre la Democracia Cristiana y la mafia, una unión que comenzó a írsele de las manos a los políticos en el momento en que los mafiosos empezaron a hablar el lenguaje que mejor dominaban: el de las pistolas. Cuando los comunistas ganaron las elecciones en Portella della Ginestra, los mafiosos Salvatore Giuliano y Gaspare Pisciotta lideraron un grupo de asesinos cuya misión era dejar bien clara su opinión sobre los resultados electorales. El balance fue una docena de muertos y más de cincuenta heridos. Las elecciones tuvieron que repetirse y, esta vez sí, la Democracia Cristiana se alzó con una más que holgada victoria. Años después, cuando Pisciotta declaraba ante los tribunales, dijo a propósito de la masacre: «Éramos un solo cuerpo: bandidos, policía y mafia, como Padre, Hijo y Espíritu Santo»<sup>[8]</sup>. Tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, la mafia se había convertido en un Estado dentro del Estado. Sus tentáculos ya no abarcaban sólo Sicilia, sino casi toda la estructura económica de Italia, y de usar escopetas de cañón recortado pasaron a disponer de un armamento más expeditivo: revólveres del calibre 357 Magnum, fusiles lanzagranadas, bazukas y cargas explosivas.

La alianza con la Democracia Cristiana supuso un verdadero salto de gigante para los mafiosos, a los que se les abrían las puertas de esferas de poder hasta el momento inalcanzables e impensables para ellos. Esto no quiere decir que ni el Vaticano ni los demócratacristianos apoyaran o estuvieran a favor de los métodos mafiosos, pero sí que comprendían que en Sicilia o colaborabas con la mafia o cualquier pretensión de hacer negocios o política resultaba vana. Fue así como nació la que sería conocida como Alta Mafia o Mafia Política. Llegó un momento en que toda el ala derecha de la Democracia Cristiana estuvo dominada por políticos vinculados con

esta organización, una situación que llevó no sólo a la corrupción de la vida política italiana, sino también a la infiltración en la industria y la banca de toda una generación de hombres con flamantes expedientes académicos y fuertes conexiones con la mafia que acabaron por llegar hasta la Santa Sede.

Poco antes de las elecciones de 1948 se convocó, a iniciativa del cardenal Montini, una multitudinaria manifestación que reunió a cientos de miles de católicos en la plaza de San Pedro. Los cronistas de la época narran que la multitud se extendía por vía Conciliazione y llegaba hasta la otra orilla del Tíber, al igual que las inmensas colas de fieles que se congregaron en su día para dar el último adiós a Juan Pablo II. Pío XII, más que un discurso o un mensaje pastoral, pronunció una verdadera arenga, más propia de las cruzadas que de la víspera de unas elecciones. Sus palabras llegaron a toda Italia a través de la radio.

Afortunadamente para la Santa Sede, la campaña anticomunista fue un clamoroso éxito y la Democracia Cristiana, bajo la dirección de Alcide de Gasperi, dio la vuelta a todos los pronósticos y accedió al gobierno en 1948, convirtiéndose Togliatti en el líder de la oposición. Giulio Andreotti hablaba de como la victoria había sobrepasado con mucho las expectativas de los propios socialdemócratas: «La victoria fue mucho mayor de lo que esperábamos. Fue la única vez que nosotros, los democristianos, tuvimos mayoría absoluta en el Parlamento». La CIA también sacó sus propias conclusiones de la victoria electoral: «Bien, fue muy gratificante — explica el antiguo agente de la CIA Mark Wyatt—. Desconocíamos en aquel tiempo que habíamos llevado a cabo la primera acción política, el primer programa encubierto de acción política en la historia de la inteligencia norteamericana, al que seguirían muchos muchos más»<sup>[9]</sup>.

## EL MILAGRO ECONÓMICO

De Gasperi era un devoto católico de misa y comunión diaria —se definía a sí mismo como «católico, italiano y demócrata, por este orden»—, así que no había peligro de que pusiera en marcha ninguna iniciativa contraria a los



intereses del Santo Padre. En una misiva dirigida a la que más tarde se convertiría en su esposa, Francesca Romani, decía: «La personalidad del Cristo viviente me empuja, me esclaviza y me conforta desde que era un niño. Vamos, te quiero conmigo para que experimentes la misma clase de atracción a través de un abismo de luz»<sup>[10]</sup>. Para los comunistas, la lealtad democrática de De Gasperi era inapelable. Había sido un furibundo opositor a Mussolini y por ello había terminado en la cárcel. Tras la firma del Tratado de Letrán fue puesto bajo la custodia de la Santa Sede y desde entonces, y hasta el final de la contienda, estuvo confinado en el Vaticano, desempeñando un puesto de empleado en la biblioteca. Ante el tribunal fascista que le condenó dijo: «Es el mismo concepto de Estado fascista el que no puedo aceptar. Existen derechos naturales sobre los que el Estado no puede pasar». De Gasperi fue uno de los grandes actores de la política italiana hasta su fallecimiento en 1954.

Puso especial interés en el crecimiento industrial, la reforma agrícola y en estrechar la colaboración con Estados Unidos y el Vaticano. Gracias a la importantísima ayuda económica de los estadounidenses, Italia experimentó una recuperación económica sin precedentes que se tradujo en un rápido desarrollo industrial y en un claro aumento del nivel de vida de los italianos. Italia pasó a formar parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte en 1949, de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1951, fue aceptada como miembro de la ONU en 1954 y entró en el Mercado Común Europeo en 1958.

Como resultado de los fondos estadounidenses del Plan Marshall, que fluyeron con total libertad hacia Italia una vez superada la amenaza de un gobierno comunista, empresas que prácticamente eran propiedad de la Santa Sede, como Italgas, fueron reflatadas sin coste alguno para las arcas vaticanas. A través de Italgas, precisamente, el Vaticano se hizo con el control de la principal empresa telefónica del país, la Società Finanziaria Telefonía. El Vaticano fue, sin lugar a dudas, el mayor y más claro beneficiario del milagro económico italiano. Las empresas del Vaticano experimentaron el mismo crecimiento que el producto interior bruto del país.

La Santa Sede se convirtió, además, en el principal accionista de algunos de los mayores bancos, como el Banco de Roma, Banca Commerciale Italiana, Crédito Italiano y el prestigioso Banco Ambrosiano de Milán. También se hizo con la mayor parte del accionariado de la prestigiosa Montedison y del consorcio Finsader, que incluía a la empresa automovilística Alfa Romeo. Se puede decir, sin temor a ser inexactos, que en aquella época no había sector de la economía italiana, de la hostelería a la industria textil, del comercio a la industria editorial, en el que no estuviesen presentes de forma importante las inversiones del Vaticano.

Tampoco se descuidó el mercado internacional, el Vaticano se encontraba presente en el accionariado de firmas como General Motors, Gulf Oil, Bethlehem Steel, IBM y el conocido complejo inmobiliario Watergate de Washington, entre otras. Esta última adquisición se verificó tras una de las mayores operaciones financieras de la historia vaticana, la toma del control del gigantesco conglomerado que era la Società Generale Immobiliare, una de las empresas inmobiliarias más importantes del mundo.

Claro que algunas de aquellas inversiones podían resultar ciertamente embarazosas. Cuando en 1968 Pablo VI invocaba la cólera de Dios contra los anticonceptivos en su encíclica *Humanae vitae*, probablemente no estaba informado de que los intereses económicos de la Santa Sede incluían la participación en el Instituto Farmacológico Serono, fabricante de las Lateólas<sup>[11]</sup>, las píldoras anticonceptivas más consumidas en Italia. Tampoco resultaba fácil de justificar moralmente su participación en el accionariado de Beretta de Armamentos.

De Gasperi apoyó la idea de una confederación europea, con voluntaria limitación de las soberanías nacionales en su favor. Presidente del Movimiento Europeo, trabajó para el Consejo de Europa e impulsó la Comunidad Europea de Defensa. La victoria de la Democracia Cristiana y los veinte años que permaneció este partido en el poder aseguraron al Vaticano que nada variase en el trato de privilegio que recibía del gobierno italiano. La Santa Sede había vencido al socialismo, al fascismo y al comunismo. Los políticos y los regímenes pasaban, pero el Vaticano permanecía inamovible. Es posible que los Estados Pontificios fueran cosa

del pasado, pero, en cierto modo, el papa volvía a controlar Italia a través de su brazo político, la Democracia Cristiana.

## **LA PROFECÍA DE SAN MALAQUÍAS**

Mientras todo esto sucedía, el carácter del pontífice se iba haciendo progresivamente más místico y ascético. Sus horas de sueño se fueron reduciendo al mínimo imprescindible (se cuenta que apenas dormía cuatro horas al día), trabajaba sin parar, escribiendo a máquina él mismo sus propios discursos y comunicaciones apostólicas y recorría los pasillos del Vaticano apagando las luces a su paso: «No puedo permitirme derrochar los fondos de los fieles», solía decir. Su afán economizador le llevó a prohibir que se pegasen, sellasen o grapasen los sobres que contenían las comunicaciones internas de la Santa Sede a fin de que pudiesen ser reutilizados. Incluso sus últimas voluntades fueron guardadas en un sobre previamente usado<sup>[12]</sup>. Pasaba buena parte del día orando y los únicos placeres que se permitía eran las óperas de Wagner y su canario Gretchen, que cada mañana salía de la jaula y se posaba en su brazo antes de volar hasta la mesa preparada para el desayuno. Parecía claro que el pontífice había emprendido el camino de la santidad. Tanto es así que incluso se produjo un documental, «Pastor Angelicus», sobre su vida. El título de esta obra es importante, pues hace referencia al lema que le correspondía a Pío XII según la profecía de san Malaquías, y el hecho de que no fuera corregido o desautorizado por el papa nos habla de su creencia en los vaticinios de este santo irlandés.

San Malaquías nació en Armagh, Irlanda, en 1094. En 1132 fue elevado a la primacía de Armagh. Se le atribuyen muchos milagros, pero por lo que más se le recuerda es por su don profético. La más famosa de sus profecías es la referente a los papas, aunque no hay certeza de su autenticidad. Está compuesta de «lemas» para cada uno de los 112 papas, desde Inocencio II, elegido en 1130, hasta el fin del mundo. Estos lemas descriptivos de los papas pueden referirse a un símbolo de su país de origen, a su nombre, su

escudo de armas, su talento o cualquier otra cosa. Los lemas correspondientes a los papas cuyos pontificados se tratan en este libro son:

- 105: *Fides intrépida* (La fe intrépida). Pío XI (1922-1939).
- 106: *Pastor angelicus* (Pastor angélico). Pío XII (1939-1958).
- 107: *Pastor et nauta* (Pastor y navegante). Juan XXIII (1958-1963). Juan XXIII fue cardenal de Venecia, ciudad de navegantes, y condujo la Iglesia al II Concilio Vaticano.
- 108: *Flosflorum* (Flor de las flores). Pablo VI (1963-1978). Su escudo contiene la flor de lis (la flor de las flores).
- 109: *De medietate lunae* (De la media luna). Juan Pablo I (1978-1978). Su nombre era Albino Luciani (luz blanca). Nació en la diócesis de Belluno (del latín *bella luna*). Fue elegido el 26 de agosto de 1978. La noche del 25 al 26 la luna estaba en media luna. Murió tras un eclipse lunar. También su nacimiento, su ordenación sacerdotal y episcopal ocurrieron en noches de media luna.
- 110: *De labore solis* (De la fatiga o trabajo del sol). Juan Pablo II (1978-2005). Sobrellevó un trabajo extraordinario y extenso.
- 111: *Gloria olivae* (La gloria del olivo). Benedicto XVI (2005). Toma su nombre de san Benito y Benedicto XV. Los benedictinos tuvieron una rama llamados *olivetans*. Benedicto XV destacó por sus esfuerzos por lograr la paz durante la Primera Guerra Mundial.
- 112: *Petrus romanus* (Pedro el romano), que sería el último papa, ya que en su reinado ocurriría el fin del mundo: «En la persecución final de la Santa Iglesia romana reinará Petrus Romanus (Pedro el romano), que alimentará a su rey en medio de muchas tribulaciones. Después de esto, la ciudad de las siete colinas será destruida y el temido juez juzgará a su pueblo. El Fin».

Más allá de lo profetizado por san Malaquías, lo cierto es que la fama de «santo en vida» de Pío XII se iba cimentando día tras día. Las personas más entusiastas afirmaban que se encontraba rodeado por el característico «olor de santidad», un perfume —generalmente a rosas— que se les atribuye a los santos como muestra inequívoca de su condición. Lo más probable es que el olor que notaban los visitantes fuera el de los pañuelos impregnados en antiséptico que, discretamente, le pasaba al pontífice su ayudante, la madre

Pasqualina, que sabía de la condición de hipocondríaco de Pío XII. El papa usaba estos pañuelos para no contagiarse con ningún germen durante las audiencias. Otra cosa era su fobia a las moscas, de las que pensaba que eran los agentes transmisores de la práctica totalidad de las enfermedades conocidas. Los visitantes de la Santa Sede se sorprendían al descubrir que no había rincón ni instalación que no contase con su trampa de papel matamoscas, colocada por orden expresa del pontífice. Por añadidura, los médicos del Vaticano tuvieron que bregar con dolores de muelas imaginados, arritmias inventadas, cólicos y anemias que aparecían y desaparecían con la misma facilidad, etc.

Pío XII falleció el 9 de octubre de 1958. Las exequias se vieron ensombrecidas por la rapidísima putrefacción del cadáver, que dio lugar a toda suerte de escenas grotescas y desagradables durante los funerales. Unas semanas más tarde, moría Bernardino Nogara. Este último fallecimiento apenas fue recogido por la prensa, aunque en términos de importancia para la historia vaticana era equiparable al del propio papa.

## EL PAPA QUE NO FUE «GREGORIO XVII» Y JUAN XXIII

*El brevísimo pontificado de Juan XXIII, apenas cinco años de la historia de la Iglesia, sorprende por el brusco giro de timón que supuso en lo que hasta el momento había sido la política del Vaticano. Este giro, sin duda, no se habría producido de haber ganado la elección el que era máximo favorito, el cardenal Giuseppe Siri, que habría subido al trono de San Pedro con el nombre de Gregorio XVII.*

Angelo Giuseppe Roncalli nació en Sotto di Monte en 1881. Cursó estudios en su ciudad natal y en Roma, y fue ordenado sacerdote en 1904. Fue sargento médico y capellán durante la Primera Guerra Mundial, y en 1921 pasó a trabajar en la Sociedad para la Propagación de la Fe, que ayudó a reorganizar. Su carrera ascendente dentro de la Iglesia le llevó a ser designado embajador del papa en Bulgaria, y más tarde fue destinado como delegado apostólico a Turquía y Grecia. No obstante, tenía fama de ser excesivamente progresista (era bien conocida su postura favorable a los matrimonios mixtos entre católicos y no católicos). Presente en la Hungría ocupada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, ayudó a la evacuación de la población judía perseguida. Antes de acabar la guerra, en 1944, fue nombrado nuncio en Francia.

A partir de ese momento comienza a cimentarse su leyenda de persona afable y hábil diplomático. Estando de nuncio en París se encontró con el rabino principal de Francia, hombre fornido al igual que el cardenal, ante la puerta de un ascensor estrecho, en el que era imposible que cupiesen

ambos. «Después de usted», le dijo cortésmente el rabino. «De ninguna manera», le contestó el nuncio Roncalli, «por favor, usted el primero». Así siguió un interminable intercambio de cortesías hasta que Roncalli terminó diciendo: «Es necesario que suba usted antes que yo, ya que siempre va delante el Antiguo Testamento, y, sólo después, el Nuevo Testamento».

Pero el periplo francés de Roncalli dio para mucho más que para aventuras jocosas. En Francia trabó amistad con algunos personajes clave de la política francesa de la época, como el líder del Partido Comunista, Maurice Thorez, y el líder del partido radical, Edouard Herriot. Su entendimiento fácil con los políticos de izquierda le convertía en el hombre perfecto a la hora de plantearse un hipotético acercamiento entre la Iglesia y el comunismo.

En 1953 era cardenal y arzobispo de Venecia, lo que le colocaba en una situación inmejorable de cara a la sucesión de Pío XII. Había seguido manteniendo sus mal disimuladas simpatías hacia los políticos de izquierdas, en especial en Italia, lo que le valió la enemistad de importantes personajes de la «nobleza negra», las familias de rancio abolengo que llevaban siglos medrando a la sombra del Vaticano. Entre éstos destacaba el conde Della Torre, director de *L'Osservatore Romano*, el diario de la Santa Sede. Los servicios de inteligencia estadounidenses también miraban con recelo las simpatías del cardenal Roncalli. Tampoco era ningún secreto que Roncalli estaba muy lejos de la idea original de Pío XII sobre quién debería ser su sucesor. En este sentido, el candidato del papa había sido siempre el cardenal Siri<sup>[1]</sup>. De hecho, Siri es el protagonista de una teoría de la conspiración sumamente popular entre los católicos ultraconservadores, según la cual él, y no Roncalli, habría sido elegido papa durante el cónclave celebrado en 1958.

## **HUMO BLANCO... PERO SIN PAPA**

Tras la muerte de Pío XII el principal candidato a la sucesión era Giuseppe Siri, arzobispo de Génova muy conocido por sus posturas esencialmente

conservadoras. Además, había sido amigo íntimo de Bernardino Nogara y, por tanto, estaba familiarizado con las intrincadas complejidades que rodeaban las finanzas vaticanas.

El cónclave para la elección del nuevo papa duró cuatro días y seis votaciones, tras las cuales una indistinguible voluta de humo grisáceo anunció al mundo la buena nueva. Sin embargo, antes de eso habían ocurrido acontecimientos poco comunes durante el desarrollo del cónclave. Dos días antes, el 26 de octubre de 1958, el humo blanco que anunciaba la noticia de la elección papal fue visto emerger de la chimenea de la Capilla Sixtina. Pero transcurrieron los minutos y ningún papa salió a los balcones a impartir su bendición. Esta curiosa circunstancia fue dada a conocer tanto por las radios como por los corresponsales de prensa que aquel día se arremolinaban en torno a la plaza de San Pedro.

La Guardia Suiza fue desplegada para rendir honores al recién elegido pontífice. La muchedumbre, incluso, pudo ver a los cardenales tras las ventanas del palacio Apostólico, algo no permitido si el cónclave todavía se encuentra reunido. Durante unos minutos todos pensaron que el nuevo papa había sido elegido, y el nombre de Giuseppe Siri estaba en boca de todos. Éste es el informe emitido al respecto por la agencia Associated Press el 27 de octubre de 1958:

Los cardenales votaron el domingo sin llegar a elegir a un nuevo papa. Una señal de humo mezclado hizo parecer, durante alrededor de media hora, que el sucesor de Pío XII había sido elegido. Los 200 000 romanos y turistas que abarrotaban la plaza de San Pedro estuvieron seguros de que la Iglesia tenía un nuevo pontífice. Millones de personas que escuchaban la radio a través de toda Italia y Europa tampoco albergaban dudas. Oyeron al portavoz del Vaticano gritar exultante: «Ha sido elegido Papa».

Las escenas vividas alrededor del Vaticano eran de una confusión increíble. El humo blanco de la pequeña chimenea es la señal tradicional que anuncia la elección de un nuevo Papa. El humo negro indica que aún no se ha llegado a un acuerdo. Dos veces durante el día el humo salió de la chimenea. A mediodía, el humo, al principio, salió blanco pero rápidamente se tornó indiscutiblemente negro. Ésta era la



prueba de que los cardenales no habían podido elegir en las dos primeras votaciones. Al anochecer, el humo blanco salió de la delgada chimenea durante cinco minutos. Para todo el mundo ésta fue la prueba de que ya había un sucesor para Pío XII.

Las nubes de humo fueron iluminadas por los reflectores que enfocaban la chimenea de la Capilla Sixtina. «*Bianco, Bianco*», gritó la muchedumbre.

Radio Vaticana anunció que el humo era blanco. El presentador declaró que, probablemente, los cardenales estaban realizando en ese momento los ritos de adoración para el nuevo supremo pontífice. Radio Vaticana insistió durante mucho tiempo en que el humo era blanco.

Incluso los altos funcionarios del Vaticano, Callón di Vignale, gobernador del cónclave, y Sigismondo Chigi, comisario del mismo, se apresuraron a tomar las posiciones que les estaban asignadas. La Guardia Palatina fue llamada y se les ordenó prepararse para ir a la basílica de San Pedro, ante el anuncio del nombre del nuevo Papa. Pero antes de que alcanzaran la plaza se les mandó que regresaran a sus cuarteles. La Guardia Suiza también fue alertada.

Chigi, en una entrevista concedida a la radio italiana, dijo que la incertidumbre reinaba en el palacio. Agregó que esta confusión persistió no sólo después de que se hubiera disipado el humo sino incluso después de que se recibiera confirmación desde dentro del propio cónclave de que era humo negro lo que se había pretendido soltar. Dijo que había estado en otros tres cónclaves y nunca antes había visto un humo de color tan variado como el de ese domingo. Informó a los periodistas que intentaría hablar con los cardenales sobre la confusión del humo con la esperanza de que algo se pudiera hacer de cara al lunes para que no se repitiera la situación.

Los sacerdotes y todos los que trabajaban en el recinto del Vaticano vieron el humo blanco. Comenzaron a prorrumpir en vítores. Agitaban de modo entusiasta sus pañuelos y las siluetas de los conclavistas —los ayudantes de los cardenales— les respondían desde detrás de las ventanas del palacio Apostólico. Posiblemente ellos también creían que se había elegido al Papa.

La muchedumbre aguardaba en la agonía del suspense. Por lo común, cualquier Papa elegido aparecería en el balcón en el plazo de

veinte minutos. La multitud esperó una media hora y comenzó a preguntarse si el humo era realmente negro o blanco. La duda se extendió rápidamente. Muchos comenzaron a alejarse, pero aún reinaba la confusión y el desconcierto. Los medios de comunicación de todo el mundo ya habían propagado la noticia de que se había elegido a un nuevo pontífice.

Miles de llamadas telefónicas se recibieron en el Vaticano, saturando la centralita. Según pasaba el tiempo y las dudas aumentaban, todos se formulaban la misma pregunta: «¿Negro o blanco?».

Después de una media hora, las radios se limitaban a comentar que la respuesta seguía siendo incierta. Sólo una vez cumplido el tiempo en el que el nuevo Papa debería haber aparecido en el balcón sobre la plaza de San Pedro, se pudo estar seguro de que la votación tendría que reanudarse el lunes a las 10 de la mañana<sup>[2]</sup>.

## «GREGORIO XVII»

Según los defensores de la teoría de la conspiración, a la cabeza de los cuales se encuentra el antiguo asesor del FBI Paul L. Williams<sup>[3]</sup>, toda esta confusión no se habría debido a un malentendido, sino a la elección efectiva durante aquella votación del cardenal Giuseppe Siri como papa, del que incluso se sabría el nombre que iba a elegir: Gregorio XVII. Sin embargo, un grupo de cardenales progresistas habría detenido la proclamación de Siri como pontífice alegando que su elección como papa supondría un baño de sangre en la Europa del Este. Para sostener esta teoría, cuyo fin habría que buscarlo en los intentos de los sectores ultraconservadores de la Iglesia de restarle legitimidad a las reformas de Juan XXIII, Williams se remite a diversos documentos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense<sup>[4]</sup>.

La llegada de Juan XXIII a la Santa Sede supuso un auténtico cambio de rumbo. Angelo Roncalli se comportó siempre como un pastor, es decir, como un hombre en contacto directo con los demás y con sus problemas. Como papa rompió con todos los aislamientos: del pontífice con la curia, de

la curia con la Iglesia y de la Iglesia con el mundo. El nuevo papa fue saludado con satisfacción desde el Kremlin, donde le veían como un «genuino socialista» con «manos de campesino»<sup>[5]</sup>.

La noche en que fue elegido papa, Juan XXIII le pidió al cardenal Nasalli que se quedara con él a cenar. Éste le respondió: «Santidad, la costumbre es que los papas coman solos». «Comprendo», replicó Roncalli, «que como papa tampoco van a dejarme hacer lo que me apetezca». «¿Puedo traer champán, Santidad?», le preguntó Nasalli. Y Juan XXIII contestó: «Sí, sí, espero que al menos eso no esté prohibido. Y, por favor, no me llame Santidad, que cada vez que lo dice me parece que me está tomando el pelo».

El nuevo papa pronto empezó a sufrir de frecuentes y violentas pesadillas fruto de las presiones de su cargo<sup>[6]</sup>. Lo cual no es de extrañar, ya que en los primeros cien días de su pontificado tomó una serie de decisiones verdaderamente cruciales para el devenir de la Iglesia, como la de tener que escoger a alguien para el cargo de secretario de Estado —vacante desde 1944—, que finalmente recayó en el cardenal Domenico Tardini. Sin embargo, su decisión más significativa fue la convocatoria del II Concilio Vaticano, hecha pública el 25 de enero de 1959, tan sólo 89 días después de su elección como papa. También asombró a la curia al afirmar que la cruzada contra el comunismo había fracasado largamente, y ordenó a los obispos italianos que se mantuvieran «políticamente neutrales». La CIA vio con espanto y preocupación como el papa ordenaba que el libre acceso al Vaticano de los agentes estadounidenses debía cesar. El temor de los norteamericanos se incrementó cuando supieron que Juan XXIII había comenzado a sembrar las semillas de una política de acercamiento al Este de Europa e intentaba un cauteloso diálogo con Nikita Krushchev, el líder soviético.

## AGGIORNAMENTO

De igual forma, Juan XXIII inició una eficaz purga que alejó del Vaticano a la vieja guardia de ultraconservadores que habían constituido la corte de Pío XII. Además, la convocatoria del II Concilio Vaticano supuso uno de los mayores impulsos reformadores de la historia de la Iglesia. El concilio constó de cuatro sesiones: la primera de ellas la presidió el propio Juan XXIII en el otoño de 1962. (El papa no pudo ver la conclusión de sus trabajos, ya que falleció un año después). Las otras tres sesiones fueron convocadas y presididas por su sucesor. Pablo VI, que clausuró el concilio en 1965.

El II Concilio Vaticano fue el gran acontecimiento de la era moderna en el ámbito de la Iglesia católica. Se pretendió que fuera un *aggiornamento* (puesta al día) de la Iglesia, renovando los elementos que más necesidad tuvieran de ello y revisando el fondo y la forma de todas sus actividades.

En el campo de las relaciones del Vaticano con la política italiana, el breve pontificado de Juan XXIII supuso un vuelco definitivo en la situación. Durante este período el Partido Demócratacristiano perdió definitivamente la posición de privilegio que había ostentado desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la muerte de Pío XII. En este caso, no estamos hablando de un apoyo meramente ideológico o espiritual, sino también económico. El nuevo pontífice no estaba ni mucho menos tan predispuesto como su predecesor a colaborar con la CIA en el propósito de convertir a la Democracia Cristiana en el dique de contención del comunismo italiano. Ello, unido a otros factores, desembocó en la dimisión, el 2 de febrero de 1962, del primer ministro Amintore Fanfani, que dejaría paso a un gabinete de coalición entre la Democracia Cristiana y los socialistas de Pietro Nenni. Dio comienzo así una etapa de la política italiana conocida como la *apertura alia sinistra* (apertura a la izquierda), caracterizada por una sucesión de gobiernos de coalición entre demócratacristianos e izquierdistas moderados<sup>[7]</sup>.

Las elecciones generales celebradas en Italia el 28 de abril de 1963 supusieron un descalabro para la Democracia Cristiana, que perdió 13 escaños, mientras que reafirmó el poder del Partido Comunista, que vio incrementada su cuenta electoral en 25 escaños, lo que le convirtió en una

fuerza que empezó a ser tomada muy en cuenta a partir de ese momento en la política italiana.

## EL BANQUERO DE LA MAFIA MICHELE SINDONA Y PABLO VI

*El sucesor en el trono papal de Juan XXIII, Pablo VI, decidió dejar las finanzas vaticanas en manos de Michele Sindona, un hábil banquero cuya vida parece sacada de la película El Padrino. Forjado en la dura escuela del mercado negro, Sindona se convirtió en el principal banquero de la mafia, el hombre que controlaba los miles de millones de dólares que generaba el tráfico de drogas. De ahí al Vaticano sólo había un paso.*

Sería difícil encontrar dos hombres que, dedicándose al mismo oficio, fueran más diferentes que Bernardino Nogara y Michele Sindona. Nogara era un tecnócrata gris y espartano, esclavo de su trabajo y devoto hasta llegar a la santurronería. Sindona, en cambio, era un financiero moderno y mundano. No tenía el menor reparo en hacer ostentación de los mejores trajes, las más finas corbatas y los más valiosos relojes. Su apodo, El Tiburón, decía mucho de su forma de hacer negocios, y sus conocidos contactos con la mafia le convirtieron en un hombre más que respetado, temido incluso, en los ambientes de negocios en Italia.

Michele Sindona comenzó su carrera blanqueando de forma magistral e imaginativa la fortuna de la familia Gambino, los mafiosos más conocidos de Nueva York. Sindona creó para ellos un *holding* que lentamente se convirtió en un verdadero imperio financiero de dimensiones internacionales.

La relación de Sindona con Pablo VI se inició cuando aquél hizo de intermediario del dinero que la CIA aportaba al Vaticano y a la Democracia

Cristiana para impedir la expansión del Partido Comunista italiano. Entre ambos hombres, como en su día entre Bernardino Nogara y Pío XI, surgió de inmediato una relación que fue más allá de lo meramente profesional, convirtiéndose en verdaderos amigos.

Por ello, no es de extrañar que una noche de primavera de 1969, agobiado por la reforma fiscal del gobierno italiano, Pablo VI decidiera llamar a una audiencia secreta a Michele Sindona. El visitante fue recibido de la forma más discreta en la Santa Sede y llevado rápidamente a los apartamentos papales, donde Pablo VI le esperaba con un semblante que parecía entre enfermo y preocupado. Sindona vestía un traje azul marino, corbata del mismo tono y una elegante camisa blanca de cuyos puños asomaban unos impresionantes gemelos de oro<sup>[1]</sup>. Su aspecto confiado y alegre dibujó inmediatamente una sonrisa en el rostro del pontífice. Parecía decir: «No hay problema, si se trata de dinero ya encontraremos una solución». El papa no le ofreció el anillo del pescador para el beso protocolario: en su lugar le estrechó la mano con calidez.

Una vez sentados, el papa le comentó al banquero su terrible problema. El gobierno italiano iba a gravar con impuestos las inversiones del Vaticano. Los setecientos millones de dólares que podría suponer en primera instancia la aplicación de la medida, aun siendo una cantidad abultada, era asumible, pero no era esto lo que más preocupaba al pontífice. El mayor inconveniente radicaba en que otros países decidieran llevar a la práctica medidas similares, lo que podría desbaratar la impresionante estructura financiera edificada con tanto esfuerzo por Bernardino Nogara a lo largo de los años.

## UN ESCARMIENTO

Había algo más que el papa no había confesado a su amigo y asesor financiero. Su pontificado estaba resultando difícil e incierto. Ni tradicionalistas ni progresistas se encontraban contentos con su gestión pastoral, y las veladas críticas a su liderazgo surgían de continuo de uno y

otro sector. Lo último que necesitaba en aquel momento era que se supiera que la fabulosa fortuna que se gestionaba desde IOR corría peligro de irse por el sumidero de la hacienda italiana.

Sindona escuchó pacientemente, meditó unos segundos y, tras una pequeña pausa, resolvió lo que iba a hacer. La medida del gobierno italiano era firme e intentar variarla implicaría un tiempo y unos recursos de los que no disponían en aquel momento. Lo más práctico era intentar salvar lo que se pudiera y sacar de Italia el dinero, desviándolo a empresas creadas en diferentes paraísos fiscales tanto de Europa como de América. Es decir, nada que no hubiera hecho antes para la familia Gambino. Sin embargo, en esta ocasión, el banquero estaba dispuesto a añadir un plus de audacia a su astucia financiera. La clave de la operación consistiría en que se realizara a la vista de todos, sin secretos. Si el Vaticano es un Estado soberano puede llevarse sus inversiones donde le plazca, debió de pensar Sindona. Esto serviría de escarmiento a los legisladores italianos y de aviso a otros países que sintieran la tentación de cargar con impuestos las inversiones vaticanas.

Tras escuchar la propuesta del financiero, fue el papa el que pareció meditar durante unos segundos. Después, le entregó una carpeta que contenía un documento cuyos términos se extendían más allá de las más inconfesables ambiciones de Michele Sindona. En el escrito se nombraba al controvertido financiero *Mercator senesis romanam curiam sequens*, el banquero de la curia, con poderes casi ilimitados sobre los fondos administrados por el Instituto para las Obras de Religión.

En virtud de su nuevo nombramiento, Sindona trabajaría al lado del arzobispo Paul Marcinkus, recién nombrado presidente del IOR, del cardenal Giuseppe Caprio, presidente del Beni della Santa Sede, y del cardenal Sergio Guerri, gobernador de la Ciudad del Vaticano. Sindona tendría la última palabra en los asuntos financieros. Como tenía por costumbre, leyó el documento hasta la última línea y sólo entonces levantó la vista del papel y sonrió al pontífice. El Vaticano había depositado en sus manos la mayor muestra de confianza posible, le había entregado la llave de la caja. Sindona, sin decir palabra, sacó su elegante estilográfica de oro y estampó su firma al pie del documento. Después, ahora sí, besó el anillo del



pescador y se arrodilló junto al papa para rezar por el buen término de la ambiciosa empresa que habían comenzado con la firma del documento.

Quién sabe lo que sentiría Michele Sindona al salir de madrugada del recinto vaticano. Se le atribuía una frialdad sobrehumana, la capacidad de jugarse decenas de millones de dólares sin temblarle el pulso ni dudar, pero lo que había sucedido aquella noche probablemente era demasiado incluso para aquel al que la prensa sensacionalista había bautizado como «el hombre de hielo». Si debemos atenernos a lo que él mismo confesó años más tarde, aquella noche no sintió nada especial. A fin de cuentas, se trataba sólo de negocios, como de costumbre; nada por lo que sentirse especialmente excitado.

Sindona utilizó el prestigio que le otorgaba el hecho de haberse convertido en el asesor financiero del papa para obtener beneficios en sus propias operaciones internacionales. Por aquella época, el todopoderoso banquero del papa controlaba, al menos, cinco bancos y más de 125 compañías en once países<sup>[2]</sup>. Dos años después, en 1971, Sindona estaba preparado para acometer su campaña financiera más ambiciosa. Más por prestigio que por beneficio, estaba empeñado en conseguir el control de las dos mayores compañías de Italia (la Céntrale y Bastogi), fusionarlas y consumir la toma de un gran banco. Según afirmó posteriormente el propio gobernador del Banco de Italia, si Sindona hubiera materializado su plan, habría presidido el mayor *holding* empresarial de toda Europa y se habría convertido en arbitro del caótico sistema financiero italiano.

En agosto de 1971 Sindona se hizo con el control del primero de sus grandes objetivos: la Céntrale. Las autoridades financieras italianas comenzaron a tomarse en serio los movimientos de Sindona y el Banco de Italia bloqueó su intento de controlar Bastogi, su segundo punto de mira, ordenando una inspección adicional a varios bancos en los que el financiero poseía intereses. La conquista del sistema financiero italiano por parte de Sindona había sido detenida en el último momento, pero ahora amigos y enemigos sabían que el banquero del papa no era alguien a quien se debiera tomar a la ligera.

## MÁS PODEROSO QUE EL BANCO DE ITALIA

A pesar de que los inspectores encontraron múltiples irregularidades en las empresas y bancos de Sindona, el gobernador del Banco de Italia decidió no hacer nada al respecto. Sindona era un hombre influyente y poderoso. Tenía a importantes instituciones financieras y al Vaticano respaldándole, y, desde luego, era mucho más fuerte que el gobernador del Banco de Italia.

Todo aquel poder había comenzado mucho antes, en 1942, cuando siendo un joven graduado de la Universidad de Mesina comenzó un lucrativo negocio de estraperlo. Compraba bienes y alimentos robados a los norteamericanos en Palermo y se las ingeniaba para introducirlos de contrabando en Mesina. Para mantener su negocio, Sindona precisaba la protección de la mafia. Ellos eran los que tenían acceso a los productos a través del robo o del control de la importación y producción. Además, la mafia podía poner a su disposición una fuente inagotable de documentos falsos obtenidos mediante soborno con los que poder engañar a las patrullas fronterizas. Todo ello lo logró Sindona gracias a su contacto con Vito Genovese, uno de los mafiosos más importantes de Estados Unidos. Genovese había colaborado en la planificación de la invasión de Sicilia actuando como enlace entre el Ejército estadounidense y la mafia de la isla. Apodado Don Vitone, tomó a Sindona bajo su protección. Por aquellos días, Genovese era uno de los mayores traficantes de narcóticos del mundo y se cree que estaba relacionado con negocios de trata de blancas, dirigiendo en Nueva York la familia fundada en su día por Lucky Luciano (Salvatore Lucania).

El mayor golpe de los realizados hasta ese momento por Vito Genovese había sido el asesinato de Joe Masseria, que estaba considerado en Estados Unidos como el «jefe de todos los jefes». Masseria ni siquiera supo de dónde vinieron las balas que acabaron con su vida. Había acudido a Scarpato's, un restaurante de Coney Island, invitado por Luciano. Masseria lo pasó bien en la que iba a ser su última cena, rodeado de gente de confianza. Sin embargo, Genovese había preparado hasta el último detalle la emboscada y Masseria recibió varios disparos en la espalda por, según cita el informe policial, «desconocidos que se dieron a la fuga»<sup>[3]</sup>.

Michele Sindona siempre recordaría aquella época con agrado; eran días de aventura en los que en muchas ocasiones él mismo conducía los camiones con el contrabando, que eran recibidos en los pueblos con el revuelo y alboroto propios de un gran acontecimiento. Como si de un Papá Noel mafioso se tratara, distribuía alimentos y regalos a espuestas, reservando una parte para sus amigos. En esa época de hambruna, los víveres de Sindona, pese a no ser gratis, eran bien recibidos en un pueblo necesitado y falto de los alimentos más básicos. Se había convertido en un auténtico padrino, un hombre respetado por todos.

## **UNA VIDA DE AVENTURAS**

Durante aquel período aventurero, Michele Sindona se hizo con una variada panoplia de amigos, que incluía tanto a militares estadounidenses como a los más peligrosos mafiosos de Sicilia. De los norteamericanos aprendió mucho gracias a las largas conversaciones que casi siempre trataban sobre lo maravilloso que resultaba la vida en Estados Unidos, su prosperidad y las ventajas del capitalismo y la democracia. Aquélla era una tierra prometida para un hombre como Sindona, que rebotaba ambición y talento: «Fue entonces cuando comprendí que si realmente quería hacer algo grande necesitaría tener amigos en Estados Unidos»<sup>[4]</sup>.

El gran amigo de Sindona en Norteamérica era Vito Genovese, y el acuerdo entre ambos funcionó a las mil maravillas. Sindona aportaba a Genovese un más que generoso porcentaje de sus beneficios a cambio de la protección de Don Vitone, que se encargaba de alejar de su joven pupilo a las autoridades y a las otras familias mafiosas. Esto último no era especialmente complicado, ya que el negocio era suficientemente grande como para que todos los mafiosos de Italia sacaran su parte sin necesidad de interferir en los negocios de sus vecinos. Casi todo lo que consumieron los italianos durante la ocupación, lo necesario y lo superfluo, los alimentos y la ropa, salió de las bases estadounidenses. El mercado negro y el contrabando se convirtieron en algo normal dentro de la economía italiana.

Las autoridades no podían hacer nada para detener esta situación. En 1946 el prefecto de Milán intentó aplicar, sin resultado, una política de control de precios, al menos en lo concerniente a los productos de primera necesidad. Se establecieron pequeños comités de control, formados por dos policías y un miembro de la Camera di Lavoro, que se encargaban de que, como mínimo en las tiendas, los precios fueran los estipulados. La idea pronto se extendió a Génova y Turín, pero cuando los intermediarios rehusaron distribuir sus productos en las tiendas, el mercado negro pudo continuar su edad de oro<sup>[5]</sup>.

En aquella extraña época, Sindona conoció a don Luciano Leggio, uno de los capos mafiosos más singulares, ya que su familia dirigía Anónima sequestri, un grupo paramilitar de Palermo conocido por su carácter cuasifascista y sus métodos violentos. Leggio rápidamente simpatizó con Sindona, que pasó con igual celeridad a formar parte de su familia. Allí, Sindona trabó contacto con el hermano Agostino Coppola, un peculiar fraile que lo mismo celebraba una misa que planificaba un asesinato o un secuestro.

Cabe señalar que en la Sicilia de la época el hecho de que un clérigo perteneciese a la mafia no era tan extraño ni estaba tan mal visto como pudiéramos suponer. En 1962, por ejemplo, cuatro monjes franciscanos fueron juzgados, condenados y sentenciados a más de treinta años de prisión por conspiración, extorsión y asesinato. El propio hermano Agostino Coppola, según se demostró en el juicio que contra él se celebró en 1975 por pertenencia a organización criminal, participó en labores de blanqueo de dinero y apoyó a conocidos políticos de la Alta Mafia. En 1978 el monje franciscano Fernando Tadeo, prior de la iglesia del Santo Angelo en Roma, fue detenido bajo la acusación de comprar dinero procedente de rescates de diversos secuestros al 70 por 100 de su valor, dinero que posteriormente era blanqueado mediante instituciones financieras vinculadas al Vaticano.

## **EL TRIÁNGULO DEL DIABLO**

En los años setenta se podía afirmar que el triángulo formado por la mafia, la Democracia Cristiana y la Iglesia era el principal responsable de la pobreza endémica que se vivía en Sicilia. Tan fuertes eran los vínculos entre estas tres instituciones que se decía que si un capo mafioso era bendecido con dos hijos varones lo más normal es que uno de ellos se dedicara a la política y el otro al sacerdocio. Este triángulo funcionaba a la perfección debido a las particularidades de Sicilia, una región insular y olvidada en la que los caciques podían hacer y deshacer a su antojo sin que las autoridades se inmiscuyeran demasiado en sus asuntos. La pobreza y el analfabetismo de sus gentes les hacía aún más fáciles de manipular. (La mafia tenía sus *luparas*, escopetas de cañón recortado con que perpetraban sus asesinatos, la Iglesia tenía a Dios y la Democracia Cristiana sólo tenía que mencionar a los comunistas para amedrentar a los campesinos sicilianos).

Por otro lado, Sicilia es la tierra de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Mafiosos, clérigos y políticos de derechas compartían un enemigo común: los comunistas, y ello contribuyó a estrechar lazos y alianzas que hubieran sido impensables en cualquier otro lugar del planeta.

Aquel ambiente fue la auténtica escuela de negocios en la que se educó y formó Michele Sindona. Cuando en 1946 abrió en Milán su despacho de asesoría fiscal y económica, ya había aprendido todo lo necesario para convertirse en un exitoso hombre de negocios en la Italia de posguerra. Supo aprovechar como nadie la era de continuos «pelotazos» que supuso el milagro económico italiano, y su formación y astucia le sirvieron para manejarse perfectamente en el complejo entramado fiscal de la república.

En Milán aplicó todo lo aprendido en Sicilia, en especial lo referente a la utilidad de relacionarse con miembros del clero. Este trato comenzó con el funcionario de la curia monseñor Amieto Tondini, una de cuyas hermanas estaba casada con un primo de Sindona. Monseñor Tondini, sin desperdiciar la oportunidad de favorecer a un familiar, presentó a Sindona a su amigo Massimo Spada, delegado del IOR y uno de los hombres de confianza de Bernardino Nogara. Spada era un hombre con una apariencia peculiar. Era muy alto y tenía un cabello gris, muy fino, cuyo tono combinaba a la perfección con el eterno gris de sus trajes cruzados, cuyos pantalones tenían, indefectiblemente, la cintura demasiado alta y la pernera demasiado

baja. Massimo Spada no era un hombre rico, como atestiguaba el corte de sus trajes, casi intolerables para el presumido Sindona, sin embargo, sí era un hombre poderoso, un servidor abnegado de la Santa Sede que manejaba sumas de dinero muy importantes de los fondos del Vaticano y cuyas decisiones podían repercutir en la economía italiana. Pero no era este poder lo más importante que Sindona iba a obtener de Massimo Spada, sino la relación con un hombre que, con el tiempo, se convertiría en uno de sus mejores amigos y cuyos destinos estarían ligados para siempre: Giovanni Battista Montini, que reinaría como papa bajo el nombre de Pablo VI.

## UNA REUNIÓN EN LA CUMBRE

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, con un ambiente mucho más tranquilo y distendido, y habiendo desaparecido los principales testigos de algunos de sus delitos más significados, Vito Genovese decidió regresar a Estados Unidos. Con Lucky Luciano disfrutando de un exilio dorado en Sicilia como parte del trato que Genovese había alcanzado con el Ejército estadounidense —por el cual se comprometió a conseguir la colaboración de la mafia a fin de allanar la invasión aliada en la isla—, Genovese no tenía enemigos de consideración que le pudieran disputar el título de «jefe de todos los jefes», por lo que inició una campaña de terror y asesinatos destinada a afianzar su poder sobre el resto de familias. En 1951 se le relacionó con la muerte de Willie Moretti, en 1953 con la de Steve Franse y en 1957 con la de Albert Anastasia, tres reputados mafiosos que representaban el último obstáculo para hacerse con el control de Nueva York. La audacia de Genovese estaba cimentada por el respaldo que había obtenido en Nueva York por parte de Carlo Gambino y su familia.

Durante todo aquel tiempo, Michele Sindona siguió contando con la amistad y confianza de Vito Genovese, hecho que se vio refrendado cuando el joven financiero fue invitado a la reunión de mafiosos más importante de la historia, celebrada el 2 de noviembre de 1957 en el Grand Hotel des Palmes de Palermo. Durante más de doce horas los «hombres de honor»

estuvieron en una de las alas del hotel disfrutando de una copiosa comida de marisco en una bucólica terraza con vistas al mar.

La relación de asistentes era un verdadero «quién es quién» del crimen organizado de ambos lados del Atlántico. Allí estaban Lucky Luciano, que a pesar de su retiro seguía siendo uno de los auténticos hombres fuertes de la mafia, los hermanos Magadino (que controlaban la ciudad de Búfalo), Joseph Bonanno (más conocido como Joe Bananas), Carmine Galante, el capo de Detroit John Priziola, Tommaso Buscetta, Frank Costello (que acudía en representación de la familia Gambino), además de miembros de las dos familias en pugna en Nueva York, los Luchese y los Genovese. A modo de anfitriones se encontraban los integrantes más importantes de la mafia siciliana, entre ellos, don Giuseppe Genco Russo, Salvatore Greco, Calcedonio di Pisa y los hermanos LaBarbera<sup>[6]</sup>.

Lo que les había llevado a reunirse aquel día era organizar definitivamente el tráfico de narcóticos, que ya comenzaba a convertirse en la principal fuente de ingresos de la mafia. Los sicilianos habían elaborado una complicada red que comenzaba en los centros de producción en el Triángulo de Oro del sudeste asiático, continuaba en las factorías de procesado en Turquía y finalizaba en la propia Sicilia, desde donde se distribuía la mercancía a todo el mundo<sup>[7]</sup>.

## **LOS CORLEONESI**

El tráfico de drogas cambió el panorama en el que se manejaba la mafia. Los beneficios eran enormes, mucho mayores que los obtenidos con el juego, el contrabando o la prostitución. Fueron momentos de arrogancia en los que los mafiosos vieron cómo se les abría una ventana a un mundo sin límites. También fueron los días en los que se gestó un cambio generacional que dio como resultado el nacimiento de una nueva facción, amoral y homicida incluso para la mafia más tradicional. Eran los Corleonesi, llamados así por el pueblo de Corleone, de donde surgieron. El padrino de esta facción era Luciano Leggio, un psicópata que disfrutaba matando él

mismo a sus víctimas con una bayoneta. Leggio fue enviado a prisión en 1974, pero siguió ejerciendo un verdadero reinado de terror a través de sus dos sicarios, cuya brutalidad era mayor si cabe que la de su jefe. Uno de ellos era Bernardo Provenzano, conocido como *Il tratturi*. El Tractor, por su capacidad «industrial» para el asesinato. El otro era más peligroso aún, un hombre bajito y mal encarado llamado Salvatore «Totó» Riina, *La belfa*. La Bestia<sup>[8]</sup>.

Los Corleonesi eran tachados de *viddani* (paletos) por los *mafiosi* de las ciudades, como los que se reunieron en aquella histórica cumbre del hotel de Palermo. Los métodos brutales de los Corleonesi no encajaban con las ambiciones políticas, el afán de respetabilidad y el propósito de pasar lo más inadvertidos posible del resto de familias. Ellos eran los *capifamiglia* (jefes de familia) que habían salido victoriosos de incontables guerras mafiosas y ahora dictaban la política y mantenían la paz en el oeste de Sicilia.

Entre las muchas resoluciones que se tomaron en aquella reunión, todos estuvieron de acuerdo en que Michele Sindona fuera el encargado de manejar los beneficios que las familias obtenían por el tráfico de heroína. Se trataba de un acuerdo no muy diferente del que Sindona firmaría años más tarde con el papa. Sindona se convertía en administrador plenipotenciario de una ingente fortuna, aunque en este caso el acuerdo era, lógicamente, verbal, y si el financiero fracasaba en su misión era muy probable que perdiera la vida.

No obstante, todos estaban conformes en que él fuera el hombre que acometiese esa misión. Su conocimiento del entramado fiscal italiano le permitiría mover grandes cantidades de dinero sin llamar la atención de las autoridades monetarias del país. Además, tenía un perfil perfecto de respetable hombre de negocios y «hombre de familia» gracias a sus lazos con Vito Genovese.

## **LA MEJOR FORMA DE ROBAR UN BANCO**



A los pocos días de obtener la confianza de la asamblea de mafiosos, Sindona creó en Liechtenstein la compañía Fasco AG. Para comprender el poderío de esta empresa, baste mencionar que una de sus primeras operaciones fue la adquisición de un banco en Milán, la Banca Privata Finanziaria. Poco después se hizo con el control de la Banca di Messina, en su Sicilia natal, y el Banque de Financement, en Ginebra. Los más importantes bancos del mundo recibieron fondos de la corporación de Los mafiosos, en especial el Hambres Bank de Londres, el Continental Illinois y el Instituto para las Obras de Religión<sup>[9]</sup>.

Mientras tanto, en Estados Unidos Sindona se había convertido en todo un personaje dentro del Partido Republicano de Illinois. También había estrechado sus lazos mafiosos con una nueva y fructífera relación con la familia Inzerillo, primos de los Gambino<sup>[10]</sup>.

Durante aquella época, miles de millones de dólares pasaron por Sindona, que hábilmente los recogía con una mano en Estados Unidos y Sicilia y con la otra los depositaba, completamente limpios, en los bancos de Suiza. Sindona también aprendió en aquellos días una lección que años después, en la célebre época del «pelotazo», sería aplicada con maestría por cierto número de banqueros: «La mejor forma de robar un banco es comprarlo». La Banca Privata Finanziaria se convirtió muy pronto en un mero vehículo para las operaciones clandestinas de Sindona y sus representados, sin más sustento real que las ingentes cantidades de dinero que a diario pasaban por sus cuentas, pero que nunca dormían ni una sola noche en sus bóvedas.

El banco tenía todo de cuanto irregular pueda imaginarse: desde cuentas ficticias hasta créditos y transferencias no justificadas. Lo peor de todo era que Sindona estaba robando a algunos de sus propios clientes —no a los mafiosos, se entiende—, sustrayendo sumas de dinero de sus cuentas que transfería a otra en el Banco Vaticano, desde donde, a su vez, se traspasaba este dinero, no sin antes quedarse con un 15 por 100 de comisión en su cuenta del Banque de Financement de Ginebra. Por si cabía alguna duda sobre quién era el titular de esta cuenta cifrada, la clave era MANÍ, en honor a los hijos de Sindona: Marco y Niño.

La situación llegó a ser tan surrealista que aquellos clientes que detectaban irregularidades en sus cuentas y amenazaban con denunciarlo a las autoridades eran amenazados de muerte por los mafiosos de Sindona. Ni que decir tiene que el banco perdió clientes a toda velocidad, pero, a fin de cuentas, el beneficio de sus actividades no tenía nada que ver con el número de clientes.

En el Banque de Financement de Ginebra las cosas no eran demasiado diferentes. Los empleados del banco se jugaban los fondos de sus clientes en el mercado de valores. Si había pérdidas, eran los clientes quienes corrían con ellas, si por el contrario había ganancias, éstas eran apuntadas con toda celeridad en la ya mencionada cuenta MANÍ. En este caso, ni siquiera era preciso amenazar a los perjudicados, ya que el grueso de la clientela prefería mantenerse a sí mismos y a sus depósitos en el más estricto anonimato. El IOR era titular del 29 por 100 de las acciones del banco y mantenía varias cuentas en la institución, que, aunque no estaban sujetas a los manejos de Sindona, sí estaban dedicadas a lo que se podría denominar «actividades altamente especulativas».

Pero todo esto aún tardaría algunos años en ser descubierto. En 1969 Michele Sindona era el mayor empresario de Italia, el «salvador de la lira», como le proclamó en su día el primer ministro Giulio Andreotti. En medio de tal gloria financiera no es de extrañar que Sindona recibiera la invitación para formar parte de un club mucho más exclusivo que el de los mafiosos sicilianos. Se trataba de la logia masónica Propaganda Due (Propaganda Dos), dirigida por Licio Gelli, uno de los personajes más poderosos de la política y la economía italianas, que había elevado el chantaje y la extorsión a la categoría de bellas artes.

## PROPAGANDA DUE LA MASONERÍA FASCISTA

*La historia de Michele Sindona y de las finanzas de la Santa Sede no sería la misma de no haber entrado en escena una sociedad secreta, cuyo descubrimiento supuso el mayor golpe para la Italia salida de la Segunda Guerra Mundial. En un país democrático occidental existió un grupo que incluía a ministros, generales y financieros que conspiraba para acabar con la democracia no sólo en Italia, sino en toda Europa.*

Licio Gelli se consideraba a sí mismo como el hombre más de derechas de Europa. Nació en Pistola, Toscana, en 1919. Durante la Guerra Civil española había sido voluntario con dieciocho años en un batallón italiano de camisas negras. Luego, durante la Segunda Guerra Mundial, fue oficial de enlace entre el Ejército alemán y el italiano con responsabilidades de inteligencia: su Principal misión era la localización y eliminación de partisanos<sup>[1]</sup>.

Pero de eso hacía ya mucho tiempo. En los años sesenta, Licio Gelli había prosperado: «Las puertas acorazadas de los bancos se abren todas hacia la derecha», solía decir, y se había convertido en uno de los personajes más relevantes en la vida económica y política de Italia.

Al parecer, buena parte de esa riqueza procedía, precisamente de la guerra. Gelli había estado destinado durante un tiempo en la localidad de Cattaro, Montenegro, a orillas del Adriático, desempeñando labores de inteligencia<sup>[2]</sup>. Allí estuvo escondida buena parte de los depósitos de oro del Banco de Yugoslavia, miles de lingotes de los que nunca volvió a saberse

hasta 1999, cuando la policía italiana encontró ciento cincuenta de estos lingotes en las macetas y parterres del jardín de la lujosa villa de Gelli en Toscana<sup>[3]</sup>.

Después de la guerra trabajó para ambos bandos. A pesar de que elaboró para los aliados una lista negra de fascistas que debían ser vigilados, también participó en la red de contrabando de criminales de guerra del padre Draganovic, lo cual le reportó importantes beneficios económicos. Posiblemente, el caso más célebre en el que Gelli estuvo involucrado fue la huida de Klaus Barbie, El Carnicero de Lyon, que se refugió durante varios meses en el Vaticano antes de ser puesto en manos de Gelli. El coste de la operación fue sufragado íntegramente por la contrainteligencia estadounidense, que estaba muy interesada en la información que podía proporcionarle el antiguo jefe de la Gestapo.

En 1948 Gelli entró a formar parte de la Democracia Cristiana. Más tarde alcanzó el cargo de director de Permafex, una de las empresas más importantes de colchones de Italia. Por aquella época, se convirtió en uno de los puntales de la Operación Gladio, un ambicioso plan de la CIA para impedir la expansión del comunismo en Europa. En 1972, cuando Gelli trabó amistad con el general Alexander Haig, antiguo comandante en jefe de la OTAN, Gladio era una compleja red que contaba con más de 15 000 agentes en toda Europa realizando las más variadas labores. Se sabe que Gelli recibió financiación de Haig por este concepto.

## **LA ESTRATEGIA DE TENSIÓN**

Gladio era otro de los planes que incesantemente surgían de la fértil mente de James Jesús Angleton: durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, Angleton, que trabajaba para la Oficina de Servicios Estratégicos, la antecesora de la CÍA, comenzó a formar un círculo de intereses comunes con varios fascistas (exfascistas, habría que decir), que compartían sus recelos hacia el Partido Comunista italiano, el más poderoso de Europa, como ya hemos mencionado. Fue entonces cuando comenzaron a

pergeñarse las tácticasseudomafiosas que, con la complicidad de la Democracia Cristiana y la Iglesia, dificultaron durante años el éxito electoral de los comunistas.

Cuando Angleton se convirtió en el jefe de contrainteligencia de la CÍA, el plan obtuvo carta de naturaleza y un nombre oficial, Gladio, así como suficientes fondos para convertir la política italiana en un verdadero caos durante décadas. Gladio forjó secretas alianzas entre la mafia y ciertos funcionarios del Vaticano; reclutó a fascistas y *mafiosi* para perpetrar atentados de los que luego era culpada la izquierda, repartió millones de liras entre partidos políticos y periodistas para adulterar las elecciones e incluso se sospecha que supervisó el secuestro y asesinato del primer ministro Aldo Moro —que había incurrido en la «osadía» de incluir a dirigentes comunistas en su gabinete—,<sup>[4]</sup> así como el de la magistrada Vittoria Occorsio.

En mayo de 1965, el plan maestro de Gladio estaba perfectamente descrito en un documento titulado «La estrategia de tensión», en el que se proponía escenificar una campaña terrorista de izquierdas que llevase a la población a un nivel de tensión superior al que pudiera soportar, de forma que la situación derivase en un levantamiento popular y el establecimiento de un gobierno de corte neofascista.

El toque de genialidad de Gelli fue recurrir a la masonería para establecer el germen de este nuevo orden italiano. Todo el asunto no está exento de ironía, pues fue precisamente Mussolini quien en su día proscribió la masonería italiana. Sin embargo, la república había restituido sus derechos a los masones y ahora las logias florecían en la península.

Propaganda Due (P2) era una logia con una dilatada trayectoria. Había sido fundada en Roma en 1877 para servir a los masones italianos que visitaran la capital<sup>[5]</sup>. Gelli, que se convirtió en masón en noviembre de 1963, fue escalando grados rápidamente hasta alcanzar el necesario para liderar su propia logia. El Gran Maestro Giordano Gamberini le encomendó a Gelli la tarea de crear una gran logia que sirviese para expandir los ideales masónicos por toda Italia. Obtuvo el control definitivo de Propaganda Due en 1976, después de que ésta hubiera sido disuelta y vuelta a fundar por disensiones internas de la propia organización masónica, que comenzaba a

darse cuenta de que Licio Gelli tenía ideas muy personales sobre el destino de la logia. Lo cierto es que los ideales de esta nueva Propaganda Due no eran demasiado masónicos, aunque sí muy ambiciosos. Gelli no sólo pretendía realizar el plan de Gladio y culminarlo con el establecimiento de un gobierno fascista en Italia, sino exportarlo a otros países del mundo.

Gelli hizo un magnífico trabajo, ya que incrementó el número de miembros de apenas catorce a más de un millar (algunos autores hablan hasta de 2500 miembros). Por aquellos días, Gelli declaró en una entrevista televisiva que quería reunir a los mejores de cada campo para materializar sus «planes de renacimiento democrático». Uno de los primeros miembros de la renacida logia era el general Giovanni Alla Vena, hombre fuerte del espionaje italiano en cuyas manos había material muy sustancial con el que se podría chantajear a un gran número de personalidades italianas. La oficina D del SID (una especie de combinación del FBI y la CÍA, a la italiana) estuvo en su día investigando estos posibles chantajes.

## **SASSO IN BOCCA**

Gelli era un completo desconocido para la opinión pública y, al mismo tiempo, uno de los grandes actores de los asuntos del país. Obviamente, contó con algo de ayuda para llevar a cabo este «milagro». El periodista italiano Carmine «Mino» Pecorelli, que fue miembro de P2, declaró públicamente que la CIA estaba sustentando económica y logísticamente a la organización. En 1990 el antiguo agente de la CIA Richard Brenneke confirmó esta colaboración entre el espionaje estadounidense y la logia italiana. Pecorelli fue encontrado en 1979 con un disparo en la boca, el *sasso in bocea* que los mafiosos reservan a los chivatos. En su despacho se encontraron algunos papeles de la oficina D del SID, gran parte de ellos relativos a Gelli. Uno de estos documentos era una lista de personas que Gelli había denunciado ante el SID como colaboradores durante la ocupación alemana entre 1943 y 1945; otro era una nota de la inteligencia italiana en la que se expresaban sospechas de que Gelli pudiera estar

trabajando en secreto para algún servicio de inteligencia del Pacto de Varsovia.

Según diversos investigadores, las relaciones de P2 iban mucho más allá de la CIA y se extendían a la extrema derecha italiana, otras sociedades secretas, como los carbonarios, y el mismísimo Ejército italiano. Gelli podía presumir de estar muy bien relacionado. Había sido socio del criminal de guerra Klaus Barbie, a quien ayudó a organizar un escuadrón de la muerte en Bolivia, responsable del asesinato del líder socialista Marcelo Quiroga y, en buena medida, del ascenso al poder del general boliviano Luis García Meza. La junta militar boliviana agradeció los servicios de Gelli y Barbie dándoles concesiones especiales sobre las plantaciones de coca, de cuya comercialización se encargaban los no pocos contactos que Gelli tenía en la mafia siciliana.

Gelli también había contribuido económicamente al régimen de Juan Domingo Perón en Argentina y mantenía relación con Ronald Reagan, que le invitó a su ceremonia de toma de posesión como presidente de Estados Unidos en 1981. Con quien sí se sabe que trabó amistad fue con Phil Guarino, director de la campaña electoral de Reagan, quien un año antes, el 8 de abril de 1980, recibió una carta de Gelli en los siguientes términos:

Si crees que puede ser útil que algo favorable a tu candidato presidencial sea publicado en Italia, envíame el material y yo haré que salga en alguno de los periódicos de aquí.

Además, Gelli había sido uno de los principales patrocinadores del régimen de Anastasio Somoza en Nicaragua y de los comandos de la Triple A en Argentina, Colombia y Brasil. Afirmaba encontrarse en términos amistosos con el antiguo director de la CIA y presidente de Estados Unidos George Bush padre, a quien calificaba de «miembro honorario» de P2. Gracias a su logia y a sus contactos creó lo que los tribunales italianos calificaron como «una estructura secreta con la increíble capacidad de controlar las instituciones gubernamentales hasta el punto de convertirse, virtualmente, en un Estado dentro del Estado».

Con toda esta experiencia no es de extrañar que Licio Gelli obtuviera notables éxitos cuando decidió dedicarse al comercio de armas, teniendo

como principales clientes las dictaduras de extrema derecha iberoamericanas y un Estado de Israel que no debía de conocer sus tratos con criminales de guerra nazis.

Sin embargo, en 1981 se vino abajo el entramado de P2 al ser descubierto por las autoridades. Durante un registro en la mansión de Gelli se encontró una copia del documento «La estrategia de tensión» y una lista con los nombres de los principales conspiradores, incluidos tres ministros, cuarenta miembros del Parlamento, cuarenta y tres generales del ejército, entre ellos el poderoso Giovanni Torrisi, jefes de la policía y los servicios secretos, como Giuseppe Santovito, el doctor Joseph Michelle Crimi y Giulio Grassini, el jefe de la policía financiera, Orazio Giannini, el general del SID Vito Milici, el general de la Guardia Financiera Raffaele Giudice, el magistrado del Tribunal Supremo Ugo Zilletti, ocho almirantes, industriales, financieros, artistas, periodistas, dueños de diarios, ejecutivos de televisión, cientos de diplomáticos y altos funcionarios y, por supuesto, Michele Sindona. Muchos de los incluidos en la lista negaron su asociación con la logia, aunque nadie les creyó. Otros, incluido el propio Gelli, fueron inmediatamente detenidos por orden del fiscal de Milán, Pierluigi Del Posso. Gelli escapó de la cárcel sobornando a los guardianes.

Algunos no tuvieron tanta suerte y vieron sus carreras definitivamente arruinadas por culpa de Propaganda Due. Sin duda, el mayor afectado fue el ministro de justicia Adolfo Sarti, que si bien no figuraba en la lista de miembros, sí había solicitado su ingreso en la logia según los documentos encontrados en la casa de Gelli<sup>[6]</sup>. Sarti tuvo que dimitir mientras las autoridades investigaban su posible implicación en «actividades criminales»<sup>[7]</sup>. La aparición del nombre de Sarti en los documentos de Gelli fue especialmente significativa, ya que el ministro era popularmente conocido por ser uno de los adalides de la lucha antiterrorista. El escándalo hirió de muerte al gobierno de coalición, que sólo siete meses antes había conseguido ensamblar con no poco esfuerzo el primer ministro Arnaldo Forlani. De la noche a la mañana, el semidesconocido Gelli pasó a ocupar las portadas de los diarios de todo el mundo.



## EL JURAMENTO ETERNO

Gracias al apoyo de Propaganda Due, Michele Sindona pudo expandir aún más su imperio. En un acto de extrema arrogancia llegó a declarar:

Compré Pachetti, una compañía química, por diez millones y la vendí por treinta; compré Saffa, una compañía constructora, y la vendí con diez millones de dólares de beneficio; vendí Sviluppo, una compañía de desarrollos inmobiliarios, por cinco millones de dólares. Millones, millones, millones durante muchos años.

También comentó en las páginas de *Newsweek*:

Todo tiene su precio y si creo que es barato lo compro. Si creo que es caro y se me ofrece un buen precio vendo. No tengo principios sobre en qué negocios estar y en cuáles no. Esta es la actitud correcta que debe tener un banquero de inversiones.

Sindona, como todos los miembros de P2, pasó a formar parte de la logia mediante una ceremonia de iniciación. Según el teniente coronel Luciano Rossi, miembro del pelotón de ejecuciones del grupo y que se suicidó seis semanas después de ser entrevistado, esta ceremonia podía presentar alguna variación de una vez para otra. Había una ceremonia normal que era la utilizada en la mayoría de las ocasiones y otra que sólo se empleaba si Gelli quería mostrar su poder o poner a prueba el coraje o la lealtad del nuevo recluta. En la versión más extrema, al nuevo miembro se le vendaban los ojos y sólo se le quitaba la venda para que descubriese que se había soltado una víbora venenosa a un metro escaso de sus pies. El iniciado no tenía ni idea de que esto iba a suceder, aunque en alguna ocasión se le advertía de que su valor sería puesto a prueba. Si le dominaba el pánico, la ceremonia terminaba en ese momento y se hacía saber al candidato que ya no pertenecería nunca a P2. Si el recluta, por el contrario, permanecía quieto durante sesenta segundos, el ofidio era retirado por un hermano masón que le explicaba que aquella bestia simbolizaba todos los males del comunismo y el ateísmo<sup>[8]</sup>.

El siguiente paso de todas las iniciaciones era el «juramento eterno». Cada discípulo entregaba al maestro un sobre cerrado que contenía una fotografía suya. Después, una gota de sangre era tomada de cada uno de los presentes en la ceremonia. La sangre se mezclaba en un cáliz en el que se introducía la fotografía del candidato. En el caso de Sindona, una vez hecho esto, Gelli, que hacía las veces de maestro de ceremonias, le informó: «Serás conocido como 16-12»<sup>19</sup>. «16-12», repetía el iniciado. Entonces se tomaba el juramento.

Juro ante todos los presentes y juro ante cuyas identidades están selladas en las bóvedas de Propaganda Due y, especialmente, juro ante vos, Gran Maestro, que seré leal a nuestros hermanos y a la causa, *in il momento di passare all'azione*. Juro sobre este acero [en ese momento el Gran Maestro ponía un hacha en las manos del neófito] luchar contra los males del comunismo, golpear duro en la cara del liberalismo y luchar por el establecimiento de un gobierno presidencial.

Juro ayudar a mis hermanos y nunca traicionarlos. Y si fallo, si cometiera perjurio [en ese momento el Gran Maestro rompía la fotografía en cuatro partes], que mi cuerpo sea cortado en pedazos [momento en que los trozos de la fotografía eran lanzados a las llamas previamente encendidas], y éstos reducidos a cenizas al igual que las cenizas de esta fotografía.

Este peculiar ritual no era el único mecanismo que tenía Gelli para asegurarse la lealtad de los nuevos miembros. Como paso previo a la iniciación, Gelli solicitaba al candidato cuanta información comprometedor pudiera aportar sobre sí mismo y sobre otros. Sólo si esta «confesión» resultaba satisfactoria para el Gran Maestro se pasaba a la ceremonia.

Otro de los personajes notables que se sometieron a la teatral iniciación de Gelli y su grupo fue Carmelo Spagnuolo. Spagnuolo fue jefe del turno de oficio en Milán y más tarde presidente del Tribunal Supremo italiano. Su presencia, así como la de otros magistrados, aseguraba a Gelli verse razonablemente libre de la acción de la justicia.

## EL PODER DEL MIEDO

Gelli no era especialmente inteligente, aunque sus conocidos le definían como un hombre muy astuto. Tenía dinero, posición e influencia, pero pronto comprendió que todo eso significaba bien poco si no se contaba con el arma más poderosa de todas: el miedo. Estaba convencido de que era el instrumento del verdadero poder y creía igualmente que era tanto más efectivo cuanto más secreta e intangible fuese su fuente. Así pues, Gelli dividió P2 en diversas células autónomas, prohibiendo a sus miembros revelar su pertenencia ni siquiera a otros integrantes. De esta forma, un miembro de P2 nunca estaba seguro de con quién estaba hablando y se guardaría de cualquier tipo de indiscreción.

Las sociedades secretas eran y son ilegales en Italia. La masonería era tolerada tan sólo porque cada logia tenía la obligación de entregar a las autoridades un listado completo de sus integrantes. Gelli, evidentemente, no lo hizo. Sus contactos estaban a un nivel tan elevado que no había ningún riesgo de que la oscura existencia de Propaganda Due quedara al descubierto. Se las había ingeniado para que, en última instancia, él y sólo él tuviera en su mano la identidad de todos y cada uno de los miembros del grupo.

Gelli empleaba una amplia variedad de técnicas a la hora de conseguir nuevos discípulos para la causa. Lo normal era que el proceso se hiciera por cooptación, es decir, los propios miembros existentes eran los encargados de evaluar a los posibles candidatos que pudieran conocer en su entorno, tantearlos y, si se consideraba oportuno, proponerles que formaran parte de la logia. Otros eran chantajeados gracias a la información que habían aportado otros miembros del grupo con anterioridad a su ceremonia de iniciación, y de esta forma eran «convencidos» para que entraran en la logia. Esto fue lo que le sucedió a Giorgio Mazzanti, presidente del Ente Nazionali Idrocaburi, la compañía petrolífera italiana. Al parecer, Mazzanti había recibido importantes sobornos de las autoridades saudíes, según pruebas y documentos aportados por uno de los miembros de la logia, así que el presidente de la petrolera no tuvo más remedio que acceder a las

pretensiones de Gelli y, a su vez, aportar la información que precipitaría la caída de otros.

Gracias a esta táctica, entre otras muchas. Propaganda Due pronto se extendió por diferentes países de Hispanoamérica, Europa e incluso Estados Unidos, donde no hizo falta demasiado esfuerzo para que reconocidos personajes de la mafia, como los Gambino y los Luchesi, abrazaran el plan megalómano de Licio Gelli. Esto permitió a P2 obtener cierto control sobre algunos de los negocios tradicionalmente manejados por la mafia, tanto ilegales como incluso algunos servicios públicos de determinadas ciudades: los portuarios o los de recogida de basuras.

## TERRORISMO Y CONFUSIÓN

La CIA y otros servicios secretos occidentales estaban al tanto de la existencia de P2, pero no se implicaban en el asunto porque la logia cumplía con su misión: impedir la llegada al poder de los comunistas en Italia a través de unas elecciones democráticas. Para ello, Propaganda Due se embarcó en una serie de importantes acciones terroristas, como el atentado contra el expreso Roma-Múnich —el *Italicus*— en 1969, que se saldó con la muerte de 12 personas y 48 heridos; la bomba en la Piazza Fontana de Milán, que aquel mismo año mató a 16 personas e hirió a 88, y el más famoso de todos, el atentado en 1980 contra la estación de Bolonia, que segó la vida de 85 personas e hirió a 182<sup>[10]</sup>. Son muchos los activistas de aquella época que, como Mario Ferrandi, un conocido terrorista de extrema izquierda, la recuerdan con especial amargura:

Lo peor es que caímos en la trampa que nos tendieron los dirigentes de P2: las masacres de Piazza Fontana y el *Italicus* fueron planeadas *ad hoc* para empujar a cierta facción del movimiento de izquierda hacia el terrorismo y movilizar a la opinión pública contra ellos. Picamos... El Partido Comunista tiene una grave responsabilidad en ello, ya que nos enseñaba a ignorar la ética, en el sentido de que debíamos aplicar una doble moral, lo que nos llevó a consecuencias muy graves. Bajo este

principio de doble moral, o mejor, este no principio moral, creímos que era justificable el asesinato de aquellos que detentaban grandes responsabilidades<sup>[11]</sup>.

La estrategia de terror de Propaganda Due fue un éxito. El prestigio de la izquierda italiana, ganado tan duramente luchando como partisanos contra nazis y fascistas, quedó dilapidado en medio de un reguero de sangre.

Fue en ese momento de máximo poder personal cuando Licio Gelli se acercó a la Iglesia católica, y lo hizo a través del cardenal Paolo Bertoli, un antiguo amigo de Toscana. Por él conoció a los cardenales Sebastiano Baggio, Agostino Casaroli, Ugo Poletti y Jean Villot. No sabemos si por ellos, por Michele Sindona o por su propia influencia, el caso es que pronto tuvo acceso a Pablo VI, que le concedió una serie de audiencias. Para añadir mayor respetabilidad a su figura de cara al papa, Gelli se las ingenió para ser nombrado caballero de la Orden de Malta y caballero del Santo Sepulcro. (Lo que no sabía el pontífice era la condición de masón de Gelli).

La masonería y el catolicismo son incompatibles, y esto es algo que los papas de los últimos cien años han puesto especial esmero en subrayar. El código de derecho canónico de 1917 es claro y no deja lugar a la duda cuando castiga la pertenencia a la masonería con la excomunión. El código de 1983 mantuvo esta medida: «La posición negativa de la Iglesia católica respecto a las asociaciones masónicas permanece inalterada desde que sus principios han sido siempre considerados como irreconciliables con la doctrina de la Iglesia [...]. Los católicos integrados en asociaciones masónicas están cometiendo pecado mortal y no podrán acercarse a la Sagrada Comunión». Llama la atención que, a pesar de esta advertencia tan clara, la mayor parte de los miembros de P2 se consideraran a sí mismos como buenos católicos que compartían con la Santa Madre Iglesia un visceral anticomunismo.

Sin embargo, la implicación de clérigos de todo calibre y condición en las filas de P2 era el menor de los problemas de un fenómeno que llevaba años siendo denunciado desde diversos sectores católicos: la infiltración de la masonería en el seno de la Iglesia católica. La lista de masones que se reproduce a continuación fue reimpressa con algunas actualizaciones en el

*Bulletin de l'Occident Chrétien*, núm. 12, de julio de 1976. Todos los hombres de esta lista fueron en su día altos cargos de la Iglesia y, de ser masones, estarían excomulgados por la Ley canónica 2338. Tras cada nombre está su presunta fecha de iniciación, su número de identificación y su nombre en clave.

1. Abrech, Pió. Sagrada Congregación de Obispos. Iniciado: 11-27-67; identificación: 63-143.
2. Acquaviva, Sabino. Profesor de religión en la Universidad de Padua, Italia. 12-3-69; 275-69.
3. Albondi, Alberto. Obispo de Livorno, Italia. 8-5-58; 7-2431.
4. Alessandro, padre Gottardi. Presidente de los hermanos maristas. 6-14-59.
5. Angelini, Fiorenzo. Obispo de Messenel, Grecia. 10-14-57; 14-005.
6. Argentieri, Benedetto. Patriarca de la Santa Sede. 3-11-70; 298-A.
7. Baggio, Sebastiano. Cardenal. Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos. Secretario de Estado con el papa Juan Pablo II desde 1989 a 1992. 8-14-57; 85-1640. Nombre en clave masónica «SEBA». Tenía un gran poder en la consagración de obispos.
8. Balboni, Dante. Ayudante pontificio en el Vaticano. Comisión para estudios bíblicos. 7-23-68; 79-14; «BALDA».
9. Baldassarri, Salvatore. Obispo de Rávena, Italia. 2-19-58; 4315-19; «BALSA».
10. Balducci, Ernesto. Artista religioso. 5-16-66; 1452-3.
11. Basadonna, Ernesto. Prelado de Milán, 9-14-63; 9-243; «BASE».
12. Battelli, Giulio. Miembro seglar de numerosas academias científicas. 8-24-59; 29-A; «GIBA».
13. Bea, Augustin. Cardenal. Secretario de Estado con los papas Juan XXIII y Pablo VI.
14. Bedeschi, Lorenzo. 2-19-59; 24-041; «BELO».
15. Belloli, Luigi. Rector del seminario de Lombardía, Italia. 4-6-58; 22-04; «BELLU».
16. Belluchi, Cleto. Obispo coadjutor de Fermo, Italia. 6-4-68; 12-217.
17. Bettazzi, Luigi. Obispo de Ivera, Italia. 5-11-66; 1347-45; «LUBE».
18. Bianchi, Giovanni. 10-23-69; 2215-11; «BIGI».
19. Bicarella, Mario. Prelado de Vicenza, Italia. 9-23-64; 21014; «BIMA».

20. Biffi, Franco. Monseñor. Rector de la Universidad Pontificia de la Iglesia de San Juan de Letrán. Confesaba a Pablo VI. 8-15-59; «BIFRA».
21. Bonicelli, Gaetano. Obispo de Albano, Italia. 5-12-59; 631428; «BOGA».
22. Boretti, Giancarlo. 3-21-65; 0-241; «BORGI».
23. Bovone, Alberto. Secretario sustituto de la oficina sagrada. 3-30-67; 254-3; «ALBO».
24. Brini, Mario. Arzobispo. Secretario para China, Oriente y los paganos. Miembro de la Comisión Pontificia para Rusia. 7-7-68; 15670; «MABRI».
25. Bugnini, Annibale. Arzobispo. Autor del *Novus ordo missae* (reforma litúrgica). Desterrado a la nunciatura de Irán por Pablo VI. 4-23-63; 1365-75; «BUAN».
26. Buró, Michele. Obispo. Prelado de la Comisión Pontificia para Sudamérica. 3-21-69; 140-2; «BUMI».
27. Cacciavillan, Agostino. Secretaría de Estado. 11-6-60; 13-154.
28. Cameli, Umberto. Director de la oficina de asuntos eclesiásticos de Italia en el cuidado de la educación de la doctrina católica. 11-17-60; 9-1436.
29. Caprile, Giovanni. Director de los asuntos civiles católicos. 9-5-57; 21-014; «GICA».
30. Caputo, Giuseppe. 11-15-71; 6125-63; «GICAP».
31. Casaroli, Agostino. Cardenal. Secretario de Estado con el papa Juan Pablo II desde el 1 de julio de 1979 hasta su retiro en 1989. 9-28-57; 41-076; «CASA».
32. Cerruti, Flaminio. Jefe de la oficina de la Universidad para el estudio de las congregaciones. 4-2-60; 76-2154; «CEFLA».
33. Chiavacci, Enrico. Profesor de Teología Moral, Universidad de Florencia, Italia. 7-2-70; 121-34; «CHIE».
34. Ciarrocchi, Mario. Obispo. 8-23-62; 123-A; «CIMA».
35. Conté, Carmelo. 9-16-67; 43-096; «CONCA».
36. Csele, Alessandro. 3-25-60; 1354-09; «ALCSE».
37. D'Antonio, Enzo. Arzobispo de Trivento, Italia. 6-21-69; 214-53.
38. Dadagio, Luigi. Nuncio del papa en España durante los últimos años de Franco. Arzobispo de Lero. 9-8-67; 43-B; «LUDA».
39. De Bous, Dónate. Obispo. 6-24-68; 321-02; «DEBO».

40. Del Gallo Reoccagiovane, Luigi. Obispo.
41. Del Monte, Aldo. Obispo de Novara, Italia. 8-25-69; 32012; «ADELMO».
42. Faltin, Danielle. 6-4-70; 9-1207; «FADA».
43. Ferraioli, Giuseppe. Miembro de la Sagrada Congregación para Asuntos Públicos. 11-24-69; 004-125; «GIFE».
44. Fiorenzo, Angelinin. Obispo. Título de comendador del Espíritu Santo. Vicario general de los hospitales de Roma. Consagrado obispo el 7-19-56; iniciación masónica el 1014-57.
45. Franzoni, Giovanni. 3-2-65; 2246-47; «FRAGI».
46. Gemmiti, Vito. Sagrada Congregación de Obispos. 3-2568; 54-13; «VIGE».
47. Girardi, Giulio. Teólogo proponente de la teología de la liberación. 9-8-70; 1471-52; «GIG».
48. Giustetti, Massimo. 4-12-70; 13-065; «GIUMA».
49. Gottardi, Alessandro. Procurador y postulador general de los hermanos maristas. Arzobispo de Trento, Italia. 6-1359; 2437-14; «ALGO».
50. Gozzini, Mario. 5-14-70; 31-11; «MAGO».
51. Grazinai, Cario. Rector del seminario menor del Vaticano. 7-23-61; 156-3; «GRACA».
52. Gregagnin, Antonio. Tribuno de las primeras causas de beatificación. 10-19-67; 8-45; «GREA».
53. Gualdrini, Franco. Rector de Capranica, Italia. 5-22-61; 21-352; «GUFRA».
54. Ilari, Annibale. Abad. 3-16-69; 43-86; «ILA».
55. Laghi, Pió. Nuncio; delegado apostólico en Argentina y después en Estados Unidos hasta 1995. 8-24-69; 0-538; «LAPI».
56. Lajolo, Giovanni. Miembro del Concilio de Asuntos Públicos de la Iglesia. 7-27-70; 21-1397; «LAGI».
57. Lanzoni, Angelo. Jefe de la oficina de la secretaría de Estado. 9-24-56; 6-324; «LANA».
58. Levi, Virgillio (alias Levine). Monseñor. Director asistente del periódico oficial del Vaticano *UOsservatore Romano*. 7-4-58:241-3; «VILE».
59. Lienart, Achille. Cardenal. Obispo de Lille, Francia. Fue uno de los más destacados progresistas durante el II Concilio Vaticano.



60. Lozza, Lino. Canciller de la academia romana de Santo Tomás de Aquino para la religión católica. 7-23-69; 12768; «LOLI».
61. Macchi, Pasquale. Cardenal. Prelado de honor y secretario privado de Pablo VI hasta que fue excomulgado por herejía. Fue reintegrado por el secretario de Estado Jean Villot y hecho cardenal. 4-23-58; 5463-2; «MAPA».
62. Mancini, ítalo. 3-18-68; 1551-142; «MANÍ».
63. Manfrini, Enrico. Consultor agregado de la comisión pontificia de Arte Sagrado. 2-21-68; 968-C; «MANE».
64. Marchisano, Francesco. Prelado de honor del papa. Secretario de la congregación para los estudios en seminarios y universidades. 2-4-61; 4536-3; «FRAMA».
65. Marcinkus, Paul. 8-21-67; 43-649; «MARPA».
66. Marsili, Salvatore. Abad de la Orden de San Benedicto de Finalpia, cerca de Módena, Italia. 7-2-63; 1278-49; «SALMA».
67. Maverna, Luigi. Obispo de Chiavari, Génova, Italia. Asistente general de la Acción Católica italiana. 6-3-68; 441C; «LUMA».
68. Mazza, Antonio. Obispo titular de Velia. Secretario general del Año Santo 1975. 4-14-71; 054-329; «MANU».
69. Mazzi, Venerio. Miembro del Concilio de Asuntos Públicos de la Iglesia. 10-13-66; 052-S; «MAVE».
70. Mazzoni, Pier Luigi. Sagrada Congregación de Obispos. 9-14-59; 59-2; «PILUM».
71. Mensa, Albino. Arzobispo de Vercelli, Piamonte, Italia. 7-23-59; 5323; «MENA».
72. Messina, Cario. 3-21-70; 21-045; «MECA».
73. Messina, Zanon (Adele). 9-25-68; 045-329; «AMEZ».
74. Monduzzi, Diño. Regente para la prefectura de la casa pontificia. 3-11-67; 190-2; «MONDI».
75. Mongillo, Daimazio. Profesor dominico de Teología Moral, Instituto de los Santos Ángeles de Roma. 2-16-69; 2145-22; «MONDA».
76. Morgante, Marcello. Obispo de Ascoli Piceno, en Italia oriental. 7-22-55; 78-3601; «MORMA».
77. Natalini, Teuzo. Vicepresidente de los archivos de la secretaría del Vaticano. 6-17-67; 21-44D; «NATE».
78. Nigro, Carmelo. Rector del seminario pontificio de Estudios Mayores. 12-21-70; 23-154; «CARNI».

79. Noe, Virgillio. Cabeza de la Sagrada Congregación del Culto Divino. 4-3-61; 43652-21; «VINO».
80. Palestra, Vittorio. Consejero legal de la Sagrada Rota del Vaticano. 5 6-43; 1965; «PAVI».
81. Pappalardo, Salvatore. Cardenal. Arzobispo de Palermo, Sicilia. 4-15-68; 234-07; «SALPA».
82. Pasqualetti, Gottardo. 6-15-60; 4-231; «COPA».
83. Pasquinelli, Dante. Consejo del nuncio en Madrid. 1-1269; 32-124; «PADA».
84. Pellegrino, Michele. Cardenal. Llamado «Protector de la Iglesia», arzobispo de Turín. 5-2-60; 352-36; «PALMI».
85. Piaña, Giannino. 9-2-70; 314-52; «GIPI».
86. Pimpo, Mario. Vicario de la oficina de asuntos generales. 3-15-70; 793-43; «PIMA».
87. Pinto, monseñor Pío Vito. Adjunto de la secretaría de Estado y notario de la segunda sección del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. 4-2-70; 3317-42; «PIPIVI».
88. Poletti, Ugo. Cardenal. Vicario de la diócesis de Roma. Miembro de la Sagrada Congregación de los Sacramentos y del Culto Divino. Presidente de los Trabajos Pontificios y de la preservación de la Fe. Presidente de la academia de Liturgia. 2-17-69; 32-1425; «UPO».
89. Rizzi, monseñor Mario. Sagrada Congregación de Ritos Orientales. 9-16-69; 43-179; «MARI» y «MONMARI».
90. Rogger, IGINE. Funcionario de la Santa Sede. 4-16-68; 31913; «IGRO».
91. Romita, Florenzo. Estaba en la Sagrada Congregación del Clero. 4-21-56; 52-142; «FIRO».
92. Rossano, Pietro. Sagrada Congregación de Religiones no cristianas. 2-12-68; 3421-A; «PIRO».
93. Rovela, Virgillio. 6-12-64; 32-14; «ROVI».
94. Sabbatani, Aurelio. Arzobispo de Iustiniana. Primer secretario de la Signatura Superior Apostólica. 6-22-69; 87-43; «ASA».
95. Sacchetti, Giulio. Delegado del gobernador Márchese. 823-59; 0991-B; «SAGI».
96. Salerno, Francesco. Obispo. 5-4-62; 0437-1; «SAFRA».
97. Santangelo, Franceso. Sustituto general del consejo de defensa legal. 11-12-70; 32-096; «FRASA».

98. Santini, Pietro. Viceoficial de la vicaría. 8-23-64; 326-11; «SAPI».
99. Savorelli, Fernando. 1-14-69; 004-51; «SAFE».
100. Savorelli, Renzo. 6-12-65; 34-692; «RESA».
101. Scanagatta, Gaetano. Sagrada Congregación del Clero. Miembro de la comisión de Pomei y Loreto, Italia. 9-2371; 42-023; «GASCA».
102. Schasching, Giovanni. 3-18-65; 6374-23; «GISCHA» y «GESUITA».
103. Schierano, Mario. Obispo titular de Acrida, Italia. Capellán militar jefe de las Fuerzas Armadas italianas. 7-3-59; 14-3641; «MASCHI».
104. Semproni, Domenico. Tribunal de la vicaría del Vaticano. 4-16-60; 00-12; «DOSE».
105. Sensi, Giuseppe Mario. Arzobispo titular de Sardi (Asia Menor, cerca de Esmirna) y nuncio del papa en Portugal. 11-2-67; 18911-47; «GÍMASE».
106. Sposito, Luigi. Comisión de los archivos pontificios para los archivos de la Iglesia en Italia. Administrador jefe de la sede apostólica del Vaticano.
107. Suenens, Leo. Cardenal. Protector de la iglesia de San Pedro Encadenado. Trabajó en tres sagradas congregaciones: Propagación de la Fe; Ritos y ceremonias litúrgicos; Seminarios. 6-15-67; 21-64; «LESU».
108. Trabalzini, Diño. Obispo de Rieti, Perugia, Italia. Obispo auxiliar del sur de Roma. 2-6-65; 61-956; «TRADI».
109. Travia, Antonio. Arzobispo titular de Termini Imerese, Italia. Encargado de las escuelas católicas. 9-15-67; 16-141; «ATRA».
110. Trocchi, Vittorio. Secretario para seglares católicos en el consistorio del Vaticano. 7-12-62; 3-896; «TROVI».
111. Tucci, Roberto. Director general de Radio Vaticana. 6-2157; 42-58; «TURO».
112. Turollo, David. 6-9-67; 191-44; «DATU».
113. Vale, Georgio. Sacerdote. Funcionario de la diócesis de Roma. 2-21-71; 21-328; «VAGI».
114. Vergari, Piero. Jefe de la oficina de protocolo de la Signatura Vaticana. 12-14-70; 3241-6; «PIVE».
115. Villot, Jean. Cardenal. Secretario de Estado de Pablo VI y Juan Pablo I. Fue camarlengo. «JEANNI» y «ZURIGO».

116. Zanini, Lino. Arzobispo titular de Adrianopoli, en Adrianópolis, Turquía. Nuncio apostólico.

La infiltración masónica en el Vaticano ya había sido denunciada con anterioridad, pero ésta era la primera vez que una de esas acusaciones se publicaba en un medio de comunicación, incluyendo nombres y apellidos. Después ha habido otras igualmente precisas, como la que reproducimos a continuación:

El hecho de que el clan masónico esté tan envuelto en el secreto como su adversario opusdeísta hace que la identificación de sus miembros resulte tan difícil como la de los de este último. En el Vaticano se rumorea que, aparte del cardenal José Rosalío Castillo Lara, pertenecen al clan masónico el cardenal Achille Silvestrini (prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, señalado como uno de los jefes del clan), el cardenal Pío Lagui (prefecto de la Congregación para la Educación Católica), el cardenal Gamillo Ruini (vicario general de Roma), monseñor Celestino Migliore (subsecretario para las relaciones con los estados<sup>[12]</sup>)...

En lo referente a P2, parece que uno de los hechos más trascendentes para la Iglesia que sucedieron dentro de la logia fue la posibilidad de que allí trabaran conocimiento Michele Sindona y Paul Marcinkus, un clérigo de Chicago que había hecho carrera en el Vaticano. Marcinkus fue adscrito a la secretaría de Estado en 1959. Su elevada altura fue, al parecer, clave en su ascenso en la Santa Sede. En 1964 una multitud enfervorecida puso en peligro la integridad física de Pablo VI, que fue oportunamente rescatado por el gigantesco Marcinkus. A partir de ese momento pasó a ser asesor del papa y su guardaespaldas oficioso. Ese día se gestó el apodo que Marcinkus arrastraría de por vida en la Santa Sede: El Gorila.

La cercanía entre el papa y Marcinkus se fue haciendo mayor, en especial después de que este último volviera a rescatar al pontífice durante un viaje a Filipinas. Tanta amistad culminó en el nombramiento de Marcinkus como presidente del Instituto para las Obras de Religión en 1969, un nombramiento que Sindona no pudo por menos que aplaudir, ya

que la aparente falta de experiencia financiera de Marcinkus le dejaba las manos aún más libres para manejar las finanzas del Vaticano.

## LA SOMBRA DE SAN PEDRO EL NUEVO PODER DE MICHELE SINDONA

*Con el paso del tiempo, Michele Sindona fue ganando más y más poder al amparo del Vaticano. Ya no había nada fuera de su alcance, ni siquiera el glamour de la industria cinematográfica de Hollywood se le resistía. Sin embargo, todo su imperio se sustentaba en un entramado de estafas e irregularidades, de las que, inevitablemente, la Santa Sede resultaría salpicada.*

Michele Sindona no perdió tiempo en llevar a la práctica su plan para las finanzas vaticanas, a medio camino entre la evasión fiscal y el escarmiento al gobierno italiano por atreverse a gravar las inversiones de la Santa Sede. El momento culminante de esta operación fue la venta de la Società Generale Immobiliare (SGI), el buque insignia de las empresas del Vaticano, la más grande y, con diferencia, rentable. La Società fue una de las piedras maestras sobre las que Bernardino Nogara edificó la compleja arquitectura de las finanzas de la Santa Sede en los años treinta. Sindona compró él mismo la empresa, al doble de su valor de mercado, con dinero de su banco, la Banca Privata Finanziaria<sup>[1]</sup>.

Como suele suceder con los negocios vaticanos, la venta de la SGI se realizó en el mayor de los secretismos. Sindona estableció que las acciones de la SGI fueran transferidas en primer lugar al Paribas Transcontinental de Luxemburgo, un banco subsidiario del Banque de Paris et des Pays Bas (Paribas), y de ahí, las acciones pasaron a Fasco AG, la compañía que Sindona había fundado para administrar el dinero de la mafia. Fue poco

después de esto cuando se filtró la noticia y la prensa se enteró de que la SGI había cambiado de dueño.

A través de un portavoz, la Santa Sede salió al paso de la información con la siguiente declaración: «Nuestra política es evitar mantener el control de compañías privadas como se hacía en el pasado. Deseamos mejorar el rendimiento de nuestras inversiones, de forma equilibrada, por supuesto, para lo cual es fundamental mantener una filosofía de inversión conservadora. No se puede consentir que la Iglesia pierda su patrimonio en especulaciones». Con esto, la Iglesia se desvinculaba de la trama y rubricaba su retirada de la economía italiana. Pero, en realidad, la «especulación» se mantenía, sólo cambiaba la nacionalidad de las empresas en las que se invertía. Sindona transfirió la recién adquirida liquidez de la Santa Sede a multinacionales como Procter & Gamble, General Motors, Westinghouse, Standard Oil, Colgate, Chase Manhattan o General Food.

Sindona, que no deseaba hablar con la prensa, no hizo declaraciones a pesar de la insistencia de los periodistas italianos. Lo más llamativo fue la excusa que esgrimió para mantener su silencio, ya que afirmaba que no podía hablar debido a los acuerdos de confidencialidad que había contraído con sus clientes, y que revelar información sobre la operación podría suponer un quebrantamiento de la ley.

En 1970 la Societá realizó una oferta formal para hacerse con la mitad de Paramount Pictures y entrar así en el glamouroso negocio de Hollywood<sup>[2]</sup>. Suponemos que Sindona debió de sentir algún perverso placer cuando su nueva compañía comenzó el rodaje de *El Padrino*, una de las películas capitales de la historia del cine en la que se trataban asuntos que el financiero dominaba a la perfección<sup>[3]</sup>. Lo que es menos conocido es que la vida y las peripecias de Sindona bien pudieron inspirar parte de la trilogía.

## **EL PADRINO Y SUS AMIGOS**

Mientras Francis Ford Coppola y Mario Puzo trabajaban en el guión de la película en el estudio, una de las comidillas favoritas era la llegada a la empresa del que seguía siendo asesor económico de la familia Gambino. El personaje de Sindona comenzó a fascinar a Coppola, y sería en la tercera parte de la saga donde plasmaría buena parte de lo que había aprendido sobre este personaje y, muy especialmente, sobre sus tratos con el Vaticano<sup>[4]</sup>. En *El Padrino III*, Michael Corleone se apodera de un importante consorcio propiedad de la Santa Sede, curiosamente denominado Immobiliare, que pierde tras el asesinato de un papa que lleva tan sólo un mes como pontífice. No son estas coincidencias en lo único que la realidad terminó por parecerse al arte. Resulta irónico que buena parte de los beneficios de la película definitiva sobre la mafia y su mundo fueran a parar al mayor entramado mafioso financiero de la historia.

La presencia de Sindona en el cine no fue ni mucho menos casual. Era amigo y socio de Charles Bludhorn, presidente de Gulf & Western, propietaria de Paramount Pictures. Ambos ganaron mucho dinero con un negocio de compraventa fraudulenta de acciones para alterar su valor en bolsa. La operación cesó en 1972 tras la intervención de la comisión estadounidense del mercado de valores.

Simplificando, se podría afirmar que el negocio que mantenían Sindona y Bludhorn consistía en irse vendiendo mutuamente las mismas acciones, pero a un precio cada vez más alto para, de esta manera, generar un mercado artificial. Ambos financieros lograron salir indemnes de esta historia. Sindona consiguió negociar con las autoridades estadounidenses un acuerdo gracias al cual él y su socio se comprometían a terminar con sus actividades ilícitas a cambio de la retirada de cargos contra ambos. Así se hizo y los dos socios pudieron disfrutar libremente de los inmensos beneficios generados por esta operación.

Utilizando técnicas similares, Sindona se convirtió en el virtual regente del mercado de valores italiano, y muy especialmente de la bolsa de Milán. Un día cualquiera, el 40 por 100 del volumen de negocio de la bolsa italiana era propiedad de Michele Sindona. ¿Cómo lo conseguía? Ilegalmente, por supuesto. Ni siquiera Sindona era tan rico como para invertir tanto en la bolsa, pero los clientes de sus bancos sí. Sindona utilizaba sin autorización



los depósitos de aquéllos para realizar toda una compleja serie de operaciones cuyo fin era alterar el valor de determinadas acciones y enriquecerse cada vez más.

## ESTAFA TRAS ESTAFA

La forma de actuación de Sindona en aquellos años queda perfectamente ilustrada en la compra de una pequeña empresa química llamada Pachetti. Pachetti era una compañía insignificante sobre la que Sindona edificó todo un *holding*, pero un *holding* «basura». Pachetti compró una serie de empresas, a cuál más ruinosas, que la convirtieron en el entramado financiero más atípico de todos los tiempos. Sin embargo, aquel cajón de sastre contenía un pequeño diamante oculto en su interior, la opción de compra de la Banca Católica del Véneto, un prestigioso y saneado banco católico, por 46,5 millones de dólares. La concesión la había obtenido de su amigo Paul Marcinkus<sup>[5]</sup>. Pachetti sirvió de tapadera para algunos de los arreglos financieros de Sindona hasta que le dejó de ser útil y la vendió, por medio de complejas operaciones de ingeniería financiera, a Roberto Calvi y su Banco Ambrosiano, que rápidamente se hizo con la propiedad de la Banca Católica del Véneto. Sindona obtuvo cuarenta millones de dólares de beneficio, y Calvi y Marcinkus se repartieron seis millones y medio de comisión<sup>[6]</sup>.

En poco tiempo, Calvi sacó importantísimos beneficios de su asociación ilícita con Sindona. En 1976 el presidente del Banco Ambrosiano tenía cuatro cuentas numeradas en Suiza con las claves 618934, 619112, Ralrov/G21 y Ehrenkranz. La suma de todas estas cuentas arrojaba más de cincuenta millones de dólares.

La venta de la Banca Católica del Véneto tuvo una víctima colateral inesperada: el patriarca de Venecia, cardenal Albino Luciani. El banco católico patrocinaba muchas obras pías y de caridad de la diócesis veneciana, algo que, lógicamente, dejó de ser así nada más tomar posesión la nueva gerencia. Luciani, que estaba seriamente contrariado, comenzó a

sospechar que en la operación no todo había sido legal ni ético, así que decidió presentarse en el despacho de Marcinkus en el IOR. Aquélla no fue una reunión en términos cordiales y marcó una antipatía inmediata entre ambos. Marcinkus se permitió tratar con brusquedad a Luciani, diciéndole que como patriarca de Venecia debería ocuparse de la salud espiritual de su rebaño y dejar los asuntos económicos de la Santa Sede en manos de quienes realmente entendían del asunto. Lo que no sabía Marcinkus es que estaba hablando con quien años después, en 1978, se convertiría en el papa Juan Pablo I.

En 1971 uno de los clientes estafados por Sindona en el asunto Pachetti, un hombre apellidado Jacometti, tuvo el valor de hacer pública su situación en una rueda de prensa que suscitó considerable revuelo y constituyó la primera grieta en la hasta entonces intachable reputación financiera de Sindona. Cuando estalló el escándalo, Sindona se encontraba en Madrid negociando la adquisición del Banco Industrial. El financiero se defendió afirmando que Jacometti no era más que un cliente que se negaba a devolver un préstamo de medio millón de dólares. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. La bolsa es un entorno en el que las apariencias cuentan casi tanto como la realidad, y ni la realidad ni las apariencias de Michele Sindona inspiraban demasiada confianza. Para intentar paliar esta circunstancia, Licio Gelli medió para que su hermano masón Sindona adquiriera la agencia de noticias AIPE.

No es la única cosa positiva que Sindona sacó de su pertenencia a P2. Allí conoció a otros personajes influyentes, como el propio Roberto Calvi. Todo ello le abrió nuevas puertas, cada vez más influyentes, en todo el mundo, sobre todo en Estados Unidos, donde ya contaba con contactos muy poderosos. Uno de los más destacados era David Kennedy, secretario del Tesoro con Richard Nixon y presidente del Continental Illinois National Bank & Trust Company.

Ambos habían sido presentados a principios de los sesenta por Dan Porco, uno de los socios norteamericanos de Sindona. Kennedy cayó cautivo del encanto natural de Sindona, quedando sellada la amistad entre ambos cuando el Continental Illinois adquirió el 20 por 100 de la fraudulenta Banca Privata Finanziaria, para devolverle el favor, Sindona

nombró a Kennedy presidente de Fasco AG. Así las cosas, y como cabía suponer, el gobierno italiano terminó demandando, el 29 de enero de 1982, a Kennedy en Estados Unidos por sus operaciones fraudulentas y logró que fuera condenado al pago de una indemnización de cincuenta y cuatro millones de dólares.

Es muy probable que a través de Kennedy Sindona conociese al mismísimo Richard Nixon, con quien comió en diversas ocasiones. Al parecer, Nixon apreciaba mucho el talento del italiano y lo recomendaba a sus amistades como el asesor financiero perfecto. Sin embargo, esta opinión debió de variar cuando acaeció un incidente en el que Sindona a punto estuvo de meter en un aprieto a Nixon. Todo ocurrió en 1972, cuando Sindona se presentó en el despacho de Maurice Stans, el recaudador de fondos para la campaña de Nixon, portando un maletín que contenía un millón de dólares en efectivo. Stans, muy a su pesar, tuvo que rechazarlo cuando Sindona insistió en que debía tratarse como un regalo anónimo, algo estrictamente prohibido por la legislación electoral estadounidense.

## **TODOS CONTENIDOS**

En uno de los informes definitivos de la comisión del Parlamento italiano que investigó en su día las actividades de Sindona se dice: «La venta de la Società Generale Immobiliare (SGI, sociedad de bienes raíces del Vaticano) señala el punto de partida de la desmovilización financiera vaticana y de la relación, cada vez más estrecha, entre el Istituto per le Opere di Religione (IOR) y el sistema Sindona». Las autoridades italianas comprendieron muy pronto que tras esta monumental operación económica no sólo estaba la imparable ambición del banquero, sino que existía una nueva alianza entre éste y la Santa Sede:

El efecto de la alianza, quizá convertida en simbiosis, entre el Vaticano y Sindona es doble; por una parte, legitima a Sindona en los ámbitos interno e internacional, lo que le permite avanzar hacia su objetivo de crear un imperio financiero; por otra, está el poder adquirido

por Sindona ante las autoridades italianas, que ya no le consideran como un banquero privado, sino como la sombra de San Pedro. Este trasfondo es, sin duda, una de las claves para comprender el sistema de poder de Sindona<sup>[7]</sup>.

A Michele Sindona la vida le sonreía. Cuando en 1972 se mudó de Milán a Ginebra, ya figuraba como uno de los hombres más ricos del mundo. El 17 de febrero de 1972, el *Wall Street Journal* le equiparaba al Howard Hughes de Italia. En enero de 1974, John Volpe, el embajador estadounidense en Italia, le invistió con el título de «hombre del año» en una ceremonia que se celebró en el Grand Hotel de Roma. Haberse convertido en «la sombra de San Pedro» ofreció a Sindona la posibilidad real de ser el arbitro inapelable de la economía italiana, y muy en especial de sus recovecos más sórdidos, como los relacionados con la fuga de capitales:

Sus bancos, es decir, la Banca Unione y la Banca Privata Finanziaria, de cuya fusión nace en 1974 la Banca Privata Italiana, se dedican a la exportación de capitales por cuenta de grandes, medianos y pequeños empresarios y profesionales liberales, aterrados por la progresiva depreciación de la lira<sup>[8]</sup>.

Sindona no era el único beneficiado de estas operaciones. La Santa Sede también veía incrementado su patrimonio con cada intervención del banquero. Lo que no se sabía en el Vaticano es que buena parte de este dinero procedía de los amaños personales de Sindona y sus socios sicilianos. De esta forma, Sindona siguió comprando a precio de oro, una a una, todas las grandes empresas italianas propiedad del Vaticano (como Condotte d'Acqua, la compañía italiana de suministro de agua, y Cerámica Pozzi, una compañía química y de cerámicas<sup>[9]</sup>). Pablo VI pudo respirar tranquilo cuando su socio económico adquirió los laboratorios Sereno, alejando definitivamente a la Santa Sede del negocio de los anticonceptivos.

## **EL PRECIO DEL PECADO**

El gobierno italiano pronto comenzó a sufrir los rigores del escarmiento de Sindona y Pablo VI. En Italia se produjo una de las mayores crisis económicas de su historia. El desempleo y la inflación se dispararon. La moneda perdía valor día a día.

Fue más o menos por aquellos días cuando Sindona, a pesar de estar felizmente casado desde hacía muchos años, vivió un apasionado romance con una estadounidense llamada Laura Turner. Se trataba de una mujer muy inteligente y de gran belleza que había trabajado en las empresas de Sindona. Destacaba por su cabello muy corto y sus grandes ojos color avellana. Siempre habló de Sindona en los términos más elogiosos, definiéndole como el único hombre del que nunca se había aburrido:

Michele tenía un tremendo coraje [...]. Era un gran campeón, un maravilloso amante y una persona amable con sus amigos. Pero, al mismo tiempo, estaba destinado a ser algo parecido a un dios. No vivía bajo las leyes y la moral de los otros. ¿Cómo podría? Él estaba por encima de todos nosotros. Él era una fantasía hecha realidad. Era como el Padrino<sup>[10]</sup>.

Laura sabía que su amante sólo la utilizaba para el placer y para librarse de las tensiones de su ajetreada vida. Aun así, ella estaba agradecida por haber compartido sus pensamientos y «la energía que le rodeaba». Consideraba a Sindona como un hombre con un papel que cumplir, con un destino, cuya misión era cambiar el curso de la historia. Posiblemente lo que tanto admiraba Laura era un perfil psicológico que reflejaba, uno por uno, todos los síntomas de la psicopatía: una amoralidad total en la que los conceptos del bien y del mal carecen de significado, y una falta total de remordimientos.

Pocos o ninguno debió de sentir cuando, en su calidad de asesor financiero de la Santa Sede, recomendó a su amigo Marcinkus que buena parte de la gran cantidad de dinero líquido del que disponía en ese momento el IOR tras la venta de sus empresas italianas fuera invertido en su banco suizo, el Banque de Financement en Ginebra. Marcinkus aceptó, convirtiéndose, sabiéndolo o sin saberlo, al Vaticano en copropietario de una de las mayores «lavadoras» de dinero negro del planeta. Eso sí, ahora aquel

dinero invertido en Suiza podría beneficiarse de la creativa contabilidad de los empleados de Sindona.

## **ALTAS FINANZAS, ALTOS DELITOS. LA INCREÍBLE HISTORIA DE LOS BONOS FALSOS**

*Lo que hemos relatado hasta ahora sobre los asuntos financieros de la Santa Sede puede resultar moralmente reprobable, pero no delictivo. Esto iba a cambiar a principios de los setenta, cuando el Vaticano, el Instituto para las Obras de Religión y el arzobispo Marcinkus se vieron implicados en una investigación de las autoridades federales estadounidenses respecto a un sórdido asunto de falsificación de bonos.*

A comienzos de la década de los setenta hubo un relevo generacional en la mafia. Lucky Luciano y Vito Genovese salieron de la escena pública, siendo su lugar ocupado por Matteo de Lorenzo, Tío Marty. De Lorenzo no era un jovencito, tenía por aquel entonces 62 años. Bajito y rechoncho, su cara afable y su predisposición a las bromas habían conducido a más de un error fatal sobre la verdadera peligrosidad de aquel hombre. Tío Marty constituía en sí mismo el estereotipo del italoamericano: amante de los placeres de la vida y siempre de buen humor. Pero la verdad era muy distinta. Tras las bromas y las exageradas muestras de afecto se escondía uno de los capos más peligrosos de Estados Unidos. Sonreía mucho, es cierto, pero también podía ordenar una ejecución sin que aquella sonrisa se borrara de su cara. Durante treinta años había luchado como soldado de a pie en las interminables guerras mafiosas. Los olores de la pólvora y la sangre no le eran desconocidos. Habiendo empezado desde lo más bajo, conocía todos los negocios de la mafia, los legales y los ilegales.

Uno de los hombres de confianza de Tío Marty era Vincent Rizzo (a modo de anécdota diremos que su caracterización fue recogida en el segundo episodio de la conocida serie de televisión *Los Soprano*), que el 29 de junio de 1971 se reunió en el Hotel Churchill de Londres con Leopold Ledi, un eficaz y discreto intermediario financiero austríaco con un oscuro pasado de asuntos ilegales<sup>[1]</sup>. Ambos hombres se conocieron gracias a la mediación del omnipresente Michele Sindona, que estaba preparando un gran negocio para el nuevo capo de la familia Genovese. Los dos intermediarios estaban negociando la compra por parte del Vaticano, presuntamente representado por Ledi, de mil millones de dólares en valores falsificados, que serían proporcionados por el siempre complaciente Tío Marty a través de Rizzo.

No obstante, Rizzo no estaba demasiado contento con aquella operación. Colaborar con el Vaticano para colocar valores financieros falsificados no era su idea de un negocio claro, pero todo aquello había venido de parte de Michele Sindona, uno de los hombres fuertes de la familia y banquero del papa, así que no había por qué dudar de que la Santa Sede estaba conforme con todo aquello.

## **DOS TIPOS DUROS**

Pese a sus reticencias, Vincent Rizzo era, sin lugar a dudas, el hombre indicado para aquel trabajo. Se trataba de un viejo conocido del Departamento de Policía de Nueva York, donde el expediente que contenía sus antecedentes delictivos ocupaba una voluminosa carpeta. En su juventud había sido un ratero y ladrón de coches de poca monta, pero con el paso de los años sus delitos fueron cobrando importancia: contrabando, extorsión, posesión ilícita de armas, pequeños fraudes y estafas monetarias. Sin embargo, todo aquello representaba el pasado. Desde hacía muchos años, Rizzo era uno de los prestamistas más conocidos y temidos de Manhattan. Muchos habían recurrido a él, desde jugadores sin suerte a



importantes empresarios, y por elevada que fuera la cantidad solicitada Rizzo siempre disponía de ella, a cambio de un precio.

En cuanto a sus métodos, eran los habituales en estas circunstancias. Si el pago se demoraba más de la cuenta, una pareja de fornidos cobradores se lo recordaba al moroso. Al segundo retraso, los emisarios le dejaban al deudor algún que otro recuerdo doloroso para ayudarlo a meditar sobre la conveniencia de pagar a tiempo. Si la deuda seguía sin saldarse, se daba por concluida, ya que, por lo general, no había nadie vivo para pagarla. Con el tiempo, la ambición de Rizzo le llevó a explorar nuevos campos en los que probar su talento, como el tráfico de armas o de divisas y bonos al portador falsificados.

El interlocutor de Rizzo en el Hotel Churchill no era tampoco alguien cuya biografía fuera desdeñable. Leopold Ledi era el contrapunto perfecto del rudo prestamista Rizzo. Se trataba de un elegante austríaco de hablar pausado y modales inmejorables que, al igual que Rizzo, también tenía un grueso expediente en la Interpol. Sus orígenes eran humildes, de hecho trabajó algún tiempo como carnicero y vendiendo unas brochas que él mismo patentó. Sin embargo, se trataba de uno de esos hombres que al final deben su fortuna o desgracia a una notable intrepidez. A lo largo de los años se las había ingeniado para amasar una considerable fortuna mediante negocios como el contrabando de armas, el tráfico de drogas y los fraudes financieros, lo que le sirvió para hacerse con una agenda de contactos en Italia que incluía todas las esferas de la sociedad, desde el crimen organizado hasta la política. Sus mejores amigos italianos incluían a Mario Foligni, presidente de la compañía aseguradora Nuova Sirce, Tomasso Amato, el abogado que se había convertido en el ángel de la guarda de los mejores falsificadores europeos, ya fuera de obras de arte o documentos financieros, y Remigio Begni, uno de los *brokers* con menos escrúpulos de Roma.

Uno de los integrantes de este trío, Mario Foligni, estaba muy bien relacionado en los círculos vaticanos, aquellos con los que Ledi deseaba hacer negocios. En su entrada a los círculos internos del Vaticano también influyó su relación con Heinrich Sauter, un conocido «conseguidor» de la Santa Sede por cuya casa de la vía Cassia pasaban a diario hombres de

negocios en busca de oportunidades. Por medio de ambos, Ledi conoció a importantes dignatarios de la Santa Sede, como el cardenal Giovanni Benelli, *sostituto* de la secretaría de Estado con acceso casi diario a Pablo VI, el cardenal Egidio Vagnozzi, jefe de la oficina de asuntos económicos del Vaticano, el cardenal Amieto Giovanni Cicognani, secretario de Estado emérito, y el cardenal Eugéne Tisserant, decano del colegio de cardenales. Se ha barajado la hipótesis de que durante aquella época Ledi trabajase para la Santa Alianza, el servicio secreto del Vaticano.

## REUNIÓN CONFIDENCIAL

Como parte de su acercamiento al mundo de los cardenales, Ledi invitó a muchos de ellos a pasar temporadas de descanso en su lujosa finca austríaca. Durante meses, y con mucha paciencia, el traficante se fue ganando la confianza de sus nuevos amigos, muchos de los cuales no desconocían su turbio pasado. Así fue discurriendo todo hasta que un día la paciencia de Ledi dio sus frutos. Entre 1968 y 1969 comenzó a hacer trabajos de poca importancia para el Vaticano, fundamentalmente en el campo de la compraventa de obras de arte bajo la supervisión de Benelli, pero su gran oportunidad llegaría poco después, cuando el cardenal Tisserant en persona convocó a Ledi a su despacho para tratar un tema delicado y urgente que requería la máxima discreción. Durante mucho tiempo, Ledi guardó celosamente el contenido de aquella entrevista, hasta que fue interrogado por el agente del FBI Richard Tamarro y el detective del Departamento de Policía de Nueva York Joe Coffey. Gracias a este interrogatorio y a la propia autobiografía de Ledi podemos conocer lo acontecido aquel día en el despacho del cardenal. Al parecer, éste le confesó que las finanzas de la Santa Sede no estaban atravesando por su mejor momento. Había un agujero considerable del que Tisserant culpaba a la mala gestión del arzobispo Paul Marcinkus, que habría perdido millones de dólares de la Santa Sede en una serie de desastrosas inversiones.

Tisserant, que sabía que Ledi era un hombre de recursos curtido en los más oscuros suburbios de la economía, decidió reunirse con él para contarle el problema y buscar una solución. Por supuesto, en la mente de Ledi había muchas soluciones viables e imaginativas para solucionar el problema de la Santa Sede, aunque lo que era dudoso es que alguna de ellas pudiera interesar a la Iglesia, ya que, por desgracia, todas eran ilegales. Pese a todo, Tisserant dejó claro que, tal vez, el Vaticano podría estar dispuesto a transigir mucho más de lo que imaginaba Ledi:

—¿No tenemos entonces ninguna idea, mi amigo de Viena? Estoy seguro de que un hombre de su experiencia y contactos debe de conocer alguna forma de obtener valores que puedan ayudar al Vaticano en su presente situación.

—¿De qué clase de valores estamos hablando?

—Valores de primera clase, por supuesto, acciones y bonos de grandes compañías americanas.

—Eso estaría muy bien, desde luego, pero esa clase de valores son extremadamente caros y muy complicados de conseguir.

—¿También si son falsos?

La sugerencia del cardenal dejó a Ledi estupefacto. Aquello era lo último que podía esperar de ese hombre de larga barba blanca que más bien parecía un santo. Instintivamente, Ledi miró con suspicacia a su alrededor; luego recordó dónde se encontraba: en un despacho del Vaticano, allí no habría micrófonos ocultos ni se abalanzaría sobre él un pelotón de policías tan pronto como admitiese su implicación en algo ilegal, así que decidió que había llegado el momento de hablar seriamente de negocios.

## **MERCANCÍA DE PRIMERA**

—¿De qué cantidad estaríamos hablando?

—Alrededor de mil millones de dólares; para ser exactos 950 millones.

Eso era mucho dinero y muchos bonos falsos. En principio, no debería ser muy complicado conseguirlos; de cosas peores había salido airoso

anteriormente. No obstante, ciertas cosas no terminaba de verlas claras. ¿Y si alguien descubriera lo que los cardenales se traían entre manos? Aquello sería un escándalo de primera. Que una empresa o una persona como Ledi fuera sorprendido en algo así era noticia de segunda fila. Se admitiera o no, la picaresca era uno de los ingredientes del mundo de los negocios. Pero la Iglesia... Aquello no terminaba de convencerle y así se lo expresó al cardenal.

Éste escuchó las objeciones de Ledi, pero no pareció tomárselas muy en serio. ¿Quién podría enterarse? ¿El FBI? ¿Las autoridades monetarias estadounidenses? De ser así, el asunto jamás llegaría a la prensa y se solucionaría discreta y diplomáticamente entre el gobierno estadounidense y la Santa Sede. Si en cualquier otro momento alguien se enterase de la existencia de estos bonos falsos, ¿quién dudaría de que el Vaticano había sido engañado por un grupo de desaprensivos que, abusando de su buena fe, les habían colocado aquel material falso?

Ledi comprendió que todo estaba previsto y meditado hasta el último detalle. Así pues, sólo quedaba por discutir el punto esencial de cualquier transacción, el precio:

—Para que una operación de este tipo tenga un mínimo de garantías —explicó Ledi—, los títulos de los que estamos hablando deberían corresponder a inversiones seguras, los llamados *blue chips*, con un valor estable en bolsa y con una tendencia constante al aumento. Así pues, entre los bonos y acciones que habría que falsificar deberían estar los de IBM, Coca-Cola, Chrysler y Boeing. ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar el Vaticano por esta mercancía de «primera clase»?

—El 65 por 100 de su valor nominal, es decir, 625 millones de dólares, de los cuales habrá que descontar 150 millones en concepto de comisión para mí y para el arzobispo Marcinkus. Eso nos deja 475 millones para usted y los que proporcionen el material.

El grado de intervención del arzobispo Marcinkus en el escándalo de los bonos falsificados es todavía hoy materia de controversia entre los expertos. Para muchos, es incuestionable que como presidente del IOR tenía que estar al corriente de este trato. Otros, como Tom Biamonte, el agente del FBI que investigó en Italia el asunto, están convencidos de la inocencia de

Marcinkus<sup>[2]</sup>. (De hecho, la investigación oficial que realizó el FBI exoneró al arzobispo de todos los cargos, lo cual se contradice con la propia rumorología vaticana, que siempre culpó al arzobispo).

El hecho es que la mayoría de las historias sobre él [Marcinkus] proceden del propio Vaticano. Hay allí numerosos individuos siempre dispuestos a contar a los periódicos cualquier basura sin confirmar. Lo cierto es que la gente que debería defenderle no movía un dedo porque eran conscientes de su falta de popularidad. Los italianos no le soportaban. El único que le apoyó fue Juan Pablo II. El Papa acusaba a los periodistas de estar llevando a cabo un «brutal» ataque contra Marcinkus. Esta es una palabra especialmente fuerte en italiano y mostraba su profundo desagrado ante las críticas. Un prominente arzobispo se dirigió una vez al Papa diciendo: «Hay que tener cuidado con él». El Papa le contestó con impecable autoridad: «Dime, si tú fueras criticado con dureza y yo tomara una acción inmediata, ¿estarías complacido? Mientras no haya algo definitivamente probado contra él, permanecerá donde está».

Marcinkus no era popular. Se entendía bastante mejor con la gente corriente porque era una persona cercana y sabía cómo hablar con ellos. Ayudó a mucha gente en aquellos días, en especial a sacerdotes y monjas<sup>[3]</sup>.

## **LA CARTA DE CONFIRMACIÓN**

Leopold Ledi sabía que éste era el gran negocio de su vida. Llegó a la conclusión de que podría sacar cerca de doscientos millones de dólares de beneficio. Aunque la operación resultase complicada, sabía cómo conseguir ese tipo de material. «Pensé de inmediato en Ricky Jacobs, de Los Ángeles», un capo mafioso de la familia De Lorenzo especializado en fraudes económicos<sup>[4]</sup>. Fue el propio Ledi quien, a la vista de la magnitud de la operación, decidió recurrir a Vincent Rizzo. Sin embargo, la llegada de aquel austríaco dispuesto a comprar mil millones en bonos falsos, según decía en nombre de la Iglesia, levantó muchas suspicacias. Tuvo que intervenir Michele Sindona para avalar la operación y asegurar que Ledi

aportaría documentación que corroborase ser quien decía ser y actuar en nombre de quien decía actuar<sup>[5]</sup>.

Toda aquella reticencia por parte de los mafiosos era explicable. Un perfecto desconocido como Ledi se presenta inopinadamente en Nueva York contando una historia fantástica y proponiendo un negocio que para el proveedor del material supone una importante inversión previa. La falsificación no es un negocio fácil, sino que constituye un arte complejo en el que se barajan muchos factores. Hacen falta prensas, hábiles artesanos que manejen las planchas, comprar o producir el tipo de papel exacto al que se pretende falsificar. Demasiadas molestias y demasiado riesgo si el negocio no es seguro. Así pues, la intercesión de Sindona era necesaria.

Poco a poco se fueron limando las reticencias y finalmente se acordó un encuentro preliminar entre ambas partes en terreno neutral. El lugar escogido fue Londres. Ledi ni tan siquiera hablaba inglés, por lo que en la reunión del Hotel Churchill se tuvo que recurrir a los servicios de un intérprete llamado Maurice Ajzen. Ledi acudió a la reunión acompañado tan sólo del intérprete. Rizzo, por su parte, acudió con otros tres miembros de la familia<sup>[6]</sup>.

Uno de ellos era Ricky Jacobs. Los otros pasaron por ser simples matones. Ledi nunca supo que uno de esos matones era Matteo de Lorenzo, Tío Marty, que había acudido de incógnito para supervisar la operación.

El recelo, sobre todo por parte de los italoamericanos, podía percibirse en el ambiente. Sin embargo, Ledi era un hombre experto y habituado a estas situaciones; sabía dosificar los tiempos. Tenía, además, un as en la manga. En un momento de la reunión, sacó de su maletín una carpeta que contenía un documento que tendió a los proveedores para que lo estudiaran:



**SACRA CONGREGAZIONE  
DEI RELIGIOSI**

To whom it may concern:

Following our meeting which took place today, we wish to confirm the following points:

- 1) We are willing to buy the complete stock of the merchandise up to the sum of \$ 950, - mio.
- 2) We are agreed upon the terms and dates of consignment, as indicated below:

9.3.71	per 100
10.9.71	" 200
10.10.71	" 200
10.11.71	" 250
10.12.71	" 200

It is understood that the last two consignments, most probably, could be made together on the 10.11.71.

- 3) We guarantee that the merchandise will not be resold up to and not after 1.6.1972.

Yours faithfully

Rome, Jun. 29. 1971.

Bajo un membrete de la Sacra Congregazione dei Religiosi, podía leerse:

A quien pueda interesar:

Tras nuestra reunión, que ha tenido lugar en el día de hoy, deseamos confirmar los siguientes puntos:

- 1) Es nuestra intención comprar la cantidad total de la mercancía hasta completar los 950 000 000 \$.
  - 2) Estamos de acuerdo con los términos y fechas de la entrega, tal como se indica a continuación:
9. 3.71 por 100

10. 9.71 por 200

10.10.71 por 200

10.11.71 por 250

10.12.71 por 200

Se entiende que los dos últimos envíos lo más probable es que puedan hacerse juntos el 10.11.71.

3) Garantizamos que la mercancía no será revendida hasta después del 1.6.72.

Suyo afectísimo

[Firma ilegible]

Roma, 29 de junio de 1971.

## **TRATO HECHO**

La existencia de este documento tiene una interesante historia detrás. El mismo 29 de junio de 1971, Ledi se reunió con Tisserant, esta vez acompañado del cardenal Benelli. El motivo fue la reticencia de los mafiosos a aceptar al financiero austríaco como intermediario, pese a los buenos oficios de Sindona. Fue allí donde, presuntamente, se sugirió la idea de que Ledi llevase consigo un documento confirmando la transacción, documento que se improvisó en ese mismo momento en una hoja de papel de la Sagrada Congregación para los Religiosos. Con esta pequeña añagaza se pretendía calmar a los italoamericanos mostrando la buena voluntad del Vaticano en aquel negocio.

Rizzo examinó con suma atención el papel que tenía ante él y después se lo pasó a Matteo de Lorenzo, uno de los supuestos matones que le acompañaba. Ambos se miraron a los ojos y sonrieron. Aquello no era precisamente un contrato firmado ante notario, pero unido a las garantías que les había dado Michele Sindona se convertía en una prueba más que suficiente como para confiar en su interlocutor. El clima en la habitación se había suavizado considerablemente. Ahora, con toda amabilidad, Rizzo informaba a Ledi de que no habría ningún inconveniente para cumplir con



los plazos establecidos en el documento. Es más, para dejar claro que eran gente seria, se comprometían a pagar una penalización del 1 por 100 de sus beneficios, alrededor de cuatro millones de dólares, en caso de que hubiera algún retraso o se presentara alguna dificultad, aunque ésta fuese fortuita. No se trataba de una práctica habitual, sino de una muestra de buena voluntad ante un cliente tan especial como la Iglesia.

La transacción podía comenzar. Ledi solicitó una muestra de los bonos falsos antes de pagar un solo dólar. La falsificación viajaría a Roma para su aprobación por los clientes del intermediario austríaco, y si éstos daban el visto bueno la operación continuaría tal como estaba previsto. Se concertó un primer envío a modo de muestra por valor de 14,4 millones de dólares, que los italoamericanos entregarían en el momento acordado. Así, los clientes podrían comprobar con sus propios ojos la calidad del trabajo. Además, se encargarían del transporte, haciendo entrega de la mercancía en el Hotel Cavalieri Hilton de Roma.

La reunión se cerró tras los preceptivos apretones de manos y una invitación a cenar por parte de Ledi, que Rizzo y sus acompañantes declinaron cortésmente, ya que partían esa misma noche. Había un gran número de preparativos que hacer.

## **LA PRIMERA PRUEBA**

El regreso a Estados Unidos de la familia De Lorenzo supuso el comienzo de una frenética actividad en los entornos de falsificadores del país. Los llamados «impresores negros», la élite de Filadelfia, Nueva York y Los Ángeles, fueron movilizados para obtener las muestras en un tiempo récord. Había nombres legendarios dentro de aquel mundillo, como Louis Milo, Ely Lubin o William Benjamín. Este último fue el encargado de dar los últimos retoques y el aprobado final al material. Se decidió que el primer envío de prueba consistiría en 498 bonos de American Telephone & Telegraph (AT&T) por valor de 4,98 millones de dólares, 259 bonos de General Electric, valorados en 2,59 millones, 479 bonos de Pan

American World Airways por valor de 4,78 millones y 412 bonos de Chrysler valorados en 2,06 millones.

Los bonos falsos fueron manufacturados y entregados a Ledi en Roma por correos de la familia De Lorenzo. La muestra, posteriormente, se llevó al cardenal Tisserant para que diera su conformidad. A pesar de que sólo hay constancia de que se produjeron catorce millones, muchos expertos opinan que debió de haber mucho más material en circulación. En su día, el periodista de investigación David Guyatt declaró ante los tribunales que aquella cantidad representaba «la punta del iceberg»<sup>[7]</sup>.

Sin embargo, Tisserant no era un experto en estos temas. Hacía falta una prueba convincente de que los bonos podían pasar como auténticos. Por orden del Vaticano, Mario Foligni, el presidente de Nuova Sirce, hizo un depósito de un millón y medio de dólares en el Handeisbank de Zúrich, abriendo una cuenta a nombre de monseñor Mario Fornasari, un alto funcionario de la Santa Sede. Los bonos falsos no tuvieron el menor problema para pasar la inspección de los empleados del banco. El material era de excelente calidad<sup>[8]</sup>.

Aun así, se decidió hacer una nueva prueba para asegurarse. Esta vez, Foligni se dirigió al Banco de Roma e hizo un depósito de dos millones y medio de dólares a beneficio de Alfio Marchini, propietario del Hotel Leonardo Da Vinci y uno de los mejores amigos del arzobispo Paul Marcinkus. Precisamente la implicación de Marchini es uno de los indicios que hace muy difícil creer que Marcinkus no conociera la operación. Una vez más, los empleados bancarios dieron por buenos los documentos sin poner ninguna pega.

Fue en el momento de pagar este primer envío cuando surgieron los primeros problemas, ya que los religiosos manifestaron que sólo podían efectuar el pago en liras. Aquello era una contrariedad de primer orden. Los italoamericanos se negaron. No sólo por lo complicado que resultaba para ellos manejar, transportar y cambiar aquella divisa extranjera, sino porque además sospechaban que aquellas liras provenían directamente de las familias mafiosas sicilianas, y que eran fruto de la extorsión y los secuestros; un dinero manchado que a la larga podría traer problemas.

## CON LAS MANOS EN LA MASA

Los problemas, sin embargo, no iban a venir de aquel dinero, sino de una formalidad con la que los falsificadores no contaron. Los bancos italianos habían dado su autorización a las operaciones, pero también habían mandado muestras de los bonos a la Asociación de Banqueros de Nueva York para que los expertos de esta institución, con mejor formación y medios técnicos para la detección de falsificaciones, dictaminasen sobre su autenticidad. Y el resultado fue negativo. Los bancos italianos recibieron la noticia con sorpresa e incredulidad, pero hicieron lo que tenían que hacer y pusieron el hecho en conocimiento de la Interpol. El primero en ser interrogado fue, lógicamente, el encargado de colocar los bonos en ambos bancos, Mario Foligni, a quien no hubo que presionar demasiado para que diera el nombre de Leopold Ledi como proveedor del material falsificado. Además, Foligni declaró que la causa por la que el Vaticano había adquirido aquellos bonos falsos era permitir que Marcinkus y Sindona pudieran comprar Bastogi, una gigantesca compañía italiana dueña de propiedades inmobiliarias, minería y productos químicos.

Foligni, para sorpresa de todos, declaró no ser imputable, ya que, al haber actuado en representación de la secretaría de Estado vaticana, gozaba de inmunidad diplomática. Se libró de la cárcel, pero Ledi no tardó en ser detenido. La historia que contó a los funcionarios de Interpol fue la que hemos relatado hasta ahora, sin omitir un solo nombre, ni de mafiosos, ni de eclesiásticos. Las detenciones se sucedieron entre los falsificadores y mafiosos estadounidenses, todos y cada uno de los cuales acabó en prisión, excepto el pobre Louis Milo, el autor de las planchas, que fue encontrado muerto en el maletero de su coche.

Las autoridades monetarias estadounidenses no se habían olvidado, ni mucho menos, del Vaticano, pero tratándose de un Estado soberano las cosas resultaban mucho más complicadas. Así, cuando tras múltiples e infructuosos intentos de conseguir una entrevista con el cardenal Tisserant parecían a punto de lograrlo, éste falleció de muerte natural dejando instrucciones detalladas a sus colaboradores sobre algunos de sus

documentos personales, y muy especialmente sus diarios, como ya se ha comentado en otro capítulo.

El 25 de abril de 1973, el cardenal Benelli recibió en la Ciudad del Vaticano a William Lynch, jefe de la sección contra el crimen organizado y la extorsión del Departamento de Justicia de Estados Unidos, y a William Aronwaid, de la fuerza de choque del distrito sur de la policía de Nueva York. Les acompañaban dos agentes del FBI, Viamonte y Tamaro. William Lynch comentó al cardenal Benelli los pormenores de una investigación policial entre los círculos mafiosos de Nueva York que había conducido al Vaticano. Incluso existía una carta presuntamente emitida por el Vaticano para formalizar una operación ilícita.

Se supone que fue monseñor Pavel Hnilica —supuestamente relacionado con los servicios de inteligencia vaticanos— quien en su momento avisó a Marcinkus sobre el peligro que suponía colocar en los mercados financieros tal cantidad de títulos falsos, por mucha protección de la Santa Sede con que se contara. Aquello suponía enfrentarse al poderoso Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Hnilica recordó también a Marcinkus su nacionalidad estadounidense, vigente a pesar de su pasaporte vaticano. «Si los norteamericanos quieren, pueden pedir al Santo Padre su extradición». Marcinkus, en su calidad de responsable del IOR, no estaba dispuesto a arriesgarse a ser imputado por un delito federal en su país natal, sobre todo sabiendo la dureza con que trataban semejantes asuntos y sabiendo también que de poco iba a ayudarle el alzacuello. Así que decidió cooperar con las autoridades y recibir en su despacho, el 26 de abril de 1973, a los funcionarios estadounidenses que el día antes se habían entrevistado con Benelli.

## **ASUNTOS INSIGNIFICANTES**

Durante aquella cita el arzobispo intentó derrochar encanto e inocencia, de los que no andaba sobrado. Ofreció a sus visitantes un par de sus carísimos habanos, que fueron rechazados con cortesía. Él, en cambio, sí se encendió

uno. Michele Sindona fue uno de los primeros asuntos por los que preguntaron:

—Estoy alterado por la gravedad de las acusaciones. En vista de ello, responderé a todas y cada una de sus preguntas lo mejor que pueda.

—Háblenos de Michele Sindona...

—Michele y yo somos buenos amigos. Nos conocemos desde hace muchos años. Mis asuntos comerciales con él, sin embargo, son insignificantes. Él es, como ustedes ya sabrán, uno de los industriales más ricos de Italia. Está adelantado a su tiempo en lo referente a asuntos comerciales.

—¿Y en qué consisten esos asuntos comerciales «insignificantes»?

—No creo necesario quebrantar las leyes de secreto bancario para defenderme a mí mismo.

—Si en el futuro se hace necesario un careo entre usted y Mario Foligni, ¿estaría dispuesto a tenerlo?

—Sí, por supuesto, siempre y cuando sea absolutamente necesario. Espero que no lo sea.

—¿Tiene usted alguna cuenta numerada de carácter privado en las Bahamas?

—No.

—¿Tiene usted una cuenta ordinaria en las Bahamas?

—No, tampoco.

—¿Está usted seguro, arzobispo?

—El Vaticano mantiene intereses financieros en las Bahamas, pero se trata únicamente de negocios y transacciones como tantas otras mantenidas por el Vaticano. No están para beneficio económico de ninguna persona en particular.

—No, nosotros estamos interesados en las cuentas personales de usted.

—Yo no tengo ninguna cuenta privada o personal ni en las Bahamas ni en ningún otro lugar.

Al final del interrogatorio, Marcinkus se reafirmó en su inocencia y en su absoluto desconocimiento de los asuntos por los que estaba siendo interrogado. Sin embargo, los agentes federales eran conscientes de que el

arzobispo o bien les estaba mintiendo o bien tenía una memoria extraordinariamente frágil. Sin duda, olvidaba que desde 1971 pertenecía, junto con Michele Sindona y Roberto Calvi, a la junta directiva del Banco Ambrosiano Transatlántico, con sede en Nassau, capital de las Bahamas, y que era propietario del 8 por 100 del mismo. Con frecuencia, Marcinkus se desplazaba a las Bahamas para alternar las reuniones de la junta directiva con unas bien merecidas vacaciones. Eso sin olvidar que los negocios «insignificantes» que tenía con Sindona le hacían mantener cuentas en muchos de los bancos de su amigo<sup>[9]</sup>.

## EXTRADICIÓN FRUSTRADA

Sea como fuere, el caso es que los agentes salieron del despacho muy poco impresionados con la sinceridad del arzobispo, tanto que iniciaron los preparativos para un proceso de extradición. La advertencia de monseñor Hnilica comenzaba a convertirse en profética según las autoridades federales empezaban a tener cada vez más interés en que aquel ciudadano estadounidense terminara declarando ante los tribunales de su país.

Sin embargo, cuando parecía seguro que el secretario de Estado Henry Kissinger iba a solicitar la extradición de Marcinkus, la administración Nixon dio marcha atrás. Se han barajado varias explicaciones para ello: presiones del *lobby* católico, que no hubiera suficientes pruebas incriminatorias contra el arzobispo, no querer enrarecer aún más el ambiente político, tras salir a la luz el escándalo Watergate, las conexiones de Marcinkus con P2 y, por tanto, con la Operación Gladio de la CÍA<sup>[10]</sup>... La investigación no se frustró por la falta de empeño de los agentes federales, que se dedicaron con ahínco a esclarecer la verdad. Simplemente, fueron un tanto ingenuos a la hora de evaluar las dificultades añadidas de una investigación que comienza en un país y termina en otro. Al gobierno estadounidense le pareció más conveniente pasar por alto la implicación del Vaticano en la trama de los bonos falsos. Lo que en principio era un asunto

meramente policial, mal manejado podría convertirse en un incidente diplomático de primer orden.

El simple hecho de que los agentes consiguieran traspasar los muros de la Santa Sede para interrogar a algunos de sus más altos funcionarios es una muestra de su tenacidad. Si el Vaticano hubiera estado en territorio estadounidense, la carta con el membrete de la Sacra Congregazione dei Religiosi habría sido la prueba de cargo fundamental, se habría podido interrogar a todos los miembros de la congregación, tomar huellas de todo el mundo para contrastarlas con las que se encontraron en el documento e incluso se habría podido obtener una orden de registro para intentar encontrar la máquina de escribir con que fue redactada. El único problema radicaba en que todo eso era imposible. Sobre la implicación de Marcinkus, William Aronwaid, uno de los investigadores del caso que estuvo presente en la reunión en el despacho del arzobispo, comentó al periodista de investigación David Yailop:

Lo máximo que se puede decir es que la investigación no ha revelado pruebas concretas suficientes para confirmar o negar su implicación<sup>[11]</sup>.

## **EL CRACK SINDONA. EL HUNDIMIENTO DE LAS FINANZAS VATICANAS**

*La última etapa del pontificado de Pablo VI estuvo marcada por la traición del hombre en cuyas manos había depositado las llaves de las arcas de la Santa Sede. La ambición de Sindona no tenía límite, ni tampoco su orgullo, y fue este último el que le hizo creerse por encima de las leyes, le llevó a la imprudencia y provocó una caída en la que por poco arrastra a sus socios vaticanos.*

Siendo como era el menos implicado en el asunto, el más perjudicado por el escándalo de los bonos resultó ser Michele Sindona. Su nombre comenzó a circular con demasiada frecuencia asociado con asuntos turbios, algo que no convenía a la particular naturaleza de sus negocios. Además, comenzaba a tener problemas con sus propios bancos. El dinero, fuera del entorno de las instituciones financieras nacionales, ni se crea ni se destruye, simplemente cambia de mano. Así pues, sí durante bastante tiempo Michele Sindona se dedicó a especular con sus propios bancos, la consecuencia no podía ser otra que la aparición de importantes agujeros económicos. Cuando el desfaldo es pequeño basta con unas pocas artimañas y una contabilidad creativa para disimularlo. Pero si el expolio continúa, el déficit se hará cada vez mayor y más difícil será de ocultar. En 1973 Sindona tenía gravísimos problemas económicos en sus dos principales bancos, Banca Unione y la Banca Privata Finanziaria. ¿Qué hacer? Intentó una audaz huida hacia adelante al fusionar ambos en uno nuevo: la Banca Privata. Sin embargo, el sentido común estaba en su contra. Si juntamos dos agujeros grandes, lo



que obtenemos es uno enorme. En julio de 1974 el nuevo banco tenía un impresionante déficit de 200 000 millones de liras<sup>[1]</sup>.

Un mes después, en agosto de 1974, prácticamente todo el mundo comenzó a tener claro que el imperio de Sindona se tambaleaba y se plantearon las primeras medidas desesperadas. En Italia, el Banco de Roma, habiendo recibido como garantía una gran parte de las propiedades de Sindona, colocó entre 128 y 200 millones de dólares en la Banca Privata intentando tapar la crisis. En Estados Unidos, temiendo que el desmoronamiento de las inversiones del banquero italiano en ese país, y muy concretamente una eventual quiebra del Franklin National Bank, pudiera desencadenar un efecto dominó de resultados imprevisibles, el gobierno concedió al banco de Sindona un acceso ilimitado a los recursos federales. De hecho, los otros bancos del país empezaron a mostrar reticencias a la hora de operar con el Franklin National Bank, donde también había aparecido un enorme déficit fruto de las retiradas de fondos irregulares que periódicamente realizaba Sindona, que en apenas dos años se las ingenió para aligerar las arcas de la institución. El Franklin National Bank, el decimoctavo entre los principales bancos de la nación, con unos activos de más de tres mil millones de dólares<sup>[2]</sup>, se vio súbitamente reforzado con más de dos mil millones de dólares procedentes de la Reserva Federal estadounidense.

Sin embargo, todos estos esfuerzos resultaron inútiles, el dinero no fue suficiente para salvar al agonizante banco, y en septiembre de ese mismo año, apenas tres meses después de su creación, la Banca Privata estaba al borde de la quiebra. Las pérdidas estimadas alcanzaban los trescientos millones de dólares, incluidos los 27 millones de dólares que constituían la participación del Vaticano en el Banco, según la Santa Sede. El propio Banco de Roma a punto estuvo de desaparecer como consecuencia del hundimiento del banco de Sindona.

## **LA CAZA DEL TIBURÓN**

El 3 de octubre los acontecimientos se precipitaron. Licio Gelli fue informado por miembros de Propaganda Due infiltrados en la policía y la magistratura de que Sindona sería detenido al día siguiente. Gelli, haciendo bueno el juramento de fidelidad de los miembros de la logia, avisó a Sindona de la situación:

Huye a algún sitio donde no puedan extraditarte. Si no lo haces, nuestros enemigos te torturarán. Puede que incluso te maten [...]. Todo esto es muy peligroso, Michele. Las cosas han cambiado. Quizá, si escapas, dentro de un tiempo pueda utilizar mi poder para ayudarte. Si no, si eres capturado, ya sabes lo que tienes que hacer<sup>[3]</sup>.

Sí, Sindona sabía lo que tenía que hacer. Tras preparar apresuradamente la maleta se metió en el bolsillo de la chaqueta cuatro frascos de digitalina, un medicamento recomendado para ciertas afecciones cardíacas que tomado en la dosis adecuada resulta ser un veneno de altísima eficacia: provoca arritmia, fibrilación ventricular y, finalmente, la muerte. Lo que llevaba Sindona encima equivalía a cien veces la dosis que prescribiría un médico. Llegado el momento, Sindona no dudaría en usar el veneno. Su imperio financiero había desaparecido, su credibilidad y prestigio estaban arruinados, todo lo cual había contribuido a que la estabilidad emocional de Sindona no atravesara por sus mejores momentos.

Tal como avisaron los informantes de Gelli, al día siguiente se emitieron dos órdenes de detención contra Sindona, una por malversación de fondos y otra por quiebra fraudulenta. Sin embargo, ya era demasiado tarde, Sindona había huido del país: «No pienso darles la satisfacción de verme encerrado en la cárcel», le dijo a uno de sus colaboradores. Como hombre precavido que era, cambió previamente su nacionalidad, convirtiéndose en ciudadano suizo. Ginebra fue, a partir de ese momento, su nuevo cuartel general.

El 8 de octubre los peores temores de las autoridades económicas estadounidenses se hicieron realidad: el Franklin National Bank se desmoronó. Las pérdidas de la Cámara Federal de Garantía de Depósitos se elevaban a más de dos mil millones de dólares<sup>[4]</sup>. Michele Sindona podía anotarse un nuevo registro, el de la mayor quiebra bancaria de la historia estadounidense<sup>[5]</sup>. Cuando las autoridades pudieron acceder a los libros del

banco descubrieron que lo más granado del crimen organizado de Estados Unidos mantenía sus cuentas allí. Es más, certificaron que el día antes de la quiebra Sindona se había llevado 45 millones de dólares. (El Vaticano perdió 55 millones tras el derrumbamiento del Franklin National Bank). La economía estadounidense entró en una crisis bancaria —inédita desde los tiempos de la gran depresión— que obligó a modificar la legislación y los mecanismos de control financieros del país<sup>[6]</sup>. Una docena de empleados del banco fueron a la cárcel acusados de diversos cargos, entre ellos el de modificar la contabilidad y los archivos.

Desde esa fecha hasta enero de 1975, el mundo financiero europeo se vio sacudido por las sucesivas quiebras de los bancos de Sindona. Uno a uno fueron cayendo el Bankhaus Wolff AG, de Hamburgo, el Bankhaus I. K. Herstatt, de Colonia, el Amincor Bank, de Zúrich y el Finabank, de Ginebra<sup>[7]</sup>. Contando tan sólo este último, expertos independientes suizos estimaron que el Vaticano había sufrido un quebranto económico de 240 millones de dólares. La prensa italiana no tardó en bautizar este desastre como *II crack Sindona*.

A pesar del control que P2 ejercía sobre grandes sectores de la política italiana, las autoridades estaban sumamente inquietas. Parecía poco probable que Sindona regresara a Italia por propia voluntad para responder por lo sucedido, así que se inició una larga batalla para conseguir su extradición. Esta vez Sindona no iba a contar con la ayuda del Vaticano, que se sentía cada vez más defraudado con su antiguo banquero y hombre de confianza. Pablo VI estaba consternado con las noticias que le transmitía el cardenal Villot, que le mantenía al corriente de cuanto sucedía. Con cada nueva quiebra, el Vaticano perdía una fortuna. (Se estima que las pérdidas reales de la Santa Sede podrían rondar los mil millones de dólares<sup>[8]</sup>). Sindona les había fallado, o peor aún, les había traicionado.

## **MALA MEMORIA**

Quien más sintió aquella delación fue Pablo VI, que en su momento depositó su confianza en el banquero. Los que habían aconsejado al pontífice que tomara esa decisión, como su secretario personal, monseñor Pasquale Macchi, el cardenal Sergio Guerri, Benedetto Argentieri, el propio cardenal Villot o Umberto Ortolani, miraban ahora a otro lado. (Una vez fallecido el pontífice, divulgarían la historia de que éste se había basado tan sólo en su amistad personal a la hora de poner a Sindona al frente de las finanzas vaticanas). El financiero se convirtió en el virtual dueño de los negocios de la Santa Sede y ni el papa ni sus asesores se preocuparon de tomar las más elementales precauciones. Eso sin contar con que dentro de los muros del Vaticano a Sindona no le faltaron cómplices deseosos de participar en sus actividades delictivas, como quedó demostrado con el caso de los bonos falsos.

No obstante, quien se llevó la peor parte fue el arzobispo Paul Marcinkus. Si el interrogatorio del FBI ya le pareció una indignidad en su día, ahora tenía que enfrentarse a diario con las autoridades italianas, deseosas de conocerlo todo sobre sus relaciones personales y económicas con Sindona. Recordemos que a los agentes del FBI les había dicho que él y Sindona eran «buenos amigos». Pues bien, dos años después, el 20 de febrero de 1975, Marcinkus concedía una entrevista a la revista italiana *L'Espresso* en la que afirmaba:

La verdad es que ni siquiera conozco a Sindona. ¿Cómo podría entonces haber perdido dinero por su causa? El Vaticano no ha perdido un solo centavo, todo lo demás es fantasía<sup>[9]</sup>.

Una vez más quedaban de manifiesto los problemas de memoria de Marcinkus, de los que los agentes del FBI habían sido testigos unos años atrás, sobre todo si tenemos en cuenta que las relaciones de amistad entre él y Sindona están documentadas por numerosas fuentes<sup>[10]</sup>.

Mucho más difícil debió de ser para Marcinkus explicar la detención y retirada del pasaporte, en relación con las actividades de Sindona, de uno de sus más íntimos colaboradores, Luigi Mennini, secretario inspector del Banco Vaticano.

## UN PAPA EN CRISIS

Mientras esto sucedía, en el Vaticano todo eran reproches más o menos velados hacia el papa. La mayoría de los habitantes de la Santa Sede se guardaban para sí sus opiniones, o bien se las reservaban para sus íntimos. No obstante, en ambos extremos del espectro ideológico comenzaron a surgir voces acusadoras. A la izquierda, los jesuitas se quejaban de las ingerencias del pontífice en la política italiana y de que éste había dejado «el futuro de la Iglesia en manos de Satán». A la derecha, el ala más integrista de la Iglesia, abanderada por el arzobispo francés Marcel Lefebvre, no dudaba en reclamar la abdicación del papa. En una publicación semanal afín a esta ideología, *El Tradicionalista*, se calificó, en septiembre de 1973, a Pablo VI de «traidor a la Iglesia».

El papa no había sido un traidor, pero sí había cometido el error de pensar que el vicario de Cristo no podía ser traicionado. Ser consciente de aquella equivocación, además de la mella que en su ánimo hacían las críticas, cada vez más virulentas, le llevaron a considerar muy seriamente la idea de abdicar. Dudaba de su capacidad de liderazgo de la Iglesia<sup>[11]</sup>. Ahora bien, en caso de renunciar, quería ser él quien nombrase a su sucesor. Llevado por este propósito, realizó un movimiento que trajo nuevas críticas sobre su persona. Abolió un antiguo decreto que desde hacía cuatro siglos prohibía acceder al trono de San Pedro mediante promesas, dinero o favores. Esto volvía a abrir la puerta de los cónclaves a toda clase de componendas y conspiraciones.

A esta extraña decisión siguió un comportamiento igualmente raro del pontífice. Cada día dormía menos y su humor se volvió taciturno. Pasaba largas horas, en especial de noche, recorriendo en solitario los pasillos del palacio de Letrán, inmerso en sombríos pensamientos: «A través de alguna grieta, el humo de Satán ha entrado en la Iglesia, está alrededor del altar», dijo en una ocasión a uno de sus colaboradores<sup>[12]</sup>.

Pese a las lamentaciones del papa y de las crisis doctrinales, la realidad es que las finanzas del Vaticano atravesaban dificultades que había que solucionar con rapidez. La Santa Sede necesitaba un nuevo banquero. El elegido para sustituir a Sindona fue, ni más ni menos, Roberto Calvi,

presidente del Banco Ambrosiano. Se ha atribuido esta elección tanto al arzobispo Marcinkus como al propio Santo Padre. Fuera quien fuese el responsable no estuvo nada acertado. Si lo que se pretendía era alejarse de los negocios turbios y dar seguridad a las finanzas vaticanas, no podía haberse hecho peor elección.

## DE LA SARTÉN AL FUEGO

Calvi no perdió la oportunidad de seguir los pasos de su antecesor y en poco tiempo ya estaba involucrando a la Iglesia en nuevos negocios comprometedores. El dinero volvía a fluir. Para comprender muchas de las confusas operaciones que Calvi llevó a cabo durante la década de los setenta, hay que tener en cuenta que el Banco Ambrosiano (llamado popularmente «el banco de los curas») y el IOR estaban estrechamente ligados. Muchas operaciones cruciales se realizaban de forma conjunta. Como Sindona, Calvi pudo vulnerar las leyes repetidas veces gracias a la asistencia del IOR. Nada de lo que hacía podía ocurrir sin el conocimiento previo y la posterior aprobación de Marcinkus, que no parecía suficientemente escarmentado con lo sucedido con Sindona. Sobre la autonomía con que operaba Marcinkus respecto al papa contamos con el testimonio del propio Calvi:

Marcinkus, que es un tipo rudo, nacido de padres pobres en un suburbio de Chicago, quería ejecutar la operación sin siquiera informar a su jefe. Estoy hablando del Papa<sup>[13]</sup>.

Es muy ilustrativo de la catadura moral de los personajes de los que estamos hablando el hecho de que para ellos el vicario de Cristo quedase reducido a la categoría de «jefe».

Mientras, Sindona había llegado a Nueva York huyendo de la extradición y solicitando la protección de sus amigos del clan Gambino-Genovese. Al contrario que en Propaganda Due, aquí el apoyo a Sindona no estaba basado en la conveniencia, sino que existía verdadera veneración hacia un hombre que no sólo había demostrado una absoluta lealtad hacia

su familia, sino que la había enriquecido mucho más allá de sus expectativas. Niño, el pequeño de los Gambino, llegó a decirle a Sindona:

Don Michele, usted es el más grande de todos los sicilianos. Estamos orgullosos de usted. Permítanos ayudarle con sus problemas y díganos quiénes son esos bastardos. Haremos lo que sea porque le respetamos. Sin dinero, don Michele. Nosotros matamos sólo por nuestros amigos<sup>[14]</sup>.

También los amigos que tenía en la administración Nixon le ayudaron, recomendándole que acudiera a la prestigiosa firma de abogados Mudge, Rose, Guthrie & Alexander, de la que el propio Richard Nixon había sido socio<sup>[15]</sup>.

## **COSMO-CORPORACIONES**

Sindona también fue convencido por sus aliados estadounidenses de que en el país de la imagen necesitaba un agente de relaciones públicas. Éste rápidamente le consiguió varias conferencias en el ámbito universitario. Así, mientras los altos ejecutivos del Franklin National Bank se encontraban en prisión acusados de conspiración y desfalco, Sindona se dirigía a los estudiantes de la prestigiosa Wharton Graduate School de Filadelfia:

El objetivo de esta breve charla, tal vez un tanto ambicioso, es contribuir a la restauración de la fe de Estados Unidos en sus sectores económico, financiero y monetario, y recordar que el mundo libre necesita a América<sup>[16]</sup>.

Al mismo tiempo que este «restaurador de la fe económica» era condenado en rebeldía por un tribunal de Milán a tres años y medio de prisión por veintitrés cargos de apropiación indebida, se permitía dar lecciones de moral a los alumnos de la Universidad de Columbia:

Cuando se efectúan pagos con la intención de esquivar el cumplimiento de la ley a fin de obtener beneficios injustos, es necesaria

una reacción pública. Tanto el corrupto como el corruptor deben ser castigados<sup>[17]</sup>.

Al menos había que reconocerle el mérito de estar hablando sobre temas que conocía en profundidad. Sindona tampoco andaba falto de imaginación:

En un futuro muy lejano, cuando estemos en contacto con otros planetas y nuevos mundos, en nuestras incontables galaxias, espero que los estudiantes de esta universidad puedan sugerir a las compañías que representan que se expandan por el cosmos, creando las cosmo-corporaciones, que llevarán el espíritu creativo de la iniciativa privada por todo el universo<sup>[18]</sup>.

Estos planteamientos eran una prueba fehaciente de que la estabilidad psicológica de Sindona se encontraba mermada. Tanto que llegó a proponer a sus amigos de Propaganda Due y la mafia un plan para conseguir la independencia de Sicilia, a fin de poder regresar a su tierra natal sin tener que temer a la justicia italiana.

## **MATANDO POR DON MICHELE**

En Italia, esta «gira» multitudinaria del banquero prófugo levantó no poca indignación. La gota que colmó el vaso fue una fotografía publicada en septiembre de 1975 en la que podía verse al alcalde de Nueva York, Abraham Beame, saludando afectuosamente a Sindona. El *Corriere della Sera* publicó:

Sindona prosigue haciendo declaraciones y concediendo entrevistas, y continúa, en su refugio-exilio norteamericano, frecuentando la compañía de la alta sociedad. Las leyes y los mecanismos de extradición no son iguales para todos. Alguien que roba manzanas puede languidecer en prisión durante meses, quizá años.

Mientras tanto, Sindona hacía desesperados intentos por librarse de la extradición, recurriendo al chantaje y al soborno de sus antiguos amigos políticos de Italia. Su peor enemigo aquí era Giorgio Ambrosoli, abogado



comisionado por las autoridades del Banco de Italia para investigar el caso Sindona. Ambrosoli tuvo que soportar numerosas amenazas contra su persona. De hecho, el abogado en Italia de Sindona, Rodolfo Guzzi, se encontraba en la oficina de Ambrosoli el día en que éste recibió una amenaza de muerte. Guzzi, que tuvo ocasión de escuchar la conversación, estaba tan conmocionado que llamó inmediatamente a su cliente para pedirle explicaciones. Sindona le respondió: «Algunas personas me están ayudando. Yo les he contado mis problemas y ellos intentan ayudarme. Yo no tengo ningún control respecto a lo que hagan»<sup>[19]</sup>.

Ambrosoli temía por su vida, pero también se daba cuenta de que aquellas amenazas no hacían más que confirmarle que estaba en el buen camino, así que prosiguió con la investigación. Fue una época terrible. Cada vez que accionaba el contacto de su coche temía una explosión, cada vez que sonaba el teléfono o alguien llamaba a su puerta temía lo peor. Al final, ni siquiera podía conciliar el sueño, atormentado por pesadillas en las que los mafiosos asesinaban a su familia. Aun así no abandonó. Para unos era un valiente, para otros, un loco. Sin embargo, cada día que transcurría el abogado avanzaba en su tarea de desenmascarar el imperio secreto de Sindona. En julio de 1979, éste envió a un asesino de la mafia desde Nueva York a Milán para que acabase con la vida del abogado<sup>[20]</sup>. Ambrosoli no fue el único que murió bajo las balas de los sicarios de la familia Gambino, que de esta forma rendía tributo a don Michele.

Graziano Verzotto era un alto cargo de la Democracia Cristiana del que los mafiosos desconfiaban debido a su ascendencia del norte de Italia. Bastó el rumor de que pensaba declarar sobre los sobornos que había recibido por parte de Sindona para que fuera tiroteado en Palermo. Al parecer, los Gambino tenían especial interés en silenciar a Verzotto, ya que ellos, los Inzerillo y los Spatola, podían verse incriminados por lo que pudiera declarar. Verzotto no sólo sabía de sobornos, sino que, en el caso de que le preguntasen por blanqueo de dinero y tráfico de heroína, seguramente también tendría mucho que explicar. El político sobrevivió al atentado, pero decidió ponerse a salvo estableciendo su residencia en Beirut.

# TIBURÓN ENJAULADO

Quien no pudo escapar de sus asesinos fue Giuseppe di Cristina, otro de los asociados de Sindona que sabía más de lo que era conveniente sobre el tráfico de heroína. También fue tiroteado en las calles de Palermo. Al examinar su cadáver la policía encontró varios cheques de los bancos de Michele Sindona.

Toda esta muestra de violencia no contribuyó a mejorar la situación de Sindona. Más bien al contrario. Su relación con la mafia quedó más patente que nunca. Muchos de sus antiguos aliados comenzaron a darle la espalda debido a la doble amenaza que suponían las autoridades por un lado y la mafia por el otro. En Estados Unidos algunos políticos también comenzaron a dejar de prestarle su apoyo.

Finalmente, en septiembre de 1976, las gestiones del gobierno italiano cristalizaron y Michele Sindona fue detenido en Estados Unidos. Aquello le cogió por sorpresa, ni la mafia, ni los políticos, ni Propaganda Due fueron capaces de salvarle. Sus primeras declaraciones públicas reflejaban su perplejidad:

Estados Unidos ha escogido ahora, casi dos años después de que se lanzaran contra mí estas falsas acusaciones en Italia, dar comienzo a este proceso de extradición. Quiero enfatizar que los cargos pronunciados contra mí en Italia están basados en muy poca o ninguna investigación y que son absolutamente falsos.

Tras una breve estancia en prisión, Sindona recuperó la libertad después de pagar una fianza de tres millones de dólares. Los únicos que quedaban a su lado en aquel momento eran los Genovese, que organizaron, entre otros actos, cenas para recaudar dinero como asistencia legal de Sindona. (No existe constancia de que un solo dólar de los obtenidos en aquellos actos llegara a los abogados del banquero).

La legal no era la única asistencia que Sindona solicitó. Los Genovese estaban dispuestos a matar por don Michele, pero no en Estados Unidos, así que el financiero intentó contratar los servicios de un asesino a sueldo siciliano llamado Luigi Ronsisvalle para que acabase con la vida del fiscal

de su causa. Ronsisvalle, que era un experto en los asuntos de la mafia, rechazó el ofrecimiento. El asesinato de un funcionario público en Estados Unidos, sin contar con la autorización ni el apoyo de las familias locales, no era un buen negocio, por generosa que fuese la paga.

En el terreno de lo estrictamente legal, Sindona contó con testigos de lujo declarando a su favor. El más notable fue Carmelo Spagnuolo, presidente de una de las salas del Tribunal Supremo italiano y miembro de P2. Spagnuolo declaró bajo juramento que las acusaciones a las que se enfrentaba Sindona en Italia eran fruto de una conspiración comunista. Se buscaba el desprestigio del financiero, «un gran protector de la clase trabajadora». Aseguró que las personas encargadas de la investigación eran incompetentes o malintencionadas, y que, en cualquier caso, estaban manipulados por diversos intereses políticos. El magistrado no dudó en atacar a sus propios compañeros de judicatura, dando por sentado que muchos de ellos eran peligrosos extremistas prestos a la prevaricación. Como broche final de su declaración, compartió con los estadounidenses su temor de que Sindona fuera asesinado nada más pisar suelo italiano.

## **LOS PÉRFIDOS COMUNISTAS**

Licio Gelli también acudió a declarar en favor de Sindona. Para demostrar lo ridículo de las acusaciones contra su amigo se puso como ejemplo a sí mismo, afirmando que él había sido acusado de ser miembro de la CÍA, jefe de los escuadrones de la muerte argentinos, dirigente supremo de una organización fascista internacional y agente de los servicios secretos portugueses, griegos, chilenos y de la República Federal de Alemania. Él, un empresario responsable con inquietudes políticas, no era más que un hombre de bien. Todas aquellas acusaciones se debían al creciente poder de los comunistas en Italia:

La influencia comunista alcanza a algunos sectores del gobierno, especialmente en el Ministerio de Justicia, donde durante los últimos

cinco años se ha experimentado un cambio de posición política hacia la extrema izquierda<sup>[21]</sup>.

Gelli también creía que la vida del financiero corría peligro en Italia:

El odio de los comunistas hacia Sindona viene del hecho de ser un anticomunista intransigente, siempre favorable al sistema de libre empresa, en una Italia democrática<sup>[22]</sup>.

En aquel cierre de filas en torno a Sindona faltaba un personaje esencial, su amigo y socio Roberto Calvi, que también tenía mucho que esconder; pero Calvi decidió alejarse de Sindona y pensar en su propia salvación. Ni siquiera contribuyó económicamente a la defensa de Sindona, menos por tacañería que por afán de no ligar su nombre con el del financiero. Aquella deslealtad le costaría cara. Sindona contactó con Luigi Cavallo, un experto en chantajes y campañas de difamación. El 13 de noviembre de 1977, las calles de Milán amanecieron sembradas de octavillas en las que se acusaba a Calvi de evasión de capital, fraude contable, apropiación indebida y delitos fiscales. Se incluían los números de las cuentas secretas que Calvi tenía en Suiza y se daba toda clase de detalles respecto a diversas transacciones ilícitas. También se revelaba sus vínculos con la mafia.

El 24 de noviembre de 1977, Cavallo envió una carta al presidente del Banco de Italia, Paolo Baffi, en la que se reproducían todas y cada una de las acusaciones recogidas en los pasquines de Milán. La carta incluía, además, otra documentación, como fotocopias relacionadas con las cuentas suizas de Calvi y una velada amenaza de demandar al propio Banco de Italia por prevaricación y tráfico de influencias si no se abría una investigación contra Calvi y el banco que presidía, el Ambrosiano. Cavallo cometió un error. Escribió la carta sin contar con la autorización de Sindona, que lo último que deseaba era tener a las autoridades monetarias italianas investigando en los asuntos de sus antiguos socios.

Además, se daba la circunstancia de que tanto Calvi como Baffi eran miembros de P2, y aquellas disputas, sobre todo si incluían el aireamiento de trapos sucios, no favorecían a la logia. Licio Gelli se ofreció a mediar en el conflicto y consiguió que Calvi ingresara medio millón de dólares en la cuenta que Sindona mantenía en la Banca del Gottardo.

No obstante, en agosto de 1978 sucedería algo que iba a cambiar todo el panorama financiero vaticano. Pablo VI fallecía de un ataque al corazón en Castelgandolfo. Para sucederle fue elegido el cardenal Albino Luciani, aquel patriarca de Venecia que parecía no entender al arzobispo Marcinkus y su interés en mezclar los asuntos sagrados con los económicos. Había llegado el momento de limpiar la casa.

## 33 DÍAS LA PREMATURA MUERTE DE JUAN PABLO I

*Durante los escasos 33 días que duró el pontificado de Juan Pablo I, la Iglesia tuvo la gran oportunidad de expiar sus pecados del pasado y entrar en una nueva era de modernidad, transparencia y pobreza ejemplar. Desgraciadamente, la muerte prematura de Juan Pablo I dio al traste con sus revolucionarios proyectos. La sospecha de un posible asesinato no ha dejado nunca de estar presente.*

La última etapa del pontificado de Pablo VI estuvo presidida por los reproches, pero lo que nunca nadie podría reconvenirle es que no supiera cómo organizar un cónclave secreto. Como ya se ha explicado anteriormente, la constitución *Romano pontifici eligendo* es la disposición más arbitraria sobre el desarrollo de un cónclave de cuantas se hayan hecho en los tiempos modernos por miedo a que se repitieran los embarazosos episodios con micrófonos ocultos<sup>[1]</sup>.

El cónclave para elegir a su sucesor iba a ser, sin duda, muy especial. Tras los muros de la Capilla Sixtina se pondrían en juego, como nunca antes, los anhelos, deseos y esperanzas de los católicos de todo el mundo. La derecha, con el cardenal Giuseppe Siri a la cabeza, esperaba elegir a un pontífice que devolviese a la Iglesia al estado de rígida disciplina eclesiástica anterior al II Concilio Vaticano; deseaban un nuevo Pío XII. La izquierda quería un papa que reconciliase a la Iglesia con los pobres, pero no como un monarca absoluto, sino democráticamente y contando con la opinión de los obispos. En definitiva, un nuevo Juan XXIII.

Casi en medio de ambas posturas se encontraba el patriarca de Venecia Albino Luciani, un hombre que conjugaba sencillez, humildad e inteligencia. Su preocupación eran los pobres, y no estaba interesado en la distinción entre derechas e izquierdas. Lo que realmente le importaba eran los millones de seres humanos que padecían la miseria en el Tercer Mundo. Sabía muy bien a quién iba a votar, al cardenal brasileño Aloísio Lorscheider<sup>[2]</sup>, un hombre que, como él, tenía una especial sensibilidad hacia el mundo pobre.

Luciani no estaba entre los papables. Ni los cardenales ni los medios de comunicación consideraban seriamente la posibilidad de que fuera elegido papa. De las biografías que el Vaticano distribuyó entre la prensa antes de que se celebrase el cónclave, la suya era la más corta.

Sin embargo, ésta era una apreciación errónea. Albino Luciani hablaba a la perfección alemán, francés, portugués, inglés, latín y, por supuesto, italiano. Además de ser muy popular entre los cardenales italianos que no pertenecían a la curia, tenía grandes amigos entre los de otros países. Los polacos Karol Wojtyla y Stefan Wyszynski habían sido invitados suyos en Venecia. De hecho, Wojtyla influyó notablemente en él respecto a su postura sobre el marxismo. Los cardenales brasileños Aloísio Lorscheider y Paulo Evaristo Arns mantenían una relación muy cordial con Luciani, tanto como los cardenales León Joseph Suenens, de Bélgica, Jan Willebrands, de Holanda, Francois Marty, de Francia, Josef Hoeffner y Hermann Volk, de Alemania, Terence Cooke, de Nueva York, Timothy Manning, de Los Ángeles o Humberto Sousa Medeiros, de Boston. Luciani, además, había viajado por medio mundo: Brasil, Portugal, Alemania, Francia, Yugoslavia, Suiza, Austria y el África subsahariana.

Aparte de todo esto, era un hombre de espíritu abierto que mantenía una buena amistad tanto con judíos, anglicanos y protestantes como con otros no católicos, en especial con su gran amigo Phillip Potter, secretario del Consejo Mundial de Iglesias. Tampoco menospreciaba la teología de la liberación, e intercambiaba correspondencia y libros con el teólogo progresista Hans Küng.

## EL QUE ENTRA PAPA SALE CARDENAL

Como en todos los cónclaves, en éste también había favoritos. De todos ellos, el principal era el cardenal Giovanni Benelli, líder del sector más moderado de la curia, lo que le valió los ataques de varios cardenales, como Pericle Felici, administrador del patrimonio de la Santa Sede, que llegó a comentar: «Su voto será para sí mismo».

No sería así. El 25 de agosto de 1978 comenzó uno de los cónclaves más cortos de la historia: duró un día. Sorpresivamente, Benelli decidió renunciar a sus posibilidades de convertirse en papa y apoyar a un candidato que pusiese de acuerdo a ambas corrientes: Albino Luciani, el hombre con el que nadie contaba. Luciani subió al trono de San Pedro como Juan Pablo I (Juan por Juan XXIII y Pablo por Pablo VI). Si algunos cardenales pensaron que su elección debía entenderse como señal de un pontificado continuista, pronto se llevaron una decepción.

El nuevo papa tenía el sueño de devolver a la Iglesia sus característicos rasgos de austeridad y pobreza; a las pocas horas de su designación ya comenzó a trabajar para hacer realidad esta aspiración, que consideraba de vital importancia para el futuro de la Iglesia católica. En la noche del 27 de agosto de 1978, Juan Pablo I cenó con el cardenal Jean Villot y le confirmó a él y a los otros miembros de la curia romana en sus cargos, a los que habían tenido que renunciar tras el fallecimiento de Pablo VI. Pero en aquella cena ocurrió algo más. El papa ordenó a Villot que iniciara de inmediato una investigación que abarcase todas las operaciones del Vaticano, especialmente las de carácter financiero. «Que no quede excluido ningún departamento, ninguna congregación, ninguna sección». Debería hacerse de forma rápida, discreta y en profundidad. Una vez que el papa recibiese el informe, lo estudiaría y decidiría qué hacer.

Le preocupaba por encima de todo el Instituto para las Obras de Religión, dirigido por Marcinkus. Y no era el único que compartía esta inquietud. Cuatro días después, el 31 de agosto, el diario de información económica *Il Mondo* publicaba una carta abierta a Juan Pablo I titulada «Su Santidad: ¿le parece correcto?». En ella se le pedía que impusiera «orden y moralidad» en las finanzas del Vaticano, inmersas, según el rotativo, «en la



especulación y las aguas insalubres». El texto se refería explícitamente a las operaciones financieras fraudulentas del Vaticano e incluía un recuadro sobre sus propiedades y fortuna<sup>[3]</sup>. *Il Mondo* planteaba, entre otras, las siguientes preguntas:

¿Es correcto que el Vaticano opere en el mercado como especulador? ¿Es correcto que el Vaticano posea un banco cuyas operaciones incluyen la transferencia de capitales ilegales de Italia al extranjero? ¿Es correcto que ese banco ayude a los italianos a evadir impuestos? ¿Por qué la Iglesia tolera la inversión en compañías, nacionales e internacionales, cuyo único propósito es el beneficio; compañías que, cuando es necesario, no dudan en pisotear los derechos humanos de millones de pobres, especialmente de ese Tercer Mundo tan cercano a vuestro corazón?

## UNOS MÁS IGUALES QUE OTROS

La carta, además, atacaba con especial crudeza la figura de Marcinkus:

Es, sin duda, el único obispo que forma parte de la junta directiva de un banco legal y secular, que incidentalmente tiene una rama en uno de los paraísos fiscales más importantes del mundo capitalista; nos referimos al Banco Cisalpino Transatlántico de Nassau, en las islas Bahamas. El servirse de paraísos fiscales está permitido por las leyes terrenales, y ningún banquero laico podría ser llevado ante los tribunales por obtener ventaja de esta situación, pero quizá esto no sea lícito bajo la ley de Dios, que debería regir todo acto de la Iglesia. La Iglesia predica igualdad, pero no nos parece que la mejor forma de conseguirla sea a través de la evasión de impuestos, que constituye el medio por el cual el estado laico busca promover esa misma igualdad.

Pese a las críticas no hubo reacción oficial de la Iglesia, lo cual no quiere decir que no fuese asunto de conversación intramuros del Vaticano. Entre quienes pensaban que el Instituto para las Obras de Religión y la administración del patrimonio de la Santa Sede estaban fuera de control (que eran muchos, aunque silenciosos) cundió una discreta satisfacción y un

atisbo de esperanza. Los que pensaban lo contrario se alarmaron, aunque, eso sí, de forma igualmente discreta.

*Il Mondo* abrió un frente que continuó el rotativo *La Stampa*, que publicó un reportaje titulado «La riqueza y los poderes del Vaticano», firmado por el periodista Lamberto Fumo, que mantenía una postura mucho menos crítica con la Iglesia y calificaba de falsas algunas de las acusaciones que se habían formulado sobre sus finanzas. Aun así, el periodista criticaba la falta de transparencia de la Santa Sede:

La Iglesia no dispone de riquezas y recursos que excedan sus necesidades, pero es necesario dar prueba de ello [...]. En los sacos de dinero. Nuestro Señor escribe con su propia mano «peligro de muerte».

Una semana después de haberlo solicitado, Juan Pablo I tenía sobre la mesa de su despacho los primeros datos del informe elaborado por el cardenal Villot sobre el IOR. El banco, que según indicaba su propio nombre había sido creado para fomentar las «obras de religión», era, en la actualidad, igual que cualquier otra institución financiera laica. De sus once mil cuentas, tan sólo 1650 guardaban alguna relación con la Iglesia. El resto pertenecía a clientes externos, entre los que destacaban Michele Sindona, Licio Gelli, Roberto Calvi y el arzobispo Paul Marcinkus.

Por aquellas mismas fechas, y a lo largo de varias reuniones sucesivas que comenzaron el 7 de septiembre, los cardenales Benelli y Felici pusieron al papa al corriente sobre la historia de las operaciones financieras que vinculaban al IOR con Sindona, de las relaciones de éste con el blanqueo de dinero para el narcotráfico, de las pérdidas económicas sufridas, de cómo se evitó el escándalo en varias ocasiones, en especial con el sórdido asunto de los bonos falsos, y le advirtieron de que en ese preciso instante se estaba fraguando otro posible escándalo: el que podría producirse si llegaran a ser descubiertos los amaños de Roberto Calvi (al parecer, el juez Emilio Alessandrini ya estaba investigando el asunto). El papa palidecía a medida que leía el informe. La investigación del magistrado podía terminar no sólo con el procesamiento de Calvi, sino con el del propio Marcinkus y otros funcionarios vaticanos: «El Papa los miró fijamente [a Benelli y Felici] y,

con una voz que no le habían oído antes, les dijo que aquello no podía continuar»<sup>[4]</sup>.

Lo que el papa desconocía es que Gelli y Calvi habían pronunciado palabras muy similares cuando recibieron la misma información a través de sus propios contactos. Ambos estaban al corriente de la investigación judicial y decidieron que lo más apropiado era optar por lo que Sindona solía llamar «la solución italiana». Aprovechando que el Renault 5 naranja del juez Alessandrini se había detenido en un semáforo de la vía Muratori de Roma, cinco pistoleros le acribillaron a balazos<sup>[5]</sup>. La investigación tuvo que comenzar de nuevo, y el encargado para esta delicada tarea fue el nuevo gobernador del Banco de Italia, Carlo Azeglio Ciampi, actual presidente de la República italiana<sup>[6]</sup>.

## LA IGLESIA DE LOS POBRES

Mucho antes de su elección como pontífice —desde el altercado con Marcinkus en 1972 como consecuencia de la venta de la Banca Católica del Véneto—, Luciani había transmitido al cardenal Villot numerosas quejas sobre las finanzas del Vaticano, la forma en que Marcinkus dirigía el IOR, la implicación de un mafioso como Michele Sindona en las finanzas de la Iglesia, cómo la influencia de éste se extendía a la administración del patrimonio de la Santa Sede, etc.

Muchos lamentos, pero ningún resultado. Sin embargo, ahora tenía en sus manos el poder para cambiar las cosas. Quería una revolución que sirviera para devolver a la Iglesia a sus orígenes y a congraciarse de nuevo con las enseñanzas de Jesucristo. Dado que el nuevo papa se distinguía por ser un hombre que predicaba con el ejemplo, es muy significativo uno de sus escritos:

Estamos de acuerdo en que la prudencia debe ser dinámica y exhortar a las personas a la acción. Pero hay tres fases que deben ser consideradas: deliberación, decisión y ejecución. Deliberación implica procurarnos los medios que nos llevarán al fin. Se basa en la reflexión,

la petición de consejo, el análisis cuidadoso. Decisión significa, tras el análisis de los diversos métodos posibles, la elección de uno de ellos... [...] Se dice que la política es el arte de lo posible, y de alguna forma es cierto. La ejecución es la más importante de las tres fases: la prudencia, unida a la fuerza, evita el desánimo ante las dificultades y los obstáculos. Es el momento en el que un hombre demuestra ser líder y guía<sup>[7]</sup>.

Tras leer esto nadie podrá dudar de que Juan Pablo I sabía cómo llevar a buen término sus planes. El 28 de agosto ya había llamado mucho la atención su negativa a recibir la tiara cargada de joyas. El papa nunca más sería monarca coronado, sino pastor de su rebaño, como el propio Jesucristo hubiera deseado. Acto seguido, Juan Pablo I se dirigió al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede: «No tenemos bienes materiales que intercambiar ni intereses que discutir. Nuestras posibilidades para intervenir en los asuntos del mundo son específicas y limitadas, y tienen un carácter especial».

Fueron muchos los que vieron en esta declaración de intenciones el fin del Banco Vaticano. En los mercados de valores más importantes del mundo había auténtica expectación respecto a las decisiones que estaba a punto de tomar el nuevo papa. Lo único que quedaba por confirmar era hasta dónde iba a llegar Juan Pablo I en su reforma, algo que, para los especuladores que operaban cercanos a los intereses del Vaticano, podría significar la diferencia entre obtener nuevas ganancias o enfrentarse a la ruina. Además, había una importante cuestión pendiente. Si el papa quería una Iglesia pobre, ¿qué pensaba hacer con las riquezas del Vaticano? Uno de los más preocupados parecía ser el cardenal Villot, de carácter sumamente conservador y al que las nuevas ideas de Juan Pablo I inquietaban profundamente. Las diferencias entre ambos hombres eran cada vez mayores y el papa sentía cada vez más la desaprobación de aquel al que había confirmado en su puesto como secretario de Estado.

## EL REGRESO DE LA LISTA DE LOS MASONES

En los primeros días de septiembre de 1978 comenzaron a hacerse públicas las primeras medidas del nuevo pontífice, entre las que destacaba su intención de variar drásticamente las relaciones del Vaticano con el mundo del gran capital. Aparte de esto, Juan Pablo I ya había dado los primeros pasos hacia una revisión de la postura oficial de la Iglesia respecto al control de la natalidad, algo que levantó ampollas en amplios sectores de la Iglesia, y, en especial, en el cardenal Villot, contrario a los métodos anticonceptivos.

El 5 de septiembre, Juan Pablo I recibió en audiencia al cardenal africano Bernardin Gantin, a quien pondría al frente de Cor Unum, una organización de la Iglesia de ayuda internacional, que hasta ese momento dependía del cardenal Villot. Juan Pablo I no tenía dudas, la Iglesia había de dedicar una parte importante de sus recursos financieros a apoyar planes serios de desarrollo en el Tercer Mundo. Ese mismo día ocurrió un suceso que, para los más suspicaces, debió haber puesto en guardia al papa sobre su seguridad personal. Recibía a una de las mayores autoridades de la Iglesia ortodoxa, el metropolitano Nicodemo de Leningrado. Ambos hombres se sentaron a tomar café, pero nada más dar el primer sorbo, Nicodemo se precipitó al suelo y murió casi instantáneamente. El dictamen oficial fue infarto, aunque era un hombre relativamente joven, 49 años, y según todos los indicios tenía un buen estado de salud.

Con todo, aquél era un problema menor para Juan Pablo I. El 12 de septiembre la agencia de noticias *UOsservatore Politico* divulgó un artículo titulado «La gran Logia del Vaticano», en el que se reproducía, con algunos añadidos, la famosa lista de presuntos masones del entorno de la Santa Sede—cardenales, obispos y otros altos dignatarios de la Iglesia— que ya hemos reproducido anteriormente. Esta agencia de noticias, dirigida por el periodista Carmine Pecorelli, el mismo que acabó con un disparo en la boca tras delatar a sus hermanos masones de P2, se caracterizaba por la

publicación de informaciones escandalosas cuya veracidad siempre era contrastada.

## UN SECRETO A VOCES

Al parecer, el papa se encontraba literalmente rodeado de masones, entre ellos el secretario de Estado, cardenal Jean Villot, el ministro de Asuntos Exteriores, monseñor Agostino Casaroli, el cardenal Sebastiano Baggio, el cardenal Ugo Poletti, vicario de Roma, el arzobispo Paul Marcinkus y monseñor Donato de Bonis, otro alto cargo del Banco Vaticano<sup>[8]</sup>.

Juan Pablo I no acababa de creérselo. Para él era inconcebible que un sacerdote perteneciese a la masonería. Aunque sabía que entre los católicos laicos no era infrecuente —también había comunistas—, tratándose de miembros del clero la situación era muy diferente. Al menos podía contar con que las personas en las que más confiaba en el Vaticano, el cardenal Benelli y el cardenal Felici, no figuraban en la relación de supuestos masones. Así que decidió llamar a este último para tomar café y discutir la situación.

Juan Pablo I disfrutaba de la compañía de Felici, un hombre de pensamiento conservador pero inteligente, sofisticado y espiritual. Para su sorpresa, el cardenal le comentó que conocía la existencia de la lista. Había circulado por la Santa Sede al menos desde 1976, y constituía un secreto a voces. El hecho de que volviera a salir ahora a la luz pública era un claro mensaje al nuevo pontífice para que mediase en el asunto. Lo que estaban requiriéndole era una investigación y una purga de buena parte de la curia y varios de los papables.

—¿Quieres decir que listas como esta existen desde hace más de dos años?

—Eso mismo, Santidad.

—¿Y la prensa las conoce?

—Las conoce. Nunca ha llegado a publicarse una lista completa, pero sí un nombre aquí, otro allá...

—¿Y cuál ha sido la reacción del Vaticano?

—La normal... o sea, ninguna.

El Papa se rió ante la observación.

—¿La lista es auténtica? —preguntó sin rodeos Juan Pablo I. Felici se encogió de hombros.

—Esas listas parecen proceder de los allegados a Lefebvre... no fueron elaboradas por nuestro hermano rebelde francés, más bien las utiliza<sup>[9]</sup>.

(Cuando se habló de los problemas por los que atravesó Pablo VI durante la última etapa de su pontificado, habría que haber precisado que el que más amargura le causó fue el concerniente al obispo Marcel Lefebvre. Él era la máxima expresión del integrismo católico, alguien que consideraba que el II Concilio Vaticano había sido un acto herético, y, en consecuencia, actuaba como si nunca se hubiera celebrado. Día a día, desafiaba la autoridad del Vaticano celebrando en su diócesis misas en latín y de espaldas a los feligreses. La condena pública de Pablo VI no le hizo la menor mella. En cuanto al nuevo papa, sus seguidores ni siquiera le reconocían por el hecho de haber sido elegido por un cónclave del que se había excluido a los cardenales mayores de ochenta años).

La investigación siguió su curso, realizándose discretamente y con la colaboración de las autoridades italianas, que encontraron testigos que apoyaron la presunta pertenencia del secretario de Estado Villot y su asistente, el cardenal Baggio, a la masonería. Ahora estaba claro el motivo de la insistencia del cardenal Villot en la necesidad de una «modernización» de la postura que mantenía la Iglesia respecto a la masonería. Esto mismo podía decirse de la práctica totalidad de los nombres que figuraban en la lista.

El 13 de septiembre, el papa llamó a Roma a uno de sus hombres de confianza. Germano Pattaro, para que aceptase ser su consejero. Según las propias palabras de Pattaro, el papa estaba viviendo «un mes de infierno», un vía crucis: «Comienzo a entender ahora cosas que no había comprendido antes. Aquí cada uno habla mal del otro. Si pudieran, hablarían mal hasta de Jesucristo». La curia, indecisa y dividida, acosaba al papa constantemente y la relación con Marcinkus y Villot era cada vez más tensa. La antipatía de

Marcinkus queda patente en unas declaraciones que realizó tras el fallecimiento del pontífice:

Ese pobre hombre, el papa Juan Pablo I, llega de Venecia, una diócesis pequeña, de gente mayor, donde no hay más que 90 000 personas en la ciudad y los sacerdotes son viejos. De repente lo meten en un sitio como éste, sin saber siquiera dónde está cada despacho. No tiene ni idea de a qué se dedica la secretaría de Estado [...]. La suya era una sonrisa muy nerviosa [...]. Además, hay que tener en cuenta que no era una persona de mucha salud... No hay más que coger el periódico todos los días y ver cómo hay mucha gente joven que consigue un buen puesto de trabajo y al poco tiempo se muere. Y no por eso va uno a pensar que los mataron<sup>[10]</sup>.

El propio Marcinkus era consciente de que sus días al frente del IOR acabarían pronto: «No me queda mucho», le comentó a un amigo. A partir del 20 de septiembre ya se rumoreaba en Roma que el papa se disponía a expulsar a algunos de los hombres más representativos de la Santa Sede. El número de cigarrillos fumados por el cardenal Villot, fumador empedernido, puede servirnos de barómetro para medir su agitación nerviosa. Desde la coronación de Juan Pablo I, las dos cajetillas diarias de Galois que fumaba el cardenal habían subido a tres, y algunos días llegaban incluso a cuatro<sup>[11]</sup>. Se sentía traicionado por la Santa Sede. Él y no otro se había mantenido firme al frente del Vaticano durante los agónicos últimos años de Pablo VI, cuando se le empezaba a llamar el «Papa Hamlet». Él y no otro había mantenido la Iglesia en funcionamiento mientras Pablo VI vagaba por los pasillos del palacio de Letrán. La prensa francesa le llamaba el «De Gaulle de Dios»<sup>[12]</sup>.

## **SOLO ANTE EL PELIGRO**

Uno de los hombres más preocupados era Roberto Calvi, cuyos negocios con Marcinkus y el Banco Vaticano podrían llevarle a la cárcel de por vida. Las noticias que recibía de sus informadores en el Vaticano no podían ser



más inquietantes. El banquero milanés estaba convencido de que el papa quería vengarse por la compra de la Banca Católica del Véneto. Si no, ¿para qué tanta investigación en el Instituto para las Obras de Religión? Si era la ira lo que motivaba la forma de actuar de Juan Pablo I, tal vez se le pudiera calmar de alguna forma (ofreciéndole, por ejemplo, una generosa donación para obras de caridad). Pero según iba recibiendo informes, Calvi se daba cuenta de que tenía ante sí a una persona con la que no estaba acostumbrado a tratar: Juan Pablo I era incorruptible, insobornable y, en definitiva, honrado.

Calvi se jugaba mucho. Se había apropiado ilegalmente de más de 400 millones de dólares mediante la evasión fiscal y la creación de varias sociedades fantasma. Era demasiado lo que dependía de que el ahora investigado Marcinkus siguiera en su puesto. La única y remota posibilidad de que todo continuase como hasta ese momento era que el papa muriese antes de destituir a los hombres de confianza del anterior pontífice y pusiese en su lugar a alguien menos partidario de reformar las finanzas vaticanas. Un mes después de ser elegido papa, Juan Pablo I había conseguido llevar el temor y la incertidumbre al corazón de los principales responsables de la corrupción vaticana.

El 23 de septiembre, Juan Pablo I tomó posesión como obispo de Roma. Su homilía no contribuyó a tranquilizar las posibles conciencias culpables que hubiera en la Santa Sede, sobre todo porque en un momento del discurso se volvió hacia Marcinkus y dijo:

Aunque durante más de veinte años he sido obispo de Vittorio Véneto y Venecia, reconozco que no he aprendido el oficio demasiado bien. En Roma, me adscribiré a la escuela de san Gregorio el Grande, que escribió que un pastor debe, con compasión, estar cercano a cada uno de los que le han sido encomendados; independientemente de su puesto se debe considerar al mismo nivel que el rebaño, pero no debe temer ejercer los derechos de su autoridad contra los inicuos<sup>[13]</sup>...

Dado que la mayoría de los presentes no tenían la menor idea de las turbias corrientes que recorrían el subsuelo del Vaticano, se limitaron a asentir ante tan sabias palabras. Para los iniciados, aquel mensaje era una

suave y discreta declaración de guerra. El final de la corrupción estaba próximo.

Para entonces, los rumores de la existencia del informe solicitado al cardenal Villot por el papa ya habían llegado al prestigioso semanario estadounidense *Newsweek*, que daba por segura la destitución de Marcinkus. En la Ciudad del Vaticano, se barajaban decenas de nombres que, tras Marcinkus y Villot, abandonarían la Santa Sede.

## EL CARDENAL ARROGANTE

También había que solucionar el asunto del Banco Ambrosiano, desvincularse de Calvi y sus negocios sucios a la mayor brevedad, salvar lo que se pudiera, tanto en prestigio como en dinero, y buscar un nuevo banquero para la Santa Sede. El principal candidato era Lino Marconato, director del Banco San Marco, que fue llamado a los aposentos del papa para celebrar una reunión confidencial el 25 de septiembre.

Tres días más tarde, el 28 de septiembre, fue la fecha elegida para dar comienzo a la purga. El primero en ser convocado al despacho del papa fue el cardenal Baggio. A pesar de lo que dijera la doctrina, el papa no pensaba excomulgarle, ya que sólo había en su contra pruebas circunstanciales y, aun teniendo la certeza de su vinculación a la masonería, castigar a un cardenal hubiera sido un escándalo que no se podía permitir una ya muy debilitada Iglesia. Sin embargo, lo que sí tenía claro Juan Pablo I es que no quería a su lado a un hombre en el que no confiaba, así que tomó una solución salomónica. Dado que desde que fue elegido papa Venecia estaba sin patriarca, decidió ofrecerle el puesto a Baggio.

Lo que sucedió a continuación no estaba en los planes del papa. Baggio se negó, y lo hizo en un tono poco apropiado para dirigirse a un pontífice. De hecho, estaba furioso. No quería cambiar Roma por una diócesis periférica donde nadie iba a contar con él. Le gustaba Roma y le gustaban los manejos políticos del Vaticano. Dentro de poco iba a presidir la conferencia de Puebla, en México, y quería capitalizar aquel protagonismo.

La negativa, y sobre todo el tono de protesta de Baggio, desconcertaron al papa, que consideraba la obediencia como uno de los valores fundamentales del sacerdocio. Él mismo había aceptado sin rechistar en su vida muchas decisiones de la Santa Sede que no compartía. Es más, incluso durante su actual etapa de pontificado, caracterizada por el descubrimiento de una corrupción tras otra, solía excusar a los culpables pensando que sus acciones, probablemente, tuvieran su origen en la obediencia debida. No obstante, aquel cardenal arrogante que por razones egoístas se negaba a acatar una decisión del papa era algo inconcebible. Aun así, el pontífice mantuvo la calma. Despidió a Baggio y se fue a almorzar, meditando una solución para el problema.

Tras una corta siesta, el papa dio un paseo por los corredores de palacio. A las 15.30 volvió a su despacho e hizo algunas llamadas telefónicas: llamó a Padua al cardenal Felici, a Florencia al cardenal Benelli y llamó a Villot, a quien convocó a una reunión unas horas más tarde. A sus dos hombres de confianza les contó lo que había sucedido y les pidió consejo. Al secretario de Estado le comunicó el resto de sus decisiones.

Al caer la tarde, refrescó un poco. El cardenal Villot se sentó a tomar el té con el papa, aunque en el ambiente se notaba una tensión que dejaba claro que aquella no iba ser una reunión de cortesía. Como siempre, Juan Pablo I se dirigió al cardenal en francés y le pidió que antes de veinticuatro horas destituyera a Marcinkus como máximo responsable de la banca vaticana. Ni siquiera deseaba que el obispo permaneciera en el Vaticano; en su tierra natal, como obispo auxiliar de Chicago, sería mucho más útil a la Iglesia. A Marcinkus le sustituiría monseñor Giovanni Angelo Abbo, secretario de la prefectura de asuntos económicos de la Santa Sede, un hombre con una sólida formación financiera y que contaba con toda la confianza del pontífice. Además, Juan Pablo I anunció otros cambios en el seno del Instituto para las Obras de Religión:

Mennini, De Strobel y monseñor De Bonis serán apartados. Inmediatamente. De Bonis será reemplazado por monseñor Antonetti. Discutiré cómo cubrir las otras vacantes con monseñor Abbo. Quiero que todos nuestros vínculos con el grupo del Banco Ambrosiano

terminen lo más deprisa posible. En mi opinión, esto será imposible de seguir con las personas que actualmente están al cargo<sup>[14]</sup>.

## EL CASTIGO A LOS INICUOS

Villot tomó nota en silencio de estas disposiciones. Sabía que Marcinkus y su grupo habían especulado con las finanzas del Vaticano durante años. No era asunto suyo, él se había limitado tan sólo a mirar para otro lado. El segundo punto del orden del día era el futuro del cardenal Baggio. El papa había meditado todo el día sobre el tema y finalmente llegó a una resolución. Baggio iría donde se le dijese, no había discusión posible. El papa no tenía ninguna intención de volver a hablar con él, sería Villot quien le comunicase su nuevo destino en Venecia:

Venecia no es un tranquilo mar de rosas. Precisa de un hombre con la fuerza de Baggio. Nos gustaría que usted conversase con él. Dígale que todos debemos hacer algún sacrificio en este momento. Tal vez sea bueno recordarle que yo no tengo la menor intención de volver a asumir ese puesto<sup>[15]</sup>.

Asimismo, el papa comunicó a su secretario de Estado el resto de cambios que tenía planeados, entre los que se encontraba la inmediata sustitución de todos los presuntos masones del Vaticano por hombres de su confianza. Los destituidos serían destinados a puestos de segunda fila y sus actividades estarían supervisadas por «verdaderos católicos». El cardenal Pericle Felici sería el nuevo vicario de Roma, en sustitución del cardenal Ugo Poletti, que reemplazaría, a su vez, al cardenal Benelli como obispo de Florencia. Benelli se convertiría en el nuevo secretario de Estado, relevando al propio Villot, cuya renuncia debería ser presentada en breve para así poder regresar a su Francia natal. El cardenal pareció encajar la noticia bastante mal, aunque su protesta fue en términos más respetuosos que los de Baggio.

El papa le recordó un episodio de la historia vaticana por si podía sacar alguna enseñanza de él. Pío X destituyó al cardenal Rampolla, secretario de

Estado con León XIII, porque existía la sospecha de que era masón. No es que aquella historia tuviera nada que ver con él, era sólo un ejemplo histórico para demostrarle que los secretarios de Estado no tenían por qué serlo de por vida. El golpe de gracia para Villot fue la confirmación de que sería el Santo Padre quien recibiera al comité norteamericano sobre el control de población el 24 de octubre. Esta delegación del gobierno estadounidense trataba de modificar la posición de la Iglesia sobre la píldora anticonceptiva, algo a lo que el papa no pondría demasiados reparos.

La reunión con Villot finalizó a las 19.30. Después, el papa se retiró a orar y tomó una cena ligera, servida por la hermana Vincenza, su cocinera y ama de llaves desde hacía años. A las 21.30, después de cenar y haber visto las noticias de la televisión, el papa, que parecía de buen humor, se despidió de sor Vincenza y sus asistentes: «Buonanotte. A domani. Se Dio vuole» (Buenas noches. Hasta mañana. Si Dios quiere).

## **LA MUERTE DEL PAPA**

A la mañana siguiente, sor Vincenza, siguiendo la rutina habitual, llamó a la puerta del papa a las cuatro de la madrugada y dejó una bandeja con el café en la puerta. Media hora después, cuando volvió a pasar, la bandeja estaba intacta, lo cual extrañó a la religiosa. Insistió en su llamada, pensando que el pontífice se había quedado dormido. Al no obtener respuesta decidió entrar. La escena que vio no podía ser más impactante. La luz estaba encendida y el papa sentado en la cama, aparentemente revisando unos papeles, de hecho tenía las gafas puestas. Sin embargo, al acercarse más, la religiosa apenas pudo contener una exclamación de horror. En la cara del pontífice se dibujaba una sonrisa macabra y grotesca. Sus ojos, muy abiertos, parecían salirse de las órbitas.

Como pudo, teniendo en cuenta que padecía del corazón y que estaba impresionada por lo que acababa de ver, la monja corrió en busca del padre Magee, uno de los asistentes del papa. Tras comprobar que éste estaba

muerto, telefoneó al cardenal Villot, que formuló una pregunta que sorprendió un poco al joven sacerdote: «¿Sabe alguien más que el Santo Padre ha muerto?». Nadie, excepto él y sor Vincenza, lo sabía. Villot ordenó que nadie accediera a la habitación del papa. Apenas unos minutos después, apareció perfectamente afeitado, despierto e impecablemente vestido con todos los ornatos de cardenal.

La Santa Sede comenzó entonces una confusa campaña de mentiras mezcladas con medias verdades sobre la muerte del papa que levantaron las primeras sospechas de asesinato. Y no era porque no hubiera enemigos suficientemente poderosos y con motivos dentro del Vaticano como para recurrir a la más terrible de las soluciones. Desde luego, un atentado contra el papa en medio de la plaza de San Pedro era impensable. La muerte tenía que producirse de forma aparentemente accidental, sin investigaciones ni complicaciones para la Iglesia.

La mejor forma de plantear un hipotético atentado contra el papa era mediante un veneno que después de administrado no dejara ninguna señal externa. El autor debía ser, además, una persona familiarizada con la rutina del Vaticano. En este sentido, la actitud del cardenal Villot ha sido calificada por múltiples analistas de llamativa. Cuando llegó junto al cuerpo, al lado de la cama del papa, en la mesilla de noche, estaba el frasco con el medicamento que Juan Pablo I tomaba para sus problemas de presión arterial baja. Villot se lo guardó en la sotana y arrancó de las manos del cadáver los apuntes sobre las designaciones de las que habían conversado la tarde anterior. Vacío su escritorio de papeles e incluso se llevó sus gafas y sus zapatillas. Ninguno de estos objetos ha vuelto a ser visto jamás.

Una vez hecho esto, el cardenal llamó por teléfono al doctor Buzzonettí, el médico del papa, y procedió a administrar la extremaunción al cadáver. Luego, Villot impuso el voto de silencio a la hermana Vincenza, enviándola de vuelta a su convento en Venecia, e instruyó a todos para que la muerte del pontífice fuera silenciada hasta que él ordenara lo contrario. El doctor Buzzonettí llegó antes de las seis de la mañana y dictaminó que la causa de la muerte había sido una oclusión cardíaca ocurrida alrededor de las 22.30. Según el médico, el fallecimiento fue instantáneo y el pontífice no sufrió. Los enemigos del papa tuvieron su «milagro», el pontífice había muerto.

## «ALBINO LUCIANI, ¿ESTÁS MUERTO?»

Villot procedió a realizar la ancestral ceremonia de la certificación de la muerte. Sacó de su sotana un pequeño martillo de plata, y golpeando levemente la frente del cadáver preguntó tres veces: «Albino Luciani, ¿estás muerto?». Tras esto, dictaminó oficialmente la muerte del papa. Villot decidió que el difunto Juan Pablo I debía ser embalsamado de inmediato, sin dar posibilidad a ningún tipo de autopsia. De hecho, poco después de las seis se presentaron los embalsamadores Ernesto y Arnaldo Signoracci, a los que Villot había llamado desde su aposento nada más recibir la llamada del padre Magee. Los hermanos Signoracci comenzaron inmediatamente su trabajo, lo cual es llamativo, puesto que, como recordaremos, era tradición que los papas no fuesen embalsamados (esta costumbre había provocado algunas situaciones embarazosas y grotescas).

Una consecuencia directa del embalsamamiento es que imposibilita cualquier intento de realizar la autopsia a un cadáver, sobre todo, en los casos de envenenamiento. Los hermanos Signoracci hicieron un magnífico trabajo, en especial en el rostro del pontífice, del que desapareció la horrible mueca con que fue encontrado y volvió a adquirir la serenidad que tuvo en vida. Mientras los embalsamadores trabajaban, Villot habló con el padre Magee. Para el mundo, sería él y no sor Vincenza quien habría encontrado el cadáver. Nunca se volvieron a mencionar los papeles ni ninguno de los objetos que se había llevado Villot de la habitación del pontífice. En su lugar, se dijo que el papa estaba leyendo un libro religioso. El siguiente paso de Villot fue comunicar la muerte del papa al decano del Sacro Colegio cardenalicio, al jefe del cuerpo diplomático y al comandante de la Guardia Suiza.

A las 6.45 el arzobispo Marcinkus llegó a la Santa Sede, donde fue informado de la muerte del papa por un miembro de la Guardia Suiza. (Este dato es revelador porque Marcinkus no era madrugador y nunca llegaba a su despacho antes de las nueve de la mañana). A las 7.27 Radio Vaticana informaba al mundo del fallecimiento del pontífice. Nada más conocerse la noticia, un sector de la prensa italiana comenzó a sospechar de la versión oficial. El primer hecho refutado fue el «libro religioso» que presuntamente

se había encontrado en las manos del papa. Aquel volumen estaba entre las pertenencias personales del Santo Padre que aún se hallaban en Venecia. El 5 de octubre, el Vaticano tuvo que admitir que en el momento de su muerte Juan Pablo I repasaba «ciertas designaciones en la curia y el episcopado italiano».

Otro asunto difícil de explicar era el embalsamamiento. La ley italiana prohibía que un cadáver fuera embalsamado antes de cumplirse las veinticuatro horas del fallecimiento. El 1 de octubre, el *Corriere della Sera* publicaba un reportaje titulado «¿Por qué no una autopsia?», en el que su autor, Cario Bo, reflexionaba:

La Iglesia no tiene nada que temer, por tanto, no tiene nada que perder. Más bien al contrario, tendría mucho que ganar. Saber a causa de qué murió el Papa es un hecho histórico legítimo, parte de nuestra historia viviente, y no afecta de ninguna manera el misterio espiritual de su muerte. El cuerpo que dejamos atrás cuando morimos puede ser estudiado por nuestros pobres instrumentos, no es más que un residuo. El alma está ya, o mejor, siempre estuvo, sometida a otras leyes, que no son humanas, que todavía permanecen inescrutables. No transformemos en misterio un secreto que hay que guardar por razones terrenales. Debemos reconocer el significado de nuestros secretos. No declaremos sagrado lo que no lo es.

Las sospechas se hicieron más intensas si cabe al hacerse público por parte de los médicos personales del papa que éste se encontraba en un magnífico estado de salud; sólo estaba aquejado de un ligero problema de presión sanguínea baja. Esta afirmación obligó a Villot a inventarse una historia que hizo circular entre los cardenales que reclamaban una autopsia. Según la nueva versión, el pontífice habría fallecido a causa de una sobredosis de Efortil, el medicamento que tomaba para regular su presión sanguínea. Si se descubría esta circunstancia era probable que se corriese el bulo de que Juan Pablo I se había suicidado. Cuando esta historia tampoco pareció apaciguar a los partidarios de realizar una autopsia a Juan Pablo I, Villot recurrió al derecho canónico, diciendo que era la ley la que prohibía la autopsia de un pontífice, lo cual también era mentira; de hecho, en 1830, el cuerpo de Pío VIII fue sometido al análisis del forense.



Más tarde se descubrió también que había sido sor Vincenza quien encontró el cadáver, e incluso se especuló con la presencia de vómito en el lugar de la muerte, indicador de un posible envenenamiento.

El nuevo cónclave para elegir sucesor al papa comenzó el domingo 15 de octubre de 1978, y desde el principio se hizo patente que no iba a ser tan rápido ni sencillo como el último. El favorito era el cardenal Benelli, que estaba dispuesto a continuar con las reformas de su antecesor, pero a Benelli le faltaron nueve votos para alzarse como Sumo Pontífice. El vencedor resultó ser un candidato de compromiso, el cardenal Karol Wojtyła, de Polonia, en el polo opuesto de las ideas de Juan Pablo I, a pesar de haber elegido el mismo nombre. Si realmente la muerte de Juan Pablo I fue fruto del asesinato, a los conspiradores todo les había salido a pedir de boca.

## UN COMIENZO ACCIDENTADO EL ESCÁNDALO DEL BANCO AMBROSIANO

*El inicio del pontificado de Juan Pablo II no pudo ser más turbulento. Nada más llegar al trono de San Pedro tuvo que hacer frente al mayor escándalo financiero de la historia de la Santa Sede, la quiebra del Banco Ambrosiano, un acontecimiento que tenía todas las características de un drama de Shakespeare y que, además, terminaba igual que éstos: con muchos cadáveres en el escenario...*

Tras la muerte de Juan Pablo I, y durante el período de sede vacante, la prensa hizo numerosas conjeturas sobre los posibles *papabili* que tenían más posibilidades. En las columnas de opinión se apuntaba que lo que más convenía a la Iglesia era un pontífice que la mantuviera a favor de los vientos de la historia.

El anuncio de la elección del polaco Karol Wojtyla como nuevo papa cogió por sorpresa a todos. Por segunda vez en dos meses, los pronósticos del cónclave se convirtieron en papel mojado, y un desconocido subió al trono de San Pedro. Pese a los buenos propósitos de Juan Pablo I, tras un mes en el pontificado no había variado la marcha de la Iglesia, y la situación en este cónclave volvió a ser la misma que en el anterior: dos bloques enfrentados y los líderes de ambos, Benelli y Siri, como máximos favoritos. El empate de votos entre Siri y Benelli hizo que en la segunda jornada del cónclave la votación se dispersara hacia otros candidatos, convergiendo fundamentalmente en Karol Wojtyla. A que esto fuera así había contribuido notablemente el arzobispo de Viena, Franz Konig, que

durante el cónclave se prodigó distribuyendo un libro de homilías titulado *Signo de contradicción*, cuyo autor era el cardenal Wojtyla.

Este debió de recordar en aquellos momentos que su antiguo amigo, el profesor Stefan Swiezawski, había tenido el presentimiento de que Wojtyla se convertiría en papa algún día<sup>[1]</sup>. Así que cuando se dio cuenta de que existían posibilidades de que fuera elegido, se mostró reacio a aceptar, porque ello supondría abandonar su tierra natal, su familia, amigos y feligreses, dejar su trabajo como obispo y cambiar radicalmente de vida para trasladarse a Roma y asumir el gobierno de la Iglesia.

El peso de los cardenales centroeuropeos en la elección fue importante. Así, el cardenal Konig, al entrar en el cónclave el 14 de octubre, preguntó al primado de Polonia, el cardenal Stefan Wyszynski:

—¿Y si el próximo Papa fuera un polaco? A lo mejor Polonia tendría algún candidato...

—¡Dios mío! ¿Te parece que yo debería acabar en Roma? Eso supondría un triunfo sobre los comunistas.

—No, no me refiero a ti, pero hay un segundo hombre polaco...

—¡Ah!, Karol es demasiado joven, es un completo desconocido... nunca podría ser Papa<sup>[2]</sup>.

Sin embargo, pocas horas después, y viendo el curso que tomaba el cónclave, el primado de Polonia se acercó discretamente a su joven pupilo y le dijo: «Si te eligen, acéptalo». Por ello, cuando tal como dicta el ritual de la elección, se le preguntó a Wojtyla si asumía el cargo de Sumo Pontífice, pronunció la siguiente frase: «En obediencia a la fe a Cristo, mi señor, confiado en la Madre de Cristo y de la Iglesia, no obstante las graves dificultades, acepto»<sup>[3]</sup>.

Ya siendo papa, promulgó la constitución apostólica *Universi Dominici Gregis*, que regula la futura elección del Sumo Pontífice y en la que se pide a quien resulte elegido que «no renuncie al ministerio al que es llamado por temor a su carga, porque Dios, al imponérsela, le sostendrá con su mano».

## UN PAPA POLACO

Aunque el cónclave es secreto, un cardenal contó después que Karol Wojtyla fue elegido con 99 votos en el octavo escrutinio. Siempre según ese purpurado, ya fallecido, el cardenal de Cracovia obtuvo 11 votos la mañana del lunes 16, en el sexto escrutinio; 47 votos en el séptimo y 99 en el octavo.

El 16 de octubre de 1978, alrededor de las seis y media de la tarde, la multitud esperaba la fumata en un ambiente tenso y cargado de comentarios sobre el futuro papa. En ese momento se produjo otro de los ya habituales episodios de confusión con el humo de la Capilla Sixtina. No se sabía de qué color era. Primero salió blanco, luego negro... El potente foco que iluminaba la chimenea no contribuía a aclarar las cosas. La gente reunida en la plaza de San Pedro estaba desconcertada, algunos aplaudían tímidamente, otros preguntaban: «¿Qué pasa?, ¿de qué color es la fumata, negra o blanca?». Para despejar las dudas, los altavoces del Vaticano anunciaron que había sido elegido el nuevo pontífice. Un gran júbilo estalló: la gente cantaba, rezaba, lloraba y vitoreaba en un ambiente cargado de gran emoción.

Poco después se abrió el ventanal del balcón central de la basílica de San Pedro y salió el cardenal Feriele Felici, que había sido secretario general del concilio. El cardenal Felici pronunció la célebre expresión latina: «Habemus Papam!», «Carolus... Wojtyla».

El nombre de Wojtyla fue acogido con la máxima sorpresa por los presentes. Más sorprendente aún que el hecho de ser un desconocido, era el que se tratase de un cardenal de nacionalidad polaca. Un periodista italiano, Gianfranco Sviderkowski, de origen polaco, puso entre su lista de futuribles papas a los dos polacos, pero más por simpatía hacia sus orígenes que por creerlo realmente. Por primera vez en la historia, un polaco llegaba a la sede de San Pedro. Incluso para los propios cardenales polacos, la elección lógica habría sido el cardenal Wyszynski, muy conocido por su visceral anticomunismo.

Precisamente la cuestión de las relaciones de la Santa Sede con el comunismo pasó a un primer plano de la atención pública. La noticia fue

recibida con disgusto por los gobiernos de los países del Este europeo. Sin embargo, hubo quien lo vio con más optimismo, incluso algún periodista español vaticinó que con la elección de Karol Wojtyla la Iglesia llegaría a un entendimiento con el comunismo.

De todas maneras, ahí no terminaron las sorpresas. Nada más salir al balcón, los fieles congregados en la plaza de San Pedro pudieron comprobar que el aspecto físico del nuevo pontífice distaba mucho del de los papas anteriores. Era un hombre relativamente joven, fornido y jovial que nada tenía que ver con la sofisticación y amaneramiento que habían caracterizado a la Santa Sede hasta entonces<sup>[4]</sup>.

## **RUMORES Y FOTOGRAFÍAS**

Pese a todo, su «falta de refinamiento», lejos de constituir un inconveniente, le sirvió para encandilar desde el primer momento a los cristianos de todo el mundo. Los fieles veían en Wojtyla un papa campechano y humilde que buscaba la cercanía antes que el boato vaticano. Ni siquiera los italianos se sintieron a disgusto porque se hubiera roto la tradición de siglos de papas de aquel país. Al contrario, nada más salir al balcón de San Pedro, la multitud recibió con vítores y aplausos a aquel corpulento hombre que se esforzaba en hablar la lengua del que, a partir de ese momento, sería su nuevo país.

Según se fueron desvelando episodios de la biografía del nuevo pontífice, en especial de su juventud, la gente se iba sintiendo más cautivada con su figura. En aquellos primeros años, sus amigos del grupo de teatro del que formaba parte no dudaban de que Karol se convertiría con el paso de los años en un conocido actor u hombre de letras, y desde luego ninguno dudaba de que se casaría y formaría una familia<sup>[5]</sup>. Wojtyla era un joven muy religioso, tanto que imponía una especie de respeto instintivo entre sus compañeros, que en su presencia no osaban contar chistes verdes, soltar exabruptos y mucho menos blasfemar. Estas anécdotas pueden sonar a leyenda, pero su moralidad y sus modales calmados y silenciosos tuvieron, a lo largo de su vida, un extraño efecto intimidante sobre los

demás, del que han hablado muchos de los que en algún momento frecuentaron su compañía.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Wojtyla trabajó en una factoría de productos químicos controlada por los nazis, mantuvo relaciones con las guerrillas marxistas de la resistencia y fue amigo de varias mujeres. A raíz de esto, y de que durante aquellos años, entre 1939 y 1944, hay una etapa oscura y apenas conocida en su biografía, comenzó a circular por Roma el rumor de que podría haber estado casado. Pero la popularidad del nuevo papa era tal que estas habladurías no afectaron su carisma. Ni siquiera su imagen se vio empañada cuando la prensa sensacionalista italiana publicó unas fotos inéditas de Su Santidad tomando el sol desnudo junto a la piscina. (A raíz de aquellas fotos, Licio Gelli hizo un comentario cuando menos inquietante, sobre todo si tenemos en cuenta los acontecimientos posteriores: «Fíjate en los problemas que debe de tener el servicio secreto. Si es posible tomar esas fotografías del Papa, imagina lo fácil que sería dispararle»<sup>[6]</sup>. Casi tan fácil como hubiera sido envenenar a su antecesor).

Algo muy similar debió de pasar por la mente de Juan Pablo II, dado que una de las primeras decisiones que tomó pocos días después de su elección fue, precisamente, la de crear un cuerpo de seguridad, el Servicio Secreto de Su Santidad (SSSS): cinco policías de élite, equipados con el material más moderno, encargados de garantizar la seguridad personal del papa; y otro equipo de veinte agentes, cuya labor era mezclarse con la multitud en las apariciones públicas del Sumo Pontífice<sup>[7]</sup>.

## **LA VIDA SIGUE IGUAL**

Juan Pablo II pronto demostró que, pese a haber elegido el nombre del papa anterior, estaba lejos de continuar su obra. Ni una sola de las reformas propuestas por Juan Pablo I se hizo realidad. El cardenal Villot volvió a ocupar el cargo de secretario de Estado, esta vez con un papa con el que tenía más cosas en común; Marcinkus siguió al frente del Banco Vaticano y Calvi continuó dedicándose al fraude a gran escala. Los mismos que habían

hecho imposible el pontificado de Juan Pablo I seguían ocupando los puestos clave del Vaticano ahora con Juan Pablo II. La Iglesia había dado un paso atrás, regresaba a la época de Pablo VI.

No es de extrañar que el cardenal Villot estuviera pictórico, a pesar de sus años y su delicada salud. Organizó para el nuevo papa un acto de celebración al que acudieron los más estrechos colaboradores del pontífice, y en el que se brindó con champán. Se dice que en aquel acto informal, el papa se saltó el protocolo y entonó para los presentes una canción popular polaca titulada *El montañero*. Sin embargo, poco duraría la alegría en la Santa Sede. Al haber mantenido en sus puestos a los principales responsables de la economía vaticana, Juan Pablo II no sabía que había dejado preparado el escenario para el mayor escándalo financiero en el que se vería envuelta la Iglesia en toda su historia: el asunto del Banco Ambrosiano.

Como hemos podido ver en los capítulos precedentes, el Vaticano había establecido en los últimos años profundos lazos con el presidente del Banco Ambrosiano, Roberto Calvi, lazos tan fuertes que el propio arzobispo Marcinkus se sentaba en el Consejo de Administración de la filial que el banco tenía en las Bahamas<sup>[8]</sup>. Sin embargo, Calvi resultó ser tan poco de fiar como Michele Sindona, y obedecer a los mismos intereses poco confesables (la mafia y la logia Propaganda Due<sup>[9]</sup>). Incluso se ha apuntado que el entramado bancario de Calvi fue utilizado por la CIA para canalizar operaciones financieras que preferían mantener lo más lejos posible de la opinión pública<sup>[10]</sup>. Es más, escuadrones de la muerte y paramilitares de toda Latinoamérica habrían obtenido mediante esta vía buena parte de sus recursos económicos.

El banco católico, tradicionalmente utilizado por el clero para obras de caridad, pasó a ser una enorme «lavadora» de dinero, como antaño lo fueron los bancos de Sindona. Para ello, Calvi comenzó a hacer cuantiosos préstamos a empresas fantasma que, para tener mayor legitimidad, mantenían cuentas en el Banco Vaticano, en las que eran domiciliados los citados préstamos<sup>[11]</sup>. Seis de estas corporaciones tenían su sede en Panamá: Astolfine S. A., United Trading Corporation, Erin S. A., Bellatrix S. A., Beirose S. A., y Starfield S. A. Había dos empresas más establecidas en

sendos paraísos fiscales europeos, Manic S. A., en Luxemburgo, y Nordeurop Stablishment, en Liechtenstein. El principal propósito de estas corporaciones no era otro que hacer a Calvi más rico, financiar las operaciones de Licio Gelli y Propaganda Due y blanquear dinero para la mafia. Sin embargo, éstas no eran, ni mucho menos, sus únicas actividades.

## DEUDAS Y MISILES

Buena parte del dinero que conseguían estas empresas a través de los préstamos del Banco Ambrosiano se invertía en la compra de acciones del propio banco, de manera que Calvi iba obteniendo poco a poco más control sobre la institución.

Entre estas empresas merece mención aparte Bellatrix, controlada directamente por Marcinkus, pero que fue creada por tres de los miembros más prominentes de Propaganda Due, el propio Gelli, Ortolani y Bruno Tassan Din, director ejecutivo y estratega financiero del gigantesco grupo editorial Rizzoli. Con apenas diez millones de dólares de capital social, Bellatrix obtuvo del Banco Ambrosiano 184 millones, con los que se dedicó a comprar misiles Exocet que más tarde vendería a Argentina y serían utilizados durante la guerra de las Malvinas. Una de las claves de esta operación podría haber sido la gran amistad que unía a Licio Gelli con el almirante argentino Emilio Eduardo Massera, que fue durante un tiempo jefe de la junta militar<sup>[12]</sup>. Astolfine, otra de las empresas, tenía un capital mucho menor, apenas diez mil dólares, lo que no fue obstáculo para que se hiciera con 486 millones de dólares del Banco Ambrosiano. Con transacciones de este tipo no hacía falta ser un avezado analista financiero para prever la pronta caída del entramado financiero de Calvi.

A pesar de ello, todo pasó por legal ante los inspectores del Banco de Italia. Cuando éstos preguntaban por la naturaleza de aquellas empresas se les respondía que pertenecían al Vaticano, que las utilizaba para fines propios de la Iglesia. En principio no había por qué dudar, ninguna garantía podía ser mejor que la de la Iglesia católica. De esta forma, la hemorragia



de dinero continuó: desde el Banco Ambrosiano hasta las empresas fantasma pasando antes por el Banco Vaticano, que se quedaba con una parte en concepto de comisión.

Esta impunidad hizo que Calvi se fuera envalentonando paulatinamente hasta que, al final, terminó por llamar la atención de las autoridades italianas. Licio Gelli, el hombre de los mil contactos, estaba obstruyendo y retrasando sistemáticamente la investigación contra su amigo Calvi gracias a sus agentes infiltrados en la Guardia de Finanzas. A pesar de todo, la investigación prosiguió su curso y en marzo de 1979 Lucca Mucci, el juez encargado del caso, tuvo acceso a la lista de los veinte accionistas mayoritarios del Banco Ambrosiano. El principal era el propio banco, con el 7,39 por 100 del total. A través del Instituto para las Obras de Religión, el Vaticano poseía el 1,82 por 100 de las acciones. Los demás accionistas eran Toro Assicurazioni (5,11), Kredietbank, de Amberes (3,09), Crédito Overseas, de Panamá (2,98), SAPI (1,58), Lantana, de Panamá (1,40), Cascadilla, de Panamá (1,40), Rekofinanz, de Vadúz (Liechtenstein) (1,22), Ulricor, de Vadúz (Liechtenstein) (1,04), La Fidele, de Panamá (1,02), Cogebel Lux, de Luxemburgo (1,00), Ecke, de Liechtenstein (0,92), Finkurs, de Liechtenstein (0,92), Finprogram, de Panamá (0,92), Orfeo, de Panamá (0,92), Marbella, de Panamá (0,92), Sektorinvest, de Liechtenstein (0,65), Crédit Commercial, de Francia (0,46), Sansinvest, de Liechtenstein (0,46), Italfid Italtrust (0,70<sup>[13]</sup>).

Aunque la participación nominal del Vaticano en el banco era pequeña, los negocios en los que participaban juntos Calvi y Marcinkus eran múltiples y variados:

En el curso de cinco años (1972-1977), el Vaticano ha sido recompensado con cerca de 70 mil millones de liras por haberse prestado a ciertas operaciones con títulos efectuados por sociedades del grupo Ambrosiano. La función del Instituto para las Obras de Religión, que a efectos de la legislación italiana es un banco no residente, y por tanto no sometido a las limitaciones que rigen para los bancos italianos, consistió en actuar de pantalla en movimiento de títulos realizados por el Banco Ambrosiano<sup>[14]</sup>.

El 12 de junio de 1980, Mucci recibió un informe del cuerpo de Guardia de Finanzas que «contenía pruebas de que Calvi y algunos de sus colaboradores habían cometido varios delitos graves: exportación ilegal de capitales, falsificación de documentos bancarios y fraude»<sup>[15]</sup>.

Dos semanas después, el juez Mucci ordenó a Calvi que entregara su pasaporte. No obstante, Calvi, con la inestimable ayuda, una vez más, de Licio Gelli, consiguió recuperarlo temporalmente.

A comienzos de 1981, el ministro de hacienda italiano Beniamino Andreatta, que llegó al puesto en octubre del año anterior, tras estudiar los informes elaborados por sus subordinados desde 1978, concluyó que era necesario que el Vaticano retirara su apoyo a Calvi. El propósito del ministro no era otro que el de proteger a la Iglesia, así que fue al Vaticano a reunirse con el cardenal Casaroli, nuevo secretario de Estado tras la muerte, en 1979, del cardenal Villot. El ministro hizo al cardenal Casaroli una descripción pormenorizada de la situación, recomendando que el Vaticano rompiera todos sus vínculos con el Banco Ambrosiano antes de que fuera demasiado tarde. Este sabio y bienintencionado consejo fue ignorado. No sabemos si decía o no la verdad, pero lo cierto es que Marcinkus alegó más tarde que nunca fue informado de esta reunión. En cualquier caso, las cosas habían ido ya muy lejos como para romper los vínculos con el Banco Ambrosiano.

No era la primera advertencia seria que se recibía en el Vaticano a este respecto. El 12 de enero de 1981, un grupo de inversores del Banco Ambrosiano escribió una carta al papa Juan Pablo II en la que se le suplicaba que investigara los negocios que se traían entre manos Marcinkus, Calvi y Gelli. La carta estaba escrita en polaco, para que pudiera ser leída por el pontífice sin necesidad de intérpretes, y decía:

El Instituto para las Obras de Religión no es sólo un inversor del Banco Ambrosiano. Es también socio y compañero de Roberto Calvi. Las acciones judiciales, en número cada vez mayor, revelan que Calvi es hoy uno de los principales vínculos entre el sector más degenerado de la masonería (Propaganda Due) y los círculos de la mafia, como heredero de Sindona. Ello fue posible gracias a la implicación de personas generosamente mantenidas por el Vaticano. Una de ellas es

Ortolani, que se mueve entre el Vaticano y poderosos grupos del hampa internacional.

Ser socio de Calvi significa ser socio de Gelli y Ortolani, pues ambos le orientan e influyen decisivamente. Por tanto, le guste o no, el Vaticano es también un cómplice activo de Gelli y Ortolani a través de su asociación con Roberto Calvi<sup>[16]</sup>.

El papa nunca respondió a la carta.

## EL CREPÚSCULO DE CALVI

A mediodía del 2 de marzo de 1981, el Vaticano hizo público un documento que provocó la sorpresa entre los católicos. Sin previo aviso y sin causa aparente que lo justificase, la Santa Sede recordaba a los fieles la vigencia de las leyes canónicas que prohíben la pertenencia a la masonería bajo pena de excomunión. Sólo un selecto grupo de personas conocía la razón de aquel anuncio. Los eficaces servicios de inteligencia vaticanos habían descubierto que el gobierno italiano se disponía a desarticular Propaganda Due. De esta forma, la Iglesia se desentendía de lo que pudiera acontecer.

Como ya se ha relatado en otro capítulo, el 17 de marzo de 1981, la policía italiana registró la mansión de Gelli, donde halló una copia del documento «La estrategia de tensión», que era el plan elaborado por la CÍA, la mafia, Propaganda Due y Gelli para establecer un gobierno neofascista en Italia. Curiosamente aquella operación no tenía nada que ver con la investigación de Propaganda Due, sino con la posible implicación de Licio Gelli en un simulacro de secuestro que había organizado Michele Sindona en Estados Unidos para eludir la acción de la justicia, y del que se hablará más adelante. Gracias a los documentos encontrados en la residencia de Gelli, apenas dos meses después el juez Gerardo D'Ambrosio ordenaba la entrada en prisión de Roberto Calvi, que salió al poco tiempo bajo fianza y manteniendo su puesto en el banco.

Al contrario de lo que suele suceder en otros casos, al financiero caído en desgracia no le faltaron amigos en aquellos momentos difíciles. Bettino

Craxi, líder del Partido Socialista, y Flaminio Piccoli, presidente del Partido Demócratacristiano, hablaron en su favor en el Parlamento.

En aquellos momentos complicados, Calvi decidió jugar otra vez la baza de la Iglesia en su favor. Solicitó a Marcinkus una carta de patrocinio que le sirviera para demostrar ante los propios directivos de su banco y ante las autoridades económicas que las operaciones con las empresas conocidas como las «panameñas» contaban con el beneplácito de la Santa Sede. La carta fue fechada el 1 de septiembre de 1981 en el Instituto para las Obras de Religión y dirigida al Banco Ambrosiano de Lima, donde el IOR reconocía el control de las sociedades, asumiendo asimismo un endeudamiento de más de mil millones de dólares. El texto de la misiva, firmada por el propio Marcinkus y sus dos asistentes, Luigi Mennini y Pellegrino de Strobel, es el siguiente:

BANCO AMBROSIANO ANDINO S. A.

LIMA-PERÚ Estimados señores:

Confirmamos mediante esta carta que controlamos, directa o indirectamente, las siguientes empresas:

Manic S. A., Luxemburgo.

Astolfine S. A., Panamá.

Nordeurop Stabishment, Liechtenstein.

United Trading Corporation, Panamá.

Erin S. A., Panamá.

Bellatrix S. A., Panamá.

Beirose S. A., Panamá.

Starfield S. A., Panamá.

También confirmamos nuestro conocimiento del endeudamiento que estas empresas tienen con ustedes con fecha 10 de junio de 1981, según el estado de cuentas adjunto<sup>[17]</sup>.

Suyos afectísimos

[Firmas ilegibles]

ISTITUTO PER LE OPERE DI RELIGIONE

Según el propio Michele Sindona, Calvi habría pagado al Vaticano —o a Marcinkus— veinte millones de dólares por este documento<sup>[18]</sup>.

## EL HOMBRE DE LOS CONTACTOS

Mientras Calvi vivía su particular vía crucis, Marcinkus disfrutaba las mieles de la gloria. Juan Pablo II, en pago a sus muchos servicios para la Santa Sede, le nombró presidente de la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano, aparte de seguir al frente del IOR. El nombramiento tuvo lugar el 28 de septiembre de 1981, fecha en la que se cumplía el tercer aniversario de la muerte de Juan Pablo I, el hombre que había querido librar a la Santa Sede de la presencia de Marcinkus y sus acólitos.

En diciembre de 1981, Flavio Carboni, un conocido hombre de negocios sardo con fama de tener excelentes contactos, asumió el papel de principal encargado de las relaciones públicas de Calvi. Carboni era la persona más indicada para esta función. Parecía tener una cantidad ilimitada de amigos en el mundo de la política, en los medios de comunicación, en el Vaticano, en los servicios de inteligencia y en el hampa. Se embolsó por su trabajo treinta millones de dólares, que fueron depositados en una cuenta numerada en Suiza desde la sucursal del Banco Ambrosiano en Perú. ¿Cuál era la naturaleza de tan bien pagados servicios? Tal vez el testimonio de la hija de Roberto Calvi arroje algo de luz en este sentido. Anna Calvi cuenta que en una ocasión pudo escuchar a escondidas una conversación entre su padre y Carboni:

«Mi padre le decía (levantando la voz) a Carboni que debía hacerle entender al Vaticano que los curas tenían que cumplir con sus compromisos, porque de lo contrario él revelaría todo lo que sabía».

Aparte del chantaje, las funciones de Carboni incluían importantes actividades delictivas. Entre sus numerosas amistades se encontraban dos de los personajes más representativos del hampa romana (la *malavitta*): Danilo Abbruciati y su jefe, Ernesto Diotavelli. Pues bien, una de las personas que más incomodaban a Calvi en aquellos días era, precisamente, el vicepresidente de su propio banco, Roberto Rosone, que intentaba averiguar todo lo concerniente a los manejos de Calvi. En otoño de 1981, al poco tiempo de asumir la vicepresidencia del Banco Ambrosiano, Rosone

comenzó a formularle a Calvi preguntas cada vez más comprometedoras acerca de los préstamos concedidos a las sociedades «panameñas». Calvi respondió vehementemente:

«Detrás de esas deudas está el Vaticano: el Papa». Ante la insistencia de su vicepresidente, Calvi preguntó molesto: «¿Eso significa que usted alimenta alguna duda acerca del banco central del Vaticano?»<sup>[19]</sup>.

Roberto Rosone definía a Carboni como un «individuo que asusta sólo con verlo», y la verdad es que en su caso había motivos de sobra para estar asustado. La mañana del 27 de abril de 1982, Rosone salió de su casa pocos minutos antes de las ocho, como tenía por costumbre. Vivía en un apartamento que se encontraba sobre una de las sucursales del Banco Ambrosiano, protegida por guardias armados las veinticuatro horas. Nada más pisar la calle un hombre comenzó a disparar contra él y cayó herido. Los guardias respondieron al fuego y comenzó un tiroteo que se saldó con la muerte del sicario, que sería identificado como Danilo Abbruciati.

Al día siguiente, Flavio Carboni pagaba 530 000 dólares a Ernesto Diotavelli. Casi al mismo tiempo, Calvi se dirigía al hospital con un ramo de flores para el hombre cuyo asesinato había ordenado casi con toda seguridad. Ya en la habitación del herido tuvo la sangre fría de decir: «¡Virgen Santa! ¡Qué mundo de locos! Nos quieren asustar, Roberto, a fin de apropiarse de un grupo valorado en veinte trillones de liras».

## **«HE PENSADO MUCHO ESTOS DÍAS...»**

El 31 de mayo de 1982, el Banco de Italia solicitaba al Ambrosiano todos los detalles de las ocho empresas «panameñas». El consejo accedió por once votos contra tres, a pesar de las desesperadas protestas de Calvi, que sabía muy bien lo que encontrarían los auditores en aquellas cuentas: un desfaldo de 1300 millones de dólares. Para tapanlo sólo se le ocurrió pedir un préstamo al IOR. El Vaticano, a fin de cuentas, era el propietario de las empresas, y podía demostrarlo. Conocía la cuantía de las propiedades del

IOR, así que no dudó en solicitar a Marcinkus que liquidase una parte para ayudarle. Como último recurso, escribió una carta al propio Juan Pablo II:

Santidad, he pensado mucho en estos días. He pensado mucho, Santidad, y he llegado a la conclusión de que Usted es mi última esperanza, la última... Santidad, he sido yo quien ha asumido la pesada carga de los errores y de las culpas cometidos por los actuales y precedentes representantes del IOR, incluyendo las fechorías de Michele Sindona, de las que aún sufro las consecuencias. He sido yo, bajo encargo preciso de Sus autorizados representantes, quien ha dispuesto conspicuas financiaciones en favor de muchos países y asociaciones político-religiosas del Este de Europa; he sido yo quien, de acuerdo con las autoridades vaticanas, he coordinado todo lo referente a Centroamérica y Sudamérica, la creación de numerosas entidades bancarias, sobre todo con el fin de contrarrestar la penetración de las ideologías filomarxistas, y soy yo, finalmente, quien hoy es traicionado y abandonado por esta autoridad a quien he rendido siempre el máximo respeto y obediencia... Los adversarios externos sabemos quiénes son y Usted, Santidad, lo sabe mejor que nadie y los combate mejor que nadie; pero los internos, la Iglesia quiero decir, los afines, como algunos democristianos, ¿usted los conoce, Santidad? Yo creo que no. No soy un chismoso y tampoco alguien que acusa por despecho o por venganza. Y no me interesa, por tanto, detenerme en tantas habladurías que recaen sobre algunos prelados y, en particular, sobre la vida privada del secretario de Estado Casaroli, pero me interesa muchísimo señalarle la buena relación que une a éste con ambientes y personajes notoriamente anticlericales, comunistas y filocomunistas, como el ministro democristiano Beniamino Andreatta, con el que parece que ha llegado a un acuerdo para la destrucción y reparto del grupo Ambrosiano... Pero ¿a qué designio quiere o debe obedecer el secretario de Estado? ¿A qué chantaje<sup>[20]</sup>?

Ni el papa ni Marcinkus se plegaron a las peticiones de Calvi. Cuando las autoridades monetarias italianas fueron a preguntarle al presidente del IOR, éste les explicó que él no sabía nada de aquellas transacciones y que el IOR no sólo no era propietario de aquellas empresas, sino que apenas era

una pequeña institución con fines eclesiásticos que disponía de unos fondos ridículos en comparación a los de cualquier institución financiera seglar.

## **ROSARIO DE MUERTES**

Ante este panorama, y muy decepcionado por el desentendimiento de los sacerdotes, Calvi decidió huir del país, no sin antes decirle a su familia que desde el extranjero revelaría con pruebas graves secretos que harían renunciar al papa. Al poco tiempo de la fuga del financiero, Graziella Corrocher, la secretaria de Calvi, se estrelló contra el suelo desde el cuarto piso de la sede central del Banco Ambrosiano, dejando tras de sí una sospechosa nota de suicidio en la que maldecía a Calvi por el daño causado. Nunca se terminó de despejar la duda de que no fuera asesinada, debido a todo lo que conocía sobre los asuntos de su jefe. (De hecho, meses después, el 2 de octubre, Giuseppe Dellacha, ejecutivo del banco, murió igualmente en extrañas circunstancias).

Unas horas después de que el cuerpo de su secretaria se precipitase al vacío, el 17 de junio de 1982, el cadáver de Calvi apareció colgando del puente de Blackfriars, en Londres. En sus bolsillos se encontraron cinco ladrillos, y su cuerpo fue cubierto por la marea, tal como establece el juramento masónico como pena para los traidores. La justicia británica, ajena a estas sutilezas simbólicas, lo consideró un suicidio, algo que nunca se aceptó en Italia. En un sumario paralelo instruido en Roma a partir de 1992, el juez dio por válidas las pruebas forenses entregadas por la fiscalía en 2003, y lo consideró un homicidio. Entre las pruebas destacaba la no presencia de lesiones óseas en las cervicales y la inexistencia de restos de los ladrillos en las manos de Roberto Calvi. El equipo forense estuvo encabezado por el alemán Bernard Breinkmann. Ya en 2005 un juez ordenó el procesamiento de cuatro personas acusadas del asesinato del financiero. No debería sorprendernos que entre los imputados se encontrase Flavio Carboni<sup>[21]</sup>.



Quién ordenó a Carboni que arrojara a su amigo al vacío con una cuerda al cuello tal vez se sepa algún día.

## **EL JUICIO FINAL. LOS DESTINOS DE PAÚL MARCINKUS, MICHELE SINDONA Y LICIO GELLI**

*El escándalo estaba sobre la mesa y el cadáver de Calvi colgando de Blackfriars no bastaba como chivo expiatorio. Alguien tenía que pagar. Había llegado la hora de que Marcinkus, Sindona y Gelli hicieran frente a sus respectivos destinos. Claro que algunos salieron mejor parados que otros.*

Los problemas para Marcinkus y el Instituto para las Obras de Religión no terminaron con la aparición del cuerpo de Calvi en el puente de Blackfriars. Más bien al contrario, se puede decir que comenzaron justo en ese punto. En cualquier caso:

El pontífice polaco no pronunció una sola palabra de cristiana congoja ni de humana piedad por la muerte violenta del banquero católico-masón que durante tantos años había negociado en nombre y por cuenta de las finanzas vaticanas<sup>[1]</sup>.

Apenas dos meses después de la muerte del financiero, las autoridades monetarias italianas volvieron a reclamar a Marcinkus, y ahora no le iba a servir alegar desconocimiento, ya que traían consigo una copia de la carta en la que el IOR admitía ser el propietario de las ocho empresas «panameñas». No obstante, el arzobispo no se arredró lo más mínimo. Mostró a los funcionarios una misiva, firmada por Calvi, en la que éste solicitaba el documento de patrocinio, pero declaraba que ello no implicaba

responsabilidad alguna para la Iglesia. Si aquello no bastaba, Marcinkus les recordó a sus visitantes que no tenían jurisdicción alguna en el Estado soberano del Vaticano<sup>[2]</sup>.

Tal vez fuera así, pero ello no quería decir que el gobierno italiano fuera a quedarse de brazos cruzados. El ministro de Hacienda Beniamino Andreatta declaró a la prensa que «el gobierno está esperando una clara asunción de responsabilidades por parte del IOR». En vista de que la institución no parecía dispuesta a asumir tal cosa, el 31 de julio de 1982, mes y medio después de la muerte de Calvi, llegaron tres cartas certificadas al Vaticano. Procedían de Milán y los destinatarios eran Paul Marcinkus y sus dos colaboradores más cercanos, Luigi Mennini y Pellegrino de Strobel, que habían pasado a residir en el Vaticano para eludir, de esta manera, cualquier posible acción de la justicia italiana<sup>[3]</sup>. Se había iniciado una investigación sobre la posible implicación de los interesados en la quiebra del Banco Ambrosiano. Los jueces de Milán encargados del caso habían decretado el embargo cautelar de los bienes que los tres sospechosos poseían en territorio italiano<sup>[4]</sup>.

En la prensa el escándalo ya estaba servido desde hacía tiempo, tanto que el rotativo *La Repubblica* comenzó a publicar una tira cómica con el título «Las aventuras de Paul Marcinkus».

## EXCLUIDO DEL SÉQUITO

En 1982 Marcinkus comenzó a ver declinar su estrella y quedó excluido en los viajes del séquito papal. De hecho, durante el primer viaje de Juan Pablo II a España, en noviembre de ese mismo año, ya no se pudo ver al antaño imprescindible arzobispo entre los acompañantes del pontífice. Para unos, ello se debió a que la compañía de Marcinkus comenzaba a ser percibida como embarazosa por el propio papa, que no deseaba verse públicamente relacionado con un encausado por los tribunales. Para otros fue el episcopado español el que declaró a Marcinkus persona non grata. Finalmente, es posible que fuera el mismo arzobispo quien se resistiese a

abandonar la seguridad de los muros vaticanos ante las amenazas telefónicas y escritas que le llegaban casi a diario por parte de la mafia<sup>[5]</sup>.

En un intento por calmar los ánimos de las autoridades italianas, el secretario de Estado Casaroli propuso la creación de una comisión de investigación mixta con tres representantes del gobierno italiano y tres del Vaticano. El 27 de diciembre de 1982 comenzaron las sesiones, y como era de suponer los resultados no fueron concluyentes; mientras tanto los representantes vaticanos daban por demostrada la no implicación de la Santa Sede con las empresas «panameñas», ante lo cual la mayoría de los italianos no se mostró en absoluto de acuerdo<sup>[6]</sup>. Pasquale Chiomenti, presidente de la comisión por parte gubernamental, concluyó que existía «más allá de toda posibilidad de duda, la prueba de que, al menos desde algún tiempo a partir de 1974, entre Roberto Calvi y el IOR hubo estrechas relaciones, todas ellas con el fin de cubrir posiciones y actividades no muy ortodoxas de Roberto Calvi en el ámbito del Banco Ambrosiano y de las sociedades u otras entidades directa o indirectamente controladas por éste».

Los acreedores se sintieron decepcionados ante semejantes conclusiones y continuaron presionando para que la investigación judicial no cesara. Así, las pruebas que señalaban al IOR como propietario de las sociedades «panameñas» fueron saliendo a la luz. En los archivos de la Banca del Gottardo, por ejemplo, apareció un documento firmado por altos funcionarios del IOR, y fechado el 21 de noviembre de 1974, en el que se solicitaba de este banco la creación por cuenta del IOR de una compañía llamada United Trading Corporation, precisamente una de las empresas fantasma<sup>[7]</sup>. Ya se sabía desde hacía algún tiempo que la Banca del Gottardo, en Suiza, era una de las claves para incriminar al IOR en las irregularidades financieras de Roberto Calvi:

Desde su detención en mayo de 1981, Calvi había ejercido una presión enorme sobre el Vaticano, buscando ayuda tanto para sus problemas legales como para los apuros financieros del Banco Ambrosiano. Durante su estancia en la cárcel, Calvi comunicó a su familia que las operaciones anómalas con acciones por las que estaba siendo juzgado habían sido realizadas, en realidad, en representación del IOR. Explicó que las pruebas de la implicación del Banco Vaticano se

hallaban en documentos depositados en la Banca del Gottardo, documentos que ésta no podía dar a conocer sin autorización del IOR de acuerdo a las leyes suizas sobre el secreto bancario<sup>[8]</sup>.

## **UN PAGO DE «BUENA VOLUNTAD»**

Más tarde se descubrirían otras irregularidades que implicaban, por ejemplo, a la United Trading Corporation (la empresa presuntamente creada por el IOR) en la estafa de 69 millones de dólares al Banco Andino<sup>[9]</sup>.

Los tres encausados se acogieron al beneficio de inmunidad, previsto en el artículo 11 del Tratado de Letrán, que impide la interferencia del Estado italiano en las «instituciones centrales de la Iglesia católica» (algo que hay que recordar cada vez que se dice que el IOR no forma parte de la estructura de la Iglesia). El 3 de octubre de 1983, el juez instructor de la causa, Antonio Prizzi, rechazó que los inculpados tuvieran derecho a este beneficio:

A los miembros del IOR se les han enviado notificaciones judiciales referentes a indicios de delitos consumados en territorio italiano, con daños a súbditos italianos y realizados con la colaboración de ciudadanos italianos<sup>[10]</sup>.

Ante lo contundente de las pruebas que se iban conociendo, el Vaticano se vio obligado a pactar con los acreedores el 25 de mayo de 1984. Este hecho se rubricó con la firma de un acuerdo en los locales de la Asociación Europea de Libre Intercambio en Ginebra. Allí, ante sesenta funcionarios en representación de 109 bancos acreedores, el IOR se comprometió a abonar 250 millones de dólares en tres plazos, que gracias al descuento por la rápida ejecución del pago se quedaron exactamente en 240 822 222 dólares y 23 centavos. Eso sí, se trataba de un pago de «buena voluntad» y la Santa Sede seguía sin reconocer su implicación en ningún hecho irregular<sup>[11]</sup>. Sin embargo, que los acreedores estuvieran contentos no quería decir que se detuviera el proceso penal. La batalla legal se prolongó durante varios años, en los cuales los jueces italianos se dedicaron a acumular pruebas en contra

de Marcinkus. El 20 de febrero de 1987, el juez Renato Bricchetti emitió una orden de busca y captura contra Marcinkus, Mennini y De Strobel:

El apoyo del IOR, que ha sido un socio insustituible del sistema operativo puesto en marcha por Calvi, ha representado una constante inequívoca en la actividad realizada por el grupo directivo del Banco Ambrosiano, hasta culminar en la expedición de las cartas de patrocinio, lo que se ha revelado perjudicial para los intereses de dicho banco<sup>[12]</sup>.

## **HAY QUE CREER A MARCINKUS**

Lo realmente relevante del contenido de esta orden de detención es que no se ponía en tela de juicio una o varias actuaciones concretas del IOR, sino toda su relación con el Banco Ambrosiano durante años. El auto no dejaba duda respecto a la titularidad de las empresas «panameñas»: «Esas sociedades habían sido pensadas y eran controladas por el IOR y por Roberto Calvi; después, se habían puesto a disposición de éste para que llegaran a ellas, procedentes de otras asociadas, sumas ingentes que figuraban como operaciones bancarias normales». A pesar de ello, ni Marcinkus ni los otros dos directivos del banco fueron nunca procesados<sup>[13]</sup>. El 6 junio de 1988, el Tribunal Constitucional italiano hacía pública una sentencia según la cual ningún tribunal de la república italiana tenía potestad para procesar a los sacerdotes ejecutivos del IOR, en virtud de la inmunidad garantizada por el Tratado de Letrán.

Marcinkus siguió negando su responsabilidad, y declaró, sorprendentemente, no conocer los documentos que él mismo firmaba. Pese a haber estudiado Derecho en Roma y ser durante diez años presidente del IOR, no tuvo el menor reparo en reconocer que ni leía ni comprendía los documentos del banco. Él no había hecho más que confiar en Calvi y éste había abusado de su ingenuidad<sup>[14]</sup>.

Si había una sola persona que creyera la versión del arzobispo, ése era Juan Pablo II, cuyos lazos personales con Marcinkus, lejos de enfriarse, se habían estrechado en aquellos años, tantos que, incluso, se planteó

nombrarle cardenal. Sin embargo, el proyecto tuvo que cancelarse debido a que sus asesores le avisaron de que semejante nombramiento podría suponer un escándalo de consecuencias funestas para la ya menoscabada imagen pública de la Iglesia. Aun así, no se descartó que Marcinkus fuera nombrado cardenal *in pectore*, cuya identidad es conocida sólo por el papa. (Esta fórmula permite a los papas honrar a preladados cuyo nombramiento podría plantear riesgos para ellos mismos, para las relaciones del Vaticano con otro Estado o por simples razones de conveniencia. De hecho, Juan Pablo II nombró 21 cardenales en el que sería su último consistorio, en octubre de 2003, y anunció que guardaba «en su corazón» la identidad de uno de ellos).

Algunos personajes relevantes del panorama vaticano, como los cardenales Benelli y Rossi, llegaron a solicitar que Marcinkus fuera depuesto de sus cargos y expulsado del Vaticano. Pese a los esfuerzos, los cardenales no pudieron vencer la barrera levantada por el propio papa, que protegió a Marcinkus e hizo oídos sordos sobre cualquier comentario desfavorable hacia su amigo<sup>[15]</sup>. Cada vez que una crítica hacia Marcinkus llegaba al papa, Juan Pablo II exigía que se le presentasen pruebas irrefutables de la participación del arzobispo en los negocios fraudulentos que se gestionaban desde el Banco Ambrosiano: «Hay que creer a Marcinkus cuando dice que ha sido engañado por Calvi». Esta actitud se prolongó durante los cuatro años en los que Marcinkus permaneció refugiado en la Santa Sede sin poder pisar suelo italiano.

Finalmente, en 1991, y tras el pronunciamiento del Tribunal Supremo italiano, Marcinkus partió a un dorado exilio a Estados Unidos. En 1995 se conoció otro escándalo, esta vez referido al tráfico ilegal de oro, que implicó al arzobispo por su aparente proximidad con el principal encausado, un agente de la CIA retirado llamado Roger D'Onofrio, que fue detenido en Italia. Otra investigación, esta vez por parte del Departamento de Estado norteamericano, le puso de nuevo en el punto de mira a raíz de los millones de dólares del oro nazi desaparecidos de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Paul Marcinkus tiene hoy 83 años. Vive en una casa de siete habitaciones valorada en 180 000 euros que compró en 1997 cerca de los campos de golf de Sun City, Arizona, donde, protegido por su pasaporte

diplomático italiano, juega todos los días al golf y disfruta de caros puros habanos<sup>[16]</sup>. Hasta la fecha sigue negando todos los cargos en su contra:

He sido acusado de asesinar a un Papa y de estar envuelto en el fraude del Banco Ambrosiano. Ambos cargos son absolutamente infundados y falsos. Me repito a mí mismo continuamente: quizá esta es la forma en que Dios tiene de asegurarse de que yo ponga mi pie en la puerta del paraíso. Si lo pongo, no puede cerrarme la puerta<sup>[17]</sup>.

## SOLIDARIDAD

Sin embargo, el alejamiento de Marcinkus de la Santa Sede no significó el final del problema, sino su entrada en una nueva fase cuando se descubrió que el dinero desaparecido del Banco Ambrosiano y del resto de empresas afines había ido a parar, aparte de a Calvi, a Propaganda Due y a los escuadrones de la muerte iberoamericanos, al sindicato polaco Solidaridad, tan apoyado por el papa Juan Pablo II. De hecho, más de cien millones de dólares habían terminado en Polonia. No es de extrañar que los más suspicaces empezaran a sospechar que el papa estaba al corriente del destino y la procedencia de aquel dinero:

Los flujos de dinero llegaban a Varsovia a través del IOR y, más concretamente, a través del Instituto Financiero, que era el aliado laico por excelencia de la banca vaticana y de Marcinkus: es decir, el Banco Ambrosiano, cuyo presidente era Roberto Calvi. En enero de 1981, tales informaciones fueron confirmadas, autorizadamente también por los franceses, cuyos servicios de inteligencia eran muy diferentes de los italianos<sup>[18]</sup>.

En 1982 Calvi habló de estas operaciones con su «amigo» Flavio Carboni, sin saber que éste llevaba escondida una grabadora:

Marcinkus debe tener cuidado con Casaroli, que es el jefe del grupo que se le opone. Si Casaroli se encontrase con uno de esos financieros de Nueva York que trabajan para Marcinkus enviando dinero a



Solidaridad, el Vaticano se hundiría. Tan sólo bastaría con que Casaroli encontrara uno de esos papeles que yo conozco y adiós Marcinkus, adiós Wojtyła, adiós Solidaridad... La última operación sería suficiente, la de veinte millones de dólares. Hablé con Giulio Andreotti, pero no tengo muy claro de qué lado está. Si las cosas en Italia siguen por un rumbo determinado, el Vaticano tendrá que alquilar un edificio en Washington, detrás del Pentágono. Muy lejos de la basílica de San Pedro<sup>[19]</sup>.

La situación social en Polonia estaba presidida por una crisis económica que solamente pudo ser paliada por el endeudamiento con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Banca Internacional, la emergencia de un movimiento obrero —Solidaridad— con una amplísima organización y una dirección dividida entre católicos e izquierdistas y, por último, la poderosa influencia del catolicismo en el país. El pueblo polaco ha atravesado a lo largo de su historia varios períodos de disolución nacional en los que la religión católica se convirtió en fundamento de su identidad. Los opresores, rusos o prusianos, tenían otra religión. Paradójicamente, el autoritarismo del Estado comunista dio un enorme empuje a la religiosidad. Mientras que en Occidente las iglesias se vaciaban paulatinamente, en Polonia el cristianismo gozaba de buena salud y la opresión política estimulaba un síndrome del mártir cristiano.

A principios de los ochenta, la conflictividad obrera tenía en jaque al régimen polaco. Los norteamericanos estaban ansiosos por intervenir para erosionar a su rival geopolítico, pero ello acarrearía graves tensiones diplomáticas. En este escenario, Juan Pablo II fue la pieza clave tanto en lo ideológico como en lo económico.

## **Y ¿QUÉ FUE DE SINDONA?**

Mientras todo esto acontecía en Italia, Michele Sindona atravesaba su particular travesía del desierto en Estados Unidos. Durante el verano de 1979 fue «secuestrado», como ya se ha mencionado anteriormente. Sobre

este hecho sigue existiendo controversia entre los expertos a día de hoy. Unos piensan que se trató de un secuestro orquestado y organizado por el propio Sindona y sus socios de la familia Gambino para eludir la justicia, al menos durante el tiempo necesario para poner al corriente sus asuntos legales y, de paso, sustraer de sus cuentas un generoso «rescate». Otros, por el contrario, opinan que varios miembros de la mafia y de Propaganda Due debían de estar muy nerviosos ante el inminente paso del financiero por los tribunales, ya que guardaba muchos de sus secretos y de su dinero, y decidieron reservarse un tiempo en su compañía para atar cabos, recuperar los fondos diseminados en decenas de cuentas secretas y recordarle a su socio lo conveniente para su salud que podía ser no contar nada comprometedor.

En cualquiera de los dos supuestos hay que reconocer que no se escatimó en la puesta en escena. El 2 de agosto de 1979, Sindona desapareció de su domicilio. Su secretaria recibió poco después una llamada telefónica anónima: «Hemos secuestrado a Michele Sindona. Recibirán más información». A la familia se le envió una carta: «Tenemos preso a Michele Sindona. Deberá responder ante la justicia proletaria». El mensaje estaba escrito en italiano y firmado por el Comité Proletario para la Implantación de una Justicia Mejor. El 16 de octubre, 76 días después del secuestro, Sindona fue liberado en Nueva York junto a una cabina telefónica, en la esquina de la 42 con la Décima Avenida de Manhattan. Presentaba una herida de bala en la pierna que había sido cuidadosamente limpiada y vendada.

Tras este extraño incidente, se celebró el juicio. El 27 de marzo de 1980, Sindona fue encontrado culpable de 68 cargos de apropiación indebida, fraude y perjurio en relación con la quiebra del Franklin National Bank. Fue multado con 207 000 dólares y sentenciado a cumplir 25 años en la penitenciaría de Otisville, en Nueva York. El 1 de septiembre de 1981, escribió una larga carta al presidente de Estados Unidos Ronald Reagan en la que le solicitaba el indulto. La misiva fue entregada en mano por David Kennedy, secretario del Tesoro durante la administración de Richard Nixon. Sin embargo, esta petición de ayuda quedó simplemente en eso, en una petición. Tres meses después recibió una contestación bastante fría en la

que se le indicaba que su solicitud seguiría los trámites establecidos. Decepcionado, Sindona decidió recurrir a su antiguo amigo Richard Nixon, a quien también mandó una carta de cuatro páginas pidiéndole ayuda. Tampoco en esta ocasión obtuvo respuesta.

El silencio de sus amigos americanos no era lo peor que le esperaba a Michele Sindona. La justicia italiana seguía con su investigación y el hecho de tener al financiero encarcelado en Estados Unidos facilitaba su eventual extradición. El 7 de julio de 1981, el pueblo de Italia acusó a Sindona de haber ordenado el asesinato de Giorgio Ambrosoli y el 25 de enero de 1982 fue encausado en Palermo junto a otros 75 miembros de las familias Gambino, Inzerillo y Spatola en una macrocausa por narcotráfico. Finalmente se le extraditó a Milán y se le condenó a cadena perpetua en la prisión de máxima seguridad de Voghera.

A las 8.30 del 20 de marzo de 1986, Michele Sindona se disponía a tomar el desayuno en su celda. Como todos los días, el plato y la taza de café estaban sellados. Poco después se pudo escuchar un grito de angustia: «¡Me han envenenado!». Cuando los guardias accedieron a la celda, encontraron al banquero tendido en el suelo y cubierto de vómito. Cuarenta y ocho horas después fallecía en el hospital, donde había ingresado en estado de coma. La causa de la muerte fue una dosis letal de cianuro mezclada con café. Cómo pudo suceder esto en una prisión de máxima seguridad sigue siendo un misterio.

## **PROBLEMAS DE CORAZÓN**

Mucho más inteligente demostró ser Licio Gelli, el personaje que salió mejor parado de esta siniestra historia. Tras el descubrimiento por parte de las autoridades de la trama que orquestaba Propaganda Due, Gelli fue acusado de espionaje, conspiración, asociación criminal y fraude. Sin embargo, consiguió eludir los cargos huyendo a Argentina. El 13 de septiembre de 1982, Gelli se arriesgó a volver a Europa para retirar cincuenta millones de dólares de una cuenta en Suiza. Las autoridades de

aquel país no tardaron en detenerle, pero gracias a un soborno volvió a escapar antes de poder ser extraditado a Italia. En 1987 el banquero comenzó a negociar con el gobierno italiano las condiciones de su retorno, alegando graves problemas de corazón. Tras asegurarse de que sólo sería juzgado por delitos económicos, Gelli se entregó. Tras dos meses en prisión fue puesto en libertad bajo fianza debido a su salud y, una vez condenado, se le confinó a un arresto domiciliario en su lujosa villa de Toscana.

En 1998 huyó de nuevo, pero fue detenido dos meses después en Cannes. Fue encerrado en la cárcel de Regina Coeli. Sin embargo, volvieron a aparecer en el momento oportuno sus problemas cardíacos y se le permitió regresar a Toscana. En definitiva, por todos los delitos que hemos relatado (terrorismo, espionaje, conspiración, posiblemente asesinato y todos los fraudes económicos imaginables), Licio Gelli pasó un total de dos meses en presidio.

## **EL GOLPE. LOS NUEVOS ESCÁNDALOS FINANCIEROS DEL VATICANO**

*Tras la conmoción que supuso el atentado contra Juan Pablo II en la plaza de San Pedro y las intrigas de espionaje que le siguieron, el mundo de las finanzas vaticanas se volvió a tambalear no ya ante los manejos de una compleja red de mafiosos internacionales, sino ante los de un timador de altos vuelos que supo aprovecharse como nadie de la codicia de ciertos miembros de la Iglesia.*

En 1982 el papa Juan Pablo II estableció una alianza estratégica con el presidente estadounidense Ronald Reagan que tenía al sindicato Solidaridad como máximo exponente para minar el bloque soviético. El gobierno de Estados Unidos informaba a la Santa Sede de toda suerte de asuntos de interés global a cambio de contar con su apoyo en las cuestiones en que fuera necesario. Mientras Estados Unidos, por ejemplo, bloqueaba millones de dólares de ayuda a países que contaban con programas de planificación familiar, el papa, «mediante un significativo silencio», apoyaba algunas de sus políticas militares, incluida la de proveer a la OTAN con una nueva generación de misiles crucero<sup>[1]</sup>.

Todas las semanas, el jefe de la estación de la CIA en Roma llevaba personalmente al papa un extenso informe secreto elaborado por la CÍA. Ningún otro líder mundial, a excepción del presidente estadounidense, tenía acceso a la información que el papa recibía, lo que explica que la primera parte del pontificado de Juan Pablo II tuviera un marcado carácter político que a punto estuvo de costarle la vida en la plaza de San Pedro el 13 de

mayo de 1981, cuando fue abatido por las balas de Mehmet Ali Agca, antiguo miembro de un grupo terrorista llamado Lobos Grises. Sin embargo, el papa sabía muy bien que el ejecutor del atentado era sólo un peón en manos de una fuerza mucho más poderosa que quería verle muerto. El arzobispo Luigi Poggi, «el espía del Papa», fue el encargado de averiguar quién había ordenado el asesinato.

Durante meses, el arzobispo mantuvo contactos con diversos servicios de inteligencia hasta que en noviembre de 1983, el Mossad, el servicio secreto israelí, le proporcionó la información que buscaba. La CIA pensaba, tal vez porque era la versión que mejor se acomodaba a sus intereses estratégicos, que Agca había sido el ejecutor de un complot inspirado por el KGB y materializado por los servicios de espionaje búlgaros. Los estadounidenses argumentaban que Moscú temía que el pontífice encendiera la mecha del nacionalismo polaco. Pero la CIA se equivocaba. Lo que descubrieron los agentes del Mossad fue que el complot había sido urdido en Irán con la aprobación del ayatolá Jomeini, como primer movimiento para librar una guerra santa contra Occidente y sus valores decadentes<sup>[2]</sup>.

Un mes después, el 23 de diciembre de 1983, el papa fue a ver a Agca a la prisión de Rebibbia. El encuentro fue concertado como un «acto de perdón», pero, en realidad, lo que Juan Pablo II quería saber era si lo dicho por el Mossad se correspondía con la verdad. Los periodistas permanecieron en el corredor, y con ellos los numerosos guardias preparados para entrar en la celda en caso de que Agca hiciera algún movimiento sospechoso. El diálogo duró veintiún minutos, tras los cuales el papa se puso en pie y le extendió una caja en la que había un rosario de nácar y plata. Agca había confirmado lo que el arzobispo Luigi Poggi averiguó por el Mossad. Este hecho cambiaría para siempre la actitud de Juan Pablo II hacia el islam e Israel.

## **EL ESCÁNDALO FRANKEL**

Por otro lado, la desaparición del escenario de los principales implicados en el escándalo del Banco Ambrosiano no supuso que el resto del pontificado de Juan Pablo II estuviera libre de la sombra de los escándalos financieros.

El hombre que volvió a aprovecharse de la Iglesia para beneficiarse a su costa se llamaba Martin Frankel, una especie de Roberto Calvi que se las arregló para organizar una de las mayores estafas que ha visto Estados Unidos en su época más reciente<sup>[3]</sup>.

Frankel llevaba camino de convertirse en un artista del fraude y tenía la pretensión de crear un imperio financiero con la ayuda del IOR. Para ello adoptó el nombre supuesto de David Rosse y contrató al prestigioso abogado Tom Bolán. El 8 de agosto de 1998, y gracias a las gestiones de su amigo, el sacerdote neoyorquino Peter Jacobs, Bolán llegaba al Vaticano para reunirse con Emilio Colagiovanni, que iba a desempeñar un papel protagonista en la historia.

Colagiovanni dirigía la fundación Monitor Ecclesiasticus, que publicaba una revista de derecho canónico. Aunque se encontraba jubilado, en su día fue juez de la Rota Romana, el tribunal de apelaciones vaticano, célebre en el mundo de la prensa rosa por ser el lugar en el que se dirimen las nulidades matrimoniales. En aquellos días, utilizando un viejo ordenador, un bote de cola y unas tijeras, componía su revista de derecho en la pequeña casa de campo en que vivía y trabajaba. Monitor Ecclesiasticus no formaba parte del Vaticano, pero había sido bendecida por un papa anterior y, lo más importante desde el punto de vista de Frankel, tenía una cuenta corriente en el IOR<sup>[4]</sup>.

Bolán contó a los allí reunidos que representaba a un rico filántropo de origen judío llamado David Rosse, que tenía el deseo de donar para causas pías cincuenta millones de dólares a través de una fundación formada en el Vaticano a tal efecto o de una ya existente y con sólidos lazos con la Santa Sede. (Frankel había tornado el nombre de David Rosse de uno de sus guardaespaldas, de cuya biografía [lugar de nacimiento, estudios, servicio militar, etc.] se había apropiado, de tal manera que si alguien investigaba se encontraría con que todos los datos encajaban, incluido su domicilio actual).

La posibilidad de que el Vaticano recibiera tal cantidad de dinero era, ciertamente, muy atractiva, y entre todos los presentes el que se creyó el embuste con más fuerza fue monseñor Colagiovanni. Ante la propuesta respondió con una entusiástica recitación de las cualidades que le convertían en el hombre más indicado para realizar aquella tarea: tenía múltiples contactos entre los altos dignatarios del Vaticano, como el secretario de Estado, y sabía lo que había que hacer para que el sueño de tan generoso donante se hiciera realidad.

## **PATENTE DE CORSO**

El 22 de agosto Bolán, en una reunión en el Hotel Hassier de Roma, presentaba una propuesta oficial de seis páginas. Rosse (es decir, Frankel) establecería una fundación en Liechtenstein que estaría regida por unos «estatutos secretos». Por medio de un banco suizo, Rosse enviaría a la fundación 55 millones de dólares, de los cuales cincuenta serían enviados a Estados Unidos para uso exclusivo del propio Rosse y los cinco millones restantes se transferirían a una cuenta controlada por el Vaticano. A nadie le pareció mal. Es más, los sacerdotes involucrados en la operación se apresuraron a pensar en el destino que darían a esos primeros cinco millones de dólares. Monseñor Colagiovanni esperaba que su fundación se beneficiara de aquel dinero y el padre Jacobs deseaba que una parte fuera destinada a una obra de caridad con la que se sentía especialmente implicado, la Ciudad de los Muchachos de Italia. Tras algunas discusiones el dinero se repartió de la siguiente forma: 3,5 millones para Monitor Ecclesiasticus, 1,1 para las obras de caridad del padre Jacobs y 400 000 dólares para Bolán como comisión.

En medio de todas aquellas discusiones sobre el destino del dinero a nadie pareció extrañarle que Rosse se reservase el control de cincuenta millones de dólares, lo que, sin duda, constituía una situación cuando menos inusual. Además, aquella generosa donación tenía un añadido. En una carta dirigida a Bolán Rosse ponía una condición:



Nuestro acuerdo incluirá el compromiso del Vaticano de ayudarme en mi deseo de adquirir compañías de seguros, permitiendo a funcionarios del Vaticano certificar a las autoridades, si fuera necesario, que la fuente de financiación de la fundación es el propio Vaticano<sup>[5]</sup>.

Más tarde, Bolán declararía no haber leído nunca esta carta e incluso dudaba de haberla recibido. Y es que con esta cláusula, Frankel ofrecía a los sacerdotes el mismo trato que Michele Sindona y Roberto Calvi establecieron en su día con el arzobispo Paul Marcinkus: blanqueado de dinero a cambio de una generosa comisión o, lo que es lo mismo, una patente de corso del Vaticano para que Frankel pudiera estafar sin problemas las compañías de seguros que se habían convertido en su objetivo.

A pesar de que los términos del acuerdo se volvieron cada vez más oscuros y farragosos todo siguió adelante. El padre Jacobs hizo las veces de cicerone para Bolán en Roma. Le llevó a su Ciudad de los Muchachos, le mostró la entrada secreta de la basílica de San Pedro —reservada exclusivamente a los cardenales—, y, lo más importante, le concertó una entrevista con el obispo Francesco Salerno, secretario de la prefectura de asuntos económicos de la Santa Sede, y monseñor Gianfranco Piovano, de la secretaría de Estado<sup>[6]</sup>.

## **INOCENTES PERO NO TANTO**

Con plena seguridad se puede asegurar que los sacerdotes ignoraban que el generoso benefactor que les estaba ofreciendo aquel negocio era un impostor, pero no podían ser tan inocentes como para no darse cuenta de que aquel trato no era del todo lo ético ni legal que debería. Con su 90 por 100 Frankel pretendía adquirir diversas compañías de seguros estadounidenses a través de la fundación respaldada por el Vaticano, que podría embolsarse más de cien millones de dólares con tan sólo dar su visto bueno. La increíble habilidad de Frankel para el fraude informático haría el resto.

No obstante, la amarga experiencia padecida con personajes como Sindona y Calvi había vuelto recelosos a los sacerdotes. Antes de que el acuerdo fuera firmado, Frankel se vio obligado a presentar ante el IOR documentación acreditativa de que poseía realmente el dinero necesario para realizar tan ambiciosa operación económica. Frankel respondió dándoles el número privado del banquero suizo Jean-Marie Wery, director del Banque SCS Alliance. Cuando éste fue preguntado por los funcionarios del IOR, aseguró que David Rosse (Frankel) era un hombre extraordinariamente rico con capacidad más que sobrada para emprender un negocio de mil millones de dólares.

El 1 de septiembre de 1998, monseñor Colagiovanni, monseñor Piovano y el obispo Salerno comunicaron a Bolán que el Santo Padre daba su aprobación a la creación de una nueva fundación de la Iglesia que tuviera a Rosse como presidente. Se le permitía, además, que abriera su propia cuenta en el Banco Vaticano, un privilegio al alcance de muy pocos seglares, todos ellos personas de la máxima confianza de la Iglesia. Sin embargo, aún quedaban varios cabos por atar. En el supuesto de que la operación saliese mal, el Vaticano podría verse involucrado como cómplice en una conspiración, y tal vez en una estafa, así que habría que hacer las cosas de otra manera. Rosse crearía una organización que, oficialmente, no estaría vinculada al Vaticano: la Fundación San Francisco de Asís para Servir y Ayudar a los Pobres y Aliviar el Sufrimiento<sup>[7]</sup>.

Frankel decía ser admirador de san Francisco de Asís, el hombre que renunció a sus riquezas para predicar la necesidad de una vida de pobreza y humildad basada en los Evangelios, lo cual no deja de ser paradójico viendo el estilo de vida del nuevo benefactor de la Iglesia. Cuando sus estafas fueron descubiertas, Frankel vivía en dos mansiones que habían costado 5,6 millones de dólares y que se pagaron al contado. Allí disfrutaba de chefs que le atendían las veinticuatro horas, disponía de bellas prostitutas que poblaban su piscina y de una flota de veinte automóviles de lujo. Todos sus empleados eran de sexo femenino. Controlaba todos sus negocios a través de ochenta ordenadores y se mantenía informado por medio de un panel de televisores sintonizados en diversos canales económicos de todo el mundo. Frankel dirigía su imperio desde aquella mansión, siempre en batín y

zapatillas. En el momento de su detención llevaba encima diez millones de dólares en joyas.

En cuanto a la vida sexual del financiero mecenas también había más que fundadas sospechas. En 1997 la policía investigó la muerte de una de las integrantes del harén de Frankel, Francés Burge, de veintidós años, que apareció ahorcada en una dependencia de la mansión con una fusta y pornografía de temática sadomasoquista a su alrededor. El caso fue archivado como suicidio, a pesar de que Frankel era cliente habitual de The Vault, el club sadomasoquista más importante de Nueva York. Frankel no pareció lamentar mucho la muerte de Francés, a la que había contratado mediante un anuncio en una revista: «Francés no tenía el aspecto que yo esperaba —declaró a la policía—. Tenía sobrepeso, aunque era una buena persona. Aquella tarde se quitó la ropa y quiso tener sexo, pero a mí no me apetecía».

## **LA TAPADERA**

La no vinculación directa entre el Vaticano y la fundación del falso Rosse era una medida de protección por si algo fallaba; en realidad, y tal como se establece en el texto de la demanda interpuesta en el Estado de Misuri contra el Vaticano:

[Colagiovanni] utilizó su posición como miembro de la Curia para convencer a funcionarios del gobierno estatal y a compañías de seguros en Estados Unidos de que la fundación San Francisco de Asís estaba relacionada con el Vaticano a través de Monitor Ecclesiasticus, y de que la fundación era una iniciativa financiada por el Vaticano<sup>[8]</sup>.

La unión con Monitor Ecclesiasticus era el elemento que daba a la trama la cobertura vaticana que precisaba la fundación San Francisco de Asís. En los documentos de presentación de la organización se decía:

La fundación San Francisco de Asís fue creada en el Vaticano por la fundación Monitor Ecclesiasticus para contribuir al cumplimiento de las

ideas de san Francisco de Asís a través de la ayuda a obras de caridad de todo el mundo<sup>[9]</sup>.

En este texto se cometía una grave inexactitud, ya que donde realmente creó Frankel su fundación fue en las Islas Vírgenes británicas, un lugar muy poco apropiado para una fundación pía. En una misiva dirigida a Rosse, monseñor Colagiovanni le aseguraba que todas las donaciones que recibiera Monitor Ecclesiasticus estarían protegidas por el estricto secreto bancario que caracterizaba al IOR: «Tan sólo el Papa puede revelar los detalles de cualquier depósito o donación».

La fundación no era más que humo, pero Monitor Ecclesiasticus no. La revista de derecho canónico que recibían cardenales y obispos de todo el mundo constituía para Frankel una inmejorable conexión con el Vaticano de cara a presentársela a sus futuras víctimas. Con esta cobertura, Frankel no dudó en comenzar las negociaciones para adquirir compañías de seguros en Estados Unidos. En una de aquellas operaciones, la de la empresa de Colorado Capitel Lite, el abogado Kay Tatum preguntó de dónde obtendría la fundación el dinero para realizar la transacción. La respuesta fue que la Santa Sede había donado 51 millones de dólares a través de Monitor Ecclesiasticus, hecho corroborado por monseñor Colagiovanni cuando el abogado le telefoneó al Vaticano. Por si aún albergaba alguna duda, Tatum recibió en su despacho la siguiente carta firmada por Colagiovanni:

Le certifico y confirmo a usted que ME [Monitor Ecclesiasticus] es el garante de fondos para la fundación San Francisco de Asís para Servir y Ayudar a los Pobres y Aliviar el Sufrimiento, una compañía de las Islas Vírgenes británicas... [...] ME ha contribuido aproximadamente con 1 000 000 000 \$ (mil millones de dólares) a la fundación San Francisco de Asís desde su creación el 10 de agosto de 1998. Estos fondos fueron recibidos por ME desde varios tribunales católicos romanos e instituciones de caridad y culturales católicas romanas para las obras de caridad de ME. Estos fondos, a su vez, han sido donados por ME para su uso por la fundación San Francisco de Asís<sup>[10]</sup>.

## NI UNA SOLA VERDAD

Este farragoso texto no contenía ni una sola verdad. Los mil millones de dólares que se mencionan ni existían ni habían existido.

Otra de las empresas en las que Frankel había centrado su atención era la Metropolitan Mortgage & Securities de Spokane, Washington. Su presidente, C. Paul Sandifur, escribió una carta al Vaticano preguntando por ambas fundaciones:

La fundación [San Francisco de Asís] afirma ser agente de la Santa Sede y desea embarcarse en una transacción comercial de 120 millones de dólares. La fundación también afirma haber sido creada por Monitor Ecclesiasticus... a la que representa como fundación vaticana.

Apenas dos semanas después, el arzobispo Giovanni Battista Re, uno de los personajes más importantes de la curia, respondió a la carta con otra en la que no mencionaba ni una sola vez a Monitor Ecclesiasticus, aunque sí dedicaba una línea a la fundación San Francisco de Asís: «Esa fundación no ha sido aprobada por la Santa Sede ni existe en el Vaticano». Nada más recibir la carta, Sandifur telefoneó a Frankel para pedirle explicaciones.

El financiero parecía relajado. No había por qué preocuparse. Evidentemente, el Vaticano no iba a admitir nada por escrito concerniente a la fundación San Francisco de Asís. La Santa Sede no tenía el menor interés en revelar sus finanzas ni la extensión de su patrimonio. Si realmente los ejecutivos de la compañía querían comprobar las credenciales de la fundación, lo mejor que podían hacer era desplazarse a Roma y reunirse con las personas adecuadas. Así lo hicieron, y varios representantes de las compañías que iban a ser adquiridas viajaron a Roma, donde monseñor Colagiovanni les dio toda suerte de explicaciones sobre la fundación. Colagiovanni, no contento con implicar a la Iglesia y al papa en el fraude, llegó a asegurar que Monitor Ecclesiasticus era «un canal e instrumento en el cumplimiento de la voluntad y deseos del Supremo Administrador». La fe de Frankel, en cambio, estaba depositada en la astrología, de hecho, llegó a encargarse una carta astral que intentara contestar a la pregunta «¿iré a la cárcel?»<sup>[11]</sup>.

Ni los ejecutivos de las aseguradoras ni Frankel eran los únicos que se estaban poniendo nerviosos. Colagiovanni también estaba intranquilo. Había mentido de palabra y por escrito y, sin embargo, todavía no había visto un centavo de los cinco millones de dólares prometidos. Decidió escribir al abogado Bolán para pedir su mediación y que ejerciera su «persuasiva amabilidad en el trato con *Mr. D* [David Rosse]. Debo solicitar que al menos esta cantidad [los cinco millones de dólares] sea transferida por su parte para que podamos continuar implementando el programa de ME».

Para evitar que otra posible víctima fuera alarmada por funcionarios del Vaticano, y así tranquilizar a Colagiovanni, Bolán fue enviado por Frankel de nuevo a Roma para reunirse con el arzobispo Agostino Cacciavillan, presidente de la administración del patrimonio de la Santa Sede.

A través de este engaño, Frankel fue capaz de adquirir siete compañías aseguradoras estadounidenses. Rápidamente comenzó a utilizar la estrategia de Sindona y las despojó de sus fondos, transfiriendo importantes cantidades a empresas fantasma ubicadas en diferentes paraísos fiscales<sup>[12]</sup>. Finalmente todo fue descubierto. Cuando las autoridades económicas estadounidenses preguntaron a la Santa Sede sobre el asunto, la curia declaró que ninguna de las dos fundaciones implicadas tenía relación con el Vaticano. Frankel volvió a consultar a su astrólogo y éste le dijo que las cosas se estaban poniendo realmente feas, ante lo cual reunió todo el dinero que pudo y huyó a Europa en compañía de dos de sus novias.

En octubre de 1999, las autoridades estimaron que Frankel había robado unos doscientos millones de dólares de las compañías estafadas. En diciembre de ese mismo año fue detenido en Alemania, donde se declaró culpable de contrabando de joyas por valor de varios millones de dólares a fin de evitar, o al menos retrasar, su extradición a Estados Unidos. Tras un intento de fuga, fue devuelto a su país y juzgado por diversos cargos. En 2001, el Vaticano fue demandado como cómplice por las comisiones de seguros de varios Estados, solicitándosele doscientos millones de dólares en concepto de reparación.

## LA MALA EDUCACIÓN LOS ESCÁNDALOS SEXUALES DEL CLERO

*Por si los graves problemas económicos no hubieran sido suficiente, la última etapa del pontificado de Juan Pablo II se vio salpicada por multitud de escándalos sexuales protagonizados por sacerdotes. Tan grave llegó a ser la situación que el volumen de las Acta Apostolicae Sedis (Actas de la sede apostólica), el boletín oficial del Vaticano, correspondiente a 2001, recogía una serie de directrices redactadas por el papa y por la Congregación para la Doctrina de la Fe para intentar atajar este serio asunto.*

Una carta del hoy papa Benedicto XVI, Joseph Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, instaba a las diócesis a informar al Vaticano de cualquier caso de esta naturaleza y a someterlo al juicio de un tribunal eclesiástico secreto a la mayor brevedad posible.

Con esta carta, esperamos no sólo que estos graves delitos sean evitados, sino sobre todo que la santidad del clero y de los fieles se vea protegida por las necesarias sanciones y por el cuidado pastoral ofrecido por los obispos u otros responsables<sup>[1]</sup>.

La circular de Ratzinger no mencionaba nada respecto a la necesidad de denunciar ante las autoridades civiles los casos de pederastia que se descubriesen. Más bien al contrario, hacía especial hincapié en que el contenido de la carta fuera tratado con la máxima reserva posible y no saliera del estricto marco de la Iglesia católica.

Uno de los casos que tanto preocupaban a Ratzinger ocurrió en España en febrero de 2002, cuando Ignacio Lajas Obregón, párroco de Casar de las Hurdes, Cáceres, fue detenido por un presunto delito de pornografía infantil cometido a través de Internet. El sacerdote, de veintinueve años, fue uno de los nueve arrestados por pertenecer a una red internacional de intercambio de imágenes:

Es un hombre correcto —señalaba un vecino de Casares entrevistado por el diario *El Mundo*—, pero tiene un enorme vicio con el ordenador. Su madre se ha quejado en muchas ocasiones porque estaba hasta bien entrada la madrugada con el ordenador encendido<sup>[2]</sup>.

El obispado de Coria-Cáceres emitió un comunicado en el que se destacaba la conducta ejemplar del detenido, así como su arrepentimiento.

También en España, y en ese mismo año, se hizo público el caso de un exjuez del Tribunal Eclesiástico de Madrid, al que sólo se conoce por sus iniciales, J. M. P., que fue denunciado por abusos sexuales continuados sobre una niña de cuatro años<sup>[3]</sup>. Según la denuncia, todo comenzó cuando la madre de la víctima alquiló una habitación a J. M. P., el juez que le tramitó su separación matrimonial. La niña comenzó a tener un comportamiento anormal, pero nadie sospechó nada raro hasta que en 1996, ya con diecinueve años, confesó que había sufrido abusos sexuales por parte de J. M. P. La madre informó al cardenal Rouco Varela, arzobispo de Madrid, para que suspendiera al sacerdote, y en 1997 puso una denuncia.

El juez ordenó someter a la joven a un tratamiento de hipnosis regresiva, el primero que se realizaba en España por orden judicial. La madre sufrió un gran impacto al presenciar la prueba: «La sesión grabada es espeluznante. Mi hija vuelve a la infancia y relata agresiones terribles. Algunas tenían lugar en casa, otras en la sede del Tribunal Eclesiástico».

En España, los estudios académicos sobre abuso de menores y la implicación del clero en estas prácticas arrojan unas cifras escalofriantes. En 1994, fecha de la realización del estudio, se llegó a la conclusión de que un 19 por 100 de la población española había sido víctima de abusos sexuales siendo menor. De ellos, el 8,96 por 100 de los hombres y el 0,99 de las mujeres lo fueron a manos de un religioso católico. Dicho de otra



forma, el 4,17 por 100 de los abusos sexuales a menores han sido cometidos por un miembro del clero<sup>[4]</sup>.

## **DIABLOS CON SOTANA**

El problema de los sacerdotes pedófilos no es nuevo. Sin embargo, siempre había sido algo de lo que se hablaba en voz baja, nunca se sabía si pertenecía al ámbito de las leyendas urbanas o si era real y, como mucho, terminaba siendo tema de algún chiste de mal gusto. En 1985 las dudas sobre la realidad y gravedad del asunto comenzaron a despejarse cuando el padre Gilbert Gauthe, de Lafayette, Louisiana, confesó haber abusado sexualmente de decenas de muchachos<sup>[5]</sup>. Gauthe acabó en la cárcel cumpliendo una condena de veinte años. El asunto sirvió para dar publicidad, y sólo en Louisiana aparecieron decenas de víctimas que denunciaron abusos sexuales. En la mayoría de los casos, la Iglesia pagó con dinero el silencio de los afectados, pero no fue suficiente para detener la marea negra que se le vino encima.

La situación se volvió alarmante. Thomas Doyle, un experto en derecho canónico del Vaticano destacado en Washington, envió un informe secreto a la Santa Sede en el que estimaba que, de no ponerse remedio, la Iglesia podría enfrentarse a un escenario en el que tendría que pagar más de mil millones de dólares en indemnizaciones durante los próximos diez años.

En 1989 el obispo de Hawai, Joseph Ferrarlo, tuvo el dudoso honor de convertirse en el primer jerarca de la Iglesia en ser acusado de abusos sexuales. Sus abogados consiguieron que no se sentara en el banquillo, no por falta de pruebas, sino debido a un defecto de forma. Un año más tarde, el escándalo fue aún mayor al conocerse que el acusado era el responsable de un centro de acogida de menores. Otro caso notorio fue el del padre Bruce Ritter, responsable de la Covenant House, un orfelinato especializado en jóvenes con problemas. Lo que nadie podía sospechar es que en muchas ocasiones el problema era, precisamente, el padre Ritter. Varios de los

antiguos inquilinos de la institución le acusaron de abusos sexuales, tras lo cual fue enviado rápidamente a la India.

En Boston la situación era mucho peor. En febrero de 2002 empezaron a salir a la luz los detalles escabrosos de cuarenta años de abusos sexuales en algunas de las iglesias católicas más conocidas de la ciudad. El cardenal Bernard Law se enfrentó a una crisis de primer orden no sólo por lo bochornoso y repugnante del hecho en sí, sino porque centenares de víctimas comenzaron a pedir compensaciones económicas por los asaltos sexuales de los curas. El cardenal intentó defenderse recurriendo al argumento de que los sacerdotes culpables eran «enfermos», y, por tanto, no eran responsables de sus actos. A la justicia estadounidense, sin embargo, le parecieron criminales. Las autoridades se hicieron con un listado en el que aparecían los nombres de 87 curas catalogados por la Iglesia en sus archivos como sacerdotes con un pasado de abusos sexuales a niños. En muchos de los casos, la Iglesia había llegado a acuerdos particulares con los afectados sin denunciar los hechos ante la justicia. Las estimaciones de las autoridades hablaban de más de mil víctimas. El detonante de todo el caso fue el descubrimiento de las actividades del sacerdote John J. Geoghan, al que se le imputaron ochenta causas por abusos sexuales.

## **UN SACERDOCIO MUY EFECTIVO**

No deja de ser sorprendente lo dicho por el cardenal Law cuando se hizo pública la primera condena contra Geoghan: diez años de cárcel y la recomendación de que, una vez abandonara la prisión, se le vigilase estrechamente. «Tu sacerdocio ha sido muy efectivo, tristemente interrumpido por la enfermedad. Que Dios te bendiga, Jack». «Jack» le había costado a la Iglesia 11,5 millones de euros en indemnizaciones privadas<sup>[6]</sup>. El reverendo Jack buscaba en la parroquia a madres de familias numerosas que atravesaran por graves problemas económicos. Era lógico que su oferta de ayuda fuera vista por esas madres agobiadas como una tabla de salvación. Pronto, el sacerdote Geoghan se hacía habitual en las

casas de sus víctimas: duchaba a los niños, rezaba con ellos en la cama y, ocasionalmente, les llevaba a merendar. Durante aquellos paseos, el sacerdote detenía el coche y obligaba a los niños a que le masturbaran. Después, venía la amenaza: «Como cuentas esto nadie te va a creer».

Una familia llegó a descubrir que el cura había abusado de sus siete hijos. Cuando se pusieron en contacto con la archidiócesis para denunciar los hechos, la carta que recibieron del cardenal Humberto Medeiros, predecesor de Bernard Law, les dejó estupefactos. Les pedía que no dieran a conocer la noticia por el propio bien de los niños: «Al mismo tiempo invoco a la compasión de Dios y comparto esa compasión en el conocimiento de que Dios perdona los pecados».

Tan grave y extenso es el problema actualmente en Estados Unidos que existe una Red de Supervivientes de Abusos Sexuales de Curas. Según los datos que obran en poder de su presidente, David Ciohessy, entre el 2 y el 10 por 100 de los sacerdotes católicos estadounidenses puede ser pedófilo. El número de víctimas se ha estimado en unas cien mil. El estereotipo del sacerdote abusador suele corresponderse con el de un rígido cura con sotana y doble moral. Sin embargo, los curas «progres» no se encuentran libres de sospechas. Buen ejemplo de ello es el caso del padre Paul R. Shanley. En los años setenta, con su pelo largo y su ropa informal, así como su defensa a ultranza de los drogadictos y los homosexuales, representaba en Bostón la encarnación del cura «amigo». Tal vez demasiado. Su atractivo físico y su carisma provocaron que recibiera no pocas tentaciones para pecar con alguna de sus feligresas, pero sus gustos no iban por ahí. Al padre Shanley le gustaba el juego, en especial las partidas de *strip poker*<sup>[7]</sup> que organizaba con los jovencitos de su parroquia. Shanley decía a los adolescentes que Dios le utilizaba para averiguar quién era homosexual. Cuarenta y dos víctimas identificadas hasta el momento sufrieron sus abusos.

## ESCÁNDALO EN POLONIA

Para el papa, mucho peor que el gigantesco problema surgido en Bostón fue comprobar que su Polonia natal tampoco se libraba de estos terribles hechos. El implicado en aquella ocasión fue el arzobispo de Poznan, Julius Paetz, acusado de agredir sexualmente a varias decenas de sacerdotes y seminaristas de su propia diócesis. Roma envió una comisión investigadora a Poznan, que interrogó durante una semana a los clérigos que afirmaban haber sido víctimas de las agresiones sexuales del arzobispo, así como a varias decenas de sacerdotes y fieles. Todos se ratificaron en sus denuncias y el rector de un seminario que se encuentra a doscientos metros del palacio episcopal, el padre Tadeus Karzkosz, contó que tenía prohibido al arzobispo el acceso a sus instalaciones<sup>[8]</sup>.

El de Polonia no fue un caso aislado. En Europa comenzaron a surgir una cascada de hechos similares a los denunciados en Estados Unidos. En Austria, el arzobispo de Viena, Hermann Groer, fue forzado a dimitir tras ser acusado de abusar de varios jóvenes en un seminario. Su sustituto, el cardenal Christoph Schonborn, no tuvo más remedio que reconocer la veracidad de las informaciones y pedir disculpas públicamente. Mientras, en Irlanda, la Iglesia desembolsaba más de cien millones de dólares para indemnizar a los afectados por los abusos sexuales.

Francia se estremeció con la condena a tres meses de cárcel contra el obispo de Bayeux-Lisieux, Pierre Pican, culpable de «haberse abstenido de denunciar» los actos pedófilos de un cura de su diócesis, Rene Bissey. Para el tribunal, «dado que se trata de niños, el silencio del señor obispo supone un excepcional trastorno del orden público». Ya en octubre de 2000, Bissey había sido condenado a dieciocho años de cárcel por haber abusado sexualmente de varios menores de quince años. Aunque el obispo Pican sabía del comportamiento delictivo de Bissey nunca lo condenó, limitándose a apartarlo durante algún tiempo de la enseñanza y a trasladarlo cuando los rumores sobre sus abusos sexuales con los niños se habían vuelto demasiado notorios<sup>[9]</sup>.

Poco después de lo ocurrido en Polonia, el 10 de marzo de 2002 el fantasma del abuso sexual regresó a Estados Unidos, obligando a dimitir al obispo de Florida, Anthony J. O'Connell, que admitió públicamente que veinticinco años atrás había abusado de dos seminaristas: «Quiero pedirles

disculpas sincera y humildemente, y quiero que me perdonen por el daño, la confusión, el dolor y el enfado que mis palabras puedan producir»<sup>[10]</sup>. O'Connell admitió que a finales de la década de los setenta se metió en la cama, desnudo, con Christopher Dixon, un joven que había acudido a él para pedirle consejo. El obispo dijo que no mantuvo relaciones sexuales y que sólo hubo tocamientos. Con la cabeza baja, O'Connell confirmó más tarde que esto sucedió en otra ocasión, aunque se desconoce la identidad de la víctima. La cosa no llegó a más dado que la diócesis de Misuri, a la que pertenecía, silenció el asunto pagando 125 000 dólares. Se da la circunstancia de que O'Connell había llegado a Florida tres años antes para sustituir al obispo J. Keith Symons, que también cesó en su cargo tras confesar abusos a menores.

Quince días más tarde, en Nueva York, la tercera diócesis de Estados Unidos, el cardenal Edward Egan tuvo que justificar su decisión de permitir el ejercicio a sacerdotes involucrados en abusos cuando era obispo de Bridgeport (Connecticut). En una misiva repartida por las 413 parroquias de la ciudad, Egan aseguró que los casos sucedieron antes de que él asumiese la dirección y que una comisión psiquiátrica respaldó el regreso de aquellos sacerdotes al ministerio.

El alud de denuncias trajo consigo una ingente cantidad de dinero para acallar a las víctimas. En 1992 se estimaba que la Iglesia había gastado 400 millones de dólares en este tipo de acuerdos. Sólo en la diócesis de Bostón los arreglos extrajudiciales le costaron a la Iglesia aproximadamente treinta millones de dólares. En 1996, las parroquias de Dallas tuvieron que hacer frente al pago de otros treinta millones. En San Louis, casi dos millones<sup>[11]</sup>. En muchas ocasiones, la estrategia de defensa de la jerarquía católica fue tratar de criminalizar a las víctimas y así ahorrarse el pago de indemnizaciones. La diócesis de Santa Fe, Nuevo México, llegó a contratar a un detective privado para indagar el pasado de un joven que había denunciado a un sacerdote, involucrado anteriormente en otros casos de abusos.

## EL ABORTO DEL PADRE JOHN

En California, las diócesis de Orange y Los Ángeles extendieron un cheque de 1,2 millones de dólares a Lori Capobianco Haigh, una mujer que durante su adolescencia mantuvo una relación con el sacerdote John Lenihan, que la ayudó posteriormente a abortar. Los abusos de Lenihan comenzaron cuando Haigh tenía tan sólo catorce años. Los contactos sexuales culminaron con un embarazo a los dieciséis: «El padre John me condujo hasta su banco, me dio dinero para pagar el aborto, pero no vino conmigo a la clínica... No le preocupaba el estado de mi alma». Los abusos terminaron cuando «el padre John se interesó por otra mujer». En su demanda, Lori Haigh acusaba a los responsables de la diócesis de desoír sus reiteradas peticiones de ayuda y de no tomar medidas contra Lenihan, pese a que las primeras quejas contra él databan de 1978. En una ocasión, Haigh asegura que uno de los sacerdotes trató de besarla después de que le hubiese contado los abusos que sufría del padre John<sup>[12]</sup>.

Pero la Iglesia no sólo se gastaba dinero en acuerdos extrajudiciales. Las sentencias de los tribunales imponían indemnizaciones mucho más cuantiosas. En 1997 un tribunal de Dallas dictó una sentencia a favor de las víctimas del padre Rudy Koss, imponiendo el pago de 120 millones de dólares. En las posteriores apelaciones la sentencia quedó reducida a treinta millones, pero aun así la diócesis se vio obligada a vender parte de sus propiedades. El abogado Roderick McLeish, representante de muchas de estas víctimas, estimaba que aquellas cantidades eran sólo la punta del iceberg de un «agujero» económico importantísimo en las arcas de la Iglesia<sup>[13]</sup>.

En España la cosa tuvo algunos matices diferentes y el Tribunal Supremo condenó a una compañía aseguradora a indemnizar como responsable civil subsidiaria a tres niños que sufrieron abusos sexuales por parte del director de un centro dependiente de una parroquia de la localidad barcelonesa de Llagosta<sup>[14]</sup>.

Así las cosas, en abril de 2002 el Vaticano fue denunciado y llamado a juicio en los Estados de Florida y Oregón para responder a las acusaciones

de conspiración y de encubrimiento a los sacerdotes que ejercieron abusos sexuales y pedofilia. Era la primera vez que el nombre del Vaticano aparecía vinculado con el abuso a menores. Juan Pablo II no figuraba en la lista de los sospechosos llamados a declarar, pero el tribunal pretendía poner en evidencia a otros altos dignatarios de la Iglesia romana<sup>[15]</sup>. En Cleveland, más o menos por las mismas fechas, el reverendo Don Rooney apareció muerto al volante de su coche con un disparo en la cabeza después de faltar a una cita con sus superiores, que iban a preguntarle respecto a las denuncias que pesaban sobre él por haber abusado de una joven<sup>[16]</sup>. Se suicidó antes de hacer frente a sus actos.

En Estados Unidos el asunto había adquirido unas proporciones enormes, convirtiéndose en tema prioritario de actualidad nacional. El presidente George W. Bush llamó la atención de la Santa Sede diciendo que estaba seguro de que la Iglesia limpiaría su imagen y haría lo correcto. El asunto había llegado demasiado lejos y Juan Pablo II mandó llamar al Vaticano a los cardenales estadounidenses para discutir la situación. En aquel momento ya había alrededor de 600 sacerdotes acusados de abuso a menores. La negativa del pontífice de suspender a los sacerdotes encontrados culpables de estos hechos había suscitado las más encendidas críticas a nivel mundial. Los curas pedófilos sólo serían separados del sacerdocio si el hecho era «establecido, notorio y reiterado»<sup>[17]</sup>...

## **RELACIONES PÚBLICAS, PECADOS PRIVADOS**

La cumbre de los cardenales estadounidenses con Wojtyla fue percibida como «un ejercicio de relaciones públicas (...) para hacer ver que el Papa se ocupa del asunto»<sup>[18]</sup>. Razones sobran, ya que además de poner en evidencia la descomposición política y moral de la Iglesia, el escándalo amenazaba con arruinar a las instituciones educativas católicas, cuyo prestigio iba mermándose poco a poco.

Los cardenales norteamericanos fueron reprendidos duramente, pero no por haber consentido semejantes desmanes en sus dominios, sino por su falta de discreción, por haber reconocido la existencia de abusos sexuales y por entregar a la justicia, contra las órdenes expresas de la Santa Sede, los nombres de los culpables<sup>[19]</sup>. El papa emitió una carta titulada *Sacramentorum sanctitatis tutela* (Tutela de la santidad de los sacramentos) en la que se reafirmaba la autoridad absoluta y exclusiva de la Congregación para la Doctrina de la Fe en los casos de delitos sexuales<sup>[20]</sup>, actuando por encima de las autoridades laicas y, a ser posible, sin conocimiento de éstas.

Tras la reunión vaticana del papa con los cardenales pudo detectarse un cambio radical en la estrategia jurídica de la Iglesia. La litigación agresiva reemplazó a los acuerdos extrajudiciales. No se iba a dar más dinero fácil. La nueva estrategia se basaba en la investigación de la vida privada de las víctimas, buscando antecedentes que mermasen su credibilidad o pusieran en duda la responsabilidad de los agresores. Ya no se darían más documentos internos de la Iglesia a la justicia. En último extremo, se procuraría alargar lo más posible los procesos judiciales, intentando, así, que el delito prescribiese. Estas tácticas suponían para las víctimas pasar por otra experiencia dolorosa antes de obtener justicia.

(El asidero al que se agarró la Iglesia consistía en que cuando el afectado acudiese a otro sacerdote para denunciar los hechos, éste recurriese a una argucia sutil y efectiva para no tener que denunciar al compañero y, a la vez, librarse de los cargos de encubrimiento. Simplemente, instaba a la víctima a que contase lo sucedido bajo la formalidad del sacramento de la confesión, cuyo secreto está protegido por las leyes).

Con todo ello, lo que se hacía era perpetuar una tradición de secretismo y ocultismo respecto a estos crímenes. Ya en 1962, Juan XXIII emitió un documento titulado *Crimine sollicitaciones*, en el que se hacía explícita referencia a los delitos sexuales cometidos por los sacerdotes, instando a la jerarquía católica a mantenerlos en el más estricto de los secretos bajo pena de excomunión.

Las buenas noticias para el Vaticano eran que sus cuentas se encontraban a salvo. Como Estado soberano, la Santa Sede no podía ser



demandada ni obligada a pagar indemnizaciones. En todos los casos anteriores fueron las diócesis las que tuvieron que pagar con sus propios recursos una situación especialmente grave, debido a que los escándalos afectaron a algunas de las económicamente menos favorecidas. Scott Appleby, director del Centro Cushwa de Estudios Católicos de la Universidad de Notre Dame, resume perfectamente la situación: «Muchos programas de ayuda han tenido que ser suprimidos y los pobres han sido los más afectados»<sup>[21]</sup>.

La diócesis de Santa Fe se vio forzada a vender una casa de retiro para monjas dominicas. Chicago y Dallas también tuvieron que vender propiedades. Las compañías de seguros pasaron a especificar expresamente la no cobertura de la pedofilia en las pólizas que se suscribían con la Iglesia. Además, las donaciones, sobre todo en Estados Unidos, el país en el que son más cuantiosas, cayeron en picado. Una vez más, las arcas de la Iglesia se vaciaban bajo la sombra del escándalo.

# EPÍLOGO

## ¿Y AHORA QUÉ?

Sólo los más reaccionarios entre los católicos se resisten a admitir que los veintisiete años de pontificado de Juan Pablo II significaron un serio retroceso en el proceso de modernización que la Iglesia emprendió tras el II Concilio Vaticano. Ello ha tenido como consecuencia un progresivo divorcio de la Iglesia con la sociedad, traducido en síntomas como la crisis de vocaciones que ha llenado nuestras iglesias, en especial las rurales, de sacerdotes latinoamericanos que tienen que atender varias parroquias a la vez. Los sectores más conservadores, encarnados en el Opus Dei, detentan el poder hasta el punto de haber apartado a los más renovadores y haber dejado a la Iglesia indisolublemente vinculada a las posturas de los partidos de derecha de los diferentes países.

La elección como Papa del cardenal alemán Joseph Ratzinger no supone sino la perpetuación de esta situación y constituye una pésima noticia para los católicos progresistas. Es curioso porque en su juventud Ratzinger fue un sacerdote progresista y uno de los inspiradores del II Concilio Vaticano. Sin embargo, la edad y el hacerse cargo de la Congregación para la Doctrina de la Fe fueron apaciguando sus ansias renovadoras y le convirtieron en uno de los abanderados de la corriente más conservadora del Vaticano. Juan Pablo II lo tenía como uno de sus principales asesores y muchos creen que le fue allanando el camino para que se convirtiera en su sucesor, integrando en el colegio cardenalicio a decenas de obispos conservadores, muchos de ellos a sugerencia del propio Ratzinger.

Al nuevo Papa le conoceremos por sus obras. Desde su puesto en la Congregación para la Doctrina de la Fe, Ratzinger sancionó a los teólogos de la teología de la liberación latinoamericana, denunció la homosexualidad y los matrimonios gays y censuró públicamente a los sacerdotes asiáticos que veían las religiones no cristianas como parte del «plan de Dios para la humanidad». Durante aquel período, Ratzinger se convirtió en un verdadero «martillo de herejes» y llegó a calificar de «inmaduros» a los sectores más aperturistas, así como de «deficientes» a las iglesias protestantes.

El pasado 6 de junio de 2005, durante una alocución pronunciada en la basílica de San Juan de Letrán, dejó claro que sus opiniones no se habían dulcificado un ápice:

Las varias formas de disolución del matrimonio que existen hoy, como las uniones libres, las experiencias prematrimoniales y hasta losseudomatrimonios de gente del mismo sexo, son expresiones de una libertad anárquica que es erróneamente confundida con la verdadera libertad del hombre [...] llegados a este punto se muestra cada vez más claro cómo de contrario es al amor humano, a la vocación profunda del hombre y de la mujer, cerrar sistemáticamente su unión al regalo de la vida.

En cualquier caso, aún no ha pasado el tiempo suficiente como para juzgar el pontificado de Benedicto XVI, y mucho menos aún en el aspecto que hemos tratado en este libro, el del gobierno interno del Vaticano. De todos modos, por el bien de la Iglesia, ojalá que no haya que añadir ningún capítulo más en una futura edición.

## BIBLIOGRAFÍA

- AARONS, Mark y LOFTUS, John, *Unholy Trinity: The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998.
- , *Ratlines*, William Heinemann, Londres, 1991.
- ALEXANDER, Stella, *The Triple Myth. A Life of Archbishop Alojzije Stepinac*, East European Monographs, Nueva York, 1987.
- ALLEN, John L., *All the Pope's Men: The Inside Story of How the Vatican Really Thinks*, Doubleday, Nueva York, 2004.
- , *Conclave: The Politics, Personalities, and Process of the Next Papal Election*, Doubleday, Nueva York, 2002.
- ANDERSON, Scott y ANDERSON, Jon Lee, *The League*, Dodd, Mead & Company, Nueva York, 1986.
- BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard y LINCOLN, Henry, *El legado mesiánico*, MR ediciones, Madrid, 2005.
- BERNSTEIGN, Cari y POLITI, Marco, *His Holiness: John Paul II and the Hidden History of Our Time*, Penguin Books, Nueva York, 1996.
- BERRY, Jason, *Lead Us Not into Temptation: Catholic Priest and the Sexual Abuse of Children*, University of Illinois Press, Chicago, 2000.
- BLACK, Edwin, *IBM y el Holocausto*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 2001.
- BOKENKOTTER, Thomas, *A Concise History of the Catholic Church*, Image Books, Garden City, 1979.
- BROWNE, Nick (editor), *Francis Ford Coppola's. The Godfather Trilogy (Cambridge Film Handbooks)*, Cambridge University Press, Nueva York, 2000.
- BURGUESS, Anthony, *Earthly Powers*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York, 1994.

- CHERNOW, Ron, *The House of Morgan: An American Banking Dynasty and the Rise of Modern Finance*, Grove Press, Nueva York, 2001.
- CLARKE, Thurston y TIGUE, John J. Jr., *Dirty Money: Swiss Banks, the Mafia, Money Laundering, and White Collar Crime*. Simón & Schuster, Nueva York, 1975.
- COCKBURN, Alexander y St. CLAIR, Jeffrey, *Whiteout: The CIA, Drugs and the Press*, Verso, Londres, 1998.
- COIN, Leonardo y SISTI, Leo, *Marcinkus, el banquero de Dios*, Grijalbo, Barcelona, 1992.
- COONEY, John, *The American Pope: The life and Times of Francis Cardinal Spellman*, Times Books, Nueva York, 1984.
- CORNWELL, John, *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XI*, Planeta, Barcelona, 2000.
- , *A Thief in the Night: Life and Death in the Vatican*, Penguin Books, Nueva York, 1989.
- CORNWELL, Rupert, *God's banker: An account of the life and death of Roberto Calvi*, Víctor Gollancz Limited, Londres, 1984.
- CROWE, David M., *A History of Gypsies of Eastern Europe and Russia*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1994.
- DE CATALDO NEUBURGER, Luisella, *II Filo di Ariadna*, CEDAM, Padua, 1992.
- DEDIJER, Vladimir, *The Yugoslav Auschwitz and the Vatican: The Croatian Massacre of the Serbs during World War II*, Prometheus Books, Nueva York, 1992.
- DESCHNER, Kariheinz, *Mit Gott und den Faschisten*, Günther Verlag, Stuttgart, 1965.
- DICK, Bernard F., *Engulfed: The Death of Paramount Pictures and the Birth of Corporate Hollywood*, University Press of Kentucky, Lexington (Kentucky), 2001.
- DiFONZO, Luigi, *Michele Sindona, el banquero de San Pedro*, Planeta, Barcelona, 1984.
- DISCÍPULOS DE LA VERDAD, *Mentiras y crímenes en el Vaticano*, Ediciones B, Barcelona, 2000.

- DJILAS, Aleksa, *The Contested Country: Yugoslav Unity and Communist Revolution, 1919-1953*, Harvard University Press, Cambridge, 1991.
- DOMÉNECH MATILLÓ, Rossend, *Marcinkus. Las claves secretas de las finanzas vaticanas*. Ediciones B, Barcelona, 1987.
- DORRIL, Stephen, *MI6: Inside the Covert World of Her Majesty's Secret Intelligence Service*, Touchstone, Nueva York, 2000.
- DURANT, Will, *The Age of Faith*, Simón & Schuster, Nueva York, 1950.
- FALCONI, Carlo, *Il silenzio di Pío XII*, Sugar, Milán, 1965.
- FRANGE, David, *Our Fathers: The Secret Life of the Catholic Church in an Age of Scandal*, Broadway Books, Nueva York, 2004.
- FRATTINI, Eric, *Secretos vaticanos. De San Pedro a Benedicto XVI*, Edaf, Madrid, 2005.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando y LORENZO ESPINOSA, José María, *Los pliegues de la tiara. Los Papas y la Iglesia del siglo xx*. Alianza Editorial, Madrid, 1991.
- GEPPERT, Dominik, *The Postwar Challenge: Cultural, Social and Political Change in Western Europe, 1945-1958* (Studies of the German Historical Institute, London), Oxford University Press, Oxford, 2003.
- GINSBORG, Paul, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2003.
- GOÑI, Uki, *La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón*, Paidós, Barcelona, 2002.
- GREENE, Jack y MASSIGNANI, Alessandro, *The Black Pounce and the Sea Devils: The Story of Prince Valerio Borghese and the Elite Units of the Eclima Mas*, Da Capo Press, Cambridge, 2004.
- GURWIN, Larry, *El caso Calvi. La muerte de un banquero*. Versal, Barcelona, 1984.
- HAMMER, Richard, *Vatican Connection: The Astonishing Account of a Billion Dollar Counterfeit Stock Deal between the Mafia and the Church*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1982.
- HERTLING, Ludwig, *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1981.
- HITLER, Adolf, *Mein Kampf*, 1925.
- HUTCHISON, Robert, *Their Kingdom Come: Inside the Secret World of Opus Dei*, Thomas Dunne Books, Nueva York, 1997.

- JOAN POLLOCK, Ellen, *The Pretender: How Martin Frankel Fooled the Financial World and Led the Feds on One of the Most Publicized Manhunts in History*, Wall Street Journal Books, Nueva York, 2002.
- JOHNSON, J. A., *Thief: The Bizarre Story of Fugitivo Financier Martin Frankel*, Lehar-Friedman Books, Nueva York, 2000.
- JOHNSON, Paul, *Modern Times: The World from the Twenties to the Nineties*, Harper Perennial, Nueva York, 1992.
- JONES, Tobías, *The Dark Heart of Italy*, North Point Press, Nueva York, 2003.
- JUAN PABLO II, *John Paul II: The Encyclicals in Everyday Language*, Orbis Books, Nueva York, 2001.
- KEEGAN, John, *The Second World War*, Penguin Books, Nueva York, 1990.
- LACROIX-RIZ, Annie, *Le Vatican, l'Europe et le Reich, de la première guerre mondiale á la guerre froide*, Armand Colín, París, tercera edición.
- LEDL, Leopold, *Per conto del Vaticano. Rapporti con il crimine organizzato nel racconto del faccendiere dei monsignori*, Tullio Pironti, Nápoles, 1997.
- LERNOUX, Penny, *In Banks We Trust*, Doubleday, Nueva York, 1984.
- LEWY, Guenter, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Da Capo Press, Nueva York, 2000.
- LOFTUS, John y AARONS, Mark, *The Secret War against the Jews: How Western Espionage Betrayed the Jewish People*, St. Martina Griffin, Nueva York, 1997.
- LÓPEZ SÁEZ, Jesús, *El día de la cuenta*, Meral Ediciones, Madrid, 2005.
- , *Se pedirá cuenta*. Orígenes, Madrid, 1990.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, Félix, *Abusos sexuales a menores. Lo que recuerdan de mayores*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1996.
- LYNE, William, *Pentagon Aliens*, Creatopia Productions, Lami (Nuevo México), 1993.
- MANHATTAN, Avro, *The Vatican Holocaust*, Ozark Books, Springfield, 1988.

- , *Murder in the Vatican: American, Russian and Papal Plots*, Ozark Books, Springfield, 1985.
- , *Catholic Imperialism and World Freedom*, Watts & Company, Londres, 1952.
- , *The Vatican in World Politics*, C. A. Watts & Co., Limited, Londres, 1949.
- MARRS, Jim, *Rule by Secrecy: The Hidden History That Connects the Trilateral Commission, the Freemasons, and the Great Pyramids*, Harper Collins, Nueva York, 2000.
- MARTIN, Malachi, *Rich Church, Poor Church*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1984.
- , *The Decline and Fall of the Román Church*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1981.
- MCBRIEN, Richard R, *Lives of the Popes*, Harper, San Francisco, 1997.
- ORLANDO, Leoluca, *Fighting the Mafia and Renewing Sicilian Culture*, Encounter Books, San Francisco, 2001.
- PASSELECQ, Georges y SUCHECKY, Bernard, *The Hidden Encyclical of Pius XI*, Harvest, Nueva York, 1998.
- PAZIENZA, Francesco, *Il disubbidiente*, Longanesi & C., Milán, 1999.
- PHAYER, John Michael, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Indiana University Press, Bloomington, 2000.
- POLLARD, John F., *Money and the Rise of the Modern Papacy: Financing the Vatican, 1850-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.
- , *The Unknown Pope: Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace*, Casell Academia, Washington, 1999.
- REESE, Thomas J., *Inside the Vatican*, Harvard University Press, Cambridge, 1996.
- ROBB, Peter, *Midnight in Sicily* (Vintage Departures), Random House, Nueva York, 1996.
- SHIRER, William L., *The Rise and Fall of the Third Reich*, Simón & Schuster, Nueva York, 1960.
- SISTI, Leo y MODOLO, Gianfranco, *El banco paga. El embrollo del Ambrosiano y la logia P2*, Plaza & Janes, Barcelona, 1983.



- STEARNS, Peter N., *The Encyclopedia of World History*, Houghton Muffin Company, Nueva York, 2001.
- STERLING, Claire, *Octopus: The Long Reach of The International Sicilian Mafia*, Simón & Schuster, Nueva York, 1990.
- SPERO, Joan Edelman, *The Failure of the Franklin National Bank: Challenge to the International Banking System*, Beard Books, Nueva York, 1999.
- STILLE, Alexander, *Excellent Cadavers: The Mafia and the Death of the First Italian Republic*, Vintage Books, Nueva York, 1996.
- TAVAKOLI, Janet M., *Collateralized Debt Obligations of Structured Finance: New Developments in Cash of Synthetic Securitization*, John Wiley & Sons, Hoboken (Nueva Jersey), 2003.
- THOMAS, Gordon, *Mossad. La historia secreta*, Javier Vergara, Barcelona, 2000.
- THOMAS, Gordon y MORGAN-WITTS, Max, *Pontífice*, Plaza & Janes, Barcelona, 1983.
- TITTMAN, Harold H., *Inside the Vatican of Pius XII: The Memoir of an American Diplomat During World War II*, Image Books, Nueva York, 2004.
- TOLAND, John, *Adolf Hitler*, Doubleday, Nueva York, 1976.
- TOSCHES, Nick, *Power on Earth: Michele Sindona's Explosivo Story*, Arbor House, Nueva York, 1986.
- VARIOS AUTORES, *Everything You Know is Wrong: The Disinformation Guide to Secrets and Lies*, Disinformation Books, Nueva York, 2002.
- VARIOS AUTORES, *The Crime Library*, Dark Horse, Nueva York, 2002.
- WEIGEL, George, *Witness to Hope: The Biography of Pope John Paul II*, Harper Collins, Nueva York, 2001.
- WEST, Nigel, *The Secret War for the Falklands: The SAS, M16, and the War Whitehall Nearly Lost*, Warner Books, Londres, 1997.
- WILLAN, Philip, *Puppetmasters: The Political Use of Terrorism in Italy*, Constable & Company, Londres, 1991.
- WILLIAMS, Paul L., *The Vatican Exposed: Money, Murder, and the Mafia*, Prometheus Books, Nueva York, 2003.

- , *Everything You Always Wanted to Know About the Catholic Church but Were Afraid to Ask for Fear of Excommunication*, Doubleday, Nueva York, 1990.
- WILLS, Garry, *Papal Sin: Structures of Deceit*, Doubleday, Nueva York, 2000.
- WILSON, Robert Antón, *Everything is Under Control: Conspiracies, Culis, and Cover-ups*, Harper Perennial, Nueva York, 1998.
- , *Cosmic Trigger: Down To Earth*, volumen II, New Falcon Publications, Tempe (Arizona), 1991.
- WOOLNER, David B. y KURIAL, Richard G., *FDR, The Vatican, and the Roman Catholic Church in America, 1933-1945 (The World of the Roosevelts)*, Palgrave McMillan, Nueva York, 2003.
- WYNN, Wilton, *Keeper of the Keys*, Random House, Nueva York, 1988.
- YALLOP, David, *En nombre de Dios*, Planeta, Barcelona, 1984.



SANTIAGO CAMACHO. Escritor y periodista español, colabora en diversos medios de comunicación como la Cadena SER, Radio Nacional y las revistas *Más Allá*, *Año Cero*, *Generación XXI* y *Ajoblanco*. Actualmente trabaja como coordinador de redacción en el programa de televisión *Cuarto milenio* de la cadena Cuatro.

Ha publicado centenares de artículos y reportajes cuyo común denominador es la denuncia y la controversia. Buena parte de su trabajo se ha centrado en temas heterodoxos, de los que se ha convertido en referente obligado en nuestro país, como las sociedades secretas, los servicios de inteligencia, la manipulación informativa, las leyendas urbanas y las teorías de la conspiración.

Entre sus libros más destacados se encuentran: *20 grandes conspiraciones de la historia*, *Las cloacas del imperio*, *La conspiración de los Illuminati*, y *Calumnia, que algo queda*. Recientemente ha publicado *Leyendas urbanas* y *Biografía no autorizada del Vaticano*.

# Notas

[1] Gálatas 4:16. <<

[1] «El señor concedió a Pedro», estableció el papa Inocencio III, «no sólo el gobierno de la Iglesia, sino del mundo. Ahora podéis ver quién es el servidor que es puesto sobre la familia del Señor; verdaderamente es el vicario de Jesucristo, el sucesor de Pedro, el Cristo del Señor; puesto entre Dios y el hombre, de este lado de Dios, pero más allá del hombre; menos que Dios, pero más que el hombre; quien juzga a todos, pero no es juzgado por nadie». Antes, en el siglo IX, el papa Esteban V había ido aún más lejos en su entusiasmo retórico: «Los papas, como Jesús, son concebidos por sus madres al ser cubiertas por el Espíritu Santo. Todos los papas son una especie de hombres-dioses, con el propósito de ser más capaces de servir las funciones de mediadores entre Dios y la humanidad. Todos los poderes del cielo y de la tierra les son concedidos». Durant, Will, *The Age of Faith*, Simón & Schuster, Nueva York, 1950. <<

[2] Williams, Paul L., *Everything You Always Wanted to Know About the Catholic Church but Were Afraid to Ask for Fear of Excommunication*, Doubleday, Nueva York, 1990. <<

[3] McBrien, Richard P., *Lives of the Popes*, Harper, San Francisco, 1997.

<<



[4] Bokenkotter, Thomas, *A Concise History of the Catholic Church*, Image Books, Garden City, 1979. <<

[5] *Acta Apostolicae Sedis*, 9 de septiembre de 1910, núm. 17. <<

[6] Pollard, John E, *The Unknown Pope: Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace*, Casell Academia, Washington, 1999. <<

[7] *Ratto* significa en italiano «rata». Su plural es *ratti*. (N. del A.). <<

[8] Cornwell, John, *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XI*, Planeta, Barcelona, 2000. <<

[9] McBrien, Richard P., *op. cit.* <<

[10] Pío XI, *Divini redemptoris*. 19 de marzo de 1937. <<

[11] Martin, Malachi, *Rich Church, Poor Church*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1984. <<



[12] Johnson, Paul, *Modern Times: The World from the Twenties to the Nineties*, Harper Perennial, Nueva York, 1992 <<

[13] Cooney, John, *The American Pope: The Ufe and Times of Francis Cardinal Spellman*, Times Books, Nueva York, 1984. <<

[14] Manhattan, Avro, *The Vatican in World Politics*, C. A. Watts & Co., Limited, Londres, 1949. <<

[15] «Vatican at Peace with Italy After Long Quarrel», *San Francisco Chronicle*, 12 de febrero de 1929. <<

[16] Cortesi, Arnaldo, «Pope Becomes Ruler of a State Again», *The New York Times*, 12 de febrero de 1929. <<

[17] Considine, John J., «Historie Scene in the Lateran Palace», *The Catholic Advocate*, Brisbane, Australia, 18 de abril de 1929. <<

[18] Hitler, Adolf, *Volkischer Beobachter*, 22 de febrero de 1929. <<

[19] Chernow, Ron, *The House of Morgan: An American Banking Dynasty and the Rise of Modern finance*, Grove Press, Nueva York, 2001. <<



[1] Doménech Matilló, Rossend, *Marcinkus. Las claves secretas de las finanzas vaticanas*, Ediciones B, Barcelona, 1987. <<

[2] Martin, Malachi, *op. cit.* <<

[3] Chernow, Ron, *op. cit.* <<

[4] Yailop, David, *En nombre de Dios*, Planeta, Barcelona, 1984. <<

[5] La cantidad acordada en el Tratado de Letrán suponía un 3,7 por 100 del presupuesto italiano de aquel ejercicio. <<

[6] «Due giorni in Vaticano», *La Stampa*, 16 de noviembre de 1931. <<

[7] Cooney, John, *op. cit.* <<

[8] Burgess, Anthony, *Earthly Powers*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York 1994. <<



[9] Burgess, Anthony, *Earthly Powers*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York 1994. <<

[1] *Der Gerade Weg*, núm. 37, 11 de septiembre de 1931. <<

[2] *Encyclopedia Judaica*, volumen III, McMillan, Nueva York, 1971. Cita de *Acerca de los judíos y sus mentiras*, Martin Lutero, 1543. <<

[3] Cornwell, John, *op. cit.* <<

[4] Cornwell, John, *op. cit.* <<

[5] Cornwell, John, *op. cit.* <<

[6] *Lacroix-Riz, Annie, Le Vatican, l'Europe et le Reich, de la premiere guerre mondiale a la guerre froide*, Armand Colin, Paris, tercera edición.

<<

[7] Hitler, Adolf, *Mein Kampf*, 1925. <<



[8] *Hitler's Third Reich: A Documentary History*, editada por L. Snyder, NelsonHall, Chicago, 1981. Cita del discurso pronunciado el 12 de abril de 1922 e impreso en el *Volkischer Beobachter* el 22 de abril de 1922. <<

[9] Shirer, William L., *The Rise and fall of the Third Reich*, Simón & Schuster, Nueva York, 1960. <<

[10] Toland, John, *Adolf Hitler*, Doubleday, Nueva York, 1976. Cita de *Heeresadjutant bei Hitler, 1938-1943*, del general G. Ángel, 1974. <<

[11] Lewy, Guenter, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Da Capo Press, Nueva York, 2000. <<

[12] Yailop, David, *op. cit.* <<

[13] Vivas, Ángel, «David Solar reconstruye *El último día de Adolf Hitler*», *El Mundo*, 27 de junio de 2002. <<

[14] García de Cortázar, Fernando y Lorenzo Espinosa, José María, *Los pliegues de la tiara. Los Papas y la Iglesia del siglo xx*, Alianza Editorial, Madrid, 1991. <<

[15] Cornwell, John, *op. cit.* <<



[16] Die Fahne hoch / Die Reihen fest geschossen / S. A. marschiert / Mit ruhig festem Schritt.

Kam'raden die Rotfront / Und Reaktion erschossen / Marschier'n im Geist / In unsern Reihen mit.

Straße frei / Den braunen Batallionen / Die Straße frei / Dem Sturmabteilungsmann.

Es schau'n aufs Hackenkreuz / Voll Hoffnung schon Millionen / Der Tag für Freiheit / Und für Brot bricht an.

Zum letzten Mal / Wird Sturmalarm geblasen / Zum Kampfe steh'n / Wir alle schon bereit.

Baid flattern Hitler-fahnen / Über allen Straßen / Die Knechtschaft dauert / Nur mehr kurze Zeit. <<

[17] McBrien, Richard P., *op. cit.* <<

[18] Alien, John L., *All the Pope's Men: The Inside Story of How the Vatican Really Thinks*, Doubleday, Nueva York, 2004. <<

[19] Castelli, Jim, «The Lost Encyclical», *National Catholic Reporter*, 15 de diciembre de 1972. <<

[20] Passelecq, Georges y Suchecky, Bernard, *The Hidden Encyclical of Pius XI*, Harvest. Nueva York, 1998. <<

[21] Cornwell, John, *op. cit.* <<

[22] Manhattan, Avro, *Murder in the Vatican: American, Russian and Papal Plots*, Ozark Books, Springfield, 1985. <<

[23] Meyer, Jean, «Del antijudaísmo al genocidio», *Istor*, revista de historia, núm. 5, verano de 2001. <<



[24] Herfling, Ludwig, *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1981. <<

[1] Reese, Thomas J., *Inside the Vatican*, Harvard University Press, Cambridge, 1996. <<

[2] Levy, Jonathan, «The Vatican Bank», artículo en el libro *Everything You Know is Wrong: The Disinformation Guide to Secrets and Lies*, varios autores, Disinformation Books, Nueva York, 2002. <<

[3] Williams, Paul L., *op. cit.* <<

[4] Reese, Thomas J., *op. cit.* <<

[5] Martin, Malachi, *op. cit.* <<

[6] Yailop, David, *op. cit.* <<

[7] Cornwell, John, *op. cit.* <<



[8] Cornwell, John, *op. cit.* <<

[9] Manhattan, Avro, *Catholic Imperialism and World Freedom*,  
Watts & Company, Londres, 1952. <<

[10] Wills, Garry, *Papal Sin: Structures of Deceit*, Doubleday, Nueva York, 2000. <<

[11] Chernow, Ron, *op. cit.* <<

[12] Pollard, John F., *Money and the Rise of the Modern Papacy: Financing the Vatican, 1850-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005. <<

[1] Keegan, John, *The Second World War*, Penguin Books, Nueva York, 1990. <<

[2] Manhattan, Avro, *Catholic Imperialism and World Freedom*, *op. cit.* <<

[3] Bulajic, Milán, *The Role of the Vatican in the Break-Up of the Yugoslav State*:

*The Mission of the Vatican in the Independent State of Croatia: Ustashi Crimes of Genocide (Documents, facts)*. Ministerio de Información de la República Serbia, Belgrado, 1993. <<



[4] Bulajic, Milán, *Never again: Ustashi Genocide in the independent State of Croatia (NDH) from 1941-1945*, Ministerio de Información de la República Serbia, Belgrado, 1992. <<

[5] Dedijer, Vladimir, *The Yugoslav Auschwitz and the Vatican: The Croatian Massacre of the Serbs during World War II*, Prometheus Books, Nueva York, 1992. La autenticidad de la cita del arzobispo es inapelable, ya que en el libro en cuestión aparece el texto manuscrito de su puño y letra.  
<<

[6] Manhattan, Avro, *The Vatican Holocaust*, Ozark Books, Springfield, 1988. <<

[7] Dedijer, Vladimir, *op. Cit* <<

[8] Alexander, Stella, *The Triple Myth. A Ufe of Archbishop Alojzije Stepinac*, East European Monographs, Nueva York, 1987. <<

[9] Crowe, David M., *A History of Gypsies of Eastern Europe and Russia*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1994. <<

[10] Dedijer, Vladimir, *op. cit.* <<

[11] Cornwell, John, *op. cit.* <<



[12] Memorando de crímenes de genocidio cometidos contra el pueblo serbio por el gobierno del Estado independiente de Croacia durante la Segunda Guerra Mundial. Octubre de 1950. Enviado al presidente de la V Asamblea General de las Naciones Unidas por Adam Pribicivic, presidente del Partido Democrático Independiente de Yugoslavia, Vladimir Bilayco, antiguo magistrado del Tribunal Supremo de Yugoslavia, y Branko Miljus, antiguo ministro de Yugoslavia. <<

[13] Anderson, Scott y Anderson, Jon Lee, *The League*, Dodd, Mead & Company, Nueva York, 1986. <<

[14] Black, Edwin, *IBM y el Holocausto*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 2001. <<

[15] Dedijer, Vladimir, *op. cit.* <<

[16] Falconi, Carlo, *il silenzio di Pio XII*, Sugar, Milán, 1965. <<

[17] Falconi, Carlo, *Il silenzio di Pío XII*, Sugar, Milán, 1965. <<

[18] Bulajic, Milán, *The Role of the Vatican in the Break-Up of the Yugoslav State*:

*The Mission of the Vatican in the Independent State of Croatia: Ustashi Crimes of Genocide (Documents, facts), op. cit. <<*

[19] Deschner, Kariheinz, *Mit Gott una den Faschisten*, Günther Verlag, Stuttgart, 1965. <<



[20] Djilas, Aleksa, *The Contested Country: Yugoslav Unity and Communist Revolution, 1919-1953*, Harvard University Press, Cambridge, 1991. <<

[21] Aarons, Mark y Loftus, John, *Unholy Trinity: The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998. <<

[22] Aarons, Mark y Loftus, John, *Unholy Trinity: The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998. <<

[1] Manhattan, Avro, *The Vatican holocaust*, *op. cit.* <<

[2] Goñi, Uki, *La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón*, Paidós, Barcelona, 2002. <<

[3] «Supreme Allied HQ to 6th and 12th Army Groups. Apprehension of Croat Quislings», 5 de junio de 1945. Documento desclasificado del Ejército estadounidense. <<

[4] Aarons, Mark, *op. cit.* <<

[5] U. S. Army Counter Intelligence Corps. Destacamento en Roma. 12 de septiembre de 1947. Caso número 5650-A. <<



[6] Dorril, Stephen, MI6; *Inside the Covert World of Her Majesty's Secret Intelligence Service*, Touchstone, Nueva York, 2000. <<

[7] «¿Adónde fue a parar el oro de los croatas? Fuentes vaticanas acusan a Estados Unidos de superficialidad histórica». Agencia Zenit, 5 de junio de 1998. <<

[8] Loftus, John y Aarons, Mark, *The Secret War against the Jews: How Western Espionage Betrayed the jewish People*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1997. <<

[9] Headden, Susan, Hawkins, Daña y Rest, Jason, «A vow of silence», *U. S. News and World Report*, 30 de marzo de 1998. <<

[10] Cockburn, Alexander y St. Clair, Jeffrey, *Whiteout: The CÍA, Drugs and the Press*, Verso, Londres, 1998. <<

[11] Phayer, John Michael, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Indiana University Press, Bloomington, 2000. <<

[12] «Rome Área Allied Command to the CIC», 8 de agosto de 1945.  
Documento desclasificado del Ejército estadounidense. <<

[13] Aarons, Mark y Loftus, John, *Ratlines*, William Heinemann, Londres, 1991. <<



[14] «The Fate of the Wartime Ustashi Treasure», informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Junio de 1988. <<

[15] Diccionario de la Real Academia Española. <<

[16] Yailop, David, *op. cit.* <<

[17] Manhattan, Avro, *The Vatican Holocaust*, *op. cit.* <<

[18] New Statesman & Nation. Londres, 26 de octubre de 1946. <<

[1] Martin, Malachi, *op. cit.* <<

[2] Jones, Tobías, *The Dark Heart of Italy*, North Point Press, Nueva York, 2003. <<

[3] Woolner, David B. y Kunal, Richard G., *FDR, The Vatican, and the Roman Catholic Church in América, 1933-1945* (The World of the Roosevelts), Palgrave McMillan, Nueva York. 2003. <<



[4] Tittman, Harold H., *Inside the Vatican of Pius XII: The Memoir of an American Diplomat During World War II*, Image Books, Nueva York, 2004.

<<

[5] Geppert, Dominik, *The Postwar Challenge: Cultural, Social and Political Change in Western Europe, 1945-1958* (Studies of the German Historical Institute, London), Oxford University Press, Oxford, 2003. <<

[6] Cooney, John, *op. cit.* <<

[7] Baigent, Michael, Leigh, Richard y Lincoln, Henry, *El legado mesiánico*, MR ediciones, Madrid, 2005. <<

[8] DiFonzo, Luigi, *Michele Sindona, el banquero de San Pedro*, Planeta, Barcelona, 1984. <<

[9] Declaraciones a la CNN. <<

[10] Johnson, Paul, *op. cit.* <<

[11] Yailop, David, *op. cit.* <<



[12] Frattini, Ene, *Secretos vaticanos. De San Pedro a Benedicto XVI*, Edaf, Madrid, 2005. <<

[1] Cooney, John, *op. cit.* <<

[2] *The Houston Post*, 27 de octubre de 1958. <<

[3] Williams, Paul L., *The Vahean Exposed: Money, Murder, and the Mafia*, Prometheus Books, Nueva York, 2003. <<

[4] Williams, Paul L., *The Vahean Exposed: Money, Murder, and the Mafia*, Prometheus Books, Nueva York, 2003. <<

[5] Manhattan, Avro, *Murder in the Vatican*, *op. cit.* <<

[6] *Frattini, Eric, op. cit.* <<

[7] Stearns, Peter N., *The Encyclopedia of World History*, Houghton Muffin Company, Nueva York, 2001. <<



[1] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[2] Robb, Peter, *Midnight in Sicily* (Vintage Departures), Random House, Nueva York, 1996. <<

[3] Departamento de Policía de Nueva York. Escuadrón 60, caso 133,15 de abril de 1931. <<

[4] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[5] Ginsborg, Paul, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2003. <<

[6] Tosches, Nick, *Power on Earth: Michele Sindona's Explosivo Story*, Arbor House, Nueva York, 1986. <<

[7] Sterling, Claire, *Octopus: The Long Reach of The International Sicilian Mafia*, Simón & Schuster, Nueva York, 1990. <<

[8] Orlando, Leoluca, *Fighting the Mafia and Renewing Sicilian Culture*  
Encounter Books, San Francisco, 2001. <<



[9] Yailop, David, *op. cit.* <<

[10] «Report on Calvi Autopsy Returns Spotlight to Vatican Bank Scandal, American Atheists», 29 de octubre de 2002. <<

[1] Yailop, David, *op. cit.* <<

[2] Greene, Jack y Massignani, Alessandro, *The Black Prince and the Sea Devils: The Story of Prince Valerio Borghese and the Elite Units of the Eclima Mas*, Da Capo Press, Cambridge, 2004. <<

[3] «Pólice Find Pot of Gold», Agencia Reuters, 13 de septiembre de 1999.

<<

[4] Wiison, Robert Antón, *Everything is Vnder Control: Conspiracies, Cults, and Cover-ups*, Harper Perennial, Nueva York, 1998. <<

[5] Marrs, Jim, *Rule by Secrecy: The Hidden History That Connects the Trilateral Commission, the Vreemasons, and the Great Pyramids*, Harper Collins, Nueva York, 2000. <<

[6] «Italian Justice Minister Quits in Scandal Over Masonic Lodge»,  
Associated Press, 23 de mayo de 1981. <<



[7] Lyne, William, *Pentagon Aliens*, Creatopia Productions, Lami (Nuevo México), 1993. <<

[8] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[9] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[10] William, Philip, *Puppetmasters: The Political Use of Terrorism in Italy*. Constable & Company, Londres, 1991. <<

[11] De Cataldo Neuburger, Luisella, *Il filo di Ariadna*, CEDAM, Padua, 1992. <<

[12] Discípulos de la Verdad, *Mentiras y crímenes en el Vaticano*, Ediciones B, Barcelona, 2000. <<

[1] Yailop, David, *op. cit.* <<

[2] Dick, Bernard E, *Engulfed: The Death of Paramount Pictures and the Birth of Corporate Hollywood*, University Press of Kentucky, Lexington (Kentucky), 2001. <<



[3] Tosches, Nick, *op. cit.* <<

[4] Browne, Nick (editor), *Francis Ford Coppola's. The Godfather Trilogy* (Cambridge Film Handbooks), Cambridge University Press, Nueva York, 2000. <<

[5] Cornwell, Rupert, *God's bunker: An account of the Ufe and death of Roberto Calvi*, Victor Gollancz Limited, Londres, 1984. <<

[6] Hutchison, Robert, *Their Kingdom Come: Inside the Secret World of Opus Dei*, Thomas Dunne Books, Nueva York, 1997. <<

[7] Doménech Matilló, Rossend, *op. cit.* <<

[8] Doménech Matilló, Rossend, *op. cit.* <<

[9] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[10] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<



[1] Hammer, Richard, *Vatican Connection: The Astonishing Account of a Billion Dallar Counterfeit Stock Deal between the Mafia and the Church*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1982. (Buena parte de la información aportada en este capítulo procede de la magnífica investigación de Richard Hammer, antiguo reportero del *New York Times*). <<

[2] Cornwell, John, *A Thief in the Night: Life and Death in the Vatican*, Penguin Books, Nueva York, 1989. <<

[3] Cornwell, John, *A Thief in the Night: Life and Death in the Vatican*, Penguin Books, Nueva York, 1989. <<

[4] Clarke, Thurston y Tigue, John J. Jr., *Dirty Money: Swiss Banks, the Mafia, Money Laundering, and White Collar Crime*, Simón & Schuster, Nueva York, 1975. <<

[5] Williams, Paul L., *The Vatican Exposed: Money, Murder, and the Mafia*,  
*op. cit.* <<

[6] Ledi, Leopold, *Per conto del Vaticano. Rapporti con il crimine organizzato nel racconto del faccendiere dei monsignori*, Tullio Pironri, Nápoles, 1997. <<

[7] Varios autores, *Everything You Know is Wrong: The Disinformation Guide to Secrets and Lies*, op. cit. <<

[8] Yailop, David, *op. cit.* <<



[9] Yailop, David, *op. cit.* <<

[10] Wiison, Robert Antón, *op. cit.* <<

[11] Yailop, David, *op. cit.* <<

[1] Yailop, David, *op. cit.* <<

[2] Hammer, Richard, *op. cit.* <<

[3] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[4] Lernoux, Penny, *In Banks We Trust*, Doubleday, Nueva York, 1984. <<

[5] Tavakoli, Janet M., *Collateralized Debt Obligations of Structured Finance: New Developments in Cash of Synthetic Securitization*, John Wiley & Sons, Hoboken (Nueva Jersey), 2003. <<



[6] Spero, Joan Edelman, *The Failure of the Franklin National Bank: Challenge to the International Banking System*, Beard Books, Nueva York, 1999. <<

[7] Sterling, Claire, *op. cit.* <<

[8] Martin, Malachi, *op. cit.* <<

[9] Yailop, David, *op. cit.* <<

[10] Baigent, Michael, Leigh, Richard y Lincoln, Henry, *op. cit.* <<

[11] France, David, *Our Fathers: The Secret Life of the Catholic Church in an Age of Scandal*, Broadway Books, Nueva York, 2004. <<

[12] Martin, Malachi, *The Decline and Fall of the Román Church*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1981. <<

[13] Yailop, David, *op. cit.* <<



[14] Sterling, Claire, *op. cit.* <<

[15] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[16] Yailop, David, *op. cit.* <<

[17] Yailop, David, *op. cit.* <<

[18] Yailop, David, *op. cit.* <<

[19] DiFonzo, Luigi, *op. cit.* <<

[20] Stille, Alexander, *Excellent Cadavers: The Mafia and the Death of the First Italian Republic*, Vintage Books, Nueva York, 1996. <<

[21] Yailop, David, *op. cit.* <<



[22] Yailop, David, *op. cit.* <<

[1] Cooney, John, *op. cit.* <<

[2] Yailop, David, *op. cit.* <<

[3] Panerai, Paolo, «Su Santidad: ¿le parece correcto?», *Il Mondo*, 31 de agosto de 1978. <<

[4] Thomas, Gordon y Morgan-Witts, Max, *Pontífice*, Plaza & Janes, Barcelona, 1983. <<

[5] Cornwell, Rupert, *op. cit.* <<

[6] Jones, Tobías, *op. cit.* <<

[7] Yailop, David, *op. cit.* <<



[8] Wiison, Robert Antón, *op. cit.* <<

[9] Yailop, David, *op. cit.* <<

[10] Cornwell, John, *A Thief in the Night: Ufe and Death in the Vatican*, *op. cit.* <<

[11] Manhattan, Avro, *Murder in the Vatican*, *op. cit.* <<

[12] Alien, John L., *Conclave: The Politics, Personalities, and Process of the Next Papal Election*, Doubleday, Nueva York, 2002. <<

[13] Yailop, David, *op. cit.* <<

[14] Yailop, David, *op. cit.* <<

[15] Yailop, David, *op. cit.* <<



[1] Weigel, George, *Witness to Hope: The Biography of Pope John Paul II*, Harper Collins, Nueva York, 2001. <<

[2] Weigel, George, *Witness to Hope: The Biography of Pope John Paul II*, Harper Collins, Nueva York, 2001. <<

[3] Juan Pablo *John Paul II: The Encyclicals in Everyday Language*, Orbis Books, Nueva York, 2001. <<

[4] Manhattan, Avro, *Murder in the Vatican*, *op. cit.* <<

[5] Bernsteign, Cari y Politi, Marco, *His Holiness: John Paul II and the Hidden History of Our Time*, Penguin Books, Nueva York, 1996. <<

[6] Yailop, David, *op. cit.* <<

[7] Yailop, David, *op. cit.* <<

[8] Cornwell, Rupert, *op. cit.* <<



[9] Varios autores, *Everything You Know Is Wrong: The Disinformation Guide to Secrets and Lies*, op. cit. <<

[10] Wilson, Robert Antón, *Cosmic Trigger: Down To Earth*, volumen II, New Falcon Publications, Tempe (Arizona), 1991. <<

[11] Martin, Malachi, *Rich Church, Poor Church*, *op. cit.* <<

[12] West, Nigel, *The Secret War for the Falklands: The SAS, M16, and the War Whitehall Nearly Lost*, Warner Books, Londres, 1997. <<

[13] Sisti, Leo y Modolo, Gianfranco, *El banco paga. El embrollo del Ambrosiano y la logia P2*, Plaza & Janes, Barcelona, 1983. <<

[14] Gurwin, Larry, *El caso Calvi. La muerte de un banquero*. Versal, Barcelona, 1984. <<

[15] Gurwin, Larry, *El caso Calvi. La muerte de un banquero*. Versal, Barcelona, 1984. <<

[16] Yailop, David, *op. cit.* <<



[17] Cornwell, Rupert, *op. cit.* <<

[18] Tosches, Nick, *op. cit.* <<

[19] Yailop, David, *op. cit.* <<

[20] *La Repubblica*, 19-20 de abril de 1992. <<

[21] En el momento de escribir este libro, el juicio, previsto para el 5 de octubre de 2005, aún no se había celebrado. <<

[1] Discípulos de la Verdad, *op. cit.* <<

[2] Tosches, Nick, *op. cit.* <<

[3] Wills, Garry, *op. cit.* <<



[4] Doménech Matilló, Rossend, *op. cit.* <<

[5] *El País*, 26 de febrero de 1987. <<

[6] Bernsteign, Cari y Politi, Marco, *op. cit.* <<

[7] Yailop, David, *op. cit.* <<

[8] Gurwin, Larry, *op. cit.* <<

[9] Colby, Laura, «Vatican Bank Played a Central Role in Fall of Banco Ambrosiano», *Wall Street Journal*, 27 de abril de 1987. <<

[10] López Sáez, Jesús, *El día de la cuenta*, Meral Ediciones, Madrid, 2005.

<<

[11] Martin, Malachi, *Rich Church, Poor Church*, *op. cit.* <<



[12] Coin, Leonardo y Sisti, Leo, *Marcinkus, el banquero de Dios*, Grijalbo, Barcelona, 1992. <<

[13] Wynn, Wilton, *Keeper of the Keys*, Random House, Nueva York, 1988.

<<

[14] Tavakoli, Janet M., *op. cit.* <<

[15] Manhattan, Avro, *Murder in the Vatican*, *op. cit.* <<

[16] Skolnick, Sherman, «Skolnick Report», 28 de enero de 2002.  
Newsletter de Internet. <<

[17] «Paul Marcinkus. Entre Dios y las finanzas», *La Nación*, 5 de abril de 2004. <<

[18] Paziienza, Francesco, *Il disubbidiente*, Longanesi & C., Milán, 1999. <<

[19] Yailop, David, *op. cit.* <<



[1] Bernstein, Cari, «The Holy Alliance», *Time*, 24 de febrero de 1992. <<

[2] Thomas, Gordon, *Mossad. La historia secreta*, Javier Vergara, Barcelona, 2000. <<

[3] Behar, Richard, «Washing Money In The Holy See: What do Martin Frankel, several sénior Vatican figures, and a bigwig Reaganite lawyer have in common? It may take years for all the details to surface, but one thing is certain: It doesn't look deán», *Fortune*, 16 de agosto de 1999. <<

[4] Joan Pollock, Ellen, *The Pretender: How Martin Frankel Fooled the Pinancial World and Led the Feds on One of the Most Publicized Manhunts in History*, Wall Street Journal Books, Nueva York, 2002. <<

[5] Behar, Richard, *op. cit.* <<

[6] Johnson, J. A., *Thief: The Bizarro Story of fugitive financier Martin Frankel*, Lehar-Friedman Books, Nueva York, 2000. <<

[7] Morris, Mark, «Missouri Regulators Sue Vatican», *Kansas City Star*, 11 de mayo de 2002. <<

[8] Morris, Mark, «Missouri Regulators Sue Vatican», *Kansas City Star*, 11 de mayo de 2002. <<



[9] Joan Pollock, Ellen, *op. cit.* <<

[10] Joan Pollock, Ellen, *op. cit.* <<

[11] Scarponi, Diane, «Former Financier Pleads Guilty», *Associated Press*, 15 de mayo de 2002. <<

[12] Varios autores, *The Crime Library*, Dark Horse, Nueva York, 2002. <<

[1] Galán, Lola, «El Vaticano impone juicios secretos para casos de pederastia en el clero». *El País*, 9 de enero de 2002. <<

[2] Zama, Marife, «Detenido un cura por pertenecer a una red de pornografía infantil», *El Mundo*, 14 de febrero de 2002. <<

[3] Tristán, Rosa M-, «Denuncian a un exjuez eclesiástico por abusos sexuales a una niña», *El Mundo*, 8 de marzo de 2002. <<

[4] López Sánchez, Félix, *Abusos sexuales a menores. Lo que recuerdan de mayores*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1996. <<



[5] Berry, Jason, *Lead Us Not into Temptation: Catholic Priests and the Sexual Abuse of Children*, University of Illinois Press, Chicago, 2000. <<

[6] González de la Vega, Berta, «El diablo llevaba sotana», *El Mundo*, 24 de febrero de 2002. <<

[7] Variante del póquer tradicional que consiste en apostar prendas de vestir hasta que la mayoría de los participantes se quedan desnudos. (*N. del A.*)  
<<

[8] Vidal, José Manuel, «Un arzobispo polaco es acusado de abusar sexualmente de seminaristas», *El Mundo*, 25 de febrero de 2002. <<

[9] «Condenado el obispo francés que no denunció a un sacerdote pederasta». *El País*, 5 de septiembre de 2001. <<

[10] Cuna, Felipe, «Dimite un obispo de Florida tras admitir que abusó de dos seminaristas», *El Mundo*, 10 de marzo de 2002. <<

[11] Anguila Parrado, Julio, «Los escándalos acorralan a la Iglesia de EE UU», *El Mundo*, 25 de marzo de 2002. <<

[12] Anguita Parrado, Julio, «La Iglesia paga a una mujer para evitar que denuncie a un cura». *El Mundo*, 3 de abril de 2002. <<



[13] Symonds, William C., «The Economic Strain of the Church», *Business Week*, 15 de abril de 2002. <<

[14] «El seguro de una iglesia indemniza a tres niños que sufrieron abusos»,  
*El Mundo*, 15 de abril de 2002. <<

[15] Amon, Rubén, «Citan al Vaticano a juicio por encubrir a los curas pedófilos», *El Mundo*, 5 de abril de 2002. <<

[16] Cuna, Felipe, «El cardenal de Los Angeles, acusado de abusos sexuales», *El Mundo*, 7 de abril de 2002. <<

[17] *Clarín*, 25 de abril de 2002. <<

[18] *The New York Times*, 19 de abril de 2002. <<

[19] *The New York Times*, 20 de abril de 2002. <<

[20] *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XCIII, núm. 11, 5 de noviembre de 2001.

<<



[21] Dillion, Sam y Wayne, Lesile, «As Lawsuits Spreads, Church Faces Questions of Finances», *The New York Times*, 13 de junio de 2002. <<